CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
PATRONATO «MENÉNDEZ Y PELAYO»
INSTITUTO «ANTONIO DE NEBRIJA»

# EMERITA

## BOLETIN DE LINGVISTICA Y FILOLOGIA CLASICA

SHL
WITHDRAWN

TOMO XXIII
(Semestres 1.º y 2.º)
MADRID, 1955

SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.— PASEO DE ONESIMO REDONDO, NÚM. 26.
MADRID

# NUEVA RECONSTRUCCION DE LOS EPODOS DE ARQUILOCO

La publicación del libro de Lasserre titulado *Les épodes d'Arquiloque* (1) coloca al futuro editor de Arquíloco en una situación difícil. Todas las recensiones que a dicho libro se han dedicado (2) subrayan lo sugestivo de sus construcciones y el acierto muy probable de algunas de ellas; en adelante, volver a disponer los fragmentos a la manera de Bergk o de Diehl, es decir, atendiendo únicamente a la forma métrica con riesgo—mejor dicho, con seguridad— de separar fragmentos pertenecientes al libro de los Epodos y renunciando así a toda inteligencia y reconstrucción del mismo, me parece que sería un retroceso. Pero, de otro lado, el propio Lasserre subraya en repetidas ocasiones el carácter hipotético de algunas de sus construcciones y sus críticos no han dejado a veces, con argumentos verdaderamente convincentes, de destruir algunas de ellas. En estas condiciones, ¿no resultará una falsa impresión de seguridad si se editan los Epodos tal cual Lasserre los reconstruye, aun incorporando las rectificaciones que se le han hecho?

---

(1) París, *Les Belles Lettres*, 1950.

(2) Véase: Kamerbeck en *Mnemosyne* 1950, 345 sigs.; Cataudella en *Aevum* 1950, 507 sigs.; Colonna en *Doxa* 1951, 77 sigs.; Della Corte en *G. I. F.* 1951, 163 sigs.; Koller en *M. H.* 1951, 313; Labarbe en *A. C.* 1951, 174 sigs.; Lesky en *Anzeiger für die Altertumswissenschaft*, 1954, 9 sigs.; Masson en *Gnomon* 1952, 310 sigs.; Rivier en *R. E. G.* 1952, 464 sigs.; Davison en *C. R.* 1952, 18 sig.

Al preparar una edición de los yambógrafos y elegíacos griegos (1) he encontrado realmente grave este problema y quiero justificar aquí la forma en que intento resolverlo. El primer paso que debe darse en esta dirección es el de estudiar qué es lo que, después del libro de Lasserre, puede hoy considerarse como prácticamente seguro en el conocimiento de los Epodos—que es, desde luego, mucho más de lo que en la edición de Diehl aparecía como tal—(2). Hace falta, en segundo término, una eliminación sistemática de todos los fragmentos que Lasserre atribuye a tal o cual epodo (o a los Epodos en general) sin garantía suficiente; esto no quiere negar la posibilidad de que en algunos casos Lasserre tenga razón, pues en una edición debe contarse con una fuerte probabilidad a favor antes de admitir una reconstrucción. Entre estos dos grupos de fragmentos hay que colocar un tercero: el de aquellos otros que es verosímil, pero no seguro que pertenezcan a un epodo dado. En mi opinión, en una edición de los Epodos deben incluirse también los fragmentos de este grupo, pero provistos de un signo diacrítico que los distinga de los del primero, a fin de no engañar involuntariamente al lector.

En otras palabras: hace falta una crítica sistemática del libro de Lasserre que separe lo que con criterio de editor puede considerarse como seguro o verosímil de lo simplemente posible y de lo imposible. Hasta el momento esta tarea no ha sido llevada a cabo por los críticos de Lasserre, que se han contentado con la discusión de ciertos detalles concretos y con manifestar en términos generales la inseguridad de gran parte de los resultados. Voy a intentar en este trabajo esta crítica sistemática, no sin antes manifestar mi

---

(1) Con destino a la Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos.

(2) La tercera edición, cuidada por Beutler (Leipzig 1952) no tiene en cuenta el libro de Lasserre (sí, en el aparato crítico, el artículo de este autor en *M. H.* 1948) y reproduce en lo esencial la segunda.

admiración por una obra que por primera vez nos permite vislumbrar lo que eran los Epodos del gran poeta de Paros.

Sin embargo, si mi propósito inicial consistía solamente en analizar en la construcción de Lasserre el valor de los materiales empleados—pues la perfección de la construcción no debe ser argumento para demostrar su verdad—, una vez comenzado ese trabajo de análisis me resultó imposible dejar de probar fortuna yo mismo en la tarea subyugadora de reconstruir los Epodos. En el curso de este trabajo se podrá ver cómo a veces mi atribución de los fragmentos a uno u otro epodo difiere de la de Lasserre. Tengo también en cuenta los resultados de un artículo que publicaré en la *Revue de Philologie* (1) en el cual aporto al conocimiento de los epodos varias cosas nuevas. Por todo ello mi edición, que justifico en las páginas que siguen, es en realidad una nueva reconstrucción de los Epodos, que parte desde luego de la de Lasserre, como éste había partido de algunas parciales de Huschke, Olivier, Lauria, Snell y otros. Lo característico de esta reconstrucción es, como acabo de decir, que distingue entre las atribuciones seguras y las solamente probables. En este último caso, coloco un asterisco ante el número del fragmento.

Antes de entrar en materia hay que tratar de dos cuestiones previas. Lasserre esboza una *Textgeschichte* de Arquíloco, según la cual, ya en la época clásica los Epodos eran la única obra de Arquíloco verdaderamente popular; Aristóteles y los eruditos que vinieron detrás de él habrían tratado de renovar el conocimiento de las restantes obras. A ellos remontarían en efecto—según nuestro autor—las citas de fragmentos de los Yambos y Troqueos en autores más recientes. Posteriormente los Epodos habrían hecho olvidar de nuevo estas otras obras. Por tanto, los trímetros yámbicos y fragmentos yámbicos y trocaicos breves, e incluso los dactílicos, pertenecen en principio a los Epodos si su fuente es tardía y no depende a su vez de una de la época helenística.

---

(1) Con el título de «Nouveux fragments et interpretations d'Archiloque».

En mi opinión, esta hipótesis dista de estar demostrada. En primer lugar, encierra un círculo vicioso, puesto que atribuye una serie de fragmentos a los epodos por tener fuente tardía y se basa en ellos para sentar dicha hipótesis. En segundo lugar, la verdad es que en los más de los casos la fuente de Epodos, Yambos y demás, es semejante: lexicógrafos, escoliastas y gramáticos, que remontan todos ellos a los siglos III-I a. C. En tercer lugar, se puede añadir que hay una serie de yambos etc., de fuente clásica o tardía. En época clásica, en efecto, encontramos referencias, además de al fr. 6 Diehl (el escudo perdido, que en modo alguno era una «pieza de Antología», como quiere Lasserre, ya que éstas no se conocían entonces), al 120 (himno a Héracles) (1) y a los 52 y 107, por lo menos a los siguientes fragmentos: 2, imitado por Hibrias de Creta (2); 22, imitado por Anacreonte 8 y recordado por Heiódoto I 12; 56 A, imitado por Alceo y Teognis, como demostraré en otro lugar; 67 A, imitado por Teognis 355 ss. y 1.029 ss.; 68, contra el que polemiza Heráclito 17 Diels; y algún otro que Lasserre considera que pertenece a los Epodos, en mi opinión sin fundamento. Respecto a la época tardía citemos, para limitarnos a unos ejemplos, el fr. 7, cuyo verso 10 es imitado por Horacio *Epodos* XVI 39; 22, imitado también por Horacio en su epodo II y por San Gregorio de Nazianzo *Ad animam suam* 7 ss.; 54, cuya única fuente es Estrabón VIII 6, 6; otros citados por Plutarco, etc. Igualmente resultan especiosos argumentos como el de que las

(1) Lasserre (pág. 269) pretende que ya Píndaro se equivocaba al atribuírselo a Arquíloco, lo cual me parece inverosímil. Según Lasserre, se habría introducido en la colección de los poemas de Arquíloco a continuación del Himno a Demeter de nuestro autor, el cual seguiría a su vez a los Epodos: de ahí el error de Píndaro. Sin entrar en detalles, parece erróneo figurarse que el conocimiento del himno dependiera de una edición de Arquíloco hecha en Paros en el siglo VI y no del hecho de que era cantado en Olimpia. De existir la ordenación que he mencionado (cosa muy dudosa), sería la de la edición alejandrina.

(2) Cf. Ateneo, 695 F.

acusaciones de Critias contra Arquíloco (1) se basan todas en los Epodos: por ejemplo, el que fuera hijo de la esclava Enipo podía muy bien pertenecer a un yambo (por ej., al que empezaba con el fr. 22, en el que Arquíloco, según el propio Lasserre, hablaba de su modesta condición); su enemistad con los parios de Tasos, que según Lasserre (2) pertenecía al epodo XIV, es ilustrada por él mismo con fragmentos de los Tetrámetros (66, 67 B, etc.), de modo que podía figurar en ellos; y la pérdida del escudo evidentemente aludía a las Elegías.

La conclusión que de todo esto obtenemos es que no hay motivo para suponer que los Epodos fueran en la época romana mejor conocidos que el resto de la obra de Arquíloco. Y, en efecto, la reciente publicación por Lobel y Roberts del tomo XX de los *Oxyrhynchus Papyri* (Londres, 1955), que contiene numerosos fragmentos nuevos de Arquíloco, confirma esta opinión, que habíamos formado antes de conocer estos nuevos papiros. Sólo dos de los fragmentos ahora publicados pertenecen a los Epodos, siendo mucho más numerosos los de los Yambos y Troqueos. Los papiros pertenecen a los siglos II y III d. C. Así, pues, es el sentido y la métrica y no las fuentes de los fragmentos lo que debe ayudarnos en la reconstrucción; por lo demás, este es normalmente el proceder de Lasserre.

El segundo apoyo de orden general que pretende haber hallado Lasserre para la reconstrucción de los Epodos, me parece igualmente deleznable. Según él, el estudio de los tratadistas de métrica y de las imitaciones de Horacio permite establecer el orden en que estos autores leían los Epodos, orden que sería el mismo que estableció el propio Arquíloco y que es precisamente el orden en que los compuso, lo que ayuda a trazar su biografía,

Creo evidente que de existir una edición ordenada fundamentalmente con criterio métrico, esta edición es la alejan-

(1) Cf. Eliano *V. H.* X, 13.
(2) Pág. 229.

drina, a la única a la cual habría que atribuir las citas de los métricos. Sabemos bien, por ejemplo, que la edición alejandrina de Safo fué ordenada basándose en ese mismo principio (1). Muy extraño sería, por lo demás, que en el breve espacio de un año (al cual atribuye Lasserre la composición de casi todos los epodos) Arquíloco hubiera ensayado sucesivamente distintos tipos de epodos, sin volver nunca atrás; aunque no es, ciertamente, imposible. Sin embargo, cuando sometamos los epodos a una crítica detenida, veremos cómo esa ordenación cronológica queda reducida a nada, como igualmente quedan reducidas a nada las alusiones de un epodo a otro que alguna vez ha querido ver Lasserre para probar que la ordenación de los epodos remonta al propio Arquíloco. Esto iría en contra de cuanto sabemos sobre la difusión de la literatura griega en época clásica y arcaica. Nadie sería capaz de concebir a Arquíloco como un editor alejandrino. Ni era propio de la lírica griega lanzar alusiones de unos poemas a otros, haciendo así obra autobiográfica. Queda, sin embargo, por ver en qué medida la reconstrucción de Lasserre de una edición antigua que forzosamente habría de ser, repito, la alejandrina, es acertada. Al tiempo iremos viendo cómo dicha ordenación, aun en el caso de que estuviera bien reconstruída, no tendría nada de autobiográfico, cosa completamente natural en una edición alejandrina.

Según Lasserre, la supuesta edición comenzaría por cinco epodos formados por dísticos de trímetro y dímetro yámbico; luego vendrían otros dos (el VI y el VII) a base del trímetro yámbico y el pentemímeris dactílico: ello porque Hefestión (2) menciona estos dos tipos uno tras otros llamándoles ἀρρηνικοὶ ἐπῳδοί y porque el primero es el de los primeros epodos de Horacio (en quien, por lo demás, falta el segundo). No son estas grandes garantías, pero al menos es cierto que el epodo I de Lasserre era también el inicial de la colección antigua, a juzgar porque sus primeros versos se citan siempre como ejemplo de

(1) Cf. Gallavotti, *Saffo e Alceo* (Napoli 1947), I, pág. 8 sigs.
(3) 7, 2.

este tipo métrico, porque la fábula que contiene se cita también como ejemplo de las de Arquíloco, etc. Evidentemente, el editor de Arquíloco colocó a la cabeza del libro de los Epodos el más famoso de todos: el ataque a Licambes (cf. un proceder análogo del editor de Píndaro, al colocar como primera Olímpica la que celebra a Hierón y los Juegos Olímpicos); nada tendría de extraño que el resto de la ordenación fuera como Lasserre propone, yendo primero los epodos con dímetro yámbico y luego los con pentemímeris dactílico.

Lo que es ya verdaderamente dudosa es la ordenación interna de estos dos grupo de epodos. El II L. (contra un flautista) se coloca a continuación del I porque Arístides (1) habla de que Arquíloco ataca a Licambes y a Quido—según Lasserre, el flautista en cuestión, identificación puramente hipotética—, lo cual no es gran garantía, porque añade «y al adivino» (epodo VI L.). En todo caso, es imposible situar en la vida de Arquíloco el ataque contra el afeminado flautista. Los epodos III y IV L. son considerados por nuestro autor como «de tema emparentado» y por eso los coloca juntos: son, respectivamente, la fábula del león, el ciervo y la zorra y la del león viejo y la zorra. Si esta última es verosímil que aluda a Neóbula, ya vieja, que trata de atraerse a Arquíloco vanamente, es de todo punto imposible relacionarla con la primera, que no se puede ver a qué alude: Lasserre habla de «elecciones» (?) para designar un jefe que dirija la colonización de Tasos, lo que en todo caso nada tiene que ver con Neóbula. El epodo V L. (el mono rey) lo coloca aquí Lasserre porque cree—sin fundamento sólido—que se refiere a dichas «elecciones»; en mi opinión hay que reconstruirlo en forma enteramente diferente, a base del dístico del tipo II, y su intención es desconocida. Dentro de este tipo II tenemos el epodo VI L. (el V mío), evidentemente el primero de los del mismo en la edición alejandrina, pues Hefestión y otros citan su primer dístico como ejemplo de dicho tipo. Ataca a un adivino Batusíades que nos es desconocido, lo que le

(1) II, 380 Dindorf.

hace infechable. Viene luego en Lasserre otro epodo (el VII L.) que narra las desventuras del mono elegido rey; es curioso que, debido a ser del tipo II y no del inicial, como hemos visto, queda separado del V L., de tema muy parecido. Por ello, aunque Lasserre cree que en el epodo III L. la zorra amenaza al ciervo con hacer que se elija rey al mono y no a él y ve en ello una alusión de III y V L. y, naturalmente, de VII L., a los mismos acontecimientos, no le es posible dar seguidos los tres epodos, contra lo que anuncia al comienzo (1). Por nuestra parte diremos que dicha amenaza no está en Babrio 95, que es nuestra fuente para reconstruir el epodo, sino sólo en la Fábula Anónima 200 Chambry, que es una paráfrasis de Babrio de época bizantina, con lo que el dato carece de toda autenticidad (2). En mi edición coloco las dos fábulas sobre el mono rey, de igual metro (como veremos) y semejante contenido, tras V L., dándoles los números VI y VII; pero no me hago ilusiones de que esta bella regularidad remonte a Arquíloco. En cuanto a II-IV, no hay inconveniente en mantener el orden de Lasserre, siempre que se tenga en cuenta que es tan arbitrario como cualquier otro.

Si es verdad lo que hemos dicho hasta ahora, los demás tipos epódicos debían seguir a los dos primeros. Lasserre ha tratado de fijar un orden, apoyándose en el de los ejemplos de los métricos antiguos y en la asunción de que Horacio sigue aproximadamente el mismo orden en sus Epodos. La cuestión es muy complicada. Lasserre señala los siguientes tipos:

---

(1) La relación temporal que Lasserre establece entre III, V y VII es negada por Rivier, *l. c.*, quien afirma que III no tiene contenido político. Al tiempo, considera improbable toda la cronología de Lasserre, pues coloca en el plazo de un año 12 de los 14 epodos.

(2) Lasserre desconoce totalmente la historia de las colecciones de fábulas, lo que le lleva a errores tan graves como éste. Constantemente utiliza las fábulas siriacas que ha traducido Sor Bruno Lefèvre, sin caer en la cuenta de que se trata de traducciones al siriaco de fábulas bizantinas derivadas en último término de las fábulas griegas anónimas de la colección Augustana (del siglo IV o V d. de J. C., pero basada en originales mucho más antiguos). En un intento de reconstruir las fábulas de Arquíloco no deben ni mencionarse.

III Arquilóqueo segundo (tetrámetro dactílico + itifálico) y trímetro yámbico cataléctico.
IV Trímetro yámbico y arquilóqueo tercero (pentemímeris dactílico + dímetro yámbico).
V Hexámetro dactílico y tetrámetro dactílico cataléctico.
VI Hexámetro dactílico y arquilóqueo cuarto (dímetro yámbico + pentemímeris dactílico).
VII Hexámetro dactílico y dímetro yámbico.
VIII Hexámetro dactílico y trímetro yámbico.

Este orden es el que (salvo III, que emplea en una Oda) sigue Horacio en sus Eposodos, queriendo Lasserre aplicárselo también a Arquíloco. El hecho de que V-VIII comiencen por un hexámetro dactílico, es decir, de que haya en la ordenación un principio métrico, puede ser idea de Horacio o imitación de un modelo alejandrino—imitación seguramente libre, no esclava—que puede muy bien ser la edición de Arquíloco. Pero esto no pasará de ser una hipótesis mientras no probemos previamente que este era el orden de la edición alejandrina de Arquíloco. Lasserre cree dar esta prueba afirmando que los métricos antiguos (y Estobeo), que suelen citar siguiendo el orden de la edición que manejan, ejemplifican efectivamente en ese orden los distintos tipos de epodos. Sin embargo, del propio libro de Lasserre, estudiado detenidamente, se desprende que nuestros datos son solamente éstos:

a) III, IV y VI van en este orden (Servio).
b) V sigue a III (Mario Victorino) y VII sigue a III (Estobeo).
c) VIII (que no hay testimonio de que fuera empleado por Arquíloco) es colocado por Lasserre atendiendo sólo a Horacio.

De aquí Lasserre deduce este orden: VIII L. (tipo III), IX L. (tipo IV), X L. (tipo V), XI L. (tipo VI), XII y XIII L. (tipo VII), XIV L. (tipo VIII). Pero la colocación del tipo V y el VII es arbitraria, pues podrían, aun admitiendo las

premisas, colocarse en cualquier lugar después del tipo III; se apoya, igual que la del tipo VIII, en Horacio: con ello resulta de que es Horacio la única garantía de que la edición alejandrina de Arquíloco colocaba juntos los epodos cuyos dísticos contenían un hexámetro, o sea que nos hallamos ante un verdadero círculo vicioso (y más si, como veremos, no es ni mucho menos seguro que Arquíloco utilizara el tipo epódico VIII, ni es posible reconstruir ningún epodo del tipo VI). Resumiendo: lo único verosímil pero no seguro (1) es que al tipo III seguían el IV, el V y el VII, no sabemos en qué orden, o sea que el epodo VIII L. era anterior al IX, X y XII L., cuyo orden desconocemos. Dicho de otro modo: VIII L. era el primero de los epodos que nos faltan por examinar (2), y el admitir el orden IX, X, [XI], XII se basa exclusivamente en creer que Horacio imitó el orden de Arquíloco, lo cual no tiene a su favor más indicio que el de que, según el razonamiento de Lasserre, basado en Servio, los tipos epódicos IV y VI (que dan sus epodos IX y XI) iban el primero antes del segundo y también en Horacio se siguen (epodos XII y XIII). Pequeño indicio ciertamente y más teniendo en cuenta: *a)* que entre los tipos IV y VI Lasserre coloca un tercero en Arquíloco, el V; y sobre todo *b)* que ni Servio dice que Arquíloco empleara el tipo VI ni Hefestión lo menciona, ni hay rastro de él en los fragmentos de Arquíloco, siendo inexistente el epodo XI L. Por otra parte, aunque a veces Horacio imita claramente el contenido de los epodos de Arquíloco, esto nada demuestra sobre la edición alejandrina de nuestro poeta (3).

---

(1) La extensión del razonamiento basado en la métrica a Estobeo, que trabaja fundamentalmente con fuentes gnomológicas cuya ordenación es muy otra, es muy peligrosa. Tampoco se puede garantizar que todos los tratadistas de métrica respetaran en sus citas el orden original.

(2) Además, X precedería a XI, que presentaría el tipo VI L.; pero esto es, como digo, muy dudoso. Es casi seguro que el epodo XI L. no tiene existencia real.

(3) Horacio escribió 10 epodos del tipo I y ninguno del II; el

Tenemos, pues, en conclusión que verosímilmente la colección arquilóquea comenzaba con epodos del tipo I, de ellos el primero I L.; seguían los del II, comenzando por VI L. (mi V); y luego, finalmente, los demás, que encabezaba VIII L. (tipo III). Falta por probar que en este último grupo la ordenación de Lasserre, que si no es demostrable es una de tantas posibles, no presenta en absoluto orden biográfico. Eliminando los epodos XI y XIV L., que es dudoso hayan existido nunca, los que quedan tratan o de los vanos esfuerzos de Neóbula por atraerse a Arquíloco (VIII y tal vez X) o mezclan el tema de un nuevo amor del poeta (IX), tal vez el mismo del que se habla en XII y XIII L. (equivalentes a mis XI y XII; probablemente son en realidad un mismo epodo). Claro está que yo rechazo una infinidad de detalles que Lasserre atribuye a estos epodos tomándolos de Horacio e incluso haciendo ciertas discutibles interpretaciones de éste; pero aunque se aceptara la totalidad de sus reconstrucciones, todavía se podría objetar que el tema de VIII y quizá X es sensiblemente el mismo que el de IV (Neóbula vieja buscando el amor de Arquíloco); que entre ambos va IX, que habla ya de un nuevo amor; y que esta «historia de amor» es interrumpida por tanto por X y luego por XI (en cuya existencia no creo, como he dicho; hablaría de la colonización de Tasos), reapareciendo luego otra vez. Sobre el detalle de la interpretación de XII y XIII L. mis divergencias respecto a Lasserre son grandes. Pero en todo caso, basta lo dicho para demostrar que los epodos cuya interpretación parece más segura no van en orden biográfico.

Toda esta crítica no tiene más objeto que demostrar que carecemos de puntos de vista generales que ayuden a reconstruir el conjunto del libro de los Epodos, el cual, por lo demás, de poderse reconstruir enteramente, sería alejandrino en cuanto a su ordenación. Hay, pues, que limitarse a intentar la reconstrucción de cada epodo por separado, allí donde

---

tipo III lo utiliza en una oda. Se ve bien, pues, la libertad con que procede.

hay datos suficientes para ello, sin que *a priori* haya motivo para atribuir ciertos fragmantos a uno con preferencia a otro ni para ver una ordenación biográfica que ayude a relacionarlos unos con otros. Sentado esto, no hay obstáculo alguno para admitir a efectos de edición el orden de Lasserre —rectificado por ciertas eliminaciones de epodos—, orden arbitrario en el detalle pero cuyo principio general —primero, epodos del tipo I encabezados por I; luego, del II encabezados por V (VI L.); y, finalmente, los demás, encabezados por VIII—parece remontar a Alejandría. Vamos, pues, a estudiarlos sucesivamente, viendo primero si el tema respectivo ha sido tratado por Arquíloco en el libro de los Epodos y, luego, qué fragmentos deben atribuirse a cada uno con seguridad y cuáles con verosimilitud, descartando los imposibles y los demasiado inseguros para admitirlos en una edición. Eliminando estos últimos, marco con un asterisco aquellos cuya colocación es solamente verosímil y doy sin señal diacrítica alguna los que considero seguros. Los números no seguidos de abreviatura de editor, son los de mi edición.

## EPODO I

Los dos temas que contiene—ataque contra Licambes y fábula del águila y la zorra—son demasiado conocidos para tener que insistir sobre ellos. La asunción de que pertenecen al mismo epodo procede de Huscke (1) y puede fundamentarse así: *a)* el ataque contra Licambes pertenecía al primer epodo, a juzgar por el hecho de que su primer dístico es el ejemplo clásico del tipo epódico I; *b)* igualmente, la fábula referida es dada siempre como ejemplo de las de Arquíloco e, incluso, la fábula esópica en prosa de ella derivada encabeza la colección antigua de las mismas (colección Augustana); *c)* se añade que sabemos (2) que en el epodo contra Licambes

(1) *De fabulis Archilochi*, en Furia, *Fabulae Aesopicae*, Leipzig 1810, pág. CCXIV sigs.

(2) Filostrato, *Imagines* 3.

había una fábula; *d)* la intención de la fábula del águila y la zorra (1) se adapta perfectamente al tema de las amenazas de Arquíloco contra el perjuro Licambes, que le había negado la mano de Nébula después de prometérsela; *e)* mi fragmento 25 sabemos, como veremos, que iba seguido de una fábula que significaba una amenaza y el 34 era precedido de una fábula donde se hablaba de un águila rapaz y cobarde que era castigada (2).

Los fragmentos seguros o verosímiles son los siguientes:

22 (88 Diehl)

Πάτερ Λυκάμβα, ποῖον ἐφράσω τόδε;
Τίς σὰς παήειρε φρένας
ἧς τὸ πρὶν ἠρήρεισθα; Νῦν δὲ δὴ πολύς
ἀστοῖσι φαίνεαι γέλως.

23 (45 Diehl)

Τίς ἆρα δαίμων καὶ τέου χολούμενος...;

Catulo, *Carmen* 40 (3) imita al mismo tiempo el final del fragmento anterior y éste, como vió Kroll en su edición. Por ello, invierto el orden que Lasserre asigna en su edición

(1) Conocida, como dijimos, por las fábulas anónimas. Lasserre (pág. 38) sigue para su reconstrucción la versión síriaca a que antes nos referíamos, procedente en realidad de la fábula anónima griega correspondiente (cf. Perry, *Aesopica*, Urbana 1952, pág. 511 y siguientes y 527).

(2) Todo esto es tratado más detenidamente en mis «Nouveaux fragments...» En la reconstrucción del exordio del epodo, que sigue a continuación, resumo los resultados de dicho trabajo y añado otras cosas nuevas.

(3) *Quaenam te mala mens, miselle Rauide / agit praecipitem in meos iambos? / Quis deus tibi non bene aduocatus / uercodem parat excitare rixam? / An ut peruenias in ora uulgi? / Quid uis? Qua lubet esse notus optas? / Eris, quandoquidem meos amores / cum longa uolisti amare poena.*

a este fragmento y al siguiente, apoyándome además en que se puede demostrar que el siguiente (el 24) precede a su vez al que viene a continuación (el 25) sin estar en medio el que ahora tratamos. Arquíloco atribuye a ceguera ocasionada por un dios la conducta improcedente de Licambes al provocarle. Ahora veremos por qué.

## 24 (A Diehl)

Τέττιγος ἐδράξω πτεροῦ.

Lasserre (1) ha hecho probable la pertenencia a este epodo del fragmento presente, citado no literalmente por Luciano, *Pseudologista* I, 1 e imitado por Constantino de Rodas en su ataque contra Teodoro (2) y por Leo Philosophus (3); en estas imitaciones se basa el establecimiento del texto llevado a cabo por Diels. Según se deduce de la cita y las imitaciones referidas, Arquíloco se comparaba a la cigarra, de por sí locuaz, pero que si la excitan cuando permanece callada—como hacía Arquíloco— canta con mayor violencia. En principio, el fragmento puede pertenecer al comienzo de cualquier poema en que Arquíloco atacara a alguien que le hubiere ultrajado; pero como Luciano, en el pasaje referido, hace referencia a Licambes como la principal víctima de Arquíloco, Lasserre ha creído justo asignar el fragmento a nuestro epodo. Por mi parte, puedo añadir que las coincidencias entre Luciano y Constantino demuestran que Arquíloco se llamaba a sí mismo λάλος (o hablaba

---

(1) Pág. 30. En realidad, la mayor parte de la tarea de reconstruir al comienzo del epodo estaba ya hecha por el C. L. Hendrickson *Cl. Phil.* 1925, 155 ss., que asigna a los tres fragmentos el mismo orden que yo. Lasserre desconoce, a lo que parece, este trabajo, que tiene más mérito porque su autor no conocía las imitaciones bizantinas de Arquíloco.

(2) En Matranga *Anecd.* II, pág. 628 sig.

(3) Idem íd., pág. 557.

de λαλεῖν) (1), y que la que hay entre estas mismas y el pasaje ya citado de Catulo (2) demuestra asímismo que el poeta acusaba a su enemigo de excitarle a la pelea. La imitación por Catulo del tema de Licambes excitando a Arquíloco a la pelea, que a juzgar por Luciano y los imitadores bizantinos seguía inmediatamente al fragmento de la cigarra, imitación simultánea, como hemos visto, con la del fragmento 23 y la del 22, acaba de demostrar que el fragmento 24—el de la cigarra—pertenecía al epodo I, dirigido contra Licambes.

25 (en II pág. 439 Bergk)

Ἄκουε δὴ κακοῦ λόγου

Citado como proverbio (3), este fragmento se demuestra que es de Arquíloco por la imitación que de él hace Constantino de Rodas a continuación del contexto anterior (4), imitación en que no había reparado Laserre. En mi artículo ya citado de la *Revue de Philologie* hago reparar en ello y, también, en que las manifestaciones del peremiógrafo que ha transmitido el fragmento (5) y una imitación de Platón (6) demuestran que el κακὸς λόγος era una fábula que servía para atacar a la persona a la que en el exhordio se dirige Arquícolo. Es muy posible que, antes de comenzar a narrar la fábula, Arquíloco se dirigiera a Licambes por su patronímico, que sin duda no despertaba recuerdos completamente honorables:

---

(1) Cf. Luciano φύσει μὲν λάλῳ ὄντι... ποιητὴν λάλον y Constantino λαλεῖν πεπαυμένου... μὴ θέλοντα προσλαλεῖν σκώπτεις μάτην.

(2) Cf. Catulo *uecordem parat excitare rixam* con Luciano παροξύνεις ἐπὶ σεαυτόν y Constantino αὖθις... ἐκβιάζει πρὸς μάχην.

(3) En *Prov. App.* I 14.

(4) ἄκυε λοιπὸν ᾠδικὰς μουσουργίας, etc.

(5) ἐπὶ τῶν τοὺς λόγους διηγουμένων.

(6) Ἀκούε δή, φασί, μάλα καλοῦ λόγου, seguida del mito sobre la suerte de las almas después de la muerte.

26 (Hsch. s. u.)

· Δωτάδης.

En efecto, Constantino, después del verso en que amenaza a Teodoro con sus ᾠδικὰς μουσουργίας, añade: αἷς ἦσεν... μέλπων ἄριστα σὸν γένος καὶ πατρίδα / ὦ Παφλαγὼν κάκιστε, παντεφθαρμένε, etc. (el sujeto es la cigarra, o sea el autor; por tanto, en el origen, Arquíloco). Sin embargo, este fragmento puede pertenecer también a otros lugares del epodo.

Comenzamos con esto la reconstrucción de la parte central de éste: la fábula, cuyo argumento conocemos por la versión en prosa de la colección Augustana. Es evidente, y ello es reconocido por todos, que empezaba con el siguiente fragmento:

27 (92 Diehl)

Αἶνος τις ἀνθρώποιν ὅδε
ὡς ἄρ' ἀλώπηξ καλέτὸς ξυνωνίην
ἔμειξαν.

28 (P. Oxyrh. 2316 + 92 *b* Diehl)

]. ω [
] ηρ. [
]. τάτην [
]. έ γ' ἠείδεε κα. [
]ρε [. ] ας
]. δ' ἀμήχανον τ. [
κ ]ακόν
ὀρ ]φανῶν μεμνημένο. [
φω ]νὴν κλύσας
κέ ]λευθον ὠκέως δι' αἰθέρος
λαιψηρὰ κυ]κλώσας πτερά
]. ἢ.. ·σὸς δὲ θυμὸς ἔλπεται

La reciente publicación de este fragmento papiraceo, cuyo v. 11 es completado por uno ya conocido, permite decidir a favor de la interpretación de este verso por Diehl contra la de Lasserre. Los últimos versos se refieren, evidentemente, a que el águila, una vez robadas las crías de la zorra, vuela a su nido y lanza a ésta palabras jactanciosas (1). Los primeros versos parecen referirse a los lamentos de la zorra al darse cuenta de su desgracia.

A continuación viene

29 (92 a Diehl)

Ὁρᾷς ἵν' ἔστ' ἐκεῖνος ὑψηλὸς πάγος
τρηχύς τε καὶ παλίγκοτος;
Ἐν τῷ κάθημαι σὴν ἐλαφρίζων μάχην.

Es la continuación de la jactancia del águila, como admite la interpretación tradicional. Lasserre cree que este fragmento es continuación del 31 y que el conjunto representa la súplica de la zorra a Zeus. Pero el contexto de Atico (2), que es nuestra fuente, hace ver claramente que la altura del monte en que se ha refugiado el águila es una defensa contra la zorra (3); sería absurdo que hiciese esto para defenderse de Zeus (4). Además, Lasserre se ve forzado para defender su interpretación a leer tras el último verso un πύγαργος ὄρνις que ha conjeturado no sobre un manuscrito, sino sobre un añadido renacentista (5).

---

(1) Cf. el escolio κατσιρωνεύεται.

(2) En Eusebio, *Praep. Evang.* 795 A.

(3) Ἐπὶ τοῦτον τὸν ὑψηλὸν πάγον τὸ δριμὺ καὶ πανοῦργον ἐκεῖνο θηρίον ἀνελθεῖν ἀδύνατον y lo que sigue.

(4) Lasserre lee κάθηται siguiendo a Atico, que, como dice Diehl *ad l., suae orationi accommodauit.*

(5) Cf. Masson, *l. c.*, pág. 312. Véanse otros argumentos contra la reconstrucción de Lasserre en Rivier, *l. c.*, pág. 465.

30 (94 Diehl)

Ὦ Ζεῦ, πάτερ Ζεῦ, σὸν μὲν οὐρανοῦ κράτος,
σὺ δ' ἔργ' ἐπ' ἀνθρώπων ὁρᾷς
λεωργὰ καὶ θεμιστά, σοὶ δὲ θηρίων
ὕβρις τε καὶ δίκη μέλει

Es la súplica de la zorra a Zeus ante el crimen del águila.

31 (P. Oxyrh. 2315)

Fr. 1

]δας φέρων
]. αδ' οὐ κακὴν [[ο]]π[α
ἀ]πτῆνες δύο
]. γῆς ἐφ' ὑψηλῷ π[άγῳ
]νεοσσιῇ [
]προύθ[η]κε[. ]ηνδ [
]. εχο. [
]αδ... [
]φω. α [

Fr. 2

]σελης·
]καρδίην δο. [
]. [
]σ. [...] [
]εν [

Sin duda aquí se narraba cómo el águila, tras sus palabras jactanciosas, dichas desde el aire, iba a su nido, situado en una elevada roca, donde le aguardaban sus dos polluelos. A juzgar por la fábula en prosa, es ahora cuando devora con ellos a las crías de la zorra. No hay que identificar este fragmento con el 32 por causa del προύθ[η]κε, pues lo que sigue en el papiro es incompatible con aquel; por tanto, no creo acertada la suposición de Lobel de que el fragmento se refiere a cuando el águila incendia a su nido sin querer. Las

acotaciones marginales (que no transcribo) no son inteligibles y menos que ninguna el πυροσαμ. [ que va sobre 1, 5 y en que se apoya Lobel para su hipótesis; mi impresión es que no se trata de glosas o varias lecciones, sino de un texto independiente copiado a lado en época posterior. Esto en cuanto a las acotaciones del fr. 1; las de 2 son de otro tipo de letra y la primera (κατειρων[εύεται) se refiere al sentido general del fragmento, cuya pequeña extensión hace que quede sin aclarar.

32 (90 Diehl + 132 Bergk)

προύθηκε παισὶ δεῖπνον αἰηνὲς φέρων·
πυρὸς δ' ἐν αὐτῷ ψεφάλυξ...

El águila lleva a sus crías carne robada en un altar; en ella va una brasa. La atribución del primer verso al epodo, basada en la versión en prosa, es de Schneidewin; la unión de ambos, un acierto evidente de Lasserre. Del resto de la fábula, en el cual ardía el nido del águila, muriendo los polluelos al caer al suelo, no hay rastro alguno en los fragmentos de Arquíloco. Pasamos, pues, a la parte final del epodo.

* 33 (91 Diehl)

ὡς δ' ἂν σε θωϊὴ λάβοι.

De admitirse que el verso es de Arquíloco y que si en Calímaco fr. 195, 22 Pfeiffer aparece también, se trata de un préstamo del autor alejandrino—como me parece lo más probable—, seguramente habría que colocarlo aquí y traducirlo «de igual modo te podría llegar el castigo». Lasserre cree que el fragmento pertenece a la invectiva inicial contra Licambes e interpreta (1): «tú habías jurado que estabas dispuesto a sufrir el castigo si rompías el juramento», lo que es totalmente antigramatical. Mi traducción es igualmente la única posible en Calímaco, donde a ‹ὡς› —restituído sobre nuestro

(1) Pág. 36.

pasaje—precede pausa y un ejemplo de castigo, o, tal vez, una serie de amenazas. Luego sigue una de advertencias. En mi opinión todo el pasaje es una imitación de Arquíloco, del que se toma este verso completo (cf. v. 20 κεραυνώσῃ así como v. 80. ἄ, μή με ποιήσῃς γέ[λω y Arquíloco fr. 22, 4) (1).

34 (95 Diehl)

ὅρκον δ' ἐνοσφίσθης μέγαν
ἅλας τε καὶ τράπεζαν

No es imposible que este fragmento, en el que Arquíloco acusa a Licambes, pertenezca a la invectiva inicial, como cree Lasserre; pero es más verosímil esta otra colocación, pues se trata ahora de justificar la amenaza representada por la fábula y, además, el fragmento siguiente garantiza que al final del epodo Arquíloco volvía a diriguirse a Licambes:

35 (189 Bergk + 93 Diehl)

...πύγαργος... μή τευ μελαμπύγου τύχῃς

lo que quizá deba integrarse en un trímetro:

πύγαργος <εἶ>· μή τευ μελαμπύγου τύχῃς.

Lo que considero en todo caso probado en mi trabajo ya citado de la *Revue de Philologie* es que ambos fragmentos se seguían y deben interpretarse así: «eres un águila de cola blanca (o sea, un quebrantahuesos, que tenía con razón fama de ave cobarde) ...ten cuidado no

(1) Esta es también la opinión de Pasquali, *St. It. Fil. Clas.* 1933, pág. 169 sigs. y la de Lasserre, pág. 36 sigs. Sin embargo, Pfeiffer, *Philologus* 1933, pág. 265 sigs. cree que el verso es en realidad de Calímaco. La cita que lo atribuye a Arquíloco está en el *Etymologicum Magnum s. u.* ἀθῶος.

vayas a encontrarte con una de cola negra (el águila imperial o μελανάετος, la más fuerte de todas)». O sea: «eres un cobarde que abusa de su fuerza: mira no te encuentres con alguien más poderoso», lo que, naturalmente, exige la existencia en el epodo de la fábula del águila y la zorra, que queda de este modo confirmada. El «águila de cola negra» representa posiblemente una amenaza general, forjándose la expresión (1) sobre el tema del águila cobarde y rapaz, según es caracterizado por los antiguos el πύγαργος; aunque también puede ser que se aluda al castigo de Zeus, simbolizado por el águila negra. Este fué, en efecto, el dios que castigó al águila de la fábula.

La unión de los dos fragmentos, que garantiza su interpretación, se prueba mediante varios argumentos que aquí resumiré brevísimamente: tenemos testimonios de que Arquíloco hablaba de ambas águilas, oponiendo sus cualidades (2), así como de que la frase μή τευ μελαμπύγου τύχῃς se refería en él a una especie particular de águila (3); posteriormente se convierte en proverbial y se intrepreta como «no vayas a encontrarte con un hombre más fuerte que tú» (4), interpretación que arranca sin duda del contexto de Arquíloco. En Esquilo (5) el águila de la cola blanca y la negra se usan como símbolos para contraponer al cobarde (6) y el valiente, y esta caracterización se encuentra también en Aristóteles y Plinio (7): no es lógico, pues, separar en Arquíloco ambos fragmentos.

---

(1) E incluso la palabra μελάμπυγος (por μελανάετος): fuera de Arquíloco no es empleada más que en el sentido de «hombre fuerte», que procede de aquí.

(2) Cf. Tzetzes, *Ad Lycophronis Alexandram* 91.

(3) Sch. B a Ω 315. Es el más antiguo testimonio de la frase, pues remonta a Porfirio.

(4) Cf., por ejemplo, Suidas *s. u.* μελάμπυγος.

(5) *Agamemnón* 115.

(6) Cf. también Sófocles, fr. 1085 Pearson.

(7) Cf. la caracterización de ambas en Aristóteles *H. A.* 618*b* 18 y Plinio *N. H.* X 6.

* 36 (87 Diehl)

ἐμεῦ δ' ἐκεῖνος οὐ καταπροΐξεται.

De pertenecer este fragmento a nuestro epodo (y no, por ejemplo, al II), es fácil que proceda de este contexto en que Arquíloco amenaza a Licambes. Tampoco es imposible que pertenezca a un yambo.

Como se habrá observado, todos los fragmentos hasta ahora estudiados, salvo dos (el 25 y el 35) proceden de los que Lasserre atribuye al epodo I, aunque el orden y la interpretación varíen a veces. Expondré ahora cuáles son los que él atribuye a nuestro epodo sin razones de verosimilitud, a lo que creo. Son los siguiente:

1 *e* L. (101 Diehl)

λείως γὰρ οὐδὲν ἐφρόνεον.

La traducción de Lasserre (por lo que deja ver el contexto) «pues no sabía absolutamente nada» (Arquíloco de las acusaciones de Licambes) es equivocada; si λείως es igual a τελείως, como dicen los lexicógrafos, ha de significar por fuerza «pues no tenían (o tenía) ninguna sensatez», ya que φρονέω no significa «saber». Además el sentido que se obtiene no es bueno: ¿cómo Arquíloco podía ignorar la acusación de ser hijo de una esclava que, según Lasserre, Licambes le hacía?

1 *f* L. (Cratino fr. 130 Kock)

Λυκαμβὶς ἀρχή.

Con esta expresión Cratino caracteriza la función del arconte polemarco, defensor de las hijas epicleras; es una ocurrencia del cómico ateniense basada en el papel de defensor de Neóbula que Licambes se atribuye, pero no un fragmento de Arquíloco, cosa que por lo demás no pretende Lasserre, aunque como fragmento lo numera.

1 *h* L. (49 Bergk)

Arquíloco, según este pasaje de Critias, era hijo de una esclava. El dato podía estar tomado de contextos de Arquíloco muy diferentes.

1 *q* L. (199 + 113 Bergk)

ὡς ψαύστ' ἄγειν θαργήλια.

Es una conjetura de Lasserre al fragmento corrompido 113 Bergk, apoyándose en el 199. La paleografía y el sentido tienen tan fuertes objeciones en contra (1) que debe ser rechazada.

1 *s* L. (29 Diehl)

Ζεῦ πάτερ, γάμον μὲν οὐκ ἐδαισάμην.

Esta invocación semeja el comienzo de un poema; y como Calímaco ha escrito uno en este metro (trímetro yámbico acéfalo), es fácil que ya Arquíloco lo hubiera empleado como estíquico. La manera de citarlo Hefestión favorece también esta manera de ver (2).

Habrá podido verse que el epodo de Arquíloco resulta completamente claro en su desarrollo; nada hay de hipotético en mi reconstrucción que pueda, si no es acertado, afectar al conjunto de la misma. Voy a hacer unas observaciones sobre el epodo desde el punto de vista literario. Ni en cuanto a las ideas ni en cuanto a la forma presenta la extrema independencia de la tradición anterior que se suele atribuir a Arquíloco. Hesíodo reprendiendo a Perses e ilustrándole sobre el castigo que envía Zeus al que obra contra la Justicia, me parece un modelo evidente. El procedimiento homérico de acom-

(1) Cf. Cantarella, *l. c.*, pág. 507; Masson, *l. c.*, pág. 312; Rivier, *l. c.*, pág. 465.

(2) Es hipótesis de Masson, *l. c.*, pág. 507.

pañar el razonamiento que se hace a un héroe con un mito, cuya consecuencia se saca al final—recuérdense las figuras de Néstor y Fénix—aparece aquí reproducido fielmente, sólo que el mito heroico se sustituye por algo más popular: una fábula (1). Sin embargo, en el mismo Hesíodo hallamos ya fábulas en lugar de mitos (y también historias poco heroicas, como la de Prometeo) desempeñando esa función. Concretamente, nuestro epodo parece imitar el conocido pasaje de *Los Trabajos y los Días* en que se nos cuenta la fábula (αἶνος, igual término que en Arquíloco) del halcón y el ruiseñor (2): si Hesíodo quiere mostrar a los jueces de Tespias y a su hermano Perses que entre las bestias prevalece la ley de la *hybris*, pero entre los hombres debe imperar la justicia, Arquíloco va más lejos y en su epodo extiende la ley de la Justicia, defendida también en él por Zeus, a hombres y bestias: σὺ δ' ἔργ' ἐπ' ἀνθρώπων ὁρᾷς / λεωργὰ καὶ θεμιστά.

Así, el αἶνος cumple en el poeta de Paros su papel exhortativo mucho mejor que en Hesíodo (3).

Con esto están indicados los verdaderos modelos de la estructura general del epodo; si ésta es sensiblemente igual a la normal en la lírica coral, ello se debe sin duda a que los modelos de ambas son los mismos. Lo que verdaderamente hay de nuevo en Arquíloco es la vivacidad de la expresión, su vehemencia (que prescinde de una invocación a Zeus como la de Hesíodo) y el equilibrio ya clásico que ha sabido prestar al tipo de composición que usa, tomado de la tradición épica y didáctica.

---

(1) Ya Rivier, *l. c.*, pág. 468, piensa que la fábula tiene en Arquíloco un valor de παράδειγμα, como el mito en Homero, y critica el punto de vista de Lasserre, que ve en ella un puro artificio para presentar a sus personajes, lo que ciertamente no se ajusta bien al espíritu de la época arcaica ni menos al de Arquíloco, cuya franqueza y libertad no conocen límites.

(2) Vv. 202 sigs.

(3) A lo cual debe atribuirse que el de éste no haya entrado en las colecciones de fábulas en prosa, que consideraron la del águila y la zorra la primera digna de ser recogida, como vimos.

## EPODO II

Que existió un epodo de Arquíloco que atacaba a un flautista acusado de lascivia y degeneración, lo sabemos por el *Etymologicum Magnum* s. u. μύκλος y por los escolios de Tzetzes a Licofrón (al v. 771). Estos testimonios afirman que el flautista en cuestión se llamaba Μύκλος; Lasserre ha demostrado muy bien (1) que en realidad μύκλος es un adjetivo, cuyo sentido es el arriba mencionado (2). La hipótesis de que el flautista en cuestión se llamaba Quido (Χειδός), basada únicamente en que Arístides, en la lista de personas atacadas por Arquíloco (3), le colocaba a continuación de Licambes, es completamente insegura. Lo que sí parece probado es que el poema de Arquíloco en que se atacaba al flautista era un epodo, a juzgar por una imitación evidente de Virgilio en el epodo II del Catalepton—ataque brutal contra un *cinaedus Lucius* que le había ofendido—y por la de Horacio en su epodo VI—ataque igualmente violentísimo contra alguien que le había ofendido—; ambas imitaciones son del tipo epódico I. Estas conclusiones son de lo más seguro del libro de Lasserre (4).

Hay dos fragmentos, por tanto, que pueden ser atribuídos con seguridad a este epodo: μύκλος (no sabemos en qué caso) y κεραύλης, nombre con que Arquíloco, según Pollux (5), designaba al flautista. Son mis números 43 (183 Bergk) y 44 (172 Bergk).

---

(1) Pág. 59 sigs.

(2) Sentido amplio y no el concreto de «invertido» que quiere darle Lasserre. Cf. Masson, *l. c.*, pág. 313. Los fragmentos que al epodo atribuye Lasserre hacen evidente esta interpretación.

(3) II, 380 Dindorf.

(4) Ya Olivier *(Les Epodes d'Horace,* 1917, pág. 70) había visto que ambos poemas latinos tenían el mismo modelo y que este modelo debía de ser Arquíloco. A Lasserre se debe la atribución al mismo de los fragmentos que estudio a continuación.

(5) IV, 71.

El casi exacto paralelo con Virgilio v. 14 *(udaeque... nates)*, nos da un fragmento verosímil, mi número * 38 (140 Bergk): παρδακὸν δ' ἐπίσιον. Aún hay otros fragmentos de entre los que Lasserre atribuye al epodo que alcanzan igualmente esta verosimilitud. Hélos áquí:

* 39 (102 Diehl)

ἡ δὲ οἱ σάθη
ὡς εἴ τ' ὄνου Πριηνέος
κήλωνος ἐπλήμυρεν ὀτρυγηφάγου.

Este fragmento probaría definitivamente que el epodo pertenece por su métrica al tipo epódico I. Como μύκλος significa «garañón» y κήλων también, es muy posible que ambos fragmentos se refieran al mismo personaje.

* 40 (2 *e* Lasserre)

Σαβάζιοι

* 41 (165 Bergk)

διεκτενισμένοι

* 42 (179 Bergk)

λέγαι γυναῖκες.

Todos estos fragmentos parecen referirse a los compañeros del flautista. Los sabacios eran atacados por Arquíloco según Enomao de Gadara (1), quien los identifica con los κίναιδοι (cf. la referencia a los misterios de Cotito en Virgilio v. 19); λέγαι γυναῖκες lo decía Arquíloco de hombres y no de mujeres (2); y διεκτενισμένοι, una vez admitidos los dos frag-

(1) Pág. 57 sig., Vallette.

(2) Véase Epafrodito en *Etym. M.* 152, 52, y cf. Virgilio, v. 17 *femina*.

mentos anteriores, podría referirse aquí, aunque es menos seguro que implique una acusación de afeminación. De otro lado, Lasserre atribuye aún a nuestro epodo

* 45 (Ad. Iamb. 1)

περὶ σφυρὸν παχεῖα, μισήτη γυνή.

Efectivamente, este verso, que encajaría muy bien en nuestro epodo (cf. Virgilio v. 40 *pedes inedia turgidos*), por su metro y sentido no puede colocarse más que aquí o en el epodo IV; también podría pertenecer a los yambos. Pero el paralelo de Virgilio hace esta colocación más verosímil (1). Finalmente, es posible que Arquíloco, como sus imitadores latinos, comenzara este ataque aludiendo a los que él había tenido que sufrir primero. Según Lasserre, el comienzo sería el verso

* 37 (103 Diehl)

Πόλλ' οἶδ' ἀλώπηξ, ἀλλ' ἐχῖνος ἓν μέγα.

Lasserre demuestra claramente que Arquíloco lo tomó del Margites y que lo utilizaba a manera de proverbio, citando su fuente (2).

Como puede verse, admito en general las reconstrucciones de Lasserre (de sus fragmentos sólo atribuyo uno, ἄκουε δὴ κακοῦ λόγου, a otro lugar), pero con ciertas reservas:

1. Lo único verdaderamente seguro es que Arquíloco atacaba a un flautista (κεραύλης), calificándole de μύκλος.

---

(1) Pero no lo es en modo alguno que se refiera a Neóbula, pues la calificación de παχεῖα que le daba Arquíloco procede del epodo VIII (véase más adelante). El atacado era sin duda el flautista o un amigo suyo; μισήτη significa «lasciva».

(2) Por lo demás, si Arquíloco hubiera escrito una fábula sobre el erizo y la zorra, como quiere Bowra (*C. R.* 1940, págs. 26-29), habría rastro de ella en las colecciones anónimas. Bowra no aporta prueba alguna a favor de su tesis.

2. La atribución al epodo de una serie de fragmentos sobre la lascivia y degeneración ya de un hombre, ya de varios, es solamente verosímil. La ordenación de estos fragmentos, si se les admite, ha de ser por fuerza arbitraria. También es solamente verosímil la atribución al epodo de 36 (103 Diehl) en concepto de verso inicial. El nombre del flautista es desconocido: puede ser Quido, puede ser otro.

3. No admito las deducciones sacadas por Lasserre de la comparación con el epodo II del Catalepton virgiliano, consistentes en que el flautista es hermano de Neóbula e hijo de Licambes. El que una hermana del Lucio del Catalepton se hubiera prostituído no tiene por qué ser traído aquí a colación; el mismo Lasserre admite (1) que los hermanos y el tío de Lucio no provienen del modelo griego, siendo lícito admitir que tampoco proviene de él su hermana. El que el personaje atacado en el Catalepton tuviera una hermana a la que también se quería atacar, no prueba, en efecto, que en el modelo hubiera igualmente una hermana atacada. Además, el mismo Lasserre admite (2) que la tradición nada sabe de un hijo de Licambes, de lo que deduce que ni éste ni Neóbula serían nombrados en nuestro epodo, con lo que se hace muy difícil comprender cómo era dado a conocer el supuesto parentesco del flautista.

## EPODO III

También en la edición del tercer epodo sigo fundamentalmente la reconstrucción de Lasserre, eliminando únicamente algunos de sus fragmentos y señalando cuáles de entre los que admito resultan seguros y cuáles solamente verosímiles.

Se trata de la fábula del león, la zorra y el ciervo, que sin duda sería un ejemplo enmarcado en un cuadro más amplio —como ocurre en el epodo I—, cuadro que es imposible de adivinar, ya que la hipótesis sentada por Lasserre es de todo

(1) Pág. 73.
(2) Véase pág. 73 y nota.

punto deleznable, como veremos. La fábula, que nos es conocida por la versión de Babrio, es en sustancia la siguiente: el león, enfermo, pide a la zorra que traiga con engaños al ciervo, a fin de devorarle. La zorra se dirige a él y le dice que quiere darle el reino de los animales salvajes; llegado el ciervo a la caverna del león, éste alcanza a herirle sólo en la oreja y el ciervo huye. De nuevo la zorra logra encontrarle, y le habla pidiéndole que vuelva, pues sólo se ha tratado de una caricia del león, lo cual le confirma con juramento. Finalmente, el ciervo es devorado por el león; la zorra, por su parte, se apodera del corazón y lo devora, negando al león que tuviera corazón un animal que entró dos veces en su caverna. Este es el esquema de la fábula 95 de Babrio, que, como todas las suyas, debe de depender de un modelo en prosa (1).

Hemos de probar ante todo que esta fábula figuraba en Arquíloco. Ello se demuestra por el fragmento 50 (188 Bergk) πρόξ, que significa ciervo; y sobre todo por el

53 (3 *k* Lasserre)

ἐπεὶ λέοντος αὖτις ἦλθεν ἐς σπέος
νηδὺν ἄνανδρος ἐρράγη,
ἄφυζα δ' εἶχε δαῖτα πίνουσ' ὀστέων
μυελόν...
σαρκὶ τρεφομένη...

Este fragmento es una brillante restitución de Lasserre, basada en los escolios a la Ilíada (2) y en la imitación del poeta bizantino Constantino de Rodas. Puede tenerse alguna duda en el detalle (3), pero de que Arquíloco hablaba de un animal devorado por el león, llamado ἄφυζα, en su

(1) La fábula anónima 200 Chambry, que Lasserre también utiliza, pertenece a la paráfrasis bodleiana, versión en prosa de Babrio de época bizantina. Pierden, pues, valor todos los argumentos de Lasserre que se apoyan en ella.

(2) A Φ 528 (incluído entre ellos P. Ox. 221, fr. *e*, l. 2-7).

(3) Elimino en el v. 4 τέ οἱ ἐγκάτοις, cuya sintaxis es imp sible.

caverna, no hay duda. Si con este dato buscamos entre los fragmentos de Arquíloco paralelos a la fábula tal cual la cuenta Babrio, hallamos algunos literales:

51 (97 Diehl)

πάρελθε, γενναῖος γὰρ εἶ.

La zorra invita a entrar al león por segunda vez; cf. Babrio v. 81: ἀλλ' ἐλθέ, καὶ τὸ λοιπὸν ἴσθι γενναῖα.

52 (99 Diehl)

ναὶ ναί, μὰ μήκωνος χλόην.

Es el juramento de la zorra; cf. Babrio v. 83 ὄμνυμι γάρ σοι φύλλα πάντα καὶ κρήνας.. Posiblemente, no se trata de una parodia de juramento, pues la adormidera era una planta consagrada a Demeter y otros dioses (1).

La atribución de los demás fragmentos es solamente probable. Helos aquí por orden:

* 46 (46 Diehl)

Μετέρχομαι σε σύμβολον ποιευμένη.

El σύμβολον ποιευμένη debe traducirse por «considerando un buen presagio» (el hallarte). Cf. Babrio v. 13: ἔσαινε δ' αὐτὴν πρῶτον, εἶτα καὶ χαίρειν / προσεῖπε, χρηστῶν τ' ἄγγελος λόγων ἥκειν.

* 47 (186 A Edmonds)

ὀρεσκόος

* 48 (186-Bergk)

αἷμα μυδαλέον

(1) Cf. Steier en *R. E.* XXX Hb., col. 2445-46. Véase también una serie de juramentos por la col, otra planta sagrada, recogidos de diversos autores jónicos por Ateneo 370 B.

* 49 (98 Diehl)

πτώσσουσαν ὥστε πέρδικα.

El ciervo tiene miedo al volver a encontar a la zorra (cf. Babrio v. 59: ἐλάφου δὲ φρὶξ ἐπέσχεν ὦτα καὶ κνήμας). Continúan luego los fragmentos que hemos considerado como los más seguros: el nombre del ciervo (50: tal vez la zorra lo pronunciara al dirigirse a él en esta ocasión), la invitación de la zorra a que entre en la cueva (51), su juramento (52), la muerte del ciervo (53).

Después de aceptar todas estas cosas de Lasserre, vamos a señalar los fragmentos que, contrariamente, nos parecen extraños al epodo: son los siguientes (empleo su numeración):

3 *c*

Se trata de Solón 8, 5 sigs. y Platón *República* 364 C-D. En uno y otro pasaje (1) el seguir las huellas de la zorra—y mejor aún el dejarla atrás—es considerado como propio del hombre astuto. Por tanto, se trata de una alusión al carácter generalmente atribuído a dicho animal y no de ningún modo al epodo presente, en el cual la zorra conduce precisamente a la víctima a su perdición.

3 *g* (96 Diehl)

χολὴν γὰρ οὐκ ἔχεις ἐφ' ἡπάτι.

No puede en modo alguno referirse al ciervo, de quien precisamente Babrio (v. 60) nos dice que tiene χολή «ira». Además, χολή no significa «valor», como piensa Lasserre cuando cree que son palabras de la zorra recriminando al

(1) Solón: ὑμέων δ' εἷς ἕκαστος καθ' ἁλώπεκος ἴχνεσι βαίνει ; Platón: τὴν δὲ τοῦ σοφωτάτου Ἀρχιλόχου ἁλώπεκα ἑλκτέον ἐξόπισθεν κερδαλέαν καὶ ποικίλην.

ciervo para incitarle a ir a ver al león. De otra parte, el verso que Lasserre quiere reconstruir (ὦ πρόξ, χολὴν γὰρ οὐκ ἔχεις ἐφ' ἡπάτι) no tiene sintaxis; pero, sobre todo, el fragmento encaja con toda perfección en el epodo V, como veremos (1).

### 3 *l* (138 Bergk)

...ἵνας δὲ μεδέων ἀπέθρισεν

Este fragmento (2) no es imposible que pertenezca a la escena de la muerte del ciervo, pero no hay ningún paralelo en Babrio que lo haga verosímil. Lasserre le da una interpretación erótica: el león es Neóbula vieja, cuya sensualidad conocemos por otros epodos.

Este tema parece ser, en efecto, el del epodo siguiente, pero aquí resulta incongruente, y mucho más aceptando Lasserre (3) que el ciervo es el general Glauco y que el epodo trata de las elecciones (?) para enviar una expedición a Tasos. Los rivales de Glauco estarían retratados en el cerdo, el oso y la pantera de que habla Babrio (v. 17 sigs.) y sobre todo en el mono que aparece en la paráfrasis de Babrio y que Lasserre cree que procede de Arquíloco, del cual vendría, si acaso, el lobo, que aparece en Babrio (v. 78) en vez del mono, original precisamente de dicha paráfrasis. El mono sería el Pericles del fragmento 78 Diehl, caracterizado por su glotonería (4). En cuanto a la zorra, parece entender que

---

(1) Es curioso que fuera este fragmento el primero atribuído (por Bergk) a la fábula que nos ocupa; sin razón, como acabamos de ver.

(2) No hay razón métrica alguna para dividirlo entre el fin de un dímetro y el comienzo de un trímetro, como hace Lasserre (ἵνας δὲ μεδέων / ἀπέθρισε). Es más bien el fin de un trímetro con cesura pentemímeris (lo que evita el final —⏑⏑ ⏑— en un dímetro, que es anormal).

(3) Pág. 105.

(4) Estos son los animales que en la fábula de Babrio la zorra cita al ciervo como pretendientes a la sucesión del león. Es fácil que no procedan de Arquíloco y se trate de un añadido del fabulista.

era el propio Arquíloco. Todo esto carece tan por completo de fundamento que no necesita una refutación detenida. Contentémonos con afirmar otra vez que ignoramos el fin con que Arquíloco relataba esta fábula. Lo único que estamos autorizados a suponer, basados en la utilización de las fábulas en otros epodos y en nuestro conocimiento de la mentalidad griega arcaica, es que Arquíloco disuadía a alguien de aceptar una protección peligrosa.

## EPODO IV

Mientras que la existencia del epodo anterior, ya antes sospechada, parece firmemente establecida después del libro de Lasserre (1), la del cuarto puede prestarse a la duda; por ejemplo, della Corte (2) ha negado decididamente su existencia y en realidad a lo más a que se puede aspirar es a hacerla verosímil, ya que no segura.

Según Lasserre, una primera parte contaría la fábula del león enfermo que quiere atraer a su cueva a la zorra para devorarla, a lo que ella contesta con la observación de que ve huellas de muchos animales que entraron, pero no de ninguno que saliera. Una segunda parte aplicaría la fábula a los intentos de Neóbula, ya vieja, de lograr el amor de Arquíloco.

Vamos a seguir aquí un orden inverso al empleado hasta ahora, desechando, primero una serie de fragmentos de Arquíloco que, aun de existir el epodo, no pueden pertenecer a él, o, al menos, no hay indicios a favor:

### 4 *b* (100 Diehl)

ἔμπλην ἐμεῦ τε κἠφ' ὁδοῦ.

(1) Mejor dicho, de su trabajo anterior sobre este tema, publicado en *M. H.* 1948, pág. 6 sigs.

(2) *L. c.*, pág. 166.

El león suplicaría a la zorra que entrara. Pero A. Colonna (1) ha probado que la verdadera lección es ἔμπλην ἐμεῦ τε καὶ Φόλου, lo que excluye que el fragmento pertenezca a este epodo.

4 *d* (162 Bergk)

διαβεβωστρυχωμένον.

No significa otra cosa que «con el cabello formando bucles», de modo que nada obliga a que pertenezca a este epodo. Lasserre conjetura διαβεβωστρυχωμένη (los manuscritos dan διαβεβωστρυχημένον y -ασμένον), pero esta conjetura no tiene apoyo serio. Aunque se aceptara, quedaría que el *discerniculum* «peine», de que habla Lucilio en un pasaje reputado paralelo (v. 991) nada tiene que ver con los bucles, de modo que continuaríamos sin argumentos para colocar el fragmento en el epodo IV.

4 *g* (163 Bergk Adesp. Iamb. 8)

...δὶς τόση
Ξάνθη παλαιῇ γρηῒ πολλῇσιν˙φίλη.

Es la unión arbitraria de 163 Bergk con un fragmento anónimo que nada indica que sea de Arquíloco. Ni la fábula en sí, ni la versión que da Lucilio, admiten la interpretación de una Celestina, como propone Lasserre.

4 *h* (43 Diehl)

ἴστη κατ' ἠκὴν κύματός τε κἀνέμου

Se trataría del marido de Neóbula, ausente en el mar. Veremos que este marido no existió. Además, el verso difícilmente admite esa interpretación.

---

(1) *L. c.*, pág. 78. Véase también lo que digo en «Nouveaux fragments...»

En suma, nos quedamos con tan sólo dos versos pertenecientes a la primera parte, o sea a la fábula (doy mi numeración):

* 54 (137 Bergk)

...φθερσὶ μοχθίζοντα...

* 55 (197 Bergk)

...φλύος...

Aludirían, respectivamente, al estado lamentable en que se encontraba el león y a la charla de la zorra, que supuestamente buscaba el primero como distracción. A continuación vienen los versos que en mi edición, siguiendo a Lassarre, pero ordenando en forma diferente los fragmentos y añadiendo el último, atribuyo a la segunda parte de la fábula: los intentos de Neóbula para atraerse a Arquíloco.

* 56 (24 Diehl)

οἴην Λυκάμβεω παῖδα τὴν ὑπερτέρην.

Para Lasserre es οἴην e indica la soledad de Neóbula, abandonada por su marido. Al leer οἴην interpreto que comienza aquí la aplicación de la fábula a la vida real: cf. en el epodo I el fragmento 33: ὡς δ' ἄν σε θωϊὴ λάβοι. Οἷος no tiene nunca el sentido que le da Lasserre. En cuanto a ὑπερτέρην, le atribuyo con Hauvette, Gallavotti y otros (1) el sentido normal de «mayor de edad»; los escoliastas de Homero, que son nuestra fuente, cometen una falsa interpretación al entender «menor».

* 57 (4 *k* Lasserre)

φωνὴν ἐφηδύνουσα λεπτον...

(1) Hauvette, *Archiloque* 1905, pág. 73, n. 1; Gallavotti, *Lira Ellenica* 1949, pág. 32.

Neóbula dulcifica su voz para atraer a Arquíloco. La restitución del fragmento a partir de Luciano *Amores* 3 es de Lasserre.

* 58 (124 Bergk)

πάντ' ἄνδρ' ἀπεσκόλυπτεν...

Alude a los vicios de Neóbula.

* 59 (101 Diehl)

λείως γὰρ οὐδὲν ἐφρόνεον.

Indica la insensatez de las anteriores víctimas de Neóbula. En cambio, Arquíloco, como la zorra, no entrará en la cueva del león.

Como ya adelanté, ni uno solo de estos fragmentos puede por sí mismo atribuirse sin reservas al epodo. El * 54 convendría igualmente al anterior y el * 55 a cualquier pasaje en que Arquíloco hablara de su propia poesía (lo que ciertamente reconoce Lasserre). Si a pesar de ello creo que la construcción de Laserre puede en líneas generales sustentarse, es por lo que sigue.

Lasserre admite que Lucilio vv. 970 sigs. imita a Arquíloco, al que desde luego ha leído (cf. v. 998). Lucilio cuenta primero la fábula que nos ocupa y luego la historia de cierto soldado que marcha a la guerra y cuya mujer le es infiel en su ausencia, pero logra luego atraerle con halagos. Arquíloco habría tratado un tema semejante. Para mí la prueba mejor de que Lucilio, al unir la fábula y la narración que la sigue, imita un modelo anterior, es que la fábula es inadecuada a dicha narración: sin duda Lucilio alteró el relato de Arquíloco para adaptarlo a los hechos de que quería ocuparse, pero en cambio respetó la fábula, con lo que resultó una incongruencia. En efecto, la fábula implica que la zorra no sucumbe a los halagos del león y que, además, no ha tenido nunca ninguna relación con él, lo cual no corresponde a la historia del

soldado y su mujer. Ahora bien, esta es precisamente la historia de Arquíloco y Neóbula, tal como la conocemos por los epodos I y VIII principalmente. Licambes ha rechazado a Arquíloco por su pobreza; ya vieja, Neóbula intenta vanamente atraérsele.

Ahora bien, el fragmento * 57 φωνὴν ἐφηδύνουσα λεπτόν sabemos por Luciano que se refiere a Neóbula y a Neóbula haciendo el amor a alguien. Si este alguien es Arquíloco—y ello es lo más verosímil—el pasaje ha de referirse por fuerza a sus intentos posteriores, conocidos por el epodo VIII sobre todo, no a la Neóbula joven, cuya voluntad era la de su padre. Claro que la cita podría proceder de algún otro epodo que tratara este tema; pero, aparte de que, fuera de éste, no conocemos ningún otro del tipo epódico I que tratara este tema, podemos aducir el paralelo de la fábula del león y la zorra en Babrio 103 (v. 5): φωνὴν βαρεῖαν προσποιητὰ λεπτύνων y en Lucilio v. 1005 sig.: *acri inductum cantu.*

Igualmente seguro, una vez que admitamos la existencia de la fábula en Arquíloco, es el fr. * 54 φθερσὶ μοχθίζοντα, que encuentra un paralelo exacto en Lucilio 980 *leonem... corruptum scabie;* no parece, pues, que deba referirse al león del epodo precedente, del que no se nos dice nada semejante (1). Me parece también verosímil que sea el león de esta fábula, que no logra saciar su apetito, al que se refiere Teognis vv. 293-4: οὐδὲ λέων αἰεὶ κρέα δαίνυται, ἀλλὰ μιν ἔμπης / καὶ κρατερόν περ ἐόνθ' αἱρεῖ ἀμηχανίη. La fábula era conocida también por Platón *Alcibíades I* 123 A. En época tardía tuvo mucha popularidad: cf., además de Lucilio y Babrio, la Fábula

(1) No sabemos a qué epodo o yambo hay que atribuir lo que dice el epigrama de Dioscórides (epitafio de las licámbides, en *A. P.* VII, 35). En él, las licámbides protestan de su inocencia y dicen que no encontraron a Arquíloco «ni en las calles ni en el templo de Hera». No hay motivo para referir estos datos al presente epodo y edificar luego sobre ello, como hace Lasserre. Igual hay que decir del nuevo epitafio de las licámbides (del siglo III a. de J. C.) encontrado recientemente en un papiro (cf. G. W. Bond en *Hermathena* 1952, pág. 3 sigs.).

Anónima 147 Hausrath, Horacio *Epístola I* 1 y Temistio *Oratio XIII* pág. 294 Dindorf (1).

En cambio, aun admitiendo la existencia del epodo, los fragmentos que aún nos quedan por examinar presentan una verosimilitud menor. El * 55 φλύος se apoya en la fábula de Babrio, v. 15 sig.: με ποικίλοις μύθοις / παρηγόρησον, apoyo que no es, ciertamente, decisivo. El * 56 οἵην Λυκάμβεω παῖδα τὴν ὑπερτέρην se adapta perfectamente al contexto del epodo y no conocemos ningún otro al que, dado que es un trímetro yámbico, pudiera pertenecer; pero no está excluído que provenga de los Yambos. Exactamente lo mismo hay que afirmar del * 58 πάντ' ἄνδρ' ἀπεσκόλυπτεν, cuya imitación por Catulo (2) garantiza que se refería a una mujer amada por el poeta, antes pura y ahora corrompida; si la imitación de Arquíloco es segura, como parece, esta mujer es evidentemente Neóbula, según se desprende claramente del epodo VIII. Finalmente, el fragmento * 59 λείως γὰρ οὐδὲν ἐφρόνεον lo atribuyo a este epodo—Lasserre cree que es del I— de una manera conjetural.

Resumo a continuación mis aportaciones al conocimiento de este epodo, el descubrimiento de cuya existencia se debe a Lasserre, que en este caso no tenía ningún precedesor:

1. He eliminado una serie de fragmentos que no sólo no son de este epodo, sino que con lo arbritario de su colocación extienden la sospecha al resto de la reconstrucción. Igualmente, creo falso el exacto paralelismo entre el relato de Arquíloco y la narración de Lucilio sobre el soldado y su mujer: como en el epodo II, la imitación del poeta latino consiste solamente en tomar el tema general para precisarlo en un sentido nuevo, ya que los personajes que son atacados o criticados son sin duda reales. Al eliminar los fragmentos 4 *g* y 4 *h* Lasserre

(1) Lasserre utiliza como más antigua la versión siríaca derivada de la fábula griega, como ya anticipamos.

(2) Carmen 58: *Caeli, Lesbia nostra, Lesbia illa / illa Lesbia, quam Catullus unam / plus quam se atque suos amauit omnes / nunc in quadriuiis et anguiportis / glubit magnanimos Remi nepotes.*

quito la justificación que podía tener la existencia en Arquíloco de una infidelidad de Neóbula durante una ausencia del poeta. Este, hay que afirmarlo tajantemente, nunca había tenido con ella una relación del tipo de la que supone Lasserre, pues en este caso la fábula del león a cuya caverna sólo se entra y no se sale, no encajaría en la historia.

2. Precisamente este argumento fundamenta mejor la existencia del epodo de Arquíloco, pues he hecho ver que la inadecuación de la fábula y el relato en Lucilio sólo se explica por un modelo en el que existiera completa adecuación. También el más detenido análisis del fragmento 56 hace ganar verosimilidad a la existencia del epodo en Arquíloco.

Para concluir: en el epodo IV, cuya existencia es verosímil, aunque no segura, Arquíloco rechazaba las pretensiones de Neóbula, vieja y corrompida, con el ejemplo de la zorra rechazando los peligrosos halagos del león. La fábula cumple, pues, la misma función de παράδειγμα de I, pero la composición del epodo es diferente: la fábula se presentaba, a lo que parece, directamente, y sólo al final se sacaba la consecuencia de la misma. Como el epodo hablaba de Neóbula en tercera persona (fragmento 56) no habría probablemente un *ex abrupto* inicial como el de I, cobrando así la fábula más relieve. Semejante debió de ser el caso, si no me engaño, del epodo siguiente.

## EPODO V

La reconstrucción de Lasserre, con la salvedad que diré al final, debe admitirse íntegramente, señalando tan sólo que es altamente probable, pero no segura. En efecto, lo realmente seguro es solamenté que Arquíloco atacaba a un adivino (1) y que a este ataque corresponde el fragmento 85 Diehl de Arquíloco que, como vimos, inicia los epodos del tipo II de la colección:

(1) Cf. Arístides II, pág. 380, Dindorf.

60 (85 Diehl)

Εὔτε πρὸς ἄεθλα δῆμος ἠθροΐζετο
ἐν δὲ Βατουσιάδης (1)

Al epodo correspondía también un fragmento que nos da el patronímico del adivino:

61 (6 *b* Lasserre)

... Σελληϊδέω...

Todo el resto de la reconstrucción se basa en la admisión de que la fábula anónima 170 Hausrath = 234 Ch. (2) procede de este epodo. En ella se cuenta la historia de un adivino al que le comunican que le han robado en casa; cuando se presenta allí, alguien le acusa de falso adivino que no ha previsto lo que más le interesaba. Ello es altamente probable, pero no seguro del todo. Por tanto, sólo es verosímil la pertenencia a este epodo de los fragmentos siguientes:

* 62 (154 Bergk)

...ἀγέρωχος...

* 63 (Adesp. Iamb. 3)

φοινικελίκτην καὶ λόγων ἀλάζονα

Ambos fragmentos aludirían al adivino.

* 64 (132 Bergk)

πόδες δὲ κεῖθι τιμιώτατοι.

---

(1) Ἄεθλα son «juegos atléticos»; no se trata de las supuestas elecciones para la jefatura de la expedición a Tasos, como cree Lasserre.

(2) La versión en verso que también utiliza Lasserre es de origen bizantino y sin valor.

El adivino se dirige a su casa. Nuestra fuente refiere el fragmento a un charlatán, lo que no deja de ser un apoyo para colocar aquí este fragmento y el 63.

* 65 (32 Diehl)

κατ' οἶκον ἐστρωφᾶτο μισητὸς βάβαξ.

Lleno de aturdimiento recorre en vano la casa.

* 66 (84 Diehl)

Ζεὺς ἐν θεοῖσι μάντις ἀψευδέστατος
καὶ τέλος αὐτὸς ἔχει.

Sólo Zeus, en cuyo poder está el cumplimiento de lo que anuncia, es un verdadero adivino. Aquí conviene añadir una observación, tomada de A. Rivier (1), y es la seriedad religiosa del arte de Arquíloco, demostrada por esta manera de hablar de Zeus, que en ningún modo desdeñaría la gran poesía. Hay, pues, en el epodo algo más que una «plaisante anecdote», como quiere Lasserre.

Tanto es así que—a mi ver—nada tendría de particular que el ataque de Arquíloco no se dirigiera realmente contra Batusíades; la bufa anécdota que de él se cuenta, sin duda bien conocida en Paros, era el equivalente de la fábula de otros epodos, es decir, se trataba de una advertencia o ejemplo, puesto por Arquíloco al adivino realmente atacado, al que acusaba sin duda de meterse en cosas ajenas abandonando las propias. Esta sustitución de la fábula por una anécdota no deja de ser interesante. Ahora bien, como sabemos que el fragmento 60 era el inicial del epodo, es evidente que éste tenía una composición semejante a la del IV (y no a la del I, con la fábula en el centro); la parte referente a la verdadera víctima de Arquíloco debía de ir entre los fragmentos 65 y 66, siendo este último muy probablemente el fin del epodo.

(1) *L. c.*, pág. 467.

## EPODOS VI y VII

La existencia de uno o varios epodos de Arquíloco cuyo protagonista es el mono, es evidente por varios fragmentos de Arquíloco y por una alusión de Arístides (1) a los «monos» (πίθηκοι) de nuestro autor. En Babrio y la Colección Augustana hay varias fábulas relativas al mono que han sido utilizadas para reconstruir el epodo o los epodos de Arquíloco de que no ocupamos.

Estas reconstrucciones son fundamentalmente tres: la de Luria (2), la de Immisch (3) y la de Lasserre en el libro que comentamos. La exposición sumaria de sus resultados respectivos preparará el camino para nuestro estudio.

Para Luria hay un solo epodo en que se hable del mono. Empezaría con los dos primeros versos del fragmento 81 Diehl (4). Después vendría la elección del mono como rey, conforme al escolio al pasaje de Arístides ya citado (5) y a una serie de datos procedentes de Aristófanes, Platón, Luciano y otras fuentes que nos presentan al mono como rey vestido con una piel de león, una capa de púrpura encima y unas sandalias doradas. La elección tendría lugar en un concurso en el cual el camello era derrotado y el mono se imponía como gran bailarín. Esto lo deduce de la combinación de los datos de varias fábulas esópicas de que luego hablaremos. A continuación vendría el fragmento 81 Diehl, versos 3-6,

---

(1) II, pág. 398, Dindorf.

(2) *Philologus* 1930, pág. 1 sigs.

(3) *Eine Epodos des Archilochos* (SBHAW, Ph.-H. Kl., 1930).

(4) He aquí el fragmento en cuestión: Ἐρέω τιν' ὑμῖν αἶνον, ὦ Κηρυκίδη, / ἀχνυμένη σκυτάλη.

(5) Cf. Lenz en *A. J. Ph.* 1945, pág. 39 sigs. Este autor deduce del estudio del escolio, muy alterado, que en la fábula había una lucha por el trono en la que cree que también participaba el camello, y que el escoliasta conocía dos obras de Arquíloco en las que intervenía el mono. Estos resultados coinciden, como se verá, con los nuestros, que han sido logrados por una vía muy diferente.

que interpreta como comienzo de la historia según la cual la zorra llevaba al mono engañado a ver unas tumbas, ante las que él se jactaba de que eran de sus antepasados, de lo cual se burlaba la zorra. Finalmente, todo según Luria, la zorra inducía al mono a coger la carne de una trampa, en la que quedaba preso; a este final, que al igual que la historia de las tumbas, está en las fábulas en prosa, atribuye los fragmentos 82 y 83 Diehl (1).

Immisch ha criticado la complicación de la fábula reconstruída por Luria, increíble en época antigua. Ha mostrado también que el fragmento 81 Diehl no puede dividirse en dos y que la interpretación de la historia de las tumbas como un engaño de la zorra es inverosímil. Asimismo, cree que el tema de la elección del mono como rey, por su triunfo en la danza, que está en la fábula 38 Chambry (= 83 Hausrath) es reciente y resulta de una combinación de 146 Chambry (tema del mono elegido rey) y 307 Chambry (= 85 Hausrath) (tema de la danza del mono); finalmente, no quiere admitir la existencia en Arquíloco del tema de la trampa, que presenta al mono como un carnívoro. En conclusión: Immisch renuncia a la solución de la mayor parte del problema, admitiendo, sin embargo, que puede haber varias fábulas, e intenta reconstruir una de ellas, la relativa a las tumbas (39 Chambry = 43 Hausrath y 8 Babrio).

Immisch cree que el στήλας de la fábula anónima debe proceder por corrupción de un antiguo τύλην de Arquíloco. Conjetura que en el fragmento 81 Diehl el mono, expulsado de la compañía de los animales, busca el consuelo de la zorra y habla a ésta de su nobleza; y cuando la zorra le objeta su τύλη o callo, el mono contesta que ya lo tenían sus antepasados: es una anécdota que Teofrasto aplica al δυσχερής de sus *Caracteres* y que Immisch quiere reconocer en Arquíloco. Pero la verdad es que no hay ningún punto de apoyo para ello. Immisch cree encontrar uno en el fragmento 83 Diehl τοίηνδ', ὦ πίθηκε, τὴν πυγὴν ἔχων; en el cual corrige πυγή en

(1) Ῥόπτρῳ ἐρειδόμενον y τοιήνδ', ὦ πίθηκε, τὴν πυγὴν ἔχων;

τύλη. Pero *a)* este fragmento pertenece a una fábula distinta: a la historia del mono cogido en la trampa (38 Chambry = 83 Hausrath) que nada tiene que ver con la del mono y las tumbas; y *b)* la corrección del πωγών que nos transmite nuestra fuente (1) en πυγὴν se defiende muy bien. Es, en efecto, la corrección más verosímil tanto aquí como en la fábula 38 Chambry, en la cual los manuscritos dan τύχην en el pasaje paralelo. El que la paráfrasis bizantina presente en algunos manuscritos ψυχήν no es motivo para corregir τύλην, como quiere Immisch. Pero sobre todo: es admisible que la zorra se extrañe de cómo es la πυγή del mono, pero no lo es que vea en el mono una τύλη o callo especial: τοιήνδε τὴν τύλην ἔχων no tiene sentido, mientras que τοιήνδε τὴν πυγὴν ἔχων sí lo tiene.

En sustancia, el trabajo de Immisch, aparte de una crítica parcialmente acertada del de Luria, no aporta nada de interés. Lasserre, por su parte, distribuye el material que hemos manejado en dos epodos: uno, el V L., del tipo epódico I, y otro, el VII L., del II. El primero contendría el concurso para elegir rey, ganado por el mono con su baile, y contaría a continuación cómo fué puesto en ridículo por la zorra, que arrojó unos frutos, tras los cuales se lanzó el mono. Esta nueva historia está tomada de Luciano *(Piscator* 36 y *Apología* 5). El segundo epodo comprendería la historia de la trampa y la de las tumbas.

Tampoco esta reconstrucción me parece satisfactoria, aunque, como veremos, Lasserre aporta algunos datos nuevos interesantes. Creo que lo más conveniente para encontrar una nueva es examinar ante todo las fábulas en que interviene el mono. Los temas que en ellas aparecen son los siguientes:

1. Jactancia del mono. Es el de la fábula de las tumbas, que está como vimos en la colección anónima (39 Chambry = 43 Hausrath) y en Babrio (8). También está en 306 Chambry (el mono, por jactarse falsamente de sus antepasados, es

(1) El escoliasta de Aristófanes, *Acarnienses*, v. 120.

dejado ahogar por el delfín que iba a salvarle). Lo característico es que el mono es castigado o ridiculizado por su presunción; no figura como rey, sino sencillamente como un animal vanidoso.

2. Avaricia del mono, que descubre su baja condición. Es el tema de la fábula de la trampa (38 Chambry = 83 Hausrath) y también el de las dos fábulas de Luciano, ya aludidas, en las que, con variantes, aparece un rey o reina egipcio que enseña a bailar a uno o varios monos, vestidos de púrpura, los cuales se arrojan sobre unos frutos que les echan. Aquí el mono es rey o se comporta majestuosamente, y no se trata de una pura jactancia; si no, la fábula no tendría sentido. En efecto, es la pérdida del vestido real, por un accidente, lo que descubre lo que es el mono en realidad. Por tanto, creo que el tema de las tumbas y este otro son temas diferentes, que la tradición fabulística no mezcla jamás. Se trata de dos castigos del mono en circunstancias distintas. Falta por averiguar si, para este segundo tema, la versión de la colección anónima es o no más antigua que la de Luciano.

3. El mono es elegido rey. Esta tradición está testimoniada desde el siglo V a. C. Es compatible con el tema 2, pero no con el 1, en el cual el mono debe no ser rey o haber dejado de serlo. Efectivamente, en 38 Chambry = 83 Hausrath este tema constituye el comienzo de la fábula, antes de la historia de la trampa. Aquí el mono es elegido rey por sus condiciones de bailarín; sin embargo, ello no es así en 146 Chambry, donde se limita a hacer objeciones a otros candidatos (el camello y el elefante), pareciendo con ello—aunque no se dice claramente—quedar él designado.

4. El baile del mono. Como hemos visto, en Luciano es puesto en ridículo y en 38 Chambry es causa, en cambio, de que sea elegido rey. Aparte de estas dos ocasiones, en 307 Chambry = 85 Hausrath se habla del baile del mono y el camello (sin mención de la realeza), baile en el cual es ridiculizado el camello, y algo semejante ocurre también en 148 Chambry = 142 Hausrath, en que no interviene el mono.

Estas dos últimas fábulas, en las que el personaje principal es el camello, deben sin duda de ser secundarias.

Veamos ahora en qué medida aparecen estos temas en los fragmentos de Arquíloco. Empezando por 2 (la trampa), es evidente que a este tema pertenecen los cuatro fragmentos que le asigna Lasserre:

71 (II pág. 439 Bergk)

...πάγη δέ τις...

72 (177 Bergk)

...κύρτη σιδερέη...

75 (82 Diehl)

ῥόπτῳ ἐρειδόμενον («sujeto por la estaca»)

76 (85 Diehl)

...τοιήνδ' ὦ πίθηκε, τὴν πυγὴν ἔχων;

Los fragmentos nos muestran la trampa (πάγη), que va dentro de una especie de jaula (κύρτη). El mono es apresado y muestra su trasero pelado; va implícito que era rey y lo llevaba tapado con sus vestiduras reales. Esto está explícito en la fábula correspondiente (38 Chambry), donde τύχην se corrige con razón en πυγήν. Si se duda de su antigüedad (1) piénsese que es el modelo de Fedro App. I, fábula en la cual el mono pide a la zorra un trozo de su cola *contegere honeste/ posset ut nudas nates.*

(1) Hacia el siglo I d. de J. C. la colección augustana de fábulas debía de ser temáticamente muy semejante a la que conocemos, cuya redacción proviene de los siglos IV o V d. de J. C. (cf. EMERITA 1952, pág. 377).

Como se ve, los fragmentos de Arquíloco deciden a favor del tema de la trampa la duda surgida entre éste y el de las versiones de Luciano: el fragmento μέσπιλα que aduce Lasserre (180 Berg) para demostar que también estas últimas procedían de Arquíloco, prueba bien poco. En realidad, ambas versiones se excluyen (1). De otra parte, estas versiones de Luciano tienen traza de origen reciente: en vez del mono-rey, se habla de la dignidad de su baile; además, en él no se trata de una fábula, sino de una anécdota sucedida en Egipto. Hay, pues, adaptación de un tema antiguo—el baile del mono—. Si este baile tenía lugar en la versión original al ser elegido rey el mono, como cree Lasserre, es imposible que los relatos de Luciano vengan de Arquíloco.

El castigo del mono supone, como decíamos, su nombramiento como rey. De las dos versiones de ese nombramiento hay rastros casi seguros de aquella en que el mono critica al camello como candidato:

67 (96 Diehl)

χολὴν γὰρ οὐκ ἔχεις ἐφ' ἡπάτι

69 (127 Bergk)

...ὀρέων ἀπεστύπαζον...

Ambos fragmentos tienen paralelos exactos en dicha fábula (146 Chambry); es extraño que el primero haya querido referirlo Lasserre a un contexto (Epodo III) al que era imposible perteneciese. Sin embargo, dicha fábula deja de decir por qué fué elegido el mono rey, pues sólo presenta la crítica por el mono de los demás candidatos, suponiéndose, aunque no se dice expresamente, que es él el elegido. Pero como en la fábula de la trampa (38 Chambry) se dice

(1) Aunque bien podría ser que el objeto que hace caer al mono en la trampa fuera no carne (como en 38 Chambry), sino algún fruto, con lo que no es imposible que provenga de aquí el fragmento μέσπιλα.

previamente que el mono había sido elegido rey por su habilidad como bailarín, queda así suplida esta laguna. A esto puede referirse el fragmento

* 68 (II 440 Bergk)

...ὀρχεστής...

Por lo tanto, la fábula 38 Chambry, que une el tema de la elección del mono como rey y el de la trampa, incomprensible sin el primero, como hemos visto, refleja en sustancia la versión de Arquíloco. La diferencia está en que en la versión en prosa el interés se ha centrado en el castigo del mono y su elección como rey se ha limitado a una mención de una línea, mientras que el detalle de esa elección—la competencia del camello y el elefante—ha dado origen a otra fábula en prosa, la 146 Chambry, en que el mono declara incapaces de reinar a sus contrincantes, y también a la 307 Chambry, en que el mono derrota en el baile al camello. Sobre lo mal que baila el camello insiste aún 148 Chambry; el castigo del mono por la zorra es imitado por Babrio 130 («El lobo y la zorra»).

Entre las dos partes de la fábula—elección del mono y su castigo—debía de ir, iniciando el segundo tema, el fragmento

* 70 (86 Diehl)

τῇ μὲν ὕδωρ ἐφόρει
δολοφρονέουσα χειρί, θήτέρῃ δὲ πῦρ.

El propósito traicionero de la zorra nos hace traerlo aquí (1), pues en la historia de la jactancia del mono no encaja-

(1) Poca duda habría si el fragmento, cuya colocación aquí hacen verosímil el metro y el sentido, fuera seguro que se refiere a la zorra; pero esto es sólo una hipótesis de Lasserre, pág. 126.

ría de ninguna manera. Las lagunas que hemos dejado antes en la reconstrucción del castigo del mono se llenan con dos fragmentos menos seguros que los entonces aducidos:

* 73 (133 Bergk)

...νόμος δὲ Κρητικὸς διδάσκεται...

Lasserre ha creído verosímil que esta «ley cretense» (1) fuera la que invocaba la zorra para dar al mono-rey la carne (o frutas) encontrada.

* 74 (160 Bergk)

...ἔτρεψε...

Glosado cómo «engañó», este fragmento puede bien referirse al logro de su intento por la zorra.

Conviene que nos detengamos aún un momento para señalar que hay unos cuantos fragmentos que Lasserre atribuye al tema de la elección del mono por rey o al de la burla de que es objeto y que no creo pertenezcan a este contexto. Aparte de 180 Bergk μέσπιλα, citemos 93 Diehl μή τευ μελαμπύγου τύχῃς, que vimos que pertenecía claramente al epodo I y que Lasserre unía con Adespota Iambica 6 <χολῆς> γὰρ οὐδὲν τοῖσιν εὐόργοις ἔπος, que nada obliga a traer aquí: a la mansedumbre del camello conviene mucho mejor 96 D., como vimos. La historia de la invención de la danza pírrica por Pirro (190 Bergk) y la de Etíope el corintio, que vendió su lote en Siracusa por una torta de miel (145 Bergk), no hay motivo suficiente para referirlas aquí. Y es una hipótesis sin garantía ninguna creer que el mono de la fábula alude a Pericles por su glotonería (cf. fr. 78 Diehl), que sería su perdición en las supuestas «elecciones» para elegir un jefe para la expedición a Tasos.

Esta reconstrucción implica que al menos el fragmento 81 Diehl debe de pertenecer a otro epodo cuyo protagonista es

(1) Esto es, antigua, venerable.

el mono. Efectivamente, es sin duda alguna el comienzo de un epodo en el que la zorra le juega una mala pasada al mono; este no figura como rey, de modo que es imposible ligar el fragmento al tema de la trampa. Por tanto, de la reconstrucción de Lasserre deben eliminarse cuantos fragmentos a él se refieren, fragmentos que hemos atribuído al epodo anterior; en cambio, de acuerdo con lo que hemos visto antes, este comienzo se adapta muy bien al tema del mono jactancioso. Efectivamente, Lasserre ha tenido el acierto de reconocer dos fragmentos de este mismo tipo epódico, el II, que, efectivamente, se refieren a este tema. Tenemos pues:

77 (81 Diehl)

Ἐρέω τιν' ὑμῖν αἶνον, ὦ Κηρυκίδη,
ἀχνυμένη σκυτάλη.
Πίθηκος ἦει θηρίων ἀποκριθείς
μοῦνος ἀν' ἑσχατιήν·
τῷ δ' ἄρ' ἀλώπηξ κερδαλέη συνήντετο
πυκνὸν ἔχουσα νόον.

Nótese que no se alude a una traición de la zorra como en 70 (86 Diehl), sino a su ingenio. Viene luego el fragmento en que el mono habla de los esclavos de sus antepasados:

78 (Hsch. s. u.; cf. 155 Bergk)

...ἄτμενον οἶτον... («destino de esclavo»)

79 (152 Bergk)

...Καρπάθιος
τὸν μάρτυρα...

Parodiando el proverbio Καρπάθιος δὲ λαγών «un carpatio buscó una liebre» (animal no existente en su isla y que, cuando fué importado, causó gran destrozo en ella), Arquíloco dice por boca de la zorra que el mono se buscó un testigo falso y, lo que es peor, de poca utilidad. Hay que recal-

car que el metro de ambos fragmentos coincide con el del epodo y que, además, tienen un paralelo estricto (1) en la fábula anónima correspondiente (139 Chambry = 43 Hausrath) y en Babrio (81).

Como podrá verse, la reconstrucción de ambas fábulas ha seguido la siguiente línea. Lauria ideó una única fábula con todos los temas: elección del mono por rey, su jactancia respecto a sus antepasados y la trampa en que cae. Lasserre distinguió dos fábulas, el primero con el tema de la elección completado con la historia de las frutas que desenmascaran al mono, y la segunda, con los otros dos: el de la trampa y el de las tumbas. Como a mi ver estos dos son incompatibles en una misma fábula (y la fabulística posterior apoya este punto de vista) y, de otra parte, el tema de las frutas es reciente y no está testimoniado en Arquíloco, distribuyo los fragmentos así: unos pertenecían a un epodo con la elección del mono por rey y el tema de la trampa (reproducido en sustancia en 38 Chambry y con rasgos sueltos en otras fábulas); otros, a otro epodo que hablaba de la jactancia del mono (2) y la irrisión que de él hacía la zorra. Que había dos epodos de Arquíloco con el mono como protagonista central, caracterizado como aparentando una cosa y siendo en realidad muy diferente, lo dedujo ya Lenz de su estudio de Arístides II 398 Dindorf y sus escolios, estudio al que antes nos referimos.

Queda por ver qué es lo que, a juzgar por las fábulas que incluían, puede deducirse sobre el contenido de los epodos VI y VII. Del VII sabemos al menos que tenía una composición semejante a la del IV y V, es decir, que en él la fábula iba al comienzo, apenas introducida por los versos Ἐρέω τιν' ὑμῖν αἶνον, ὦ Κηρυκίδη, / ἀχνυμένη σκυτάλη, que no nos descubren su intención. Ya los antiguos discutían el sig-

(1) El proverbio solamente en cuanto a su sentido.

(2) Incluye los fragmentos iniciales del segundo epodo reconstruído por Lasserre, eliminado solamente el segundo de ellos (70 = 86 Diehl), que, como vimos, conviene mejor al otro epodo.

nificado de ἀχνυμένη σκυτάλη, sin llegar a ninguna solución clara. Una vez relacionado este fragmento con los demás, podemos preguntarnos si estas palabras, que se dirigen a la persona atacada en el epodo, significan algo así como «mensaje con visos de mucha importancia, pero en realidad insignificante»; es decir, la persona atacada sería comparada primero con una escítala sin importancia, como luego se la define con el παράδειγμα del mono presuntuoso. En cuanto al epodo VI es imposible ver cuál era su composición. La intención no puede precisarse, pero evidentemente era una advertencia dirigida a un personaje encumbrado—o deseoso de encumbrarse—, pero en el fondo completamente vulgar.

## EPODO VIII

Después de una serie de precedentes, Diehl sospecha en su edición que sus fragmentos 112-116, pertenecientes al tipo epódico III, proceden de un mismo poema, al que, a juzgar por el metro, es fácil ver que habría que atribuir también 117 Diehl. Ya antes Snell había visto (1) que había que aceptar la propuesta de Elmsley de unir 113 Diehl y 114 Diehl y considerar el dístico así resultante como el inicial de un epodo—al que también pertenecería 115 Diehl—imitado por Horacio en su epodo VIII, de igual metro. Sobre esta base ha trabajado Lasserre, añadiendo aún algunos fragmentos y señalando una segunda imitación de Horacio (Oda IV 13). Sustancialmente, su reconstrucción debe ser aceptada; después del epodo I es éste el que en forma más segura y completa podemos restituir. Con él cambia la métrica, pues, como ya vimos, era en la edición alejandrina de los Epodos de Arquíloco el primero de los que no pertenecían al tipo epódico I ni al II, sino al que hemos llamado III, que está formado por un asinárteto arquilóqueo segundo y un trímetro yámbico cataléctico.

(4) *Philologus* 1944, pág. 283.

Por mi parte, eliminaré algunos de los fragmentos que Lasserre ha querido atribuir a este epodo, variaré el orden o la interpretación de otros y, sobre todo, aportaré una prueba definitiva de que la mujer de cuyos esfuerzos amorosos se habla es Neóbula. Creo en este caso lo más práctico exponer previamente mi propia edición.

80 (113 + 114 Diehl)

Οὐκέθ' ὁμῶς θάλλεις ἁπαλὸν χρόα· κάρφεται γὰρ ἤδη
ὀγμὸς κακοῦ δὲ γήραος καθαιρεῖ.

Es el dístico restituído por Elmsley y que Snell, basándose en la manera de trabajar de los tratadistas de métrica que citan los dos versos, consideró ya como inicial; Horacio lo imitó en los versos 3-4 de su epodo correspondiente: *cum sit tibi dens ater et rugis uetus / frontem senectus exaret.*

81 (136 Bergk)

...φῦμα
μηρῶν μεταξύ...

La atribución del fragmento a este epodo, basada en la métrica y en la imitación de Horacio (vv. 5-6: *hietque turpis inter aridas nates / podex uelut crudae bouis)*, que sugiere la colocación del fragmento, es un gran acierto de Lasserre. Tras dos fragmentos cuya interpretación y orden debe variarse (el 115 y el 27 Diehl), Lasserre ha hecho aún una nueva y sensacional atribución a nuestro epodo, basada en el metro y en Horacio (v. 2: *uires quid eneruet meas):*

82 (34 Diehl)

...ἀλλ' ἀπερρώγασι
μύκεω τένοντες... (1)

(1) Se corregía tradicionalmente ἀλλ' ἀπερρώγασι μοι, lo que impedía la atribución del pasaje a nuestro epodo.

Como puede observarse, el tono injurioso y obsceno del comienzo del epodo VIII de Horacio está fielmente imitado del correspondiente de Arquíloco. Hay que notar, sin embargo, que el orden que siguen uno y otro poeta es diferente, aunque no podamos garantizar que 81 preceda a 82 en Arquíloco y no 82 a 81. Por lo demás, el comienzo de Horacio contiene aún más motivos que, por el estado fragmentario del epodo de Arquícolo, no sabemos si son originales o imitados. Sin embargo, todavía hay un fragmento que Lasserre atribuye justificadamente a esta parte del epodo de Arquíloco:

* 83 (27 Diehl)

οὐκ ἂν μύροισι γρηῢς ἐοῦσ' ἠλείφευ.

La interpretación de Lasserre es «(si no fueras una desvergonzada) no te perfumarías siendo como eres una vieja». Se apoya en el pasaje de Plutarco *Pericles* 28, que es nuestra fuente principal, y en Horacio *Odas* IV 13, 2-3 *fis anus et tamen / uis formosa uideri*. La considero casi segura, aunque la medida ἠλείφεο no puede descartarse del todo.

Al lado de estos fragmentos injuriosos hay que colocar otros líricos en que Arquíloco recuerda con nostalgia su amor juvenil por Neóbula, cuando esta era pura. Así ocurre en la oda de Horacio, y entre los fragmentos de Arquíloco hay al menos uno que encuentra en la misma un paralelo exacto: el 112 Diehl. Veamos antes otros dos, no tan seguros:

* 84 (116 Diehl)

καὶ βήσσας ὀρέων δυσπαιπάλους, οἷος ἦν ἐπ' ἤβης.

Precisando una sugestión de Diehl, Lasserre interpreta el fragmento como un recuerdo de Arquíloco a los tiempos de su juventud, en que, desde Mirrina, donde nació—cosa que hace muy probable Lasserre—iba a Paros a ver a Neóbula.

A los regalos que le hacía se refiere seguramente este otro fragmento, cuyo metro hace igualmente verosímil que pertenezca a nuestro epodo:

* 85 (115 Diehl)

πολλὰς δὲ τυφλὰς ἐγχελύας ἐδέξω.

Lo que desde luego es imposible es traducir como Lasserre «*si tu avais quelque pudeur... tu ne te serais pas regalée d'un met aussi rare que l'introuvable angille*», y ello tanto por razones de sintaxis como de sentido (1). Con ello, negamos que este verso perteneciera al comienzo injurioso del epodo y resulta más verosímil que perteneciera a la parte central: Arquíloco recordaba los regalos que hacía a Neóbula en los viejos tiempos de su amor y le decía: «recibistes muchas ciegas (?) anguilas», que como se sabe eran el plato favorito de los *gourmets* griegos. Como el metro parece forzarnos a colocar el fragmento en este epodo—el trímetro yámbico cataléctico no se encuentra fuera de él—parece esta la interpretación más aceptable.

En todo caso, hay un fragmento cuya colocación en la parte central de este epodo ha sido hecha evidente por Snell y Lasserre.

86 (112 Diehl)

Τοῖος γὰρ φιλότητος ἔρως ὑπὸ καρδίην ἐλυσθείς
πολλὴν κατ' ἄχλυν ὀμμάτων ἔχευεν
κλέψας ἐκ στηθέων ἁπαλὰς φρένας...

«tal deseo de amor, envolviéndome el corazón, extendió sobre mis ojos una densa niebla, robándome del pecho mis tiernas entrañas...» Cf. en el centro de la oda de Horacio (vv. 14 sigs.) una imitación fiel: *quid habes illius, illius / quae*

(1) Cf. Cantarella, *l. c.*, pág. 508. No creo, sin embargo, que τυφλὰς ἐγχελύας sea *uox obscaena*, como sugiere Cantarella. Hay que reconocer, de todos modos que el sentido de τυφλὰς no está explicado satisfactoriamente.

*spirabat amores, / quae me surpuerat mihi / felix post Cinaram notaque et artium / gratarum facies?*

Ahora bien, como la oda acaba con un nuevo ataque e igualmente el epodo de Horacio, creo que el de Arquíloco debía de terminar con un fragmento que en otro lugar (1) he restituído y que consiste en una serie de insultos que nuestras fuentes afirman expresamente que iban dirigidos contra Neóbula:

88 (cf. 184 Bergk)

παχεῖα, δῆμος, ἐργάτις, μυσάχνη.

Varios lexicógrafos trasmiten los insultos con la indicación que acabo de transcribir, pero ninguno da el verso escueto tal como yo lo reconstruyo. Lasserre (2) había establecido que figuraban en el epodo, en el orden en que los da la mayoría de los testimonios. La atribución del fragmento a nuestro epodo era puramente conjetural. Mi labor ha sido únicamente la de colocar las cuatro palabras no ya en ese orden, sino exactamente una tras otra, eliminando los καὶ etc. de los lexicógrafos, y comprobar que forman un trímetro yámbico cataléctico, metro de los versos pares de nuestro epodo, con lo que queda comprobado que la víctima es Neóbula. Esta acumulación de insultos constituía seguramente el verso final del epodo, en vez de figurar en el comienzo, como cree Lasserre.

Se habrá visto que antes de este último fragmento mi numeración presenta una laguna. El fragmento que la ocupa en mi edición es:

* 87 (117 Diehl = 51 I A 19)

Πεντήκοντ' ἀνδρῶν λίπε Κοίρανον ἵππιος Ποσειδῶν.

---

(1) En mi artículo «Nouveaux fragments...», ya aludido. El sentido *fellatrix* que Lasserre da a μυσάχνη ha sido rechazado con razón por Masson, *l. c.*, pág. 315. Es sencillamente «corrompida».

(2) Pág. 144.

La interpretación que da de este fragmento Lasserre, o sea, «<fué cuando> Poseidón Hipio dejó la vida al jefe de los cincuenta hombres» (supuesto jefe de una expedición a Tasos), la he criticado ampliamente en otro lugar (1). La única traducción posible es la tradicional: Poseidón Hipio dejó la vida, de entre cincuenta hombres, a Cérano, el personaje mítico (2) salvado por el delfín del cual hablan Demeas, Plutarco y Filarco. A esta leyenda Arquíloco aludía solamente—prueba de ello, las discordancias de detalle entre eruditos posteriores—y muy bien podría ser así que nuestro verso paralelizara el éxito de Arquíloco al negarse a los requerimientos de Neóbula, al de Cérano, salvado él solo de todo su barco. Sin embargo, no es totalmente seguro que este fragmento y el 83 y 84 pertenecieran a nuestro epodo, pues el principal argumento es el basado en la métrica y podría haber otro epodo de igual métrica. Igual puede decirse del fragmento siguiente:

* 89 (135 Bergk)

...ἄ, ἔαδ' εἴς τε ταύρους.

Puede pertenecer evidentemente a uno de los versos impares de nuestro epodo. Por tanto, hay que rechazar como arbitraria (3) la corrección de ταύρους en θύρας por Lasserre (4), quien afirma equivocadamente que en otro caso no encaja en ninguno de los metros que nos son conocidos en Arquíloco. Pero el sentido y la colocación del fragmento permanecen para mí inexplicados.

Lasserre tiende, como siempre, a aproximar demasiado

---

(1) En mi artículo «La elegía a Pericles de Arquíloco», que aparecerá en Buenos Aires en el volumen de homenaje al profesor François.

(2) Había en Paros una cueva llamada Ceraneon en la que se daba culto a Poseidón.

(3) Cf. Rivier, *l. c.*, pág. 466.

(4) Pág. 170 sigs.

el contenido del epodo y la oda de Horacio, de un lado, y el del epodo de Arquíloco, de otro. Por eso es oportuno señalar aquí las diferencias que, dentro de las innegables semejanzas, existen. El epodo de Horacio se refiere a una vieja cortesana con la cual el poeta tiene una relación amorosa que quiere terminar; la oda, igualmente a una vieja cortesana amante del poeta, que ahora la abandona por otra. En cambio, los fragmentos de Arquíloco no presentan huellas de ninguna antigua *liaison* entre Neóbula y Arquíloco, aunque sí aluden al antiguo amor de éste y su actual negativa ante los intentos de Neóbula, que se ha prostituído. Es exactamente el mismo tema del epodo IV de nuestro poeta, lo que acaba de quitar cualquier duda. En cambio, el espíritu del epodo VIII es diferente del de aquél, pues se asemeja más al de la violenta invectiva constituída por I. Con este epodo comparte también el VIII la composición «central», sólo que la fábula ha sido sustituída por un relato nostálgico del antiguo amor de Arquíloco, que subraya más la actual corrupción de Neóbula. El arte de Arquíloco se ha liberado de la necesidad de apoyarse siempre en una fábula y se ha hecho más flexible y amplio: junto a la virulencia de la invectiva aparece ahora el lirismo de los pasajes en que se recuerda el amor juvenil. Esta flexibilidad del arte de Arquíloco ha sido subrayada varias veces—es justo reconocerlo—por Lasserre. Notemos con todo que el fragmento 87 contiene todavía una comparación con un hecho legendario.

Veamos, finalmente, por qué hemos rechazado algunos fragmentos que Lasserre atribuye a este epodo. En un papiro de Herculano que contiene el segundo libro del Περὶ ποιημάτων de Demetrio de Laconia (1), el estudioso suizo intenta recobrar dos fragmentos de Arquíloco que pertenecerían a nuestro epodo: ἔπεσεν y τήκουσιν ἱστοί , que interpreta en sentido obsceno, comparando el último con el *languet fascinum* de Horacio, *Epodos* VIII 18. Para darse cuenta de la

(1) Editado por V. de Falco, *L'Epicureo Demetrio Lacone* (Biblioteca di Filologia Classica, t. II, Napoli 1923).

arbitrariedad de estas conjeturas, baste decir que suponen una serie de letras para las que no hay espacio en el papiro, así como el cambio de otras que allí se leen, y que τήκουσιν ἱστοί no es siquiera griego (τήκω es transitivo; el plural no se comprende). Es mas que dudoso que aquí se aludiera para nada a Arquíloco (1) y, desde luego, el texto reconstituído no da sentido alguno: οὐ πάνυ ἀλλὰ δὶς ἐποίησε τὸ ἄμορφον, aparte de que no cabe en el papiro y altera las letras de éste, no es griego.

## EPODO IX.

Muy distinto es el caso del epodo IX, que podemos reconstruir en un grado mucho más limitado que el VIII. El camino para su estudio había sido abierto por Immisch (2), quien demostró que dos fragmentos de Arquíloco (el 20 y el 118 Diehl) formaban un dístico al comienzo de un poema, dístico imitado en cuanto a métrica y sentido por Horacio en su epodo XI. Immisch leyó:

<Οὔ μοι> ἰάμβων οὔτε τερπωλέων μέλει
ἀλλὰ μ' ὁ λυσιμελὴς, ὦταῖρε, δάμναται πόθος.

que responde casi exactamente a

*Petti, nihil me sicut antea iuuat*
*scribere uersiculos amore percussus graui,*

Como esta reconstrucción obliga a alterar el comienzo de uno de los versos (οὔ μοι por καὶ μ' οὔτ'), Lasserre invierte el orden, suponiendo que falta un trímetro yámbico inicial;

(1) Ya Masson *(l. c.*, pág. 315), entre otros, vió la arbitrariedad de estas conjeturas de Lasserre. Ultimamente se ha manifestado también contra ellas el propio De Falco, «Archiloco nel papiro ercolanese 1015?» (en *I papiri Ercolanesi* 1954, pág. 61).

(2) «Zu griechischen Dichtern» en *Philologus*, 1890, pág. 192 y siguientes.

en todo caso, ἀλλὰ μ'... continúa siendo el segundo verso del poema, como de la cita de Hefestión se desprende que debía de ser:

90 (118 + 20 Diehl)

ἀλλὰ μ' ὁ λυσιμελὴς, ὦταῖρε, δάμναται πόθος
καὶ μ' οὔτ' ἰάμβων οὔτε τερπωλέων μέλει.

Tenemos, pues, el comienzo de un epodo escrito en el tipo epódico IV (asinárteto arquilóqueo tercero y trímetro yámbico), epodo cuyo tema era el amor, como lo prueba la imición horaciana y la referencia de λυσιμελής al amor en Hesíodo, *Teogonía*, 911, pasaje imitado aquí. Ha sido un gran acierto de Lasserre atribuir al mismo epodo dos asinártetos arquilóqueos terceros que proceden de *Los Arquílocos*, la comedia de Cratino. El propio metro indica una fuente lírica, que sería sin duda en este caso Arquíloco (1) a juzgar por el título de la comedia y por el metro. Recuérdense a este respecto las citas de Eurípides en las *Ranas* de Aristófanes o bien las citas o imitaciones de diversos fragmentos de Arquíloco en Aristófanes, Cratino, etc., a las cuales aludimos al comienzo de este trabajo; por ejemplo, Cratino (2) repite el fragmento 52 Diehl de nuestro poeta. Son los siguientes:

91 (Crat. 2 Demianczuk)

ἀμφιετιζομέναις ὥραις τε καὶ χρόνῳ μακρῷ

92 (Crat. 9 Kock)

ὠμολίνοισι κόμη βρύουσ', ἀτιμίης πλέος.

Estos dos fragmentos, cuyo orden establece la imitación horaciana (3), bastan para indicar el tema del epodo:

---

(1) Ya Reitzenstein, *Der Anfang des Lexicons des Photius*, Leipzig und Berlin, 1907, pág. XVI sig. lo había creído así.

(2) Fragmento 198 Kock.

(3) Epodo XI, 3-4: *Hic tertius december, ex quo destiti / Inaquia*

el amor de que en él se habla tiene lugar después del abandono de otro anterior; este nuevo amor que llena a Arquíloco de deshonor (1) es posiblemente un amor adúltero. Si la mujer cuyo amor ha olvidado Arquíloco es Neóbula—cosa que nada garantiza—, el epodo IX lo mismo puede ser anterior que posterior al VIII y al IV. Con esto me refiero, claro está, a la fecha de su composición, porque en la edición alejandrina ya vimos que iba después del VIII, aunque no sabemos si inmediatamente.

Este epodo nos revela un aspecto nuevo de la poesía de Arquíloco. El lirismo del epodo anterior continúa en éste, pero ahora no se trata de la nostalgia del poeta por un amor de juventud, sino de un nuevo amor que hace olvidar uno anterior. Por primera vez desaparece el tema del ataque personal, a lo que podemos deducir del fragmento 91. El epodo es una especie de confesión que el poeta hace a una determinada persona. ¿En qué ocasión? Quizá el destinatario del epodo, a juzgar por el fragmento 90, se había extrañado de que Arquíloco ya no componía yambos. Posiblemente Arquíloco explica el abandono de su antigua virulencia.

Lasserre atribuye todavía a este epodo una serie de fragmentos—que coloca entre mis 91 y 92—que harían que el contenido del epodo de Arquíloco se aproximara mucho en el detalle al de Horacio. Arquíloco recordaría los desprecios que le había hecho Neóbula y su preferencia por pretendientes

---

*furere, siluis honorem decutit*, y v. 20: *aut teretis pueri longam renodantis comam.*

(1) La traducción de 91 es: «aun llènándome de deshonor <no abandono el amor de... > cuya cabellera brota abundante, sujeta por cintas de lino crudo». A. Rivier *(l. c.*, pág. 466) ha negado esta traducción basándose en que el estilo de Arquíloco no presenta nunca un hipérbaton tan grande. Pero es evidente que κόμη no puede ir con ἀτιμίης πλέος (ni con el ἀτιμίας πλέως de los manuscritos), de forma que no hay otra solución. En cuanto a la interpretación por Lasserre del deshonor de Arquíloco, interpretación aceptada por mí, recuérdese el pasaje de Critias ya citado donde se califica a Arquíloco de μοιχός.

más ricos. Esto me parece dudoso ya de por sí, puesto que Neóbula no era una cortesana que concediera o negara su amor, como aquellas a que se refiere Horacio, sino que fué su padre Licambes el responsable de la negativa. En todo caso, los fragmentos que aduce Lasserre no presentan seguridad ninguna:

9 *c* (160 Bergk)

...ἀργιλιπὴς δὲ φάσις...

Indicaría la franqueza de Arquíloco al confesar su modesta condición. Pero hay que leer δ' ἐφάνη (1), lo que no se ve cómo puede encajarse aquí; además, el fragmento lo ha transmitido el escoliasta de Nicandro de Colofón para testimoniar que ἀργιλιπής significa «blanco».

9 *d* (135 Bergk)

...ἄνδρας ὡς ἀμφιτρίβας...

Respondería a los rivales indignos contra los que Horacio, en su amenaza, va a dejar de pelear. Pero el fragmento es demasiado insignificante para poder deducir su verdadero sentido y, además, la situación de Arquíloco, por lo que sabemos, no era comparable con la de Horacio, que se refiere a una cortesana y no a una hija de familia cuya boda es decidida por el padre.

9 *e* (135 Bergk)

ἃ ἔαδ' εἴς τε θύρας

Arquíloco iría, como Horacio, a la puerta de la amada; pero, aparte de que el perfecto ἔαδ' no admite esa interpretación, θύρας es una corrección arbitraria (cf. más arriba).

(1) Cf. Colonna, *l. c.*, pág. 78, y Rivier, *l. c.*, pág. 466.

9 *f* (187 Bergk)

...παχτῶσαι...

Significa «cerrar»: sería la puerta de la amada, que se cerraba ante el poeta. Creo que no podemos atribuirle este tema de la comedia nueva, época en que las circunstancias sociales eran muy otras. En todo caso, es imposible la demostración.

## EPODO X

La demostración de la existencia de este epodo se basa exclusivamente en la métrica: Hefestión nos conserva un fragmento de Arquíloco como ejemplo del tetrámetro dactílico cataléctico; como observa Lasserre (1), no puede ser otra cosa que el verso segundo de un epodo:

93 (96 Diehl)

φαινόμενον κακὸν οἷκαδ' ἄγεσθαι

Esto es lo único que podemos dar por seguro. El epodo XII de Horacio presenta en sus versos pares igual metro que el de Arquíloco—los impares son hexámetros dactílicos—y además Lasserre ha querido ver en los versos 2-3 *munera quid mihi... mittis* un eco del fragmento de Arquíloco recién citado; basado en estos dos hechos ha imaginado que el epodo de Arquíloco era semejante al de Horacio, en el cual el poeta se encarniza con su amante, vieja y siempre insatisfecha, y ésta se queja a su vez de la preferencia de Horacio por otra. Pero esto no tiene nada de seguro. Las relaciones de Arquíloco y Neóbula, como hemos visto, eran de una naturaleza muy diferente; el tono «arquilóqueo» de Horacio no necesita haber

(1) Pág. 180.

sido tomado del epodo X—recuérdense el IV y el VIII—, y, aunque así sea, la imitación no puede ser tan fiel, por la razón indicada; finalmente, el paralelo entre el fragmento 93 de Arquíloco y el comienzo del epodo de Horacio no es totalmente convincente. Resumiendo: la imitación del metro, que es la única segura, no prueba la del contenido.

De los demás fragmentos que Lasserre atribuye al epodo, uno de ellos puede quizá, a juzgar por el metro, pertenecer a él:

* 94 (171 Bergk)

...ἁπαλὸν κέρας...

Como según Eustacio (1), que es nuestra fuente, se trata de una alusión obscena, Lasserre compara el *pene soluto* del epodo de Horacio (v. 8). A decir verdad, el fragmento puede igualmente pertenecer a otro epodo de ritmo dactílico, por ejemplo, a VIII. El que es evidente que no puede pertenecer a nuestro epodo es el 169 Bergk κέαται δ' ἐν ἴπῳ, al que Lasserre atribuye un ritmo dactílico con la suposición de que la ι, que es larga en Píndaro y Calímaco (ἶπος), podía ser también breve, suposición que carece de fundamento (2). Además, la comparación con Horacio vv. 21-22 (palabras de la amada): *muricibus tyriis iteratae uellera lanae/ cui properabantur?* no es de las que se imponen: en el fragmento de Arquíloco se trata sencillamente de unas telas que están en el batán.

Así pues, si creo en la existencia de un epodo X, al cual hay que atribuir 96 Diehl y quizá 171 Bergk, es imposible adivinar su tema.

---

(1) *In Il.* 851, 33.

(2) Una acentuación diferente ἰπός no decide sobre la cantida de la ι. La acentuación ἴπος de Eustacio y el Etimológico Magno, que haría medir ῐ, no tiene autoridad, y la corrección de Bentley en Aristófanes, *Pluto* 815, que igualmente exige dicha medida, no es aceptada por los mejores editores.

## EPODO XI (XII Lasserre)

Ocurre con este epodo una cosa semejante, aunque aquí el fragmento que demuestra su existencia nos da una idea clara del tema: el amor, en lo cual coincide con IX.

### 95 (104 Diehl)

δύστηνος ἔγκειμαι πόθῳ
ἄψυχος, χαλεπῇσι θεῶν ὀδύνῃσι ἔκητι
πεπαρμένος δι' ὀστέων.

Como en el epodo anterior, también ahora encontramos el mismo metros en un epodo de Horacio, el XIV, cuyo comienzo es una imitación clara de nuestro fragmento:

*Mollis inertia cur tantam diffuserit imis*
*obliuionen sensibus*
*pocula lethaeos utsi ducentia somnos*
*arente fauce traxerim...*

Es el amor el que impide a Horacio escribir versos, como había prometido a Mecenas. Horacio alude al que Anacreonte sintió por Batilo y al que actualmente domina a Mecenas, cuyo παιδικά se llama también Batilo; finalmente, concluye: *me libertina nec uno/ contenta Phryne macerat.* En opinión de Lasserre, este final también provenía de Arquíloco y continuaba la aventura amorosa del epodo X (interrumpida, según él, por un epodo XI que yo considero inexistente): la amada es ahora infiel al poeta. La suposición es completamente gratuita, como igualmente lo es la de que el centro del epodo, donde Horacio introduce las referencias a Mecenas, lo ocupaba en Arquíloco una historia mitológica, la de Linceo, que mató al rey Dánao apoderándose de su reino y de su hija Hipermestra: el poeta, como Linceo, ha sustraído una mujer a la autoridad legítima. Lo único que sobre el

epodo de Arquíloco podemos asegurar con verosimilitud es que, como el X, estaba dedicado a un tema amoroso y no a ataques personales contra nadie. No es imposible, como veremos, que a él perteneciera el relato mítico que estudiamos a continuación como epodo XII.

## EPODO XII (XIII Lasserre)

Es mérito de Lasserre haber llegado a la conclusión de que la historia de Héracles y Deyanira, que sabíamos narraba Arquíloco en alguna parte (1), pertenecía a un epodo con mezcla de los ritmos dactílico y yámbico y haber identificado varios fragmentos a él pertenecientes. El metro era, pues, muy probablemente idéntico al del epodo anterior. Lasserre cree que, sin embargo, se trataba en Arquíloco de dos epodos diferentes, el segundo de ellos imitado por Horacio en su epodo XV, que está escrito desde luego en el mismo metro. En él, Horacio recuerda a su amada sus antiguas promesas y su infidelidad presente, amenazando al nuevo amante de ella. La historia de Héracles y Deyanira, con la muerte que el primero de ellos da al centauro Nèso, correspondería a este pasaje de la amenaza en el epodo de Arquíloco (2). Es esta una hipótesis que nada demuestra, y por ello es preferible quedarse con que solamente podemos reconstruir un fragmento de epodo que trata el tema mítico citado; no es imposible, como he dicho, que este epodo sea el mismo que el anterior.

Sin embargo, en la reconstrucción del pasaje deben introducirse algunas modificaciones. De los fragmentos de Las-

---

(1) Cf. Sch. a Apolonio Rodio I, 1212; Dión Crisóstomo, *Oratio* LX, 1; Sch. Ven B a Φ 237, etc.

(2) Lo inverosímil es que, según la reconstrucción de Lasserre, Deyanira no ama a Neso. Una tal interpretación de la actitud de Deyanira en Arquíloco (cf. Stoesl, *Der Tod des Herakles*, Zürich 1945, pág. 22 sigs.) está en contradicción con el pasaje de Dión Crisóstomo que he citado antes.

serre sólo uno es indiscutible; procede de la invocación de Deyanira a Héracles cuando, como sabemos por Dión Crisóstemo y otros, le pide ayuda y le recuerda su antigua victoria sobre Aqueloo (1):

99 (181 Bergk)

...μουνόκερας...

En efecto, la leyenda hace que Héracles arranque a Aqueloo uno de sus cuernos, en los que residía su fuerza; y en nuestro fragmento μούνοκερας designa precisamente, según Hesiquio, al «que ya no tiene fuerza». A este fragmento añado también como seguro el 100 Diehl, después de la nueva lectura de A. Colonna (2):

100 (100 Diehl)

ἔμπλην ἐμεῦ τε καὶ Φόλου.

En otro lugar (3) he probado que este fragmento se refiere a la leyenda de la lucha entre Héracles y los centauros cuando éstos acudieron al olor del vino ofrecido por Folo al héroe. Se trata, pues, de parte de un discurso de Héracles en el cual éste se jactaba de su antigua hazaña ante el centauro Neso; posiblemente, estas palabras las profería cuando, espada en mano, se adentraba en el lecho del río para castigar al centauro (4).

Los fragmentos que acepto como pertenecientes sólo

---

(1) Era el pasaje central del poema; ya Dión Crisóstomo considera inadecuado tan largo discurso en la situación en que se encontraba Deyanira. Pero en Homero se encuentran otros tan inoportunos como éste desde el punto de vista de la acción.

(2) *L. c.*, pág. 78.

(3) «Nouveux fragments...»

(4) Que ésta era la versión de Arquíloco de la muerte de Héracles, lo demuestra convincentemente Lasserre (cf. más adelante).

probablemente a este epodo son tres de los atribuídos al mismo por Lasserre y otro que antes se había considerado como perteneciente a la leyenda, negándolo Lasserre:

* 96 (47 Diehl)

ἀμισθὶ γάρ σε πάμπαν οὐ διάξομεν.

La interpretación tradicional es que Neso se dirige a Deyanira cuando intenta violarla: «no te pasaré sin pago ninguno». Lasserre (1) cree imposible un diálogo entre Neso y Deyanira y se extraña del plural. No veo dificultad en lo primero y el plural mayestático es normal; en cuanto al diálogo entre Arquíloco y unos marineros que habían de llevarle a Delfos, al cual según él pertenecía este fragmento, es completamente fantástico.

* 97 (139 Bergk)

...πολλὸς δ' ἄφρος ἦν περὶ στόμα

* 98 (186 Bergk)

ὀξύη ποτᾶτο...

Lasserre refiere el fragmento a la lucha de Aqueoloo y Héracles, de cuyo final procede el fragmento 99, ya visto. Vienen luego las palabras de Héracles (fragmento 100) y finalmente:

* 101 (174 Bergk)

...κοπόεν ξίφος...

Se trata de un fragmento dactílico que encaja bien aquí; Lasserre ha probado (2) que Héracles mataba a Neso con

(1) Pág. 223.
(2) Pág. 198 sigs.

la espada y no con una flecha. A ello se refiere probablemente el fragmento.

Finalmente, he aquí los supuestos fragmentos del epodo que he eliminado:

13 *h* (144 Bergk)

Καὶ ὁ μὲν γε κατ' ἰσχὺν προφέρων... ὑπὸ δυοῖν γ' ἂν κατείργεσθαι φησὶ καὶ Ἀρχίλοχος καὶ ἡ παροιμία.

A partir de este pasaje de Aristóteles, Lasserre quiere restituir ὑπὸ δυοῖν κατείργετο, restitución poco verosímil para una frase proverbial. Además, la referencia a los dos cuernos de Aqueloo parece forzada. Finalmente, Lasserre atribuye a este epodo el fragmento 37 Diehl

κύψαντες ὕβριν ἀθρόην ἀπέφλοσαν

que se referiría al combates de Héracles y Aqueloo. No tiene, pues, en cuenta la glosa de Focio y Hesiquio, según la cual el verbo equivalía en Arquíloco a ἀπάγξασθαι; además, la traducción evidente es «perdieron todo su orgullo» y no «dieron libre curso a su ira», que es la que aquí haría falta. Por ello, prefiero la interpretación de Hauvette (1), para quien Arquíloco se refiere aquí a la humillación de Licambes y su hija, siendo este pasaje el origen de la leyenda de su muerte al interpretarse κύψαντες «bajando la cabeza» como «ahorcándose».

Como habrá podido observarse, los fragmentos dactílicos y yámbicos agrupados en este epodo narraban con una técnica más épica que lírica la muerte del centauro Neso a manos de Héracles. Nada menos que tres discursos contenía el pasaje, si mi reconstrucción es acertada: el de Neso a Deyanira pidiéndole su amor (fragmento 96), el de Deyanira a Héracles incitándole contra el centauro, mediante el relato de su victoria sobre Aqueloo (fragmentos 97, 98 y 99),

(1) *Archiloque*, París 1905, pág. 68 sigs.

y el de Héracles a Neso amenazándole con el recuerdo de su antigua victoria sobre los centauros (fragmento 100). Es curioso que dentro de un relato mítico, evidentemente un παράδειγμα perteneciente a un epodo, se usen otros dos mitos como παραδείγματα. ¿De qué trataba el epodo? Evidentemente, en él Arquíloco atacaba y amenazaba a un rival en amor. La mezcla del ritmo yámbico y el dactílico hace posible que nuestro episodio perteneciera al epodo IX o al XI; tal vez incluso al X. Pero como el IX parece tener un tema distinto (cosa que ocurre claramente en el VIII), las probabilidades mayores recaen sobre el XI (el metro del X es mal conocido y, además, el tema del fragmento 93 parece excluirlo); sin embargo, esto es una pura posibilidad y nada más.

Tiene interés hacer notar, para terminar, que, en todo caso, tenemos aquí un tipo de epodo paralelo no sabemos si al I o al IV (ignoramos si el mito iba en el centro, como parece probable, o al comienzo); pero en él el papel de la fábula está desempeñado por un mito. Es muy fácil que este sea el más antiguo de los epodos reconstruídos de Arquíloco, procedente de una época en que aún no se había separado tanto de la tradición épica. ¿Era Neóbula la mujer que se quería arrebatar a Arquíloco? La pregunta bien merece ser planteada, aunque por fuerza ha de quedar sin respuesta. Si la unión que proponemos de los epodos XI y XII fuera segura, compararíamos el tono del fragmento 95 con el muy semejante del 86, referente a Neóbula. Posiblemente, Arquíloco amenazaba a su rival antes de que Licambes se decidiera finalmente a favor de éste.

## EPODOS CUYA EXISTENCIA NEGAMOS

Finalmente, he de manifestar que no creo en la existencia de los epodos XI y XIV de Lasserre, a los cuales no se puede atribuir en forma inequívoca ninguno de los fragmentos que este autor considera procedentes de ellos.

Empecemos por el XI. Estaría escrito en un dístico epódico formado por un hexámetro y un yambelegiaco, dístico que se encuentra en el epodo XIII de Horacio. El yambelegiaco es citado por Servio Honorato, pero no por Hefestión; nada garantiza que lo utilizara Arquíloco mientras no encontremos un fragmento de este poeta que así lo pruebe. Lasserre creer poseer este fragmento (III Diehl):

— ⏑ ⏑ — ⏑ ⏑ — ⏑ ⏑ — ἔξωθεν ἕκαστος

ἔπινεν· ἐν δὲ βακχίῃ — ⏑ ⏑ — ⏑ ⏑ ⏓ (1)

Lasserre compara este fragmento con el pasaje del epodo XIII de Horacio en que, imitando a Alceo (fragmento 90 Diehl), el poeta exhorta a sus amigos a la bebida, mientras fuera brama la tempestad. Basado en esta comparación, interpreta así nuestro fragmento: «<mientras la tempestad bramaba> fuera, todos bebían: dentro reina <ahora> la alegría de Baco». No se ve bien en todo caso qué oposición puede haber entre el hecho de que «antes» se bebiera y «dentro» (y, supuestamente, «ahora») haya una fiesta báquica; ni es comprensible que nuestro fragmento se nos haya transmitido mutilado de tal modo que el ἔξωθεν se refiera a un verbo anterior. Por otra parte, si entendemos que se bebía «fuera» y «dentro», es imposible relacionar el tema con el de Horacio. Mejor dicho, esta imposibilidad existe se entienda como se entienda nuestro fragmento, pues a la exhortación de Horacio respondería en él una descripción. Si añadimos que el pasaje de Horacio tiene un modelo conocido—Alceo—y que βακχίη no significa la alegría ni la fiesta de Baco, sino la exaltación mística producida por el dios en las bacantes, concluiremos que este pasaje mutilado y de sentido incierto—diferente en todo caso del de Horacio—no basta para probar la existecia de un epodo de Arquíloco de tema semejante al XIII

(1) Generalmente se corrige: ἔξωθεν ἕκαστος ἔπινεν, ἐν δὲ βακχίῃσι (asinárteto del tipo Ἐρασμονίδη Χαρίλαε).

de Horacio. Finalmente, se puede dar un argumento decisivo contra la interpretación métrica de Lasserre (1): no respeta el zeugma tras la vocal breve del cuarto pie del hexámetro, como es de regla.

El epodo de Horacio en cuestión, después del comienzo citado, incita al olvido y a la esperanza de que algún día la divinidad remedie una desgracia que no se cita; como ejemplo cuenta cómo Quirón exhortaba a Aquiles a olvidar con el vino que había de morir joven. Es completamente incierto querer establecer un curso parecido para el supuesto epodo de Arquíloco. No hay razón ninguna para aducir aquí el fragmento 151 Bergk, según el cual Arquíloco comparaba el vino de Naxos al néctar, o el 106 Diehl κηλεῖται δ' ὅτις ἐστιν ἀοιδαῖς. En cuanto a 8 Diehl Πάντα τύχη καὶ μοῖρα, Περίκλεες, ἀνδρὶ δίδωσι , que representa sin duda el comienzo de un poema, es evidente que en modo alguno puede pertenecer a un epodo que, según Lasserre, constituiría una exhortación a los expediciónarios que partían para Tasos al mando de Arquíloco. Por lo demás, es fácil demostrar que pertenecía a una elegía (1).

Como acabo de anunciar, el epodo de Arquíloco contenía, según Lasserre, una exhortación, como supuestamente el de Horacio. Sin embargo, en mi opinión, éste no contiene ninguna exhortación a Aquiles para que realice grandes hazañas en Troya, sino para que se olvide ahora del futuro. Pero sigamos. Enomao de Gadara (pág. 70 Vallette) da noticia de un oráculo dirigido a Telesicles para que conquiste Ἠερίη. Telesicles explica en el texto de Enomao que Ἠερίη es Tasos «pues mi hijo (el de Telesicles) Arquíloco dijo que esta isla se llamaba antiguamente Ἠερίη». Lo único que yo deduzco de todo esto es que en un pasaje dactílico (quizá en una elegía) Arquíloco llamaba a Tasos Ἠερίη; no hay por qué pensar con Lasserre que dicho pasaje evocara a Telesicles y el oráculo. Enomao continúa diciendo que Te-

(1) Cf. Rivier, *l. c.*, pág. 467.

(2) Cf. mi trabajo ya citado «La elegía a Pericles de Arquíloco».

lesicles anunció la ordem del oráculo (ἤγγειλεν) y Arquíloco llevó (ἐξενάγησεν) a los parios a Tasos: también esto procede según él del epodo. Pero Enomao contradice al propio oráculo que cita (ἄγγειλον... ὡς σὲ κελεύω... κτίζειν) y, además, la fundación de Tasos por Arquíloco no sólo está en contradicción con todas las fuentes (1), sino que el verbo ξεναγεῖν «conducir o mandar mercenarios» es un brutal anacronismo: ¡los ciudadanos de Paros contratados como mercenarios para fundar una colonia! (2). Mejor que tratar de combinar los datos y hablar de dos colonizaciones sucesivas, una militar y otra más pacífica (!!), es pensar que Enomao no ha leído nada de esto en Arquíloco. Menos aún hemos de atribuir al epodo de Arquíloco el siguiente verso del oráculo:

'Αρχίλοχ' εἰς Θάσον ἐλθὲ καὶ οἴκει εὐκλέα νῆσον

pues para ir a Tasos después de perder la hacienda ἐν πολιτικῇ φλυαρίᾳ, como dice Enomao, no hacía falta una orden del oráculo; repárese en que, además, hay la contradicción de que ahora se nos presenta a Arquíloco como un soldado sin fortuna y no como el fundador de una colonia. Según el conocido pasaje de Critias (3) era realmente más lo primero que lo segundo, aunque ignoramos en qué poema aludía a ello Arquíloco. Lo que sí es evidente es que Enomao tomaba los supuestos oráculos de una colección cualquiera de las que circulaban y que, en su afán por refutarlos, incurría por ignorancia en bastantes contradicciones.

En todo caso, nada de esto tiene relación alguna con la profecía de Quirón en Horacio, cuando revela los futuros triunfos y pronta muerte de Aquiles. Para reforzar su hipótesis, Lasserre aduce la *Oda* I 7, en la cual se invita a Planco

(1) Tampoco sabemos que Arquíloco fuera jefe militar, sino más bien lo contrario.

(2) El oráculo a Telesicles no podía ser atribuído a Arquíloco por constar de dos hexámetros seguidos.

(3) En Eliano *V. H.* X, 13. En cambio, Isócrates *Busiris* 39, alude seguramente a Alceo (cf. Kamerbeck, *l. c.*, pág. 346).

a buscar el olvido en el vino y se pone el ejemplo de Teucro cuando dió igual consejo a sus amigos al partir para fundar la Salamina de Chipre. El paralelo es, no hay duda, más exacto, aunque no demuestra en modo alguno la existencia del epodo de Arquíloco. Para concluir, el último fragmento que Lasserre atribuye a éste, Θρῖα (nombre de las parcas), que coloca aquí por la predicción de Quirón de que impedirían la vuelta de Aquiles, es totalmente incierta.

Estos resultados completamente negativos se repiten en el supuesto epodo XIV de Arquíloco, que hablaría de una tierra feliz a donde huir, tierra cuya descripción imitaría Virgilio en la egloga IV y Horacio en el epodo XVI. Este tedio producido por las luchas constantes y el consiguiente deseo de huir a un mundo sin problemas, es bien comprensible en la Roma de las guerras civiles, pero es extraño a la Jonia del siglo VII a. C., que estaba en plena aventura colonial y llena de ímpetu vital (1). Si además se nos asegura que el país equivalente a las islas afortunadas de Horacio y a la era futura de Virgilio es en Arquíloco Creta, demasiado conocida sin duda para atribuirle las maravillas de que hablan Horacio y Virgilio—¡y ello sólo porque en Arquíloco hay un Κρεήτη quizá dactílico! (fragmento 175 Bergk)—, nuestro escepticismo aumenta.

Ni un solo fragmento es inequívoco: ni 19 Diehl κλαίω τὰ Θασίων, οὐ τὰ Μαγνήτων κακά, que puede proceder de un yambo—por ejemplo, del que ha quedado un resto en 18 Diehl—; ni 129 Bergk Θάσον δὲ τὴν τριοιζύρην πόλιν, sobre el que podríamos hacer igual suposición; ni el *Adesp. Eleg.* 8 ἐν δὲ διχοστασίῃ καὶ πάγκακος ἔμμορε τιμῆς, cuyo autor ignoramos; ni 21 Diehl ψυχὰς ἔχοντες κυμάτων ἐν ἀγκάλαις ; ni 130 Bergk προτείνω χεῖρα καὶ προίσσομαι, en el que προίσσομαι no puede significar «juro» si de verdad viene de προῖκα , como parece. Los argumentos lingüísticos a favor de esa interpretación son

(1) Estaría además en contradicción con la resignación ante el infortunio predicada por Arquíloco y toda la lírica arcaica (cf., por ejemplo, el fragmento 67 *a* Diehl).

bien deleznables. Podríamos continuar haciendo objeciones contra *Adesp. Iamb.* 4 ἄψυχον ἄνδρα λαμβάνειν συνέμπορον, de autor ignorado, cuya atribución a este lugar, como en el caso del fragmento anterior, se basa exclusivamente en supuestos paralelos con el epodo de Horacio *(mollis et exspes innominata premat cubilia)*, siendo así que nada ha demostrado previamente que dicho epodo imite uno semejante de Arquíloco; contra 191 Bergk ῥῶξ, 173 Bergk κοκκύμηλα y 164 Bergk διὲξ τὸ μύρτον , fragmentos demasiado insignificantes para probar que provengan de la descripción de un país maravilloso, al igual que 5 B Diehl διὲξ σωλῆνος εἰς ἄγγος, supuestamente referente a la miel que fluía de los huecos de las encinas. No merece la pena continuar; baste decir que el único fragmento que presenta cierta apariencia de verosimilitud es 125 Bergk <οὐδ' αὖ> κακήν σφιν Ζεὺς ἔδωκεν αὐόνην, apariencia que desaparece si eliminamos el suplemento inicial, original de Lasserre.

## ALGUNAS CONCLUSIONES SOBRE LA POESIA DE ARQUILOCO

Después del anterior estudio, una vez despejado el campo de fragmentos no pertinentes y reconstrucciones indefendibles y de reajustado el resto convenientemente, resulta un panorama coherente de la poesía de Arquíloco. Veamos las principales características de esta poesía según se reflejan en los epodos que hemos podido reconstruir.

Hablemos primero de los temas. El principal, que aparece con distintas variaciones, es el del ataque violento e injurioso contra alguien. Unas veces este ataque ha sido provocado: así en I, en II, en XII. Otras, la víctima ha buscado en el poeta un amor que éste no quiere concederle: es el caso de IV y de VIII. En otros epodos todavía (el VI y el VII, en que satiriza al mono) parece que el ataque de Arquíloco no es provocado. No sabemos, finalmente, si la otra víctima de Arquíloco, el destinatario del epodo V, había o no hecho víctima

al poeta de su πολυπραγμοσύνη (1). De otra parte, estos ataques son muy diferentes unos de otros. Ya se trata de injurias violentas (I, II, y VIII, sobre todo), ya de burlas y sátira (V, VI, VII), ya el ataque es algo secundario al lado de la justificación de la actitud del poeta (IV). Hay también la posibilidad de que la finalidad de V fuera más bien de consejo que de ataque; esto ocurría evidentemente en III (El ciervo, la zorra y el león).

Pero no acaban aquí los temas de Arquíloco. En varios de los epodos citados el tema del ataque personal se une al del amor. Ya en los epodos contra Licambes y Neóbula el tema del amor está presente: es precisamente la causa del ataque. Es más, en el epodo VIII (segundo de los dirigidos contra Neóbula) el recuerdo del antiguo amor de Arquíloco por Neóbula sirve para poner de relieve la presente corrupción de ésta, pero es tratado casi por sí mismo. De aquí pasamos al epodo IX, de tema exclusivamente amoroso; no podemos afirmar que éste sea también el caso del XI, porque tal vez forme una unidad con el XII. Esta mezcla del motivo amoroso y del de la injuria personal es característica de Arquíloco. Pero la injuria no es un puro desahogo, sino que está al servicio de una alta concepción del orden moral del mundo, defendido por Zeus (cf. I y V y, posiblemente, también XII). Como veíamos, hay un lazo que une a Arquíloco con Hesíodo e incluso con ciertos pasajes de Homero. Si sus insultos tienen raíz popular, de otro lado pueden parangonarse con pasajes como A 225 sigs. (insultos de Aquiles a Agamemnón, que ha cometido ὕβρις). Desde este punto de vista, es más nuevo y original el tema amoroso.

Sobre la composición, ya hemos adelantado algunas cosas. Es característico, ante todo, el uso de παραδείγματα que sustituyen a razonamientos abstractos y sirven de amenaza, advertencia o consejo. Una vez (epodo XII) se trata de un

(1) El tema de IX (tal vez un ataque contra alguien) es demasiado mal conocido para aludir aquí a él.

mito, relatado con técnica épica (1). Las más, de fábulas (2). Una (epodo V), de una anécdota sucedida en Paros (3). Este procedimiento, como vimos, tenía tradición épica y era usado por Hesíodo. Arquíloco tiende a preferir la fábula, que perfecciona mucho con respecto a Hesíodo, llegando a conseguir pequeñas obras maestras; en cuanto al uso de la anécdota, parece ser original de Arquíloco. Por lo demás el uso que hacía de estos παραδείγματα era muy variado: al especificar los temas de Arquíloco lo hemos visto ya. La diferencia era también grande formalmente. Hemos distinguido dos tipos de epodo: con παράδειγμα central e inicial. Pero, en el primero, la parte introductoria puede variar desde un largo *ex abrupto* como en I a un par de versos que anuncian precisamente la fábula, como en VII; y en el segundo, la fábula inicial varía también entre una larga narración, como en IV, y un solo verso, en el cual, la fábula viene a convertirse en un proverbio, como en II.

De otra parte, no es obligatoria en los epodos la existencia de παράδειγμα alguno; el VIII y el X, por lo menos, carecen de él. Sin embargo, la técnica anterior se refleja en VIII, como hemos visto, en la sustitución del παράδειγμα por recuerdos sentimentales.

Vemos, pues, que Arquíloco no era tan innovador como se ha dicho, ya que tanto en los temas como en la composición depende muchas veces de una tradición anterior. Pero en uno y otro terreno presenta también desarrollos nuevos y deja, sobre todo, el reflejo de su libre y auténtica personalidad. La riqueza y variedad de sus sentimientos y de su arte de componer son tan grandes como grandes son la perfección y equilibrio, verdaderamente clásicos, que alcanza.

En cambio, era mucho pedir querer que un poeta del

---

(1) A este tipo debe de pertenecer también el mito de Linceo.

(2) En los yambos había varias (cf., por ejemplo, Lasserre, página 106 sigs.).

(3) Cf. también, por ejemplo, la historia de Etíope el Corintio (fragmento 150 Bergk), a la que no hemos hallado lugar en los Epodos.

siglo VII a. C. escribiera una especie de autobiografía. Como era equivocado *a priori* atribuir a Arquíloco el detalle de las intrigas sentimentales de las imitaciones horacianas. Sobre la biografía de Arquíloco, lo único que podemos deducir de los epodos, tal como los reconstruyo, es lo siguiente: el episodio del perjurio de Licambes (epodo I); los intentos frustados de Neóbula, ya vieja, para conquistar al poeta (epodos IV y VIII); y un nuevo amor de éste (epodo IX), quizá posterior a estos intentos. No sólo los temas, sino también la evolución del arte del poeta (I: composición clásica con fábula central; VIII: la fábula sustituída por los recuerdos de amor; IX: eliminación de la invectiva y de la fábula, que perdura aún en IV) parecen apoyar este orden. El último punto de vista sugiere que el epodo XII (que tal vez formaba una unidad con el XI), cuyo παράδειγμα es un mito, sea anterior al epodo I y amenazase al rival de Arquíloco antes de que Licambes se inclinase definitivamente a favor de aquél.

F. R. Adrados.

# CANTIDAD SILABICA Y METRICA ESTRUCTURAL EN GRIEGO ANTIGUO

§ 1. De las «reglas» que rigen en la versificación del griego antiguo el valor cuantitativo de las sílabas, hay dos que presentan serias dificultades de interpretación:

I. Sólo cuentan las consonantes que siguen a la vocal. Así, si a una vocal breve siguen, dentro de la misma sílaba, una o más consonantes, la sílaba funciona como larga: ἔρ-(νος), ἐσ-(τι), ἐκ-(τός), ἐν-(τός), θερ-(μός), πλάγχ-(θη). Por el contrario, sílabas como ὄ-(πωπα), τό-(πος), τρό-(πος), στρο-(φή) funcionan todas como breves, a pesar de que la articulación de στρο- debía ocupar mucho más tiempo que la de ὀ-, que la de το- y que la de una sílaba larga como ὀκ-(τώ).

II. La ecuación — = ⏑⏑, resultante del hecho de que, dentro de ciertas limitaciones, la estructura métrica de varios tipos de versificación (hexámetro y, en general, toda la poesía jónico-ática) permite la sustitución de una sílaba larga por dos breves y viceversa.

§ 2. Con el punto de vista fonético, desde el cual a partir del siglo XIX se ha pretendido captar la realidad material de los hechos lingüísticos, las dos reglas en cuestión resultan verdaderamente inexplicables.

Las mediciones hechas modernamente con aparatos adecuados han permitido, en efecto, establecer en las lenguas modernas que operan de algún modo con oposiciones de cantidad (así el alemán, el inglés, el holandés) que el tiempo empleado en la articulación de las diferentes sílabas presenta valores muy diversos, lo que permite inferir que también en griego los valores variaban y que la ecuación — = ⏑⏑

no se daba en la realidad fonética de la lengua hablada. A ello se añade otra serie de observaciones experimentales sobre la duración de las vocales largas y breves, según las cuales en las diferentes lenguas estudiadas las zonas de oscilación de la duración de las breves y las largas se interfieren, de suerte que en una misma lengua hay vocales breves que duran igual o más que una larga. (1)

Que éste era también el caso de la cantidad silábica en griego lo demuestra el hecho de que los antiguos ῥυθμικοί (que se ocupaban de la realización musical) observasen tales oscilaciones en la duración de las sílabas, que ya el primero y más notable de ellos, Aristóxeno de Tarento (s. IV) hubo de rechazar la sílaba como unidad de medida y establecer en su lugar una unidad musical independiente, el χρόνος πρῶτος (*mora* en la terminología introducida por Gottfried Hermann), cuya duración se postulaba convencionalmente para la realización musical de la sílaba breve, en tanto que a la larga se asignaban dos χρόνοι πρῶτοι (2).

Desde ese mismo punto de vista de la realización musical, una sílaba como σπλήν tenía más duración que la simple larga η, según el testimonio expreso de Dionisio de Halicarnaso (3) y según el proceder de los ῥυθμικοί, que adoptaron la convención de asignar 1/2 χρόνος πρῶτος por cada una

---

(1) Vid. la exposición, con bibliografía, dada por Mlle. M. Durand, *Voyelles longues et voyelles brèves. Essai sur la nature de la quantité vocalique*, 1946, pág. 15 sigs. y el gráfico («Planche I») situado frente a la pág. 38. Por ejemplo, en el individuo angloamericano I las breves oscilan entre 5 y 39 centésimas de segundo, las largas se sitúan entre 8 y 67 cs. En siamés las breves varían entre 4 y 35 cs., las largas entre 8 y 62 cs. Se trata de valores determinados manteniendo el tempo inalterado.

(2) Aristóxeno, fragm. apud Psellum 1 (p. 76 Westphal) ἡ δὲ συλλαβὴ χρόνου τινὸς μέτρον οὖσα οὐκ ἠρεμεῖ ('no permanece fija') κατὰ τὸν χρόνον, μεγέθη μὲν γὰρ χρόνων οὐκ ἀεὶ τὰ αὐτὰ κατέχουσιν αἱ συλλαβαί, λόγον μέντοι τὸν αὐτὸν ἀεὶ τῶν μεγεθῶν· ἥμισυ μὲν γὰρ κατέχειν τὴν βραχεῖαν χρόνου, διπλάσιον δὲ τὴν μακράν.

(3) *De compositione uerborum* 15, pág. 167, 6 Radermacher ἡ ἐκ τοῦ η γινομένη συλλαβή, μακρὰ τὴν φύσιν οὖσα, τεττάρων γραμμάτων

de las consonantes agregadas: así ὡς = 2 $\frac{1}{2}$, ηὐ= 3 χρόνοι πρῶτοι (1).

§ 3. Ante estos hechos fonéticos la posición adoptada por la mayoría de los tratadistas modernos ha sido la de negar la naturalidad de la ecuación — = ⏑⏑, con la que operaban los μετρικοί, en la lengua hablada, explicando ese principio de la métrica griega como una norma propia de la ejecución musical, o al menos originada en ella. Por ejemplo, F. Saran (2) cree tener que admitir largas y superlargas (überlang) y considera que la fórmula — = ⏑⏑ adoptada por los métricos de conformidad con la praxis de los poetas, no pudo surgir de la observación directa de los hechos. Con una regulación en el canto cuenta también C. Höeg (3), y sustancialmente la misma opinión es sustentada en las excelentes monografías de Miss A. M. Dale (4) y Th. Georgiades (5). Por su parte, A. Meillet trató de salvar la dificultad de la duración relativa de sílabas breves y sílabas largas admitiendo la intervención de un factor psicológico, pero sin poder precisar el elemento acústico utilizado para producir la impresión (6).

§ 4. El que las consonantes que preceden a la vocal dentro de la sílaba no cuenten para la cantidad, es un problema para el que se han propuesto soluciones diversas. Según la explicación de Saussure, seguida por Grammont, (7), las consonantes de la rama ascendente de la sílaba se

---

προσθήκαις παραυξηθεῖσα, τριῶν μὲν προταττομένων, ἑνὸς δὲ ὑποταττομένου, καθ' ἣν λέγεται Σπλήν, μείζων ἂν δήπου λέγοιτο εἶναι τῆς προτέρας ἐκείνης τῆς μονογραμμάτου· μειουμένη τε αὖ πάλιν καθ' ἕκαστον τῶν προστεθέντων γραμμάτων τὰς ἐπὶ τοὔλαττον παραλλαγὰς αἰσθητὰς ἂν ἔχοι.

(1) Querobosco *ad Hephaestionem*, pág. 180, 4 Consbruck.

(2) «Die Quantitätsregeln der Griechen und Römer», *Streitberg Festgabe*, 1924, pág. 305.

(3) «Les syllabes longues par position en grec», *Mélanges Pedersen*, 1937, pág. 190 sig.

(4) *The Lyric Metres of Greek Drama*, 1948, pág. 6 sig.

(5) *Der griechische Rhythmus*, 1949, págs. 11, 22, 55.

(6) *Les origines indo-européennes des mètres grecs*, 1923, pág. 9.

(7) Cf., por ejemplo, *Traité de Phonétique*, pág. 112.

precipitan hacia el punto vocálico de tal modo que sólo se percibe su explosión, a la cual no se atribuye duración.

P. Verrier, (1) F. Saran, (2) A. Schmitt (3) y C. Höeg (4) han intentado explicar este fenómeno tratando de superar el concepto de sílaba, bien mediante la utilización de la noción de sílaba cuantitativa («intervalle de temps qui commence avec une syllabante» = vocal, Verrier) o «Kammzeit» de cada sílaba, que es el tiempo ocupado por la articulación de lo que Saran llama «Silbenkamm» («der schwerste Teil der Silbe»), bien negando la realidad de la sílaba, de acuerdo con algunos fonetistas modernos, y sustituyéndola por otras nociones (así Schmitt, Höeg). P. Eringa (5) no se plantea el problema de las largas por posición ni el de la ecuación — = ⏑ ⏑, que acepta como verdades de hecho.

§ 5. El problema sigue en realidad sin resolver, pues lo que es necesario explicar es precisamente por qué la cantidad silábica se cuenta a partir de la primera vocal, no tomando en consideración las consonantes anteriores, que tenían una duración real bien perceptible, como demuestra el texto de Dionisio de Halicarnaso citado pág. (80). nota 3.

§ 6. El tipo de sílaba más simple que se ofrece a nuestra consideración es el constituído por una sola vocal, breve como en ὄ-(πωπα) o larga como en ὦ-(μος). En este caso particular, la cantidad silábica se identificaba con la vocálica. Tratemos, por ello, de la cantidad vocálica en primer lugar.

§ 7. En griego antiguo, la diferencia entre una vocal larga y una breve de timbre igual constituía una oposición fonológica porque cumplía una función distintiva. Servía para distinguir pares de cuasi-homónimos: λέγω 'yo digo' /

---

(1) *Revue de Phonétique* 4, 1914, pág. 134 sigs.

(2) *Op. cit.*, pág. 299 sigs.

(3) «Zum Verständnis der Positionslänge», *Glotta* 23, 1935, página 80 sigs.

(4) *Op. cit.*, pág. 183 sigs., donde hay una crítica de las interpretaciones anteriores.

(5) *Het phonologische quantiteitsbegrip. Tijdaspecten van de taal*, 1948, págs. 78-183: Cf. pág. 82.

λήγω 'yo ceso', φέρομεν (indicativo) / φέρωμεν (subjuntivo).

Debemos a Trubetzkoy una interpretación plenamente satisfactoria de la oposición vocal larga / vocal breve, que en último término no respondía a diferencias constantes de duración fonética. Según Trubetzkoy en el sistema griego antiguo (al que limitamos este estudio) la diferencia obedecía fundamentalmente a una diferencia de función de la vocal como soporte del acento (1).

En griego antiguo, el acento tenía dos funciones. Su función básica era la culminativa, aquella por la cual un acento es precisamente acento, esto es, el servir para individualizar las palabras o las unidades semánticas en la cadena hablada. A esa función culminativa se unía secundariamente otra, distintiva: por su libertad de colocación en una de las tres últimas sílabas («Campo acentual» en la terminología de Ch. Bally), aunque con ciertas restricciones, servía para distinguir pares de cuasi-homónimos: βίος 'vida' / βιός 'arco', θηρο-τρόφος 'que alimenta a los animales' / θηρό-τροφος 'que es pasto de los animales'.

La diferencia entre la acentuación aguda (ὀξεῖα προσῳδία) y la circunfleja (ὀξυβαρεῖα, περισπομένη) constituía otra oposición fonológica con función distintiva: οἴκοι 'en casa' / οἶκοι 'casas', ἤν (conjunción condicional) / ἦν (imperfecto de εἰμι), οἵ (pronombre relativo) / οἶ (adverbio relativo de lugar).

El acento agudo podía ir sobre vocales breves o largas (y diptongos, cf. § 13, 2.°), mientras que el circunflejo sólo podía ir sobre vocales largas (y diptongos). De ahí la definición funcional de vocales breves y largas en griego antiguo.

Vocal breve es la vocal susceptible de llevar sólo acento agudo.

Vocal larga es la vocal susceptible de llevar acento agudo o circunflejo.

Como el acento agudo puede ir sobre vocal larga y sobre

---

(1) «Die Quantität als phonologisches Problem», *Actes du IV Congrès de Linguistes*, Copenhague 1936, pág. 117 sigs. Cf. sus *Principes de Phonologie* (trad. Cantineau), 1949, pág. 201 sigs.

breve, es evidente que la capacidad para llevar acento agudo no puede ser la marca de la correlación de cantidad breve / larga. La marca es la capacidad para llevar acento circunflejo. Por consiguiente, la vocal larga es el término marcado de la correlación.

Ahora bien, el acento agudo consistía en la elevación de la altura musical de toda la vocal (ὀξύτης) y se oponía privativamente al tono musical ordinario de las vocales no acentuadas (βαρύτης), consideradas como sin altura musical. El circunflejo era una inflexión tonal de la vocal afectada: a un primer segmento pronunciado con altura musical (ὀξύτης) sucedía, dentro de la misma vocal, otro segmento, sin altura musical, esto es, pronunciado con el tono ordinario de las vocales no acentuadas. En la inflexión tonal del acento circunflejo, la vocal larga se conducía como dividida en dos segmentos (no necesariamente iguales, cf. § 12), que se designan con el término de *morae*. Una vocal larga era, pues, bipartita; una breve era simple. Por consiguiente, en la cantidad vocálica, la ecuación — = ⏑⏑ tenía existencia natural en el sistema de la lengua griega.

§ 8. El hecho de que, por una parte, sílabas como ὄ-(πωπα) funcionen, en lo referente a la cantidad, como τό-(πος), τρό-(πος), στρο-(φή) y de que, por otra parte, sílabas como ὦ-(μος) funcionen también como sílabas con diptongo οἰ-(μή), αἰ-(νός), εὐ-(χή) o con consonante detrás de la vocal ὄρ-(νυμι) o del diptongo οἰσ-(τός) y como τραῦ-(μα), στόρ-(νυμι) autoriza a intentar aplicar a la cantidad silábica la misma explicación dada por Trubetzkoy para la vocálica.

§ 9. Se comprende que las sílabas τό-(πος), τρό-(πος), στρο-(φή) sean breves como ὄ-(πωπα), a pesar de su mayor duración fonética, pues dichas sílabas no permiten inflexión tonal, por terminar en la única vocal breve que contienen.

Del mismo modo, sílabas como πῶ-(μα), στρῶ-(μα) eran largas (y no «superlargas») exactamente igual que ὦ-(μος), a pesar de su mayor duración fonética. Para la inflexión acentual, cuya posibilidad es la marca de la sílaba larga, lo que cuenta es la vocal larga: los fonemas consonánticos que

preceden a la vocal no recibían nunca altura musical; por ello, la inflexión no comenzaba en ellos.

§ 10. Puesto que los diptongos han de ser considerados en griego como grupos de dos fonemas (1), la cantidad de un diptongo con primer elemento breve debe ser considerada como un caso de cantidad silábica. En οἶ-(νος), αἶ-(νος), la inflexión tonal de la acentuación circunfleja se producía después del primer elemento breve. La segunda vocal constituía la segunda mora de la sílaba larga. Como señala Bally (2), la práctica ortográfica de acentuar la segunda vocal de estos diptongos es opuesta a la pronunciación real.

§ 11. En sílabas largas «por posición» (3) del tipo ὄρ-(νυμι), ἔν-(τεα), ἐκ-(τός), ὀκ-(τώ) la cantidad larga tiene sin duda, la misma explicación: la capacidad para recibir inflexión acentual. Cuando la vocal breve va acentuada (con acentuación aguda, naturalmente), como en ἔν-(τεα), la inflexión tonal se produce al pasar de la vocal tónica al fonema consonántico siguiente, siempre sin altura musical. (4).

---

(1) Por el contrario, W. Brandenstein, *Griechische Sprachwissenschaft* I, 1954, pág. 74, considera que los diptongos en *i* con primer elemento breve son monofonemáticos porque todos ellos acaban por monoptongar en el curso de la evolución histórica del griego. En realidad, aplicando criterios distribucionales, los únicos adecuados a este problema (cf. A. Martinet, «Un ou deux phonèmes?», *Acta Linguistica* 1, 1939, pág. 94 ss.) se llega a la conclusión de que todos los diptongos griegos son difonemáticos.

(2) *Manuel d'accentuation grecque*, 1945, pág. 15.

(3) No entramos aquí en el problema, puramente terminológico, de la significación originaria de μακρὰ φύσει y μακρὰ θέσει.

(4) J. Vendryes. *Traité d'accentuation grecque* pág. 50, observa que en los himnos de Delfos los grupos de vocal breve + λ. μ, ν pueden cantarse en dos notas, exactamente igual que los diptongos o las largas con circunflejo. Es tentador suponer que la acetuación de hom. πῖπτον y de ático μᾶλλον, θᾶττον, κτλ. (con vocales breves -ι-, -α-) pueda ser un reflejo de la inflexión tonal de la sílaba cerrada en πίπ-τον, μάλ-λον, θάτ-τον. En ese caso, la grafía sería ciertamente más lógica que la de los diptongos como αῖ, con el acento en la segunda vocal, que en la pronunciación era átona (cf. § 10). Para πίπτω la cantidad larga de la vocal -ι- no está demostrada por la grafía helenística ἐκπείπ-

§ 12. Que las dos moras de que constaba la sílaba larga y que se manifestaban en la inflexión tonal no solían tener la misma duración objetiva, es claro por las siguientes consideraciones.

1.ª En sílabas largas con diptongo de primer elemento breve οἶ-(νος), αἶ-(νος), la primera vocal era la primera mora, afectada por la altura tonal. La segunda vocal era la segunda mora. Sabemos que en los diptongos siempre la segunda vocal ocupa menos tiempo que la primera (1).

2.ª En sílabas con diptongo de primer elemento largo, como ᾄ-(δω), (σο)-φῷ, la primera vocal larga se segmentaba en dos moras que pueden suponerse de duración sensiblemente igual. El segundo elemento del diptongo incrementaba la duración de la segunda mora, que de este modo llegaba a durar más que la primera.

3.ª En sílabas del tipo de vocal larga + consonante, como ὦσ-(τε), ὦρ-(το). también la segunda mora, incrementada con la duración de la consonante, duraba más que la primera.

§ 13. Parece, pues, evidente que funcionalmente la sílaba larga, (lo mismo que la vocal larga) se define como la sílaba capaz de recibir inflexión tonal (2).

Esta definición requiere algunas puntualizaciones:

1.ª Se trata de una capacidad que no necesitaba reali-

---

τομεν, ya que también se encuentra μείσγω (cf. E. Schwyzer, *Griechische Grammatik* I, pág. 690, n. 3).

(1) Grammont, *Traité de Phonétique*, pág. 109.

(2) De este modo, estableciendo una misma definición para la cantidad silábica y la vocálica, pueden quedar satisfechas las exigencias de N. van Wijk, «Quantiteit en intonatie», *Mededeelingen der Kg. Nederl. Akademie van Wetenschappen*, Afd. Letterkunde, N. R., d. 3 nr. 1, 1940, que creía sólo poder aceptar la correlación de inflexión tonal como criterio para la cantidad larga divisible en dos moras, si la diferencia tonal aparece también en diptongos polifonemáticos y otros grupos de dos fonemas (cf. Eli Fischer-Jörgensen, «Neuere Beiträge zum Quantitätsproblem», *Acta Linguistica* 2, 1940-41, pág. 179).

zarse siempre y que no se realizaba cuando el acento no afectaba a la sílaba en cuestión.

2.° Las sílabas largas «por naturaleza» (φύσει), esto es, las que contenían vocal larga o diptongo, eran susceptibles de: *a)* recibir acento agudo, es decir, uniformidad tonal. *b)* recibir acento circunflejo, es decir, inflexión tonal. *c)* ser átonas, esto es, presentar uniformidad tonal en el tono cero. Las sílabas largas «por posición» (θέσει) eran susceptibles de: *b)* recibir acento agudo en la vocal breve, lo que producía inflexión tonal en la sílaba (cf. § 11). *c)* ser átonas, es decir, presentar uniformidad tonal en el tono cero. Las sílabas breves eran susceptibles de; *a)* ser tónicas. *c)* ser átonas; es decir, en uno y en otro caso presentaban uniformidad tonal.

Considerando que lo pertinente de *a)* y *c)* es la uniformidad tonal (sin que importe que sea en el tono positivo o en el tono cero), se puede admitir que las sílabas largas eran capaces de uniformidad y de inflexión tonal y que las sílabas breves solamente eran capaces de uniformidad tonal. Resulta evidente que las sílabas largas tienen una marca positiva.

§ 14. En final absoluto ante pausa, esto es, en fin de verso o de período, una sílaba cerrada era siempre larga conforme a la teoría expuesta en § 11: (τρό)-πος, (τρό)-πον.

§ 15. La interpretación de la cantidad silábica en los mismos términos que la vocálica permite comprender el fenómeno conocido por alargamiento compensatorio, consistente en la sustitución de la silábica por la vocálica: πάνσα > πᾶσα, ἐνς ἀγρόνς > εἰς ἀγρούς, γίγνομαι > γῖνομαι.

§ 16. La teoría que hemos expuesto explica satisfactoriamente, si no nos equivocamos, todos los puntos del problema, tal como se nos planteó en §§ 1-2.

El carácter bipartito de la sílaba larga frente a la simplicidad de la breve explica la ecuación — = ⏑⏑ en el marco natural de la lengua. El que la inflexión tonal, cuya posibilidad es la marca de la sílaba larga, comience forzosamente con la vocal, permite comprender la causa de que no cuenten para

la cantidad los fonemas anteriores a ella y sí los que la siguen dentro de la sílaba. Finalmente, la naturaleza funcional de estos hechos explica la independencia, o mejor, el no paralelismo de la cantidad silábica con la duración fonética de las sílabas, tanto en lo referente a la distinción entre largas y breves, como en lo que afecta a la fórmula — = ⏑⏑.

§ 17. Ignoramos cómo se realizaba fonéticamente la diferencia entre una sílaba larga y una breve en posición átona o en posición tónica de acentuación aguda uniforme en el caso de ώ οί (1). Parece razonable admitir que la duración fonética relativa de la porción silábica portadora de la cantidad era un elemento de esa realización, de modo que *caeteris paribus* (timbre vocálico; lugar del acento en la palabra; clase, número y colocación de los fonemas consonánticos) una breve duraba menos (no necesariamente la mitad) que una larga. Así inducen a pensar la terminología antigua συλλαβὴ μακρά, βραχεῖα y, sobre todo, la prolongabilidad de la sílaba larga en la realización musical, que estudiamos § 22.

§ 18. De esta interpretación de la cantidad se derivan algunas consecuencias importantes para la métrica griega.

En primer lugar, la duración fonética no contaba para la versificación, que operaba con la distinción breve / larga y con la fórmula — = ⏑⏑. Dos hexámetros homéricos, equivalentes métricamente en virtud de la llamada responsión externa, como (por citar casos extremos):

Z 511 ῥίμφα ἐ γοῦνα φέρει μετά τ' ἤθεα καὶ νόμον ἵππων.

— ⏑⏑ — ⏑⏑ — ⏑⏑ — ⏑⏑ — ⏑⏑ — —

y Ψ 221 φυχὴν κικλήσκων Πατροκλῆος δειλοῖο.

— — — — — — — — — — — —

resultaban tener, con toda seguridad, duraciones muy diferentes. De este modo pierde toda base el pretendido isocro-

(1) Mlle. Durand, *op. cit.*, pág. 177, halla para las vocales largas estudiadas en diversas lenguas realizaciones diversas (fuertes, tensión creciente, timbre cambiante, altura musical descendente, colocación ante consonantes débiles sin acción asimiladora de tensión). Cf. E. Alarcos Llorach, *Fonología Española*$_2$, 1954, pág. 73 sigs.

nismo. Este isocronismo no existe tampoco en la llamada responsión interna: los 6 dáctilos de un hexámetro, bien puros — ⏑⏑, bien en forma de espondeos — —, no tenían la misma duración, ya que el esquema cuantitativo no se refleja en un esquema de duraciones proporcionales de las sílabas fonéticas.

§ 19. El ritmo de la versificación no es el producto de un isocronismo, fundamentalmente inexistente (aunque haya una tendencia a él en la realización poético-musical). El ritmo, que en último análisis psicológico resulta de la repetición de «Gestalte», formas-figuras (1), consiste en el hexámetro en la repetición de la «Gestalt» — ⏑⏑ (o de su variante — —). En principio, una «Gestalt» se percibe fuera de la dimensión temporal: es una relación cualitativa entre los elementos que la componen. Una «Gestalt» como el dáctilo — ⏑⏑ no excede el llamado tiempo de presencia psíquica y se percibe simultáneamente (2). Por el contrario, una «Gestalt» de orden superior, como el hexámetro, excede dicho tiempo de presencia psíquica y no se percibe de una vez, sino en la línea del tiempo; pero ello no es obstáculo para que la

---

(1) La «Gestalt» (usamos el término alemán, que se ha hecho internacional entre los psicólogos) es una unidad de percepción compuesta de elementos unidos por relaciones mutuas, de modo que el todo es más que la simple suma de sus partes. En una «Gestalt» visual como ∴ los tres puntos no se mantienen aislados, sino que son relacionados para constituir la forma-figura de un triángulo. Para la teoría de la «Gestalt» vid. J. Fröbes, *Tratado de Psicología empírica y experimental* (4.ª ed. española) I, pág. 461 sigs. Sobre la formación de «Gestalten» como esencia del ritmo, vid. Stumpf *apud* Fröbes, *ibidem*, página 404. Sobre la naturaleza cualitativa del ritmo vid. E. Benussi, *Psychologie der Zeitauffassung*, 1913, pág. 420, y cf. U. Hölscher, *Gnomon* 23, 1951, pág. 409. Sobre el papel de la «Gestalt» en la lengua, vid. W. Porzig, *Das Wunder der Sprache*, 1950, pág. 144 sigs.

(2) Sobre el tiempo de presencia psíquica, vid. Fröbes, *ibidem*, pág. 394 sigs. Cuatro campanadas de un reloj que da la hora se perciben todas como simultáneamente presentes a nuestra conciencia, pero doce exigen la intervención de la memoria para representarse las primeras cuando se oye la última.

relación entre sus elementos sea fundamentalmente cualitativa.

§ 20. La cantidad silábica por sí sola es suficiente para la constitución de un ritmo. En efecto, cada «Gestalt» tiene un punto de mayor atención (1), que sirve de referencia para analizar un conjunto en las «Gestalte» de orden inferior que le componen. El hecho de que la sílaba larga sea un elemento marcado lingüísticamente (§ 13, 2.ª), que por ser marcado atrae la atención psicológica en grado mayor que la breve no marcada, explica la posibilidad de un ritmo puramente cuantitativo (2), sin necesidad del *ictus* dinámico que algunos autores postulan como necesario para la constitución del ritmo de la versificación.

§ 21. Nuestro análisis funcional de la cantidad silábica en griego antiguo tiene ciertas implicaciones teóricas que nos obligarían a replantear algunas de las difíciles y hasta ahora poco estudiadas cuestiones referentes a la sílaba fonética, sílaba fonológica, centro silábico (3), lo cual, nos alejaría demasiado del carácter métrico que queremos dar a este estudio.

La conclusión que sí nos interesa deducir aquí es que la versificación griega, que utiliza la distinción larga/breve y la fórmula — = ⏑⏑, opera, no con elementos de la fonética fisiológica de la lengua, sino con elementos de la fonética funcional, esto es, fonológicos en sentido amplio.

Ello quiere decir:

1.° Que lo mismo que en el *continuum* fonético de la cade-

---

(1) En el triángulo de la pág. 89 nota 1, el punto de mayor atención es evidentemente el vértice superior, debido a su posición. Si uno de los puntos bajos fuese más grueso, él sería el centro de atención.

(2) Esta concepción concreta nos parece preferible a las lucubraciones de Georgiades en su *op. cit.*, por lo demás excelente, sobre la «erfüllte Zeit» (cf. pág. 52; cf. también 28 sigs., 36, 43, 74 sig.).

(3) Cf. Trubetzkoy(-Cantineau), *Principes*, pág. 196 sigs.; A. W. de Groot, «Voyelle, consonne et syllabe», *Archives Néerlandaises de Phonétique Expérimentale*, 17, 1941, pág. 21 sigs.; E. Alarcos Llorach, *op. cit.*, pág. 70 sigs.

na hablada, el individuo de una comunidad lingüística aplica su sistema fonológico y selecciona aquellos elementos que tienen valor distintivo, en una labor mecánica e inconsciente en el *continuum* fonético de un verso o de un poema el individuo de la correspondiente comunidad lingüística aplica esa misma criba (1), y selecciona ciertos elementos que utiliza para la constitución del ritmo, en nuestro caso, las cantidades silábicas. De este modo en el todo continuo se introduce una forma, una articulación que lo organiza reteniendo aquellos elementos pertinentes de la forma y no teniendo en cuenta los que no definen aquélla (en nuestro caso, la duración fonética de las sílabas).

2.° Que en el estudio de la versificación (considerada como una realidad fónica, no escrita) es necesario operar con la distinción entre e s t r u c t u r a y r e a l i z a c i ó n (2). La distinción entre sílaba larga y sílaba breve y la fórmula — = ⏑⏑ se verificaban en la estructura métrica, pero no en la realización material, física, del verso, en la cual la duración silábica oscilaba entre límites amplios y no reflejaba fielmente esa distinción ni esa proporción.

§ 22. La distinción entre estructura y realización puede ser ilustrada tratando de la cuestión de las superlargas en la métrica griega. En la declamación y sobre todo en el canto, una sílaba larga podía ser prolongada hasta tener varias veces la duración media de una breve (3). Pero esto es un

---

(1) Sobre la imagen de la «criba» fonológica vid. Trubetzkoy (-Cantineau), *Principes*, pág. 54.

(2) Esta distinción fué establecida por Roman Jakobson, «Über den Versbau der serbokroatischen Volksepen», *Proceedings of the International Congress of Phonetic Sciences*. 1932 = *Archives Néerlandaises de Phonétique Expérimentale* 8-9, 1933, pág. 135 sigs. Véase sobre todo la exposición de A. W. de Groot, *Algemene Versleer*, 1946, pág. 56 sigs. Incluso métricos ajenos a la lingüística estructural consideran la diferencia entre «Bau» y «Vortrag»: así L. Morsbach, «Zur Frage über die Grundlagen im Versbau der Antike usw.», *Nachrichten der Ak. der Wiss. zu Göttingen*, 1943, 2.

(3) N. S. Trubetzkoy, *op. cit.*, *Actes IV Congrès de Ling.*, vió claro ya que la esencia de la vocal larga es que puede prolongarse a

hecho de realización, no de estructura. Para la estructura lo que cuenta es que una breve es simple y (por no ir seguida de otros fonemas) no susceptible de prolongación, mientras que la larga tiene dos segmentos (cuya duración material no importa), de los cuales el segundo (segunda mora) es susceptible de prolongarse (cf. § 12). En la Antigüedad, los μετρικοί (gramáticos que se ocupaban del texto solamente) operaban únicamente con la fórmula — = ⏑⏑. Por el contrario, fueron los ῥυθμικοί (que se ocupaban de la música, y ello en una época en que la partitura musical se había independizado totalmente del texto por efecto de la revolución musical del siglo v) los que, después de establecer el χρόνος πρῶτος como unidad objetiva de medida y de fijar la convención de que la duración material de una breve debe ser 1 χρόνος πρῶτος y la de una larga 2 χρόνοι πρῶτοι, hubieron de admitir la existencia de largas que no cumplían esa proporción (irracionales. ἄλογοι): así ὡς = 2 1/2 (cf. § 2), y de superlargas (μακρῶν μακρότεραι), cuyo uso por Eurípides es parodiado por Aristófanes (1), y que fueron después de uso corriente en la rítmica musical: había superlargas de 3, 4 y 5 χρόνοι πρῶτοι (τρί-, τετρά-, πεντά-, -σημοι, -χρονοι) (2). Es claro que estas varian-

---

voluntad sin alterar el significado, mientras que en la breve no puede darse esa prolongación. El problema era determinar la causa de esa prolongabilidad de la larga, que Trubetzkoy encontró en su capacidad para recibir una inflexión tonal, según hemos expuesto (§ 7).

(1) *Ranae* 1348 εἰ-ει-ειλίσσουσα. No obstante, estas superlargas no son tenidas en cuenta por Aristóxeno de Tarento (cf. Georgiades, *op. cit.*, pág. 59, n. 45), lo que sin duda es una característica de su pretendido espíritu conservador en materias musicales.

(2) La *protractio* (con la que se pretende adaptar a esquemas métricos regulares preconcebidos formas que carecen de esa regularidad, explicando que la duración de la sílaba breve que falta se ha sumado a la de la larga, convertida en larga de tres moras) no pudo producirse en las estructuras métricas, ya que una larga no podía valer más de dos moras. La responsión entre las formas métricas en cuestión deberá ser explicada de otro modo. La *syncope* parece que también debe excluirse como explicación causal, ya que sólo puede producirse en un ritmo de *ictus* dinámico (cf. B. Gentili, *Metrica greca arcaica*, 1950, pág. 29.

tes de la realización (1) no deben desorientar en el establecimiento de la teoría métrica.

§ 23. Los elementos pertinentes de la estructura caracterizan la forma métrica como tal y deben ser realizados. Otros elementos fonéticos que aparecen en la realización dependen del gusto o del arbitrio del realizador. Este ha de materializar acústicamente la forma dada por el autor, aun sin haber recibido instrucciones expresas de él, como es el caso más frecuente, pero disfruta de cierta libertad en lo no pertinente a la estructura (2). De este modo, la fidelidad no excluye la variedad: cada realizador puede dar una versión distinta de la obra, a pesar de lo cual ésta permanece sustancialmente idéntica.

En el comienzo de la *Egloga* I de Garcilaso de la Vega:

*El dulce lamentar de dos pastores,*
*Salicio juntamente y Nemoroso,*
*he de contar, sus quejas imitando;*
*cuyas ovejas al cantar sabroso*
*estaban muy atentas, los amores,*
*de pacer olvidadas, escuchando.*

la recitación puede hacer destacar o no los acentos y las rimas, ligar o no un verso al siguiente (el 4 al 5), marcar o no con pausas las puntuaciones interiores de los versos (en 3, 5, 6), esquematizar la entonación hasta llegar a cantar los versos. No obstante, esta libertad de realización no es ilimitada. Por ejemplo, no se puede hacer diéresis separando en 2 *juntamente/y*, ni sinalefa fundiendo la sílaba final de 4 con

(1) Así, según el anónimo περὶ μουσικῆς, pág. 79, Bellermann.

(2) Teniendo en cuenta las ideas de A. Arnholtz, *Studier i poetisk og musikalisk Rytmik* I, 1938 (conocida por la extensa recensión de A. Martinet, *Archiv für vergl. Phonetik* 3, 1939, pág. 50 sigs.) podemos formular dos restricciones a esta libertad de la realización: 1.ª Es necesaria la «voluntad de forma»; un texto poético no será poesía si no es querido como tal por el realizador; un grupo rítmico objetivo no es percibido como tal en un pasaje que el recitador realiza

la inicial de 5. Por otra parte, un tono hinchado, declamatorio, resultará ridículo e inadecuado al carácter apacible del pasaje.

En el siglo VII Terpandro utilizó el texto de pasajes de los poemas homéricos para los προοίμια de sus νόμοι musicales: así el canto era una variante en la realización de los hexámetros homéricos.

§ 24. Por lo expuesto se comprende que el objeto de la métrica debe ser primordialmente la estructura de la versificación, con relación a la cual debe ser siempre considerada la realización, variable por naturaleza.

Frente a la postura ingenua que pretende captar toda la realidad por la mera observación de la materialidad sonora de las formas métricas, incluso de las no directamente conocidas, como es el caso de la versificación griega (1), la métrica estructural trata de captar esa realidad introduciendo un punto de vista adecuado al objeto que estudia: la dicotomía estructura/realización. El estudio sobre la cantidad silábica, que ha servido para mostrar la justificación y la necesidad de ese punto de vista, es sólo una de las muchas y fecundas aplicaciones de que este método es susceptible.

§ 25. La posibilidad y el carácter científico de una métrica griega queda así teóricamente fundamentada: conocemos la estructura de las formas métricas, suministrada por el análisis de los textos. Las melodías y la danza, que nos son casi enteramente desconocidas, son sólo hechos de realización. Con esto venimos a coincidir con los metricistas modernos (2) que ven en la prioridad de la composición

---

como prosa; la poesía, libre de voluntad de forma poética, tiende hacia la prosa, pero, sometida a ella, tiende hacia la música. 2.ª Cada forma métrica y, más concretamente, cada poema particular, tiene una realización óptima, que resulta de la misma estructura métrica y del contenido del poema.

(1) Esta, es en cierto modo, la postura de muchos metricistas que no se han contentado con una métrica puramente filológica. Aún Th. Georgiades, *op. cit.*, pág. 12, considera que el objetivo de la métrica es «die metrisch richtige Vortragsweise festzustellen».

(2) Por ejemplo, Miss Dale, *op. cit.*, pág. 3 sig.

del texto poético sobre la de la partitura musical, que se adaptaba al texto antes de la revolución musical de los siglos V y IV, una justificación para basar la métrica griega en el estudio de los esquemas métricos de los textos.

MARTÍN S. RUIPÉREZ.

*Universidad de Salamanca.*

# GLOSAS DE HESIQUIO

1. δαεγώ· οἶδα, ἐπίσταμαι.

Esta glosa fué corregida por Pearson en δαείω, subj. aor. atemát. con una grafía típica del texto de Homero (ι, 180; K, 425; Π, 423; Φ, 61). La corrección la acepta K. Latte en su reciente edición (*Hesychii Alexandrini Lexicon*. Vol. 1. A-Δ. Hauniae. Ejnar Munksgaard. 1953); pero el orden alfabético de las glosas: δαδύσσεσθαι, δαεγώ, δαείς, δάειν, δάειρα... y, sobre todo, el hecho de que, en el lugar en que dicho orden lo impone, aparezca otra glosa δαείω · μάθω, aconseja intentar una aclaración de la forma transmitida por los manuscritos. Desde luego se trata de una glosa enigmática que hasta ahora, que yo sepa, nadie ha conseguido aclarar. Schwyzer, I p. 769 nota, la refiere a οἶδα pero reconociendo que no ve el camino de la conexión que apunta: «dazu (aus οἶδα ἐγώ, aber wie?) δαεγώ . οἶδα. Hes.»

Realmente la conexión con οἶδα no es la única posible. En principio podría pensarse que δαεγώ, cuyo segundo elemento, el pronombre personal de primera persona, parece estar muy claro, contuviera como primer elemento una forma de la raíz de δέδαε, ἐδάην etc., pero no se ve cuál pueda ser esa forma y cómo habría podido resultar δαεγώ. Un presente * δάω no está atestiguado (hay δήω con una significación de «encontrar» un poco diferente). En todo caso de * δάω ἐγώ no podría resultar nunca fonéticamente δαεγώ pues -ω final nunca sufre la elisión. La forma de perfecto homérico δέδαε (ζ 233, θ 448, ν 72, ψ 160) sí podía haber

sufrido tal elisión en la primera persona: * δέδαα ἐγώ, en un pasaje en el que se entendió después que δε era la partícula: δε δαεγώ. Esto último no sería caso único: por ejemplo, en Sóf. *Ayax* 678: ἐγὼ δ', ἐπίσταμαι γὰρ ἀρτίως ὅτι... ..., que dan los manuscritos, Porson leyó: ἐγῷδ'... por entender que el uso en una misma frase de δέ y γάρ era violento. La glosa de Hesiquio que examinamos entraría, en este caso, en el grupo numeroso de aquellas que responden a falsas interpretaciones por gramáticos y eruditos de la lectura de un texto. Pero el hecho es que no poseemos tal texto. Si partimos de οἶδα tampoco se ve fácilmente el origen de δαεγώ. Fonéticamente οἶδα ἐγώ no puede dar δαεγώ. Pensar en una aféresis de οἰ- en un texto poético, precedida de vocal final de palabra, no es posible, pues, como es sabido, sólo sufren elisión inversa las vocales breves. Por otra parte, lo normal es que cuando el orden de la frase en cuestión es este: οἶδα ἐγώ, se evita el hiato con la elisión de -α: οἶδ' ἐγώ (Esq. *Supl.* 740, *Ag.* 1668, Eur. *Her.* 200, *Supl.* 518 etc). Cuando el orden es el inverso: ἐγὼ οἶδα lo normal es la crasis ἐγῷδα (Eur. *Ph.* 723, Ar. *Av.* 1182 etc.). Esto nos permite vislumbrar un camino: δαεγώ puede ser ἐγῷδα, al no verse en esta última forma con claridad οἶδα y sentirse solamente dos elementos ἐγώ y δα. En el orden inverso tendríamos: δα-εγώ.

He elaborado una pequeña estadística del uso en el drama del «cliché» οἶδα + ἐγώ. Para ello he utilizado: el *Index Aristophaneus* de J. Todd (Cambridge, 1932), el *Index Graecitatis Euripideae* de C. D. Beck (Cambridge, 1829) y los léxicos de Esquilo, de Dindorf, y de Sófocles, de Ellendt.

ἐγῷδα

Esquilo. Ningún ejemplo.
Sófocles: *Ed. Col.* 453, *fr.* contenido en *Synd.* VII (152 D), *Ayax* 678 (ἐγῷδ', que algunos entienden ἐγὼ δ').
Eurípides: *Ph.* 723, *Med.* 39, *If. Taur.* 544.

Aristófanes: ἐγῷδα: *A.* 904, *Eq.* 873, *Vesp.* 1181, 1205, *T.* 850, *Ran.* 836, *Ec.* 797.
ἐγῷδ': *A.* 5. y 118, *Eq.* 469, T. 502.

Además ocurren los siguientes casos de ἐγώ precediendo a οἶδα, pero separados por alguna palabra: Esq. *Prom.* 915 (ἐγὼ τὰδ' οἶδα), Eur. *Tr.* 894 (ἐγώ νιν οἶδα).

οἶδ' ἐγώ

Esquilo: *Prom.* 915, *Ag.* 1668.
Sófocles: ningún caso.
Eurípides: *Supl.* 518, *Her.* 200.
Aristófanes: ningún caso.

Como se ve, en el drama la estadística del orden pron. + verbo (en total 19 casos) supera con mucho al orden verbo + pron. (en total 4 casos.). Ello da idea de una preferencia por ἐγῷδα pero no dice nada en contra del uso de οἶδ'ἐγώ que es, como cualquiera sabe, un cliché usualísimo en la prosa. Con estos presupuestos, la forma δαεγώ podría explicarse partiendo de una interpretación errónea de ἐγῷδα, como ἐγώ + δα y luego, por influencia del orden οἶδ'ἐγώ, usual en la prosa, se invierte el orden de los términos y resultó δαεγώ. Esta explicación, sin embargo, ha de basarse en un hecho difícilmente verosímil, que el hablante no percibiera la absoluta identidad entre ἐγὼ οἶδα y ἐγῷδα, como entre ἐγὼ οἶμαι y ἐγῷμαι y que, en consecuencia, abstrayera de ἐγῷδα una forma *δα, extraña y sin base de comparación en griego. La única posibilidad que vemos de defensa de esta hipótesis sería la de referir la glosa de Hesiquio, de cuya filiación nada sabemos, o bien a una época muy tardía o bien considerarla procedente de alguna obra en que tuviera valor paródico o cosa así.

Más verosímil nos parece, en fin, otra posibilidad: δαεγώ sería una forma abreviada de οἶδα ἐγώ. El fenómeno, raro en griego, no sería, sin embargo, único. Del mismo modo que

οἶμαι ha de considerarse como una forma abreviada (de «tempo allegro» diríamos *cum mica salis*, pues que el «tempo» no puede ser considerado en griego como en latín o en otras lenguas con acento intensivo) de οἴομαι, explicable por el uso frecuentísimo de la expresión incidental o parentética, así δαεγώ sería una forma abreviada de οἶδα ἐγώ. Fué Schuchardt quien estudió el primero estos fenómenos y quien los explicó ya como efecto de la usura lingüística y de la lengua conversacional. Compárese en griego el caso de ὦ τάν, la perífrasis para el futuro griego moderno θὰ ἔλθω (< θέλω νὰ ἔλθω>). Un caso de aféresis comparable al de δαεγώ por οἶδα ἐγώ, sería el del tan conocido pregón del vendedor de pescado, conservado en Ateneo VI, 224 d (que refiere el pasaje al dramático Anfis): τάρων βολῶν γένοιτ'ἄν. ἡ δὲ κέστρα κτὼ βολῶν (por τεττάρων ὀβολῶν y ὀκτὼ ὀβολῶν). (1). «Nos hallamos —escribe Kretschmer, *Intr. a la ling. griega y latina* p. 67— ante locuciones tan desgastadas y de tan escaso valor significativo que la persona que habla no da importancia al hecho de que sean inteligibles en todos sus pormenores y por eso las articula con mayor o menor descuido, las atenúa y las reduce».

Por cierto, que en el nuevo cliché δαεγώ quedó con toda claridad el pronombre personal. Se lee con frecuencia (por ejemplo, en Kühner-Gerth 1,556) que en estas expresiones en primera o segunda persona con verbos de lengua o pensamiento, el uso del pronombre es un típico ejemplo de empleo asignificativo y sin relieve. Tal cosa no es cierta. Remitimos al trabajo de F. Sommer «Ὡς ἐγὼ οἶμαι *und Verwandtes*»

---

(1) En griego moderno es normal la aféresis de vocal átona inicial: εἰπῶ > πῶ, εἰδῶ > δῶ, εἰδῆς (δεῖς) > δῆς, δεῖς. Cf. A. Thumb, *Handbuch der neugriechischen Volksprache* (2.ª ed. Strassburg. Trübner. 1910) pág. 11 y A. Mirambel, B. S. L. 1953, pág. 57. A partir de formas como las dos últimas, pertenecientes al mismo paradigma verbal, y habida cuenta también de que el cliché οἶδα ἐγώ vendría a constituir en la cadena del discurso un bloque único con su acento principal en la última sílaba, no resulta difícil explicarse el origen del paso οἶδα ἐγώ > δαεγώ.

(en Festschrift Wackernagel, pp. 22-7) en donde se demuestra que, por el contrario, en tales empleos, muy usuales en griego, las formas pronominales poseen un relieve fuerte: nótese el uso de ἔγωγε en Ar. *Ach.* 187, Plat. *Symp.* 180. B, 212 B, 193 C, Jen. *An.* II 2, 12; nótese igualmente en los casos oblicuos el uso de las formas ortotónicas: ἐμοὶ δοκεῖ Plat. *Symp.* 197 C, 221 B etc.). El fenómeno se da también en latín en el tipo de sintagma «ut ego opinor» y responde en general a una tendencia hacia la «Ichbetonheit»: literariamente puede ser utilizada como procedimiento estilístico para caracterizar a un personaje, por ejemplo al Alcibíades del *Simposio* platónico; por lo demás, es ya propia del «Ichstil» de la epopeya homérica (vid. Schwyzer-Debrunner, página 188 nota 1).

2. δεννόν· κακολόγον.

El sustantivo δέννος (ὁ) aparece solamente tres veces en la literatura griega: en Heródoto, lib. 9 cap. 107: παρὰ δὲ τοῖσι Πέρσῃσι γυναικὸς κακίω ἀκοῦσαι δέννος μέγιστός ἐστι, Herodas, 7, 104: δέννοις y en Licofrón, 777: δέννοις κολασθείς. Los diccionarios y los comentaristas suelen atribuirle una significacón de «injuria, reproche» que se deduce claramente de los contextos. Por otra parte, hay un verbo derivado de dicho sustantivo, δενν́ζω, atestiguado en media docena de pasajes;

Teognis, 1211: μὴ μ' ἀφελῶς παίζουσα φίλους δένναζε τοκῆας.
Sóf. *Ant.* 759: ἀλλ'... οὐ χαίρων ἐπὶ ψόγοισι δεννάζεις ἐμέ.
Sóf. *Ayax* 243: κακὰ δεννάζων ῥήματα.
Eur. *Reso* 925: ἐτυφλώσαμεν Θάμυριν, ὃς ἡμῶν πόλλ' ἐδέννάσεν τέχνην.
*id.* 951: μάτην ἄρ' ἡμᾶς Θρῄκιος τροχηλάτης ἐδέννασε.
Licofrón 404: τὴν Καστνίαν δὲ καὶ Μελιναίαν θεόν, λυπρὸς παρ' Ἅιδην δεννάσει κακορροθῶν.

La etimología de la palabra aparece bastante oscura, sin que hayan tenido éxito los varios intentos de aclaración verificados. Bezzenberger, BB. XXVII, 157 comparó δέννος

con el latín *gannio* «gañir, refunfuñar»; pero tal conexión es inaceptable, porque no hay motivo para suponer una labiovelar en la raíz de la palabra latina, que, por lo demás, tiene su exacta correspondencia griega en una glosa de Hesiquio: γαγγαίνειν (γαγγανεύειν Schmidt) · τὸ μετὰ γέλωτος προσπαίζειν. Brugmann I. F. VI, p. 103 y *Grdr.* 1, 659 y 2. 1.265 pensó que δέννος <*δέτσνος <*g̑uedzhno <*g̑uedh-sno y comparaba con el lituano *g̑éda* «vergüenza, deshonor» y con el med. alto al. *kwāt* «lodo». Esta hipótesis es la seguida por Boisacq y por Schwyzer I, p. 322 (por cierto que en la página 295 se dice que δέννος es neutro, con interrogante, no sabemos por qué). Esta teoría en lo fonético tiene que admitir un tratamiento -νν- < -σν- secundario, procedente de -τσν- (cf. Lejeune, *Traité* p. 105) del que los ejemplos son muy dudosos: βλέννα <*mledsna, πύννος <*putsnos; vid. Schwyzer I, p. 322. Por lo demás la raíz en cuestión es muy probable que esté en griego en el vocablo δεῖσα (1); pero semánticamente no viene demasiado bien a nuestro caso.

Paul Cauer en sus *Grundfragen der Homerkritik* (2.ª ed. Leizpzig. Hirzel. 1909) pp. 120-1 supone, atribuyendo esta suposición a sugerencia de Ewald Bruhn, que en Odisea θ, 408:

ἔπος δ' εἴ πέρ τι βέβακται
δεινόν, ἄφαρ τὸ φέροιεν ἀναρπάξασθαι ἄελλαι

la grafía δεινόν no es sino una mala inteligencia por los μεταχαρακτηρισάμενοι de un ΔΕΝΟΝ del texto que (sabido es que en el antiguo alfabeto jonio no había signo para distinguir ε y ει, ni tampoco notación especial para las geminadas, cf. Chantraine, *Gramm. hom.* I pp. 5 ss. y Wilamowitz, *Homerische Untersuchungen* pág. 286 ss.) correspondería

(1) J. B. Hofmann, s. u. δέννος insinúa una derivación de *g̑uendh-no (cf. scr. gandháḥ «olor»), lo que no acertamos a explicarnos semánticamente. Como para este autor δεῖσα < *g̑uendh-i̯a, de la misma raíz, ambas palabras, δέννος y δεῖσα, estarían emparentadas.

como forma adjetival (cf. la glosa de Hesiquio citada al frente de esta nota) a nuestro sustantivo δέννος. Esta explicación no parece verosímil. En todo caso podría pensarse en una confusión de signo contrario: δέννος pudiera ser una mala lectura, debida al μεταχαρακτηρισμός, del adjetivo δεινός (1), precisamente en el citado pasaje homérico. Nótese que δέννος y δεννάζω aparecen solamente en textos poéticos y en un pasaje de Heródoto, cuya lengua está enormemente influenciada por la homérica. Se trataría de una formación artificial creada por falsa interpretación (en este caso, por falsa lectura) de un pasaje homérico. El ejemplo no estaría aislado, pues son bien conocidos otros muchos semejantes, y en este camino se encuentra una fuente de aclaración que actualmente, despues de la obra de Manu Leumann, *Homerische Wörter* (Basilea, 1950) está comenzando a ser explotada sistemáticamente.

Salvo aceptar esta posible explicación, que sugerimos aquí como verosímil, la situación con respecto a la etimología de δέννος y δεννάζω estaría, hoy también, expresada por la indicación de que la acompañaba Leo Meyer, *Handbuch der griech. Etym.* III, p. 224: «Dunkler Herkunft. Worauf beruht das — ν —?» Creo, sin embargo, que cabe todavía otra conexión etimológica de los vocablos en cuestión, no formulada aún, a lo que sabemos, por ningún autor.

Una glosa de Hesiquio reza: δενδίλλει · σκαρδαμύττει, διανεύει, σημαίνει, ἀτιμάζει, σκώπτει. Dicho verbo δενδίλλω está atestiguado en la literatura griega en tres pasajes: *Ilíada* I, 180; Sóf. *frgto.* 1039; Ap. Rod. 3,281. Respecto al

(1) Es bastante frecuente en toda la literatura griega esta referencia de δεινός a las palabras, a la noción de decir, etc.: Tuc. 1, 122; Sóf. *Ed. Col.* 141; *Ayax*, 1127; *Filoct.* 1225; Plat. *Eutid.* 298 C; *Ilíada* 11, 10, etc., y aunque en estos pasajes el sentido de δεινός es diferente al de δέννος, δεννάζειν, por ejemplo, en *Il.* 11, 10 δεινὸν ἀΰσαι es «gritar de un modo terrible» y, generalmente, el significado de δεινός es «terrible, extraño»; de cualquier forma ellos indican la propensión del adjetivo a determinar a λέγειν, etc., y, por otra parte, en θ, 408 el sentido de δεινὸν ἔπος es el que tienen δέννος y δεννάζειν.

fragmento sofocleo, nada sabemos del contexto en que aparecía nuestra palabra. La atribución descansa precisamente en un escolio a Ap. Rod. *loc. cit.* que indica:

> Σοφοκλῆς δὲ ἐπὶ τοῦ περιβλέπειν τέθεικε τὴν λέξιν.

El pasaje homérico suena así:

> τοῖσι δὲ πόλλ' ἐπέτελλε Γερήνιος ἱππότα Νέστωρ,
> δενδίλλων ἐς ἕκαστον, Ὀδυσσῆι δὲ μάλιστα,
> πειρᾶν, ὡς πεπίθοιεν ἀμύμονα Πελείωνα.

Un escolio aclara: διανεύων τοῖς ὀφθαλμοῖς ἢ περιβλέπων, y este mismo sentido dan dos glosas de Hesiquio: δενδίλλων· τοῖς ὀφθαλμοῖς διανεύων y ἐνδενδίλλειν · ἐμβλέπειν, y otra en *Apoll. lex.* p. 57, 15: δενδίλλων · περιβλεπόμενος Esta misma significación tiene sin duda ὀξέα δενδίλλων (referido a Eros) en Ap. Rod. 3, 281, que es evidentemente una imitación de Homero.

Respecto a la etimología de δενδίλλω Curtius, *Das Verbum der griech. Sprache* I (Leipzig. 1873) p. 303 veía en él una formación reduplicada, por * δελ-διλ-, de la misma raíz que el scr. *ā-dar, ā-dri-já-tē* (cf. gr. ὑπόδρα, δράκων etc., de la raíz * *der-k-*) lo que, sin duda, no está nada claro (Boisacq s. u. «étymologie obscure», Hofmann s. u. «unklar»). Schwyzer I, p. 647 se limitaba a repetir que se trata de un presente reduplicado. En esta hipótesis no habrá dejado de influir seguramente la significación iterativa atribuída al verbo. Para nosotros no ofrece dudas el acierto de otra etimología que remonta, a lo que sabemos, a Fick, *Wb.* s. u. *dvendo* (seguido por Prellwitz, s. u.), que compara δενδίλλω con el m. a. a. *zwinzen, zwinzern* «guiñar, pestañear». Semántica y fonéticamente esta conexión es irrepochable. En cuanto al aspecto tematológico, que estos autores no se cuidaron de aclarar, δενδίλλω se explica también perfectamente. Es una formación de presente denominativo en yod, exactamente comparable a ποικίλλω, κωτίλλω y ναυτίλλομαι, creados sobre ποικίλος, κωτίλος y ναυτίλος. El tema nominal de que se derivó el verbo, lo tenemos en el nombre de

un farsalio que nos transmite una inscripción del siglo III (I. G. 2 n. 234, 39) Δενδίλος (cf. para otros nombres propios semánticamente análogos, Bechtel, *Die historischen Personennamen des Griechischen bis zur Kaiserzeit*, p. 490), con un sufijo -ιλο- propio de términos expresivos (cf. κωτίλος) y que se utilizó en la formación de nombres propios hipocorísticos: Σοφίλος, Δόριλλος (cf. Chantraine, *La formation* p. 248-9).

En todo caso, lo que a nosotros nos interesa es la significación derivada 'ἀτιμάζει, σκώπτει', que atribuye Hesiquio a δενδίλλει. Pues bien, sobre el radical δενδ-, de Δενδίλος y δενδίλλει, con esa última significación, pudo formarse un * δενδ-νος > δέννος «reproche, injuria», con un sufijo -νο- bastante corriente (cf. Chantraine, *La formation* p. 191; otra posibilidad: δέννος <*δενδ-σνος). Naturalmente δεννάζω se habría formado sobre δέννος, con el sufijo -άζω, sentido como independiente, sobre sustantivos temáticos; cf. περκάζω ~ πέρκος. Pudo tal vez influir, por contraste semántico, κυδάζω de κῦδος..

3. δίαλον· φανερόν
δίαλας· τὰς δήλας καὶ φανεράς.

A primera vista se aprecia la conexión de estas formas δίαλον, δίαλας con el adjetivo ático δῆλος y las demás formaciones dialectales con él emparentadas. En principio se pensó en δίαλος < διά(δη)λος (Tuc. 4, 68, Plat. *Rep.* 474 b, Arist. *H. a.* 9, 7, 10 etc.); pero ya M. Schmidt, editor de Hesiquio, en K. Z. 12-1863-p. 221 consideraba que δίαλον debía de ser una formación propia del cretense o del beocio equivalente a δέαλον, hom. -δείελον etc.

En realidad, nos encontramos frente a una serie de formas de una misma raíz que, sin embargo, no han solido ser consideradas como tales, por lo general, por los autores. El ático y también el dorio (vid. Ahrens, *Dial* I. II, 151) tienen δῆλος, Homero (εὐ) δείελος y el cretense, según el testimonio de Hesiquio, δέαλον, δίαλον. Además hay en Homero ἀρίζηλος que Bekker *(Hom. Bl.* I, 291) consideraba proveniente de

ἀρισ-δηλος (*ἀρισ- / ἀρι- como ἀμφίς / ἀμφί etc., y remitía el topónimo Ἀρίσβη en E. M.); pero evidentemente: < ἀρι-διηλος (cf. Hesiquio ἀρίδηλον (1). En cuanto al hom. εὐ-δείελος epíteto de algunas islas (ν 234, β 167, ξ 344 etc.), se pensó en una formación debida a los μεταγραψάμενοι por -*δήελος o en una formación métrica por εὔδηλος (así Bodenheimer, *De hom. interpret. antiquissimae vestig.* pp. 50 ss. (Argentor, 1890); sin embargo, (vid. Schulze, *Quaest. ep.* p. 244) lo recto es ver en -δειελος un sufijo -ελος y un radical *δει- La forma δῆλος la derivaba Schulze de *δει-ηλος y Wheeler *(Griech Nominalaccent.* 65) de *δήελος. Pero la glosa de Hesiquio δέαλον (lo mismo δάελον, que ha de corregirse en δέαλον) nos indica el camino de derivación para δῆλος, a partir de un sufijo -αλος.

Así pues, nos encontramos con un radical **dei-* / **di-* con un sufijo que alterna: -αλο- / -ελο-(cf. para este fenómeno que en época helenística se intensifica mucho, Schwyzer I, p. 243). No estamos de acuerdo con Curtius *(Grundzüge* p. 619) en atribuir cantidad larga a la -α- del cretense δίαλος, ni, como hemos dicho, tampoco con Schulze en suponer para δῆλος un *δει-ηλος, sino un δέαλος. Esta explicación, que es fonéticamente correcta, tiene la ventaja de serlo también tematológicamente, incluyendo estas formaciones en el sistema de adjetivos con sufijo -αλο / -ελο. En cuanto a ἀρίζηλος <-*dyēlos*, con un juego de alternancias propio de las raíces *seṭ* (como τέρετρον, ἀ-τέρα-μνοι, τρητός por ejemplo: cf. Bechtel, *Lexilogus* s. u.). Finalmente el homérico δέελος de K 466.

La misma raíz está en las formaciones verbales hom. δέατο y quizá también en δοάσσατο (la formación es oscura, cf. Chantraine, *Grammaire hom.* I, p. 410). Junto a hom. δέατο hay una formación con el grado cero de la raíz en el cretense: C. J. 2544, 171: καὶ πωλέοντα [ἀ] δίατ' ἀχρεώδια. (cf. M. Schmidt, KZ, 12 p. 221), con una alternación semejante a la que existe entre κέαμαι y κίαμαι, por ejemplo.

---

(1) ἀρίδηλον· ἔκδηλον, φανερόν; ἀριδήλους· φανερούς; ἀριδήλως· φανερῶς.

Junto a δέελος y εὐδείελος hay en Homero otro adjetivo δειελός y un sustantivo δείλη, que, sistemáticamente, separan todos los autores de la familia que venimos estudiando. Así para Lidén δειελός <*δειϝελος i. e. * *gu̯ei-u̯o* lat. *uiēscō*, scr. *jināti* «envejecer»: no aceptable, porque lat. *uiēsco* ~ lit. *výstu*. Para Solmsen, *Untersuchugen zur griech. Laut- und Verslehre* p. 87 ss. δειελός sería un alargamiento métrico de *δέελος <*δευσελος (cf. δύω, δύομαι) y Schwyzer, I p. 483 se adhiere a esta opinión.

Para nosotros δειελός es exactamente el mismo adjetivo δέελος de K 466 y segundo término de εὐ-δείελος, con una significación de «claro, brillante», aplicado al día, en su momento más brillante, es decir, a partir del mediodía hasta el atardecer.

En Homero, este adjetivo aparece solamente dos veces:

Φ, 229 ss: ὦ πόποι, ἀργυρότοξε, Διὸς τέκος, οὐ σύ γε βουλὰς
εἰρύσαο Κρονίωνος, ὃ τοι μάλα πόλλ' ἐπέτελλεν
Τρωσὶ παρεστάμεναι καὶ ἀμύνειν, εἰς ὅ κεν ἔλθῃ
δείελος ὀψὲ δύων, σκιάσῃ δ' ἐρίβωλον ἄρουραν.

ρ, 606: ἤδη γὰρ καὶ ἐπήλυθε δείελον ἦμαρ

En cuanto a δείλη solamente aparece en Φ, 111:

ἔσσεται ἢ ἠὼς ἢ δείλη ἢ μέσον ἦμαρ
ὁππότε τις καὶ ἐμεῖο "Αρη' ἐκ θυμὸν ἕληται (1)

pero en el griego posterior es bastante frecuente. Su sentido varía según los pasajes, pues mientras que unas veces se refiere al atardecer (= ἡμέρας τελευτή; por ej. en Pl. *Def.* 411 b, Jen. *An.* 3. 3. 11 τῆς ἡμέρας ὅλης διῆλθον... ἀλλὰ δείλης ἀφίκοντο, Jen. *H. Gr.* 1. 15. μέχρι δείλης ἐξ ἑωθινοῦ etc.), otras veces, designa claramente la parte del día que sigue inmediatamente al mediodía (clarísimo es Jen. *An.* 1, 8. 8: ἤδη ἦν μέσον ἡμέρας... ἡνίκα δὲ δείλη ἐγένετο; en 2, 2. 14

(1) Leaf, en nota a este pasaje, afirma que es posible una grafía δειέλη.

ἀμφὶ δείλην se opone a ὀψέ; el mismo sentido en Heródoto 9, 101, Tuc. 4, 69.103 etc.). En realidad δείλη designa como el español «tarde» la parte del día que va desde el mediodía al atardecer, distinguiéndose una δείλη πρωΐα y una δ. ὀψία (cf. Liddell-Scott s. u.). Δείλη pudo usarse, como en los ejemplos que hemos citado, sin ir acompañado de las determinaciones πρωΐα y ὀψία (ὀψέ) para designar la primera parte de la tarde o el final de la misma. Este último sentido es el que parece estar en la base de δειελόν en un frgto. de Calímaco (fr. 190 Schneider, *Hecale* fr. 238, 20 de la ed. Pfeiffer) (1).

En nuestra opinión δείλη, que más que como originario femenino de δειελός (con elipsis de un sustantivo femenino «día»), hay que considerarlo sustantivo desde el principio: *δει-λη con el sufijo -λη, usual en este tipo de nombres (cf. ζάγλη, αἴγλη), designaba la parte más brillante del día, más clara y luminosa. Por cierto que en la prosa tardía δείλη llegó a designar cualquier parte del día y también el día, por oposición a la noche: Pap. Lond. 1.131 44. (II. AD): δείλ(ης) ἐργ(άταις).

Respecto al nombre de la isla de Δῆλος, que la etimología popular de los antiguos relacionaba con δῆλος (unas veces, aludiendo a los oráculos -μαντεῖαι-: δηλοῦσα γὰ ἦν τὰ δυσεύρετα. Steph. Byz., Eustacio, Dion. Perieg. 525; otras veces, aludiendo a la leyenda del nacimiento de Apolo, alumbrado por Leto, en aquella isla: δῆλος ὅτι ἐξ ἀδήλου βάσεως ἐρριζώθη *schol. ad Hom.* 11. I, 9; vid. sobre esto Roscher, *Mythol. Lexikon* II, col. 1962), modernamente se suele considerar vocablo no griego, desde A. Fick, *Beiträge zur Kunde der idg. Sprachen*, 20-1897-p. 33: < **del-,dele-* «balancear», con una significación análoga a Ἀ-στερ-ίη «no firme», cf. Ὀρτυγίη.

---

(1) δείελον αἰτίζουσιν, ἄγουσι δὲ χεῖρας ἀπ' ἔργου en el que δείελον puede significar «comida vespertina». Cf. δειλινόν en Athen. *epit.* 1, 11 E y *schol ad. Hom. Od.* 17, 599: ἔνιοι δὲ τὴν δειλινὴν τροφὴν αἰτῶν· καὶ Καλλίμαχος φησί· δείελον αἰτίζουσιν κ. τ. λ. τὴν πρὸς τῇ δειλινῇ τροφὴν αἰτοῦντες y Eustacio, p. 1832, 62. Una glosa de Hesiquio: δειεμα· βρῶμα (?). La acentuación δειελός se debe sólo al testimonio de Herodiano, *Gr*, 1, 161.

En principio no habría inconveniente semántico alguno para una identificación del nombre de la isla con el adjetivo δῆλος. Δῆλος sería «la brillante, la luminosa». Son muchos los nombres de islas procedentes de epítetos de este tipo y es de notar que εὐδείελος aparece siempre en Homero como epíteto de islas:

ν 234: ἤ πού τις νήσων εὐδείελος...
β 167: οἳ νεμόμεσθ' Ἰθάκην εὐδείελον...
ξ 344: ἐσπέριοι δ' Ἰθάκης εὐδειέλου ἔργ' ἀφίκοντο.

Compárese el uso en latín de *nitens, fulgens,* por ejemplo en Horacio *c.* I, 14, 19: *nitentis Cycladas; c.* III, 28, 14: *fulgentis Cycladas.* Δῆλος sería, pues, la isla «que brilla de lejos» (1), de acuerdo con Píndaro, *Hymni* fr. 33 b Snell (=fr. 87 Schroeder, 156 Turyn):

ἅν τε βροτοὶ Δᾶλον κικλήσκοισι, μάκαρες
δ' ἐν Ὀλύμπῳ τηλέφατον κυανέας χθονὸς ἄστρον

Pero la forma dórica del nombre de la isla Δᾶλος no permite esta interpretación. Ya hemos dicho que el adjetivo δῆλος deriva de δέαλος. Pues bien, el dorio contrae -εα-, igual que el ático en -η- (2) Considérese que, también en dorio, la forma del adjetivo es δῆλος (vid. Ahrens, *Dial.* II, 151). En consecuencia, parece que δῆλος y Δῆλος nada tenían que ver originariamente entre sí, aunque muy pronto fueron puestos en relación por la etimología popular.

Δίαλος, δέαλος, δῆλος, δέελος, δείελος, εὐδείελος, ἀρίζηλος, δείλη, son todos formaciones pertenecientes a una misma familia con la raíz **dei- / *di- / *di̯ē-* y los sufijos -λη -αλο- -ελο- La raíz **dei-* alude a la idea de «luz, claridad, brillo». Se trata, naturalmente, de la misma raíz que, provista de

(1) Cf. para el sentido *Ps. Scymni* 258: καιόμενα φαίνεται γὰρ ἐξ αὐτῆς (sc. Ἱερᾶς νήσου) πυρὰ / ἀπὸ σταδίων εὔδηλα πᾶσι πλειόνων.

(2) Cf., por ejemplo, delf. rod. ἐννῆ, Τιμοκράτη (<εια), rod. χαλκῆ, Ἀριστῆς.

un alargamiento, **deiu̯-* aparece en la familia de Ζεύς, scr. *Dyauḥ* etc. (vid. Benveniste, *Origines*, p. 154). Como es bien sabido esta raíz en alguna lengua indoeuropea tomó el sentido de «día»: así en el latín *dies*, en armenio *tiv* «día», ant. irl. *indiu* «hodie». El paso semántico fué el mismo que hemos defendido para δείλη. En griego, suele afirmarse, se conserva sólo especializada en el nombre Ζεύς para el «dios de la luz»; pero la verdad es que la significación «día» no es tampoco ajena al griego, aunque se conservó sólo en ciertas expresiones adverbiales y adjetivas poco frecuentes. En Homero θ 449 αὐτόδιον (cf. αὐτῆμαρ) «al punto» (lit. «en el mismo día») = scr. *sa-dívaḥ*, ant. irl. *indiu*, lat. *hodie* etc. Lo mismo el hom. ἔνδῐον (posteriormente ἐνδῐον) en Λ 726, δ 450: < ἐν-διϝ-ιος cf. ἐννύχιος «meridianus, sub dio agens», y εὔδιος, εὐδία «tiempo sereno» (cf. Solmsen, *Studien zur lateinischen Lautgeschichte* pp. 110 ss.). Una noticia contenida en Macrobio, *Saturn*, I 15 dice: «Cretenses δία τὴν ἡμέραν uocant» y nos demuestra tal vez un uso análogo al *dies* latino. (cf. Wilamowitz, *Der Glaube der Hellenen* I, p. 225, nota 2). Finalmente hay una glosa de Hesiquio ὀγδόδιον· θυσία τελουμένη Θησεῖ, sobre la cual puede verse la interpretación de Roscher, *Archiv für Relig. Wissenschaft* 6, p. 433.

### 4. δροίτη· πύελος.

Δροίτη es vocablo esquíleo (*Ag.* 1540: πρὶν τόνδ' ἐπιδεῖν ἀργυροτοίχου δροίτης κατέχοντα χαμεύνην; *Coef.* 999: ἄγρευμα θηρὸς ἢ νεκροῦ ποδένδυτον δροίτης κατασκήνωμα, *Eum.* 633: δεδεγμένη δροίτῃ περῶντι λουτρὰ κἀπὶ τέρματι φᾶρος παρεσκήνωσεν). Después sólo aparece en otros dos pasajes de la literatura griega: Nicandro *Al.* 462: ἄλλοτε δ'ἐν δροίτῃ κεράων ἐμβάπτεο σάρκας y Licofrón 1108: ἐγὼ δὲ δροίτης ἄγχι κείσομαι πέδῳ. También en Herodiano, Καθολικά I 344,2 y περὶ μον. λέξ. 42, 33, y en Hesiquio en la glosa arriba citada así como, muy verosímilmente, en δοῖτρον · πύελον, σκάφην que debe de proceder, por disimilación, de *δροιτρον, con un sufijo -τρο- -característico para los nombres de recipientes (cf. Chantraine, *La formation des noms* p. 330).

Respecto a la etimología de la palabra se ha visto en ella una forma de la misma raíz que aparece en δόρυ, δρῦς, scr. *dáru-* ant. esl. *drêvo*, got. *triva-* «madera, árbol» (cf. Walde-Pokorny I, p. 804). La final -ιτη se ha explicado de varios modos. Osthoff, *Et. Parerga* I, 146 ss. consideraba que δροίτη <*δρου-σιτᾱ «barco de madera» (para *σιτᾱ cf. lat. *situla, sitella, sinum*; para la forma del primer elemento es ilustrativa una glosa de Hesiquio: δροόν · ἰσχυρόν . Ἀργεῖοι . (δροόν < δροϝ-όν; para el paso semántico cf. lat. *robur*).

Lidén, I. F. 18 pp. 413 ss. partía de un i. e. **drou-* que estaría en el germ. común **trau-ja* ant. angl. *trî z* (neut.), angl. *tray* «pilón,», lat. *trua* «cubo, espumadera».

Un hecho importante es que Hermipo, discípulo de Calímaco, defendía la forma δρύτη (cf. E. M. 288, 3 ss.), atestiguada también por algunos manuscritos de Esquilo (en *Coef.* 996 sobre δροίτης hay escrita encima una -υ-). Osthoff *loc. cit.* pensó que δρύτη era una formación secundaria, junto a la originaria δροίτη, creada analógicamente sobre δρῦς; pero Brugmann I. F. 18, p. 382 veía en δρύτη la forma originaria (cf. lit. *drùtas*, gr. δρῦμός, scr. *drūna-m*) y en δροίτη, una formación analógica del sinónimo κοίτη «caja, arca» atestiguado por Menandro (en Athen. 4, 146 E) con esa significación, que ha de considerarse nacida a partir de la originaria de κοίτη «lecho, cama» (1).

Wackernagel, *Sprachliche Untersuchungen zu Homer* p. 187 nota, después de señalar que la forma δροίτη es la propia de la mejor tradición manuscrita de los pasajes esquíleos y que cuenta con el apoyo de Herodiano y de Hesiquio (δροι- asegurado aquí por hallarse entre δροιόν y δρομάδην), considera que δρύτη es producto de la pronunciación *ü* del diptongo -οι-, pronunciación vulgar que utilizaría Hermipo

---

(1) Ateneo 4, 146 E: ὡς θύουσι δ' οἱ τοιχώρυχοι, κοίτας φέροντες σταμνία τ' οὐχὶ τῶν θεῶν ἕνεκ' ἀλλ' ἑαυτῶν. Plut. *Phoc.* 28: αἱ ταινίαι μέν, αἷς περιελίττουσι τὰς μυστικὰς κοίτας. Pollux 7, 79: εἰς ἃ δὲ ἀπετίθετο τὰς ἐσθῆτας ταύτας, χηλοὶ μὲν καθ' Ὅμηρον, κοῖται δὲ καὶ κιβωτοὶ καὶ κίσται καὶ ζυγάστρια παρὰ τοῖς νεωτέροις.

a efectos de su etimología, en conexión con δρῦς. De la misma opinión es Schwyzer, K. Z. 62-1935-p. 201. Desde luego, no cabe suponer que δρύτη se debe solamente al copista, pues la etimología de Hermipo se basa sobre ella.

Estas interpretaciones que ven en δροίτη una forma de la raíz de δόρυ «madera», susceptible de aplicarse a diversos utensillos u objetos construídos con tal material (cf. para δόρυ los significados de «lanza» y de «barco», comp. lat. *pinus, lignum*-) son, desde un punto de vista semántico, si no absolutamente convincentes, por lo menos aceptables. No así, en nuestra opinión, la explicación de Osthoff de la final -ιτη, por *σιτᾶ.

Si se acepta esta conexión con la raíz de δόρυ etc. en lo que respecta a la existencia de los dobletes δροίτη / δρύτη, creemos que es lo mejor suponer que se trata de una alternación -οι- / -υ- originaria, de la que no faltan en griego algunos ejemplos. Precisamente la forma κοίτη que aducía Brugmann como posible «Leitform» de δροίτη y que él (como, en general, los demás autores) consideraba idéntica a κοίτη «lecho», podría ser, en nuestra opinión, otro caso de la aludida alternación -οι- / -υ-. En efecto, para nosotros κοίτη «cesta, arca» es etimológicamente distinta de κοίτη «lecho» (de la raíz *κει- en κεῖμαι, κοῖτος, etc.), y se halla en relación con el vocablo κύτος «vaso, cesta», de la raíz κυ- que aparece en κύειν, κῦμα, etc. También en el adjetivo κόϊλος (1) emparentado con κύτος (cf. Leo Meyer, *Handbuch der griech. Etym.* II, p. 260) tenemos un grado -οι- (cf. Platón *Com.* 189, 1: ϕησιν εὐθὺς κύλικος εἰς κοῖλον κύτος).

En todos los casos se trata, como ya se supondrá, en realidad de una alternación -οϝ-ι / -υ- en la que el primer grado alternante aparece bajo la forma -οι-, al desaparecer el digamma intervocálico. La -ι- pertenece originariamente al sufijo: -ιλο-, -ιτη- (cf. Chantraine, *La formation des noms* p. 248 y 300).

En este supuesto, δροίτη / δρύτη no serían sino un caso

(1) Cf. eol. κόυιλος.

análogo a κοίτη / κύτος. En cuanto al radical δροι- / δρυ-, ya advertimos que no es inverosímil que esté relacionado con δόρυ etc. La forma más originaria sería δρύτη con el mismo vocalismo que el scr. *druṇa-m*, li. *drútas*, gr. δρῦμός etc. Δροίτη sería la formación más reciente y analógica.

Pero también cabe pensar en otra posibilidad que nos permitimos sugerir aquí. Hay en griego un verbo δενδρύω (ῡ?) atestiguado en el epidaurio (cf. Collitz-Bechtel 3340, 20) que significa «sumergirse en el agua». El E. M. tiene: δενδρυάζειν. καὶ τὸ καθ'ὕδατος δύεσθαι καὶ ἀποκρύπτειν ἑαυτόν. Naturalmente δενδρύειν y δενδρυάζειν son formaciones con reduplicación intensiva: <δερ-δρύειν, δερ-δρυάζειν (cf. Schwyzer, I p. 647), exactamente como δένδρεον (-ον) lo es de la raíz de δόρυ. La formación no reduplicada nos la transmite una glosa de Hesiquio δρύεται· κρύπτεται y δρυάσαι · κατακολυμβῆσαι · Frisk (Eranos XL-1942-pág. 80) propuso corregir estas glosas en <δεν> δρύεται y <δεν>δρυάσαι lo que no parece necesario en absoluto. Danielsson, *Gramm. und etym. Stud.* I, p. 54 (Upsala, 1887) comparó δρύεται con el scr. *drávati* «él corre, se lanza».

Esta conexión es posible; pero, en todo caso, el hecho es que dentro del griego δενδρύω, δενδρυάζω, δρύεται significan «sumergirse en el agua», «bañarse». ¿Por qué no explicar δρύτη simplemente por «bañera», de la misma raíz que δρύεται etc.? El sentido «madero» o «vasija de madera», i. e., «bañera de madera» supondría que las bañeras designadas con δροίτη, δρύτη eran originariamente de madera, lo que pudo muy bien ocurrir; pero nótese que precisamente en el primer pasaje en que aparece la palabra en la literatura griega, en *Ag.* 1540 se habla de ἀργυροτοίχου δροίτης(ι). Naturalmente no cabe pensar, para la gente más humilde, en bañeras de plata; pero el hecho es que en el caso de δρύτη no sucede como en el de δόρυ «barco» cuyo material siempre y necesriamente fué la madera.

Admitida la relación etimológica entre δροίτη, δρύτη y

(1) Bien es verdad que algún manuscrito trae ἀργυρότοιχον concertando con χαμεύνην..

δρύεται, δενδρύω, δενδρυάζω, tendríamos una raíz **dreu̯- / drou̯- / dru-* «lanzarse al agua, bañarse» y un sufijo -τρο- de instrumento o recipiente en el caso de δοῖτρον (cf. δύτρον vid. Schwyzer I, p. 532) y otro -τη en δρύτη. No cabe excluir en este último caso que el sufijo fuera -τρη, también de instrumento y recipiente (cf. por ej. χύτρη, πίστρᾱ), con una disimilación de la -ρ-: δρύτη <*δρύτρη, que habría aquí afectado el sufijo, mientras que en δοῖτρον habría afectado al radical: <*δροιτρον.

Finalmente, unas palabras sobre una pretendida conexión entre el gr. δροίτη, δρύτη y el «hispánico» *dureta*. En Suetonio, *Aug.* 82 se lee (se refiere a Augusto durante su estancia en España): «aut quotiens neruorum causa marinis Albulisque calidis utendum erat ut insidens ligneo solio, quod ipse Hispanico uerbo duretam uocabat, manus ac pedes alternis iactabat». Schwyzer, K. Z. 62 -1935- pp. 199 ss. pensó que este vocablo «hispánico» *dureta* no era ni más ni menos que un préstamo del griego δρύτη. La -e- sería la notación de la -υ- griega (cf. Schwyzer I, p. 183) y *dur-* una anaptixis por δρ-. Salvo el parecido semántico, esta hipótesis de Schwyzer ofrece muchas dificultades: la notación de -υ- por -e-, propia de ciertas lenguas microasiáticas o del egipcio, no sabemos que esté atestiguada para la ibérica; no conocemos tampoco ningún ejemplo de anaptixis en el grupo inicial δρ- (cf., por el contrario formas como *Draces, dracina* etc.). Más que suponer esa conexión entre el «hispánico» (ibérico, latino-vulgar?) *dureta* y el griego δρύτη, parece natural considerar (cosa que hizo ya Hübner) *dureta* derivado de la raíz **dur-, dour-* «agua», una de las más claras dentro del ibero. Cuando los griegos llegaron a Grecia no conocían el uso de bañeras, muy probablemente, sino sólo el baño libre en río o mar. La costumbre del baño en bañera la tomaron del pueblo mediterráneo que encontraron en Grecia (1): de ahí el origen no indoeuropeo del vocablo ἀσάμινθος «bañera». Δρύτη fué la palabra de formación ya indoeuropea con que designaron la ba-

(4) Vid. como comprobación de esto un instructivo pasaje en

ñera los griegos, acudiendo a una raíz **dreu-* 'κατακολυμβῆσαι', que, si muy adecuada para designar el baño libre, no lo era tanto para designar el baño en bañera.

5. ὀρσολοπεῖται · διαπολεμεῖται, ταράσσεται.

'Ορσολοπεύω, ὀρσολοπέομαι aparecen en los siguientes pasajes: *Hymn. Merc.* 308: πῆ με φέρεις 'Εκάεργε θεῶν ζαμενέστατε πάντων; ἦ με βοῶν ἕνεχ' ὧδε χολούμενος ὀρσολοπεύεις; Esquilo, *Persas* 10: ἀμφὶ δὲ νόστῳ τῷ βασιλείῳ καὶ πολυχρύσου στρατιᾶς ἤδη κακόμαντις ἄγαν ὀρσολοπεῖται θυμὸς ἔσωθεν; Máximo, Καταρχ. 107; αἰεί κε πανήμερον ὀρσολοπεύοι μύθῳ ὀνειδείῳ. El adjetivo ὀρσολοπος, del que proceden sin duda las formaciones verbales, lo tenemos en un fragmento (74 B) de Anacreonte: ὀρσολόπος μὲν Ἄρης φιλέει μεναίχμην. Además poseemos algunas glosas, como la citada a la cabeza de este artículo, de Hesiquio, y otra de Focio: ὀρσολοπεῖν · λοιδορεῖν. La forma ὀρσοπόλος de algún manuscrito es, desde luego, una «metátesis etimológica» y no supone un compuesto del tipo αἰπόλος.

Notemos también que en el texto citado de Anacreonte algunos manuscritos de Hefestión dan ὀρσολεπος (cf. también E. M. 633, 11).

Los intentos de esclarecer la etimología de ὀρσολοπος han sido muy numerosos. Algunos antiguos veían en él un compuesto de ὀρθός y λόφος, y esta hipótesis es la recogida en el *Lex. Homer.* de Ebeling («sträube die Mähne gegen jemanden»). Prellwitz *Wb.* s. u., lo derivaba de ὄρνυμι y ὀλόπτω (vocablo

---

K, 574 ss. Ulises y Diómedes, fatigados de la batalla y sudorosos, se bañan en el mar. A continuación toman un baño en la bañera:

> αὐτοὶ δ' ἱδρῷ πολλὸν ἀπονίσοντο θαλάσσῃ
> ἐσβάντες κνήμας τε ἰδὲ λόφον ἀμφί τε μηρούς.
> αὐτὰρ ἐπεί σφιν κῦμα θαλάσσης ἱδρῶ πολλὸν
> νίψεν ἀπὸ χρωτὸς καὶ ἀνέψυχθεν φίλον ἦτορ,
> ἔς ῥ' ἀσαμίνθους βάντες ἐϋξέστας λούσαντο.

La vieja práctica del baño libre aparece aquí yuxtapuesta con la nueva costumbre, tomada de la población mediterránea, del baño en bañera.

atestiguado en la literatura helenística = λέπω). Leo Meyer, *Hdb. der griech. Etym.* I, 578 ss. negaba toda relación con el grupo de λοπός. Ture Kalén, *Quaest. gramm. graecae* pp. 75 ss. consideraba el vocablo equivalente a ὑφίκομπος, viendo en el segundo elemento una forma de λαπίζειν (1), y en el primer elemento *ὀρσο-- una forma con el significado de 'ὑψηλός', pariente bien del sánscrito *ṛsvá-* «sublimis», bien del scr. *várṣiṣṭha, várṣman* «culmen, cacumen». 'Ορσολόπος vendría, pues, de *ὀρσολαπος y para el cambio semántico comparaba ὑψηγορία · ὑπερηφανία Hesiq. Boisacq, s. u. escribe: «étymologie oscure» y se limita a citar a Fröhde B. B. 3, 24 y 20, 222, quien considerando oscuro el segundo elemento, compara ὀρσο-- con el germ. *wërran* (cf. el esp. guerra).

La lectura de Wackernagel, *Sprachliche Untersuchungen zu Homer* p. 226, en donde a propósito de la «decencia» de la lengua homérica que evita términos vulgares u obscenos, y aludiendo a la falta en Homero del vocablo correspondiente al scr. *ársaḥ*, hitita *arsa*, ant. al. *ars*, es decir, de ὄρσος (át. ὄρρος), apuntaba Wackernagel su convicción de que, sin embargo, ὄρσος aparece en Homero como segundo término de παλίνορσος y de ἄψορρος (no de ἀψο-ροος, como quiere derivarlo Bechtel, *Lexilogus* s. u.), y quizá también en Φ 282, si se acepta la conjetura de Ahrens: μελανόρσου por μέλανος τοῦ, como epíteto de αἰετοῦ θηρητῆρος, me hizo sospechar que tal vocablo ὄρσος se encuentra también en ὀρσολοπος. He podido comprobar después que esta conexión estaba ya apuntada por Schwyzer, *Glotta* 12-1922- p. 22 y también, sin que Schwyzer pareciera conocerlo, por Müller-Strübing, *Wissenschaftl. Monatbll.* 1879, nr. 5. Pero este último autor, que se fija solamente en el pasaje del *Hymn. Merc.*, y deriva ὀρσολοπος de ὄρσος y λοπεύειν, λοπίζω, en-

(1) λαπίζειν · ἀλαζονεύεσθαι Anecd. Bekker, I, pág. 277, 27; E. M. 556, 56, y las siguientes glosas de Hesiquio: λαπίζει· γαυροῦται; λαπιστής τ' ἐφάνη · φλύαρος, τρυφηλός, μὴ ἔχων φροντίδα, ἐγγὺς τοῦ προπετοῦς; λαπικτήν· καυχητήν καὶ ἄλλα, etc.

tiende su significado como «den Hintern schälen = entblösen», lo que no coincide con nuestra interpretación. Por otra parte, Schwyzer se limitaba a señalar esta posible etimología (que no ha encontrado la menor resonancia), sin aportar paralelos del camino semántico, razón por la que no juzgo inútil volver sobre este punto.

Γ 39: ὡς ὅτε τις δράκοντα ἰδὼν παλίνορσος ἀπέστη es el único pasaje en que aparece παλίνορσος en Homero. Wackernagel, *loc. cit.* entendió agudamente que se trataba de un compuesto de πάλιν y de ὄρσος. Estaríamos, pues, ante una metáfora propia del lenguaje familiar y de la soldadesca, exactamente como en el alemán *ärschling* (< *Arsch)* o en el francés *reculer* (cf. la locución popular «montrer le cul» = huir), o, dentro del propio griego, en παλιμπυγηδόν y πυγηδόν. Tal vez, pienso, el español «culón» = «soldado inválido», tenga su origen en esta metáfora (soldado cobarde, que no sirve para nada > inútil, inválido).

En ὀρσολοπος tenemos un compuesto de ὄρσος y de un segundo término emparentado con λέπω, λοπός «piel» (de cebollas, por ejemplo, en τ 233), λεπτός (en Y, 495), λοπίζω etc. (1); cf. ἐλέποὺν · οἷον ἐλέπιζον τύπτων καὶ μαστιγῶν Hesiquio; ὀρσολόπος sería pues, 'λέπων τὸν ὄρρον' (sc. τοῦ φυγόντος πολεμίου). La unión de ambas ideas, la de ὄρσος y la de λέπω, responde también al lenguaje popular y se da en otras lenguas, por ejemplo en el francés en donde es frecuente la locución «à écorche cul» (cf. por ej. Rabelais, 4, 13: «ainsi estoit trainé à éscorche cul par la poultre»; cf. también el giro frecuente: «rendre un service à écorche cul», es decir, de mala gana y porque uno se siente obligado a hacerlo). De los cuatro pasajes en que aparecen nuestros vocablos en la literatura griega, Esqu. *Persas* 10 y el tardío Máximo, Καταρχ· 107 muestran un sentido puramente metafórico: λοιδορεῖν, διαπολεμεῖν,

(1) La acentuación más probable es ὀρσολόπος como οἰκονόμος, ὑλοτόμος, λιθοβόλος,. etc., por analogía de ejemplos como ἀνδροκτόνος, χοηφόρος, etc., en que se aplicaba la ley de Wheeler (vid. B. I. Wheeler, *Der griechische Nominalaccent*, Strassburg, 1885, pág. 60 y sigs.).

ταράσσειν como explican las glosas de Hesiquio y Focio. En cambio, el fragmento de Anacreonte y el pasaje del *Hymn. Merc.* presentan un carácter diferente, en ambos casos, creemos, con una intención burlesca evidente.

*Hymn. Merc.* 304 ss.:

> ὣς φάθ'. ὁ δ' αὖτ' ἀνόρουσε θοῶς, Κυλλήνιος Ἑρμῆς,
> σπουδῇ ἰών. ἄμφω δὲ παρ' οὔατα χερσὶν ἐώθει
> σπάργανον ἀμφ' ὤμοις ἐλελιγμένον, εἶπε δὲ μῦθον·
> πῇ με φέρεις κ. τ. λ.

El pequeño ladronzuelo Hermes teme que Apolo, enfurecido por el robo de sus vacas y la pérdida irreparable de alguna de ellas, le zurre de lo lindo: el verbo ὀρσολοπεύειν con el sentido originario que nosotros defendemos, encajaría admirablemente en el humor de todo el pasaje.

En cuanto al fragmento de Anacreonte (74 B) se encuentra completamente aislado de todo contexto, reducido a la ya citada frase: ὀρσολόπος μὲν Ἄρης φιλέει μεναίχμην. Por cierto que, aunque en el estado del texto, sea aventurado emitir cualquier hipótesis, tal vez en φιλέει μεναίχμην (μὲν αιχμάν *em.* Dorvill. Pauw.) tengamos un juego de palabras y estemos ante una alusión a un personaje Μέναιχμος (para la documentación de este nombre propio, vid. Bechtel, *Die historischen Personennamen des Griechischen bis zur Kaiserzeit*, s. u. ).

Otros compuestos con el mismo primer elemento ὀρσο– que hay en ὀρσολόπος son: ὀρσοθύρη, ὀρρόβηλος y ὀρσοδάκνη. Antes de pasar a su estudio, conviene decir algo sobre una glosa de Hesiquio: ὀρσοί · τῶν ἀρνῶν οἱ ἔσχατοι γενόμενοι. En mi opinión ὀρσοί es un término familiar para designar a los cabritillos recién nacidos, relacionado desde luego con ὄρσος. Tal vez este término cariñoso de la lengua familiar recubriera, por etimología o desfiguración popular, un más antiguo *ὀροί, relacionado con ὄρος <*ὄρϝος (cf. scr. *árvaḥ*), que designaría a las crías mientras que aún maman.

Ὀρσοθύρη ha sido palabra cuya etimología se ha discutido también mucho. La interpretación recta, a nuestro

entender, la dió el primero Döderlein, *Homerisches Glossarium* II Bd. pp. 340-2: se trataría de un compuesto de ὄρσος y de θύρη, valiendo, por consiguiente, «puerta trasera, postigo». Esta interpretación ha sido aceptada por muchos: Ebeling, *Lex. Hom*, Wilamowitz, *Heracles* p. 376 nota, Wackernagel, *Sprachl. Unt.* p. 226, Ahrens, Autenrieth, Hentz, etcétera. Halla un gran apoyo la interpretación en un pasaje de Semonides de Amorgos (fr. 17; cf. E. M. 634, 1: λέγει δὲ Σημονίδης κακοσχόλως · κατ τῆς ὄπισθεν ἠλσάμην ὀρσοθύρης).

'Ορρόβηλος equivale, más o menos, a ὀρσοθύρη. El segundo término del compuesto es el homérico βηλός (Ψ 202; también en Esquilo y en Quinto de Esmirna). cuya significación nos aclaran las glosas siguientes:

βηλῷ · βαθμῷ, βατῆρι, οὐδῷ. Hesiq.
βηλοῦ· σταθμοῦ Hesiq.

Anecd. Bekker I, 225, 29 Βῆλος. · ὁ οὐρανὸς βαρυτόνως, καὶ Ζεῦς καὶ Ποσειδῶνος υἱός, ὀξυτόνως δὲ ὁδος (cod. ὁδός) οἴκου ἢ σταθμός. βαλόν. οὐδόν. καὶ οὐρανόν. · καὶ βαλός.

Anecd. Bekker I, 224, 15 s. u. βατήρ. · σημαίνει δὲ καὶ τὸν τῆς θύρας οὐδόν, ὃν Ὅμηρος βηλόν, οἱ δὲ τραγικοὶ βαλόν.

Apoll. Soph. *Lex.* βηλός. ὁ τῆς θύρας βαθμός (A. 591).

El significado de βηλός es, pues, el de οὐδος «limen» (1). 'Ορρόβηλος es naturalmente «limen posticum, ianua postica».

Ture Kalén, *Quaest. gramm. graecae* pp. 75 ss., de acuerdo con su interpretación de ὀρσοθύρη, piensa que ὀρρόβηλος = = 'οὐδος ὑψηλός', «Hochschwelle». El apoyo para su hipótesis quiere encontrarlo en:

χ,, 126 es: ὀρσοθύρη δέ τις ἔσκεν ἐϋδμήτῳ ἐνὶ τοίχῳ,
ἀκρότατον δὲ παρ' οὐδὸν ἐϋσταθέος μεγάροιο
ἦν ὁδὸς ἐς λαύρην, σανίδες δ' ἔχον εὖ ἀραρυῖαι.

y en una serie de pasajes de glosógrafos y lexicógrafos como: Apoll. Soph. *Lex.* p. 123, 13: ὀρσοθύρη. · 'Απίων θύρα ὑψηλή, δι'

(1) Van Herwerden, *Lex. dial. et supplet.* s. u. «At βηλός non est ὁδός, verum ὁδός (οὐδός) limen».

ἧς ἐστι καταβαίνοντα ὀροῦσαι, ὅ ἐστι πηδῆσαι, ἢ ἀνιόντα πηδῆσαι, διὰ τὸ μὴ ἔχειν βαθμούς· · καὶ ὁ Μελάνθιος διὰ τῆς ὀρσοθύρης ἀνέβη, ὁ δὲ Εὔμαιος καὶ Φιλοίτιος κατὰ τὴν ἔξω περιόδον.

Hesiquio: ὀρσοθύρα · θύρα μεγάλη καὶ ὑψηλή.

Focio y Suidas: ὀρσοθύρη. · θύρα ἐν ὕψει τοῦ τοίχου.

E. M. 633, 57 ss. ὀρσοθύρη. θυρίς, δι' ἧς εἰς ὑπερῷον ὑπάρχει ἀνάβασις. παρὰ τὸ ὄρω ὄρσω καὶ τὸ θύρα. · ὀρσοθύρη δέ τις ἔσκεν κ. τ. λ.

Eustacio 1921, 14: ὅτι ὀρσοθύρη ἐνταῦθα παρὰ τῷ ποιητῇ θύρα τις ἐπίσημος ὑψηλοτέραν πρόσβασιν ἔχουσα κ. τ. λ.

Resulta, sin embargo, de todo punto evidente que todos estos pasajes se refieren concretamente a χ 126 ss., arriba citado, sobre el que basan esta concepción de ὀρσοθύρη como puerta elevada, con algún escalón para subir. Tal explicación, deducida del contexto, carece absolutamente de todo valor para inferir conclusiones respecto al significado propio del vocablo ὀρσοθύρη. Y como quiera que Kalén no puede basar su hipótesis en ningún otro argumento de tipo histórico o arqueológico, y su explicación etimológica es muy insegura, no creemos deber detenernos más en su teoría. La sala en que Ulises dió muerte a los pretendientes, tenía dos puertas: la de entrada principal, por la que entran Ulises, Telémaco, Eumeo y Filecio (vid. 21, 236 y 22, 258 y 398) y otra puerta accesoria, al fondo, que daba al patio y junto a la cual estaba sentado el aedo. Ambas, no sólo esta última, tenían un escalón para subir (vid. vv. 2 y 132). Creemos que esta explicación que es, sustancialmente, la de Döderlein, aclara suficientemente todos los extremos.

En cuanto a ὀρσοδάκνη, nombre de un pulgón que roe las raíces de ciertas plantas (1), debe de ser igualmente un nombre popular compuesto de ὄρσος y δάκνω (cf. el francés *grattecul* y para el segundo elemento en este tipo de nombres, el español «mordela», nombre de un coleóptero).

Palabras como ὀρροποτέω, ὀρροπύγιον, ὀρροπυγόστικτος etcéte-

(1) Aristóteles, H. A. 552 *a* 30: αἱ δὲ ὀρσοδάκναι (otros MS ὀρεοδάκναι, ὀρσαδάκναι) ἐκ τῶν σκωληκίων μεταβαλλόντων. τὰ δὲ σκωλήκια ταῦτα γίγνεται ἐν τοῖς καυλοῖς τῆς κράμβης.

ra. son también, ello es obvio, compuestos de ὄρσος. No así, en nuestra opinión, ὀρσοτριαίνης, epíteto de Posidón en Píndaro (p. ej. O. 8, 64, N. 4, 86, etc.), en donde hay que ver una formación secundaria que ha sustituído a ὀρσιτριαίνης, compuesto del tipo τερψικέραυνος, con un primer elemento emparentado con ὄρνυμι, como ὀρσίκτυπος, ὀρσίπους, ὀρσίλοχος, ὀρσινεφής, etc.

Finalmente creemos que hay que traer también aquí el verbo ὀρρωδέω (jón. ἀρρωδέω, ἀρρωδίη). En general, los modernos han partido de que la forma originaria fuera la jónica con ἀ- inicial, explicando ὀρρωδέω (desde J. Schmidt, K. Z. 25, 112 y 32, 370 y ss.) por asimilación de la ἀ- átona a la -ω- siguiente. (1). En cuanto a la etimología de ἀρρωδέω Prellwitz *Wb.* 238 veía en ἀρρώδης un compuesto de ἀ- privativa y *ῥῶδος «fuerza» (?). Solmsen I. F. 13, 134 ss.: ἀρρωδέω <*ἀν-Fρωδ-ειω, scr. *vrīḍatē* «estar confuso, avergonzado», *vrīḍaḥ* «confusión, vergüenza» (Fρωδ- < Fρωσδ- (?) como *vrīḍ-* < *vrīẓd* < *vrijd-*). Ehrlich, *Untersuchungen über die Natur der griechische Betonung* p. 54 partía de un * ἀρσο– «desertor»: ἀρρώδης «inclinado a desertar» ἄρσο- emparentado con el hom. ἔρρω «huir» < Fερσιω cf. Boisacq s. u.).

No vemos razón que justifique partir del jón. ἀρρωδέω como forma originaria, frente a ὀρρωδέω del ático y también del jónico. La explicación de Schmidt de la asimilación de ἀ- a la -ω- es muy improbable. Frente a todas estas hipótesis modernas que parten de la genuinidad de ἀρρωδέω, entendemos que hay que volver a las explicaciones de los

---

(1) Por lo demás, casi todos los ejemplos de esta pretendida asimilación de α a una -ο- siguiente, que citaba Schmidt, son también falsos: ἀμέργω / ὀμόργνυμι (en donde tenemos, según la opinión más corriente, una alternación ἀ- / ὀ- de vocales protéticas o, quizá, una alternancia αμ- / ομ- < *sm̥- / *som, como intentaré demostrar próximamente), ἅμα / ὁμός (<*sm̥- / *som-), arc. eol. ἑκοτον, δέκοτος (que plantea un problema complejo en el tratamiento de la -m̥-; cf: Schwyzer, I p. 345 y Meillet M. S. L. XVI, pp. 217 ss.), σοφός / σαφής (ambas palabras nada tienen que ver etimológicamente, cf. Boisacq s. u.).

antiguos, que partían de ὀρρωδέω y veían en esta forma un compuesto de ὄρσο- / ὄρρο-. Sólo que mientras ellos veían en ὀρρωδέω un compuesto con un segundo término δέος o ἰδίω «sudar» (1), hoy tenemos de considerar que ὀρρωδέω se formó sobre el adjetivo ὀρρώδης, con un segundo elemento -ωδης, originariamente en relación con la raíz de ὄδωδα, lat. *odor* etc. y que pronto fué sentido como sufijo (cf. Wackernagel *Das Dehnungsgesetz der griech. Composita* pp. 44 ss.), perdiendo su sentido concreto originario y usándose con un sentido figurado, posesivo, con una gran profusión (1250 palabras de este tipo cuenta en griego Buck-Petersen, *A reverse Index of greek nouns and adjectives* p. 698): λυσσώδης, καματώδης, ληρώδης, etc.

Esta interpretación que dió ya Bréal M. S. L. 8 p. 309 nos parece la más acertada. Con ello se incluye ὀρρωδέω en el grupo de compuestos de ὄρρος, lo que viene a bien tematológica y semánticamente con la tendencia metafórica que hemos considerado propia de los griegos (y de otras lenguas, según vimos) para expresar las ideas de «huída, miedo etc.». Bréal, loc. cit., comparaba con el francés *couard*, italiano *codardo* (cf. esp. *cobarde*) que designan al hombre miedoso y pusilánime «par assimilation aux chiens et aux autres animaux qui serrent la queue entre les fesses quand ils ont peur», es decir, entendiendo ὀρσο- como «cola, rabo» (cf. οὐρά, οὐρίαχος, etc). Tal interpretación es posible; pero no excluye otra que considere que ὀρσο- tiene también aquí su sentido propio, el mismo que posee en ὀρσολόποι, ὀρσοθύρη, etc., interpretación que, aclarada ahora la etimología de estas últimas palabras, nos parece altamente verosímil.

El jón. ἀρρωδέω, ἀρρωδίη, habrán de explicarse por una disimilación, inducida probablemente por la familia de ἄρρωστος, ἀρρωστίη, etc.

JOSE S. LASSO DE LA VEGA.

---

(1) Cf. Hesiquio s. u. ὄρρος : ἕτεροι δὲ ἐτυμολογοῦσι καὶ τὸ ὀρρωδεῖν· οἱ γὰρ δεδοικότες ἰδίουσι τὸν ὄρρον, ὅ ἐστιν ἱδροῦσιν, ἢ τὸ ὀστοῦν τὸ ὑπὸ τὴν ῥάχιν.

# FILOCTETES

Trata la presente tragedia de la llevada del famoso arquero Filoctetes, desde Lemnos a Troya, para la destrucción de esta ciudad. El tema despertó el interés de los tres grandes dramaturgos. Se lo planteó el viejo Esquilo y lo abordaron igualmente Eurípides unos cuarenta años más tarde, y Sófocles cuando ya pasaba de los ochenta de edad (1).

No conservamos los Filoctetes de Esquilo y Eurípides. Sólo como curiosidad bibliográfica nos ha llegado una especie de ensayo, escrito por Dión Crisóstomo hacia fines del siglo primero p. Ch., con la impresión que le ha dejado la lectura seguida de los tres dramas, que ha tenido el capricho de hacer en la misma isla de Lemnos, en el marco mismo donde está encuadrada la acción de todas ellas (2).

---

(1) No consta a punto fijo en qué año escribió su *Filoctetes* Esquilo. De la simplicidad de estructura, que le atribuye Dión Crisóstomo, deducen algunos que hubo de ser antes de que este poeta aceptase la innovación sofoclea de un tercer actor. En cambio de Eurípides sabemos por el Argumento (II) de Aristófanes el Gramático que obtuvo el tercer premio o lugar, con *Medea, los Dicties* y el drama satírico *los Segadores*, el año 431/430, al comienzo de la guerra del Peloponeso. El *Filoctetes* de Sófocles es la única tragedia de este autor cuya cronología nos consta de cierto: su *Argumentum* lo coloca en el arcontado de Glaucipo (410/409) cuando, según la fecha más probable de su nacimiento, tendría el poeta unos ochenta y cinco a ochenta y siete años.

(2) Es su discurso *(oratio)* 52, al que sigue en el 59 una paráfrasis en prosa (sin comentario alguno) del comienzo del drama euripideo. Sus informaciones, aun incompletas y todo como son, nos re-

Los tres dramaturgos comprendieron igualmente la dificultad de la empresa: la lucha dramática está toda ella basada, por una parte, en lo irreductible que se ha de suponer el corazón de tal guerrero ante la propuesta de ir a salvar a sus más odiados enemigos, y en los esfuerzos que por otra parte se habrán de poner en juego para el logro de lo que todos desean, conquistar el corazón de Filoctetes para llevárselo consigo a Troya. Porque aquí no se busca, como en *Edipo en Colono*, confirmar una voluntad en un propósito ya concebido, ni, como en *Electra*, orientar y estimular una voluntad débil y despechada, sino hacer virar en redondo el ánimo de un militar encallecido en el odio, y decidirle a favorecer a los mismos que le han ultrajado.

Es Filoctetes el más afamado flechero de su siglo; como tal le describe Ulises en la Odisea, añadiendo que es el único que le supera a él (*Odis.* 8, 2, 19), y como tal estaba descrito en la Ilíada τόξων ἐὺ εἰδώς, acompañado de siete naves dotadas cada una de cincuenta marinos, todos ellos τόξων ἐὺ εἰδότες ἶφι μάχεσθαι (2. 718-720). La época posterior detallaba lo que ya indicaba Homero (*ib.*, 721-725) sobre su herida, su úlcera, su deportación y abandono en Lemnos, siempre en posesión del arco y flechas que heredara un día

---

sultan de suma utilidad para el estudio comparativo de los tres dramaturgos por los datos que nos comunica del contenido de los dos que no se conservan.

Pero en cuanto se refiere a apreciaciones literarias y estéticas, poco nos pueden ayudar, pues en este punto nos hallamos mejor preparados nosotros, con cinco siglos de investigación afanosa, que no él, que no tiene más ayuda que la lectura corrida del texto, hecha en Lemnos después del baño.

No conviene olvidar que es opinión corriente entre los filólogos que esta tragedia cayó en olvido después del siglo v. Ello explica el despiste y errores de escoliastas y mitólogos que, tres y cuatro siglos más tarde, escribieron basados no en la experiencia de una representación teatral perfecta, sino en las impresiones de una lectura somera sin datos algunos de regiduría escénica. V. Bernhardy, *Grundriss d. griech. Liter.*, II, 2, 238; Haigh, *The tragic Drama of the Greeks*, d. VI, § 6, pág. 448.

del mismo Heracles en premio por sus servicios en poner fuego a la pira de su apoteosis.

Tales circunstancias tenían que ser decisivas en la forjación del carácter de Filoctetes. Sófocles ha puesto en su descripción el empeño que pedía el caso imperiosamente. No podía ser muy distinto el Filoctetes de los otros dos émulos dramaturgos.

El de Sófocles es un fornido guerrero, que en la flor de sus años parte para Troya, a una victoria que da por cierta, confiando en la propia bravura, en su pericia militar, en el valor de las huestes que lleva escogidas en sus siete naves, y para mayor garantía en el formidable arco y flechas que antaño manejó el invencible Heracles, que regalan la muerte con largueza (*Fil.* 105).

De repente, y antes aún de llegar al campo de sus proezas militares, de la manera más insulsa e inesperada, una víbora furtiva, con una mísera picadura (1), se lo hunde todo para siempre: sus dolores, su pierna ulcerada y pestilente le hacen intolerable a sus compañeros y a todos los adalides griegos; su humillación crece con el hecho de que se ve forzado a dar gritos y lloriquear como una chiquilla; su presencia y sus quejidos imposibilitan toda empresa seria, estorbando todo sacrificio previo a las batallas; y para mayor mortificación de su amor propio los atridas han decidido alejarlo de sí y abandonarlo en Lemnos para que pueda allí digerir su amargo fracaso y han comisionado a Ulises para que lo lleve engañándole con que es a su patria a donde van.

---

(1) Aunque el primer *Argumentum* y dos escolios (ad vv. 194. 1326) parecen identificar a Crises con la diosa Atena (Χρύσης Ἀθηνᾶς), es evidente, como observa Jebb (*Philoct.*, pág. 4), que para Sófocles y este drama Crises es una ninfa o mejor una deidad distinta.

La picadura que le hizo una víbora en su recinto la toma Filoctetes (267-632) como un incidente fortuito y natural. Es Neoptólemo el que da a la culebra carácter de vengadora de una profanación (1326 sigs.) y al hecho el valor de medida providencial para retardar la ida de Filoctetes a Troya diez años, hasta éste en el que había de ser tomada según los hados (191-200).

Y al efecto en un momento de sueño violentamente causado por su enfermedad, le ha dejado Ulises, no en su tierra, sino en aquella playa inhóspita de Lemnos, abandonado a sí y a sus precarios recursos.

Diez años lleva ya allí, solo, dedicado a vivir su triste existencia entre ataques, espasmos, dolores, imprecaciones y carencia de todos: las ínclitas flechas de Heracles—su único tesoro y esperanza—no tienen más alta ocupación que la de abatir de cuando en cuando unas tristes palomas con que engañar el hambre.

Su corazón, es natural, en los interminables días, y no menos interminables noches de diez años, no hace sino pensar en lo que dejó y en lo que tiene, en lo que hubiera hecho a no haber mediado la desgracia, en lo que estarán haciendo sus émulos, sus enemigos y ultrajadores, en lo que él les haría si los alcanzara a tiro. Aunque en Eurípides odia a todos los griegos (1), en Sófocles a los griegos los ama y se regocija de verse ante uno de ellos (2), y pese a sus reacciones primitivas y hasta casi infantiles ante los fingidos enojos de Neoptólemo contra los jefes, y ante la perspectiva de hallarse ya pronto, humillado y todo y sin historia, ante su padre—cosa que Ayante en caso parecido más bien rehuía y es retrato de su alma fundamentalmente sensible y generosa—, lo que nadie puede negar es que su corazón está enconado de furor contra los causantes de su mal y abandono, contra los dos atridas, y más que nada contra el taimado hijo de Laertes.

Basta por sí mismo un carácter así elaborado, para resistir dramáticamente a cuantos embates le puedan dirigir aun las almas más amigas. Así lo ha pensado Sófocles, aunque

---

(1) Véase la paráfrasis de Dión Crisóstomo *(orat.* 59, 8): οὐ δυνατὸν, εἴπερ Ἕλλην ὢν τυγχάνεις, τὸ μὴ ἀπολωλέναι σε ἐν τῇδε τῇ ἡμέρᾳ κτά.

(2) *Philoct.* 232-235:

ΝΕ.—ἀλλ' ὦ ξέν' ἴσθι τοῦτο πρῶτον, οὕνεκα Ἕλληνές ἐσμεν· τοῦτο γὰρ βούλει μαθεῖν.

ΦΙΛ.—ὦ φίλτατον φώνημα, φεῦ τὸ καὶ λαβεῖν πρόσφθεγμα τοιοῦδ' ἀνδρὸς ἐν χρόνῳ μακρῷ.

de otra manera lo ha hecho Eurípides, que en su drama introduce una embajada de troyanos, que vienen a sostener el ánimo de Filoctetes enojado contra los griegos, y a defenderle de las argucias y dolos de Ulises y los suyos. Pero veamos ya el otro bando del ἀγών.

Según la leyenda tradicional, el encargado de reducir a Filoctetes a sumarse de nuevo a sus ultrajadores en la toma de Troya era Diomedes (1).

Pero Esquilo, con un golpe dramático audacísimo y feliz, ha preferido abandonar la leyenda, haciendo que el comisionado por los Atridas para llevárselo a Troya, y por las buenas, sea precisamente el hombre a quien más odia Filoctetes, el propio Ulises. Cualquiera ve que esto agiganta la dificultad dramática.

Sófocles y Eurípides aceptaron el hecho y admitieron en su acción a Ulises. Y no menos imitaron a Esquilo en hacer aún mayor la distancia psíquica entre ambos extremos, poniendo en boca del mismo Ulises, todavía desconocido (Sófocles los pone en la de Neoptólemo), insultos gravísimos contra su persona, con lo que se han de revolver y agitar peligrosamente todas las fobias que durante diez años de meditación se han sedimentado en el fondo de su enconado espíritu.

La figura de Ulises juega un papel importantísimo, aunque un tanto desatendido, en esta tragedia, y en su creación siguieron los tres dramaturgos las líneas fijadas por una

---

(1) Así lo dice taxativamente la *Pequeña Ilíada* en la sucinta recensión conservada por Proclo: μετὰ ταῦτα Ὀδυσσεὺς λοχήσας Ἕλενον λαμβάνει, καὶ χρήσαντος περὶ τῆς ἁλώσεως τούτου, Διομήδης ἐκ Λήμνου Φιλοκτήτην ἀνάγει.

La libertad que se toma Welcker en añadir σὺν Ὀδυσσεῖ después de la voz Διομήδης, no pasa de ser, como bien apunta Perrotta, «ipotesi fortunata ma inaccettabile»; afortunada porque la han seguido bastantes autores, como T. von Wilamowitz y Wecklein y Robert. Nada dice en su favor el que Dión Crisóstomo llame ὁμηρικὸν al hecho de haber Eurípides juntado a Ulises con Diomedes, pues esta unión, aunque para otros fines, ya la había hecho Homero y es típicamente homérica. Véase Pohlenz, *Griech. Trag.*, II Erlaut. 95.

tradición literaria secular. La primera vez que menciona la Ilíada al cefalenio le otorga el epíteto de *polymetis* (I, 311.440); a éste sustituye en el libro 2.° el de *polyméchanos* (v. 174) que le da su protectora la diosa Atena. Su primera presentación por decirlo así oficial, la hace Hélena en la famosa Ticoscopia: «ese de ahí es el laertíada, Ulises el inexhausto en recursos; se crió en la empinada Itaca...; es tan hábil en urdir engaños de toda especie, como en dar prudentes consejos» (1).

A lo que asiente, confirmando, Anténor, quien a renglón seguido pondera la fuerza subyugadora de su elocuencia, «pues su palabra caía como los copos de nieve en invierno» (3, 204-224). La confianza que inspira su elocuencia y no menos su astucia, y el apoyo seguro de Atena, le hacen el indicado para la embajada en que con Fénix tratará de rendir la despechada obstinación de Aquiles (tema algo parecido al del *Filoctetes*) y para la emboscada en que con Diomedes (arrojo y astucia combinados) ha de aprisionar, despojar de sus caballos y dar muerte al valiente Dolón (2). Ya lo dice Diomedes (10, 243-247) «con tal compañero, según es su habilidad, hasta del fuego saldríamos y volveríamos ilesos».

De la Odisea todo griego medianamente culto, y Sófocles con más razón aún, sacaba el concepto de un Ulises inagotable en recursos para salir flotante, a despecho de todas las dificultades de dioses, hombres y elementos, siempre salvo y con vida (aun despojado de todo y cubierto de algas), y con reservas aún para emprender de nuevo inesperadas aventuras, y dibujando siempre en el lector una amable sonrisa de admiración y simpatía.

Pero fueron los cíclicos quienes legaron a la cultura del siglo de Pericles un Ulises aún más variado, fecundo e interesante. Era el factótum de los griegos en todos sus apuros. Su astucia lo podía todo, a pesar de su cobardía crudamente acentuada con el correr de los años y de las leyendas. Pese

(1) *Ilíad.* 3, 200-202.
(2) *Ilíad.* 10, 150-574.

a ella y aun quizá por esa misma cobardía, compensaba con los dolos las deficiencias del valor: la idea del caballo de Troya y la difícil empresa de meterlo en la ciudad cargado de adalides (entre ellos el mismo Ulises) es suya: y suya no menos la captura del adivino Héleno y la utilización de los secretos a él habilidosamente arrancados (1).

Sófocles no se arredró ante ninguna de estas facetas y abarcó la figura de Ulises en toda su variadísima complejidad tradicional. Por no arredrarse ni siquiera esquivó un aspecto suyo, feo y repugnante: la muerte que a Palamedes propinó a traición, en desquite por haberle forzado a ir a Troya, descubriendo la hipocresía de su locura fingida.

El paso dado por Esquilo en hacer a Ulises agente principal en la empresa de llevarse hasta Ilión a Filoctetes tuvo consecuencias de gran interés dramático. Ulises no es sólo un personaje particularmente aborrecido por el viejo militar, lo que le hace poco apto para tan arriesgada faena: es además un hombre reconocidamente cobarde, según la tradicional leyenda, y menos apto aún por este concepto. Cobarde lo puso en escena Esquilo y mucho más aún Eurípides, que ya en el soliloquio del prólogo nos le presenta filosofando sobre el valor, y pasmado de la audacia del hombre, y ponderando su propia osadía, buen indicio de no tenerla (2). Sófocles le asigna a lo largo del drama numerosos rasgos y hechos que nos le hacen medroso y espantadizo, más de lo que han querido reconocer algunos autores (3). Añadamos de paso que

---

(1) A esta revelación del adivino Héleno a Ulises atribuye la *Pequeña Ilíada* el hecho de llevarse Diomedes a Filoctetes. Apolodoro en cambio pone a este héroe llevado a Troya a insinuación de Calcante, cuando aún no había sido prendido Héleno. V. A. Severyns, *Le cycle épique dans l'école d' Aristarque*, 1828, 337.

(2) Τοὺς γὰρ φανεροὺς καὶ πλειόνων ἅπτεσθαι τολμῶντας σχεδὸν τούτους ἅπαντες θαυμάζομεν καὶ τῷ ὄντι ἄνδρας ἡγούμεθα· ὑφ' ἧς φιλοτιμίας κἀγὼ προάγομαι πλεῖστα πράγματα ἔχειν καὶ ζῆν ἐπιπόνως... νῦν οὖν κατὰ πρᾶξιν πάνυ ἐπισφαλῆ καὶ χαλεπὴν δεῦρο ἐλήλυθα εἰς Λῆμνον. D. Chrys. *Orat.* 59, 1. 2.

(3) Jebb prácticamente viene a reconocer todos los pasajes en

esta nota de su carácter en los tres dramaturgos viene teñida más o menos fuertemente de una comicidad, que no espera uno en la gravedad de la tragedia.

La conjunción de la dificultad de la obra con la cobardía del operante dió como resultado inevitablemente el uso del dolo y de la astucia: toda obra de Ulises tenía que llevarse a cabo por vía de amaños e intrigas. El hecho se impone a todos los comentadores (1). Este Ulises tan aborrecido y tan miedoso y tan dotado al mismo tiempo de inagotables mañas para el manejo de los hombres, ha de derrocar y ganarse dolosamente para sí y para los griegos que le ultrajaron a aquel viejo o envejecido guerrero, exacerbado con los dolores de su llaga ulcerosa, pero más aún con el recuerdo siempre presente de la humillación y vejámenes causados por los jefes griegos y por ese zorro hijo de Laertes.

Pronto surgía la primera y gravísima dificultad: enfrentarse el amedrentado Ulises con el formidable flechero su enemigo, entablar el diálogo, medida indispendable para luego quitarle las armas y convencerle y llevárselo consigo a Troya. Esquilo hace posible tal encuentro y diálogo, suponiendo que el lisiado no reconoce a Ulises en todo el tiempo, hasta que ya le ha entregado el arco y dejádole con ello las manos libres para obrar a su sabor (2). A Eurípides le parece este

---

que Sófocles pone en evidencia la cobardía del laertíada. Pero dándonos su juicio de conjunto resume con verdadera sorpresa y desconcierto del lector: «But it is instructive to remark the delicate reserve of Sophocles in hinting a trait which was so dangerously near to the grottesque» *Soph. Philoct.* Introd., pág. XXXI.

(1) Dice sabiamente Jebb, reflejando la común opinión: «In the play of Aeschylus the task of bringing Philoctetes... was undertaken... by Odysseus. This change at once strikes the key-note of the theme as Tragedy was to handle it... The choice of that wily hero for the mission implies that its success was felt to depend on the use of stratagem». Jebb, *Philoct.*, Intr., pág. XVI.

(2) καὶ οὐδέν γε ἀλλατούσης τῆς Ἀθηνᾶς προσεδεήθη πρὸς τὸ μὴ γνωσθῆναι ὅστις ἐστὶν ὑπὸ τοῦ Φιλοκτήτου..., ὥστε τυχὸν ἄν τις ἐγκαλέσαι τῶν οὐ φιλούντων τὸν ἄνδρα, ὅτι οὐδὲν αὐτῷ ἐμέλησεν ὅπως πιθανὸς ἔσται ὁ Ὀδυσσεὺς οὐ γιγνωσκόμενος ὑπὸ Φιλοκτήτου. D. Chrys. *Orat.* 52, 5.

recurso demasiado ingenuo, y ya desde el prólogo nos presenta a Ulises, animado a dominar su miedo, porque su protectora la diosa Atena le ha prometido en sueños el prodigio de desfigurar su rostro y velar los ojos a su emenigo ἀλλάξαι μοῦ τὸ εἶδος καὶ τὴν φωνήν, para que no le conozca, ὥστε λαθεῖν αὐτῷ συγγενόμενον, y él pueda θαρροῦντα ἐπὶ τὸν ἄνδρα ἰέναι, sin eso no se lanzaría, pues la cosa es seria, arriesgada y requiere valor: νῦν οὖν κατὰ πρᾶξιν πανὺ ἐπισφαλῆ καὶ χαλεπὴν δεῦρο ἐλήλυθα εἰς Λῆμνον, y si en esto falla, pierde todas sus antiguas glorias: ὀκνῶν διαφθείραι τὴν ἐπὶ ἔμπροσθε γεγονόσι εὔκλειαν.

Sófocles corrige benévolamente: ni simplismos, como Esquilo, dice, ni milagrerías, como Eurípides. A cambio de ello, habilidad y marrullerías de Ulises: éste tomará por instrumento a un joven inexperto e ingenuo, al hijo de Aquiles, Neoptólemo, a quien echará por delante al peligro; sólo teniéndole delante como «pantalla» y defensa (1) se acercará él al formidable enemigo; parece decir a Esquilo: «este muchacho será su disfraz», y a Eurípides: «éste será su divinidad defensora». Para eso le ha traído el mismo Ulises de Esciro, su patria.

Con verdadero cariño y mano delicada ha trazado Sófocles la silueta de este personaje, joven sincero, noble e hijo de nobles, enemigo del dolo, amante de la gloria, incauto, espontáneo. El, con Filoctetes y Ulises, los tres caracteres, han hecho de esta tragedia una obra de arte exquisito, incomparable. Todos lo reconocen así (2), tributando grandes elogios a su caracterización en el Filoctetes sofocleo. Pero al mismo tiempo, todos también, y casi con la misma unanimidad, confiesan encontrarlo deficiente como drama, y aun el mismo Jebb, tan comedido siempre y conservador, se

---

(1) λαβὼν πρόβλημα σαυτοῦ παῖδα τόνδ' ἀγνῶτ' ἐμοὶ ἀνάξιον μὲν σοῦ, κατάξιον δ' ἐμοῦ. 1007-1009.

(2) Radermacher, *Philoktet* (Schneidewin, 1911), Einl., 13.—Weil, *Etudes sur le drame antique* (1908), 265.—M. Croiset, *Hist. de la Littér. Grecque* III², 243.—Patin, *Etudes sur les tragiques grecs*, Sophocle, 1913, 95.—Ad. Muller, *Aesthet. Komm.*², 230.

cree en el deber de recoger tales reparos y confesarlos (1).

Destaquemos los principales. Ante todo la inutilidad de dos nuevos personajes y la superfluidad de las escenas en que uno y otro actúan: el Mercader o Emporo a la mitad de la tragedia (539 sgs.) y Heracles al final de ella (1409 sgs.); de los cuales, aquél nada eficiente, dicen, trae a la acción, y con nada justifica su creación por parte de Sófocles (2), y el segundo, *deus ex machina*, viene sin que nadie le necesite, y para lograr lo que ya casi estaban a punto de hacer por sí mismos, y fácilmente podían realizar, y en los otros dos dramaturgos habían realizado los que venían actuando en la escena hasta ese momento (3).

Defecto es éste de la superfluidad de dos personajes, muy grave, tratándose de la dramaturgia de un Sófocles.

A esto se junta la pobreza de la acción y enredo, también reconocida por muchos; la cual no queda justificada ni disimulada con la belleza de los caracteres, pues, como decía Aristóteles estudiando a estos grandes trágicos del siglo de oro, «sin acción no puede haber tragedia; sin caracterización la puede haber. De hecho las de nuestros contemporáneos carecen de caracteres» (4).

En la misma forma despista a los comentadores del *Filoctetes* un oráculo repetidas veces mencionado en la tragedia: el cual, tan pronto se contenta para la toma de Troya con solas las armas de ese lisiado adalid, como afirma que aquéllas

---

(1) Jebb, *Philoct.*, Introd., §§ 12-15, págs. XXVIII-XXX.—A. Patin, *Aesthet. Krit. Stud. zu Soph.*, 1911, 115-117.

(2) V. M. Zavadlal, *Wodurch wird die Ueberlieferung dass Sophokles den Philoktetes in höchsten Greisalter geschrieben im Stück selbst bestätigt?* 1887, 8-10.—Jebb, *Philoctetes*, Introd. XXIX: «The part assigned to the pretended Merchant has been criticised and not altogether without reason».

(3) Más adelante se expondrán las dificultades que este éxodo ofrece a la interpretación estructural y estética del drama.

(4) "Ωστε τὰ πράγματα καὶ ὁ μῦθος τέλος τῆς τραγῳδίας, τὸ δὲ τέλος μέγιστον ἁπάντων. Ἔτι ἄνευ μὲν πράξεως οὐκ ἂν γένοιτο τραγῳδία, ἄνευ δ' ἠθῶν γένοιτο ἄν· καὶ γὰρ τῶν νέων τῶν πλείστων ἀήθεις τραγῳδίαι εἰσίν. Aristót., *Poét.*, 1450, a. 22.

no bastan y exige su presencia y actividad personal para aquella conquista. Los comentadores que abordan el hecho dramático, lo explican de muy variadas formas. Para Tycho von Wilamowitz es una hermosa prueba de su obstinada tesis de que Sófocles se preocupa muy poco de la verosimilitud dramática, atento únicamente a impresionar a sus espectadores, como sea, poniendo en juego esta misma vaguedad e incertidumbre (1). Perrotta lo atribuye también a fines estéticos, sosteniendo que «el poeta deja en duda continuamente este punto, porque para los efectos dramáticos y estéticos que él busca no quiere renunciar a la una y a la otra posibilidad» (2). Pero la más elemental preceptiva dramatúrgica parece protestar contra tan comodona y desmañada estrategia.

No menos dificultades crea a la interpretación estética del drama el carácter de Ulises, cuya fisonomía parece a algunos distinta y aun contraria al carácter que otros dramas de Sófocles le atribuyen; fenómeno que Christ-Schmid atribuye a un camblo operado en la mente y criterio de Sófocles acerca del ideal humano, o quizá es «una añoranza en Sófocles de antiguos ideales, y confesión de su actual desquiciamiento y ruina» (8). A. Patin en cambio, no solamente ve a este Ulises diferente del de otras tragedias sino que le encuentra en contradicción consigo mismo dentro de este drama: el de la segunda parte, dice, es otro, totalmente distinto, sacado sin duda de alguna comedia,

---

(1) T. von Wilamowitz-M., *Die dramatische Technik des Sophokles.* 1917, 297 sigs.

(2) Perrotta, *Sofocle*, 1935, 444, n. 00.

(3) W. Schmid, que en la anterior edición de su *Gesch. d. griech Liter.* (1, 339, 1) veía en este Ulises una modificación del «Menschenideal» de Sófocles, y aun una confesión «über altattischen Adel der Gesinnung und ihre Ruinierung durch sophistische Rhetorik und sophist. Egoismus», en la nueva edición (1934, 400) limita su juicio a las siguientes observaciones: «Vielleicht drückt sich darin eine Wandlung in Soph. Urteil über die sophistische Ethik und Rhetorik aus».

indigno de Sófocles, obra de algún audaz interpolador (1).

Y con todo, yo no dudaría en afirmar que precisamente el carácter de Ulises, bien estudiado, es el que puede conducir a los exégetas a la verdadera inteligencia del drama. Pues creo que ha sido lamentable en la interpretación de esta tragedia el no haberse tenido en cuenta lo que en un drama de Sófocles significa el que sea *Ulises* quien le dé comienzo y le ponga en marcha e impulse su avance progresivo hasta su desenlace.

A Eurípides le era poco simpático este jefe cefalenio: quizá reflejaba demasiado al vivo (2) los vicios sofísticos y las artes políticas del siglo de Pericles, contra los que estaba en franca rebelión el poeta filósofo.

A su vez Esquilo, introductor de Ulises en esta empresa, a pesar de que en el *Agamenón* (838-844) le dedicó un entusiasta elogio, en el *Filoctetes* le marcó desde sus comienzos y definitivamente unas líneas de carácter que diría uno impropias del austero dramaturgo: no sólo le hace un cobarde y un astuto intrigante, sino que además lo deja visiblemente en ridículo; asimismo le anuncia según los autores (3) un castigo y una muerte humillante y harto indecorosa en la tra-

---

(1) «Odysseus als Grosssprecher, das ist nicht der Held, den Sophokles so oft sympathisch dargestellt, das ist nicht die Gestalt dieser Tragödie, das ist eine Figur des Komoedie oder des Satyrspiels. Das ist der Odysseus des Sophokles und seines Philoktetes nicht mehr, der ist from fremder Hand, von jener Hand welche die echte Exodos benutzend, eine falsche, halbkomische, jedenfalls komisch ultrierte daraus geschaffen, welche jene Dublette und jene anstössigen Wiederholungen verschuldert hat». A. Patin, *Aesthetisch-kritische Studien zu Sophokles* (Stud., Gesch u. Kultur des Altertums, 4 Paderborn), 1911, pág. 117.

(2) Masqueray, *Euripide et ses idées*, 1908, pág. 23.

(3) El escolio V de la *Odisea*, 11, 134, cita, refiriéndolos a Ulises, los siguientes versos:

ἐρῳδιὸς γὰρ ὑψόθεν ποτώμενος
ὄνθῳ σε πλήξει νηδύος χειλώμασιν·
ἐκ τοῦδ' ἄκανθα ποντίου βοσκήματος
σήψει παλαιὸν δέρμα καὶ τριχορρυές. Nauck, F. T. G.², 275.

gedia *Psychagogoi;* y en el drama satírico *Los hueseros (Ostologoi)* le hace víctima de fazañas muy mal olientes (1).

Sófocles en cambio, siente por Ulises una atracción que nunca trata de disimular. R. Post ha llegado a calificarla de «obsesión» (2).

Ulises, diríamos, es su debilidad. Nada menos que hasta veinte veces le encuentran los comentadores de sus fragmentos puesto en escena en sus dramas, es decir, a razón de una vez cada dos o tres años. Esta frecuente aparición del artero jefe cefalenio en los dramas de Sófocles, es un índice de la fascinación que sobre el poeta y su público ejercía con su rica personalidad dramática y hubo de tener motivos artísticos nada desatendibles (3). Diríase que Sófocles en la amplitud que dió a la tragedia con la introducción de un tercer actor, como se lo atribuye Aristóteles (4), sintió una especial atracción hacia este figura del drama, que en el teatro podía desplegar las mismas habilidades y prestar los mismos servicios que en la vida había desplegado y prestado a favor de los griegos. Tanto más cuanto que Sófocles renunció obstinadamente al uso del *deus ex machina*, y todo lo hubo de resolver por sí mismo y haciendo actuar a sus personajes en conformidad con sus caracteres trágicos. Nada más útil para todo esto que contar con un hombre, rico en

---

(1) ὁδ' ἐστὶν ὅς ποτ' ἀμφ' ἐμοὶ βέλος
γελωτοποιόν, τὴν κάκοσμον οὐράνην
ἔρριψεν, οὐδ' ἥμαρτε· περὶ δ' ἐμῷ κάρᾳ
πλήγεισ' ἐναυάγησεν ὀστρακουμένη
χωρὶς μυρηρῶν τευχέων πνέουσ' ἐμοί. Nauck, *ib.* 180.

(2) C. R. Post, *The dram. Art of Sophocles, as revealed by the fragments of the lost plays*, Harvard Studies, 33 (1922), pág. 6, 7, 55.

(3) Walraff, *Le personnage d'Ulysse dans la tragédie de Sophocle* (Thése Lic,) Liége, 1942-1943, pág. 95. Véase también A. Garassino, *Ulisse nel teatro greco*, en *Atene e Roma* 1930, 4, 251.—W. B. Stanford, *Studies on the characterization of Ulysses* en *Hermatena* I-IV, 73, 75, 77.—P. Cessareo, *L'evoluzione storica del carattere d'Ulisse* en *Rivista di Storia Antica*, 3 (1898). 4, 24 sigs.

(4) τρεῖς δὲ καὶ σκηνογραφίαν Σοφοκλῆς, Arist. *Poet.* 1449, 4, 10.

intrigas por una parte para crear conflictos y provocar complicaciones, y rico por otra en recursos para resolver enredos y sacar adelante los planes suyos o del autor con las salidas más inesperadas.

Porque ésa es la actitud y la actividad del Ulises sofocleo: es un intrigante intermediario, que unas veces promueve el enredo, otras veces ayuda a su solución: una veces συνάψων, y otras συλλύσων, como bellamente le describe el amedrentado Coro de Ayante, pidiéndole que en ese caso concreto no venga «a ayudar a atar sino a ayudar a soltar» (1). Así Ulises viene a ser, en muchos dramas de Sófocles, no un θεὸς ἀπὸ μηχανῆς sino un ἀνὴρ πολυμήχανος.

Pues a este Ulises contemplan ante sus ojos los espectadores atenienses al comenzar nuestro drama. Les es muy conocido el huésped; les ha visitado muchas veces; le miran con simpatía y adivinan sus planes. Sófocles, el dramaturgo de popularidad siempre creciente en Atenas (2), se lo pone de nuevo en escena anunciándoles con sola su presencia, y más con sus palabras, el contenido de la tragedia. Es ya por lo menos la vigésima vez que le ven delante. Viene acompañado de un joven inexperto y cándido al que, con un lenguaje marrullero y doloso, va engañando progresivamente para que se anime a hurtar con sigilo las armas a Filoctetes, a fin de que él pueda acercársele sin riesgo de ser asaeteado por el formidable enemigo. Y Sófocles nos le viste, desde el primer momento, con un lujo tan exuberante de rasgos típicamente uliseos, que dudo yo haya en el teatro griego fragmento más rico en líneas descriptivas de una fisonomía moral.

Todo en este prólogo está lleno de misterio, mentiras y

---

(1) ἄναξ Ὀδυσσεῦ· καιρὸν ἴσθ' ἐληλυθὼς,
εἰ μὴ ξυνάψων ἀλλὰ συλλύσων πάρει Ai. 1316, 1317.

(2) μακὰρ Σοφοκλέης, ὃς πολὺν χρόνον βιούς,
ἀπέθανεν, εὐδαίμων ἀνὴρ καὶ δεξιός,
πολλὰς ποίησας καὶ καλὰς τραγῳδίας,
καλῶς ἐτελεύτησ' οὐδὲν ὑπομείνας κακόν. Meinecke, F. C. G., 2, 592.

dolos. Se habla de disfraces, que hay que usar, tomando el atuendo de mercader disfrazado de navegante (ναυκλήρου τρόποις μορφὴν δολώσας, 128.129), y ello para engañar y asegurar el despiste (ὡς ἂν ἀγνοία προσῇ 129); lo que artificiosamente vaya este disfrazado sugiriendo (ποικίλως αὐδωμένου, 130) tiene que irlo recogiendo gradualmente Neoptólemo, seleccionando lo que convenga en cada caso (δέχου τὰ συμφέροντα τῶν ἀεὶ λόγων 131). Háblase de proceder con gran sigilo y particular cautela: no debe Filoctetes percatarse de que anda por ahí Ulises (μὴ καὶ μάθῃ μ' ἥκοντα, 13); deben evitar que se les eche encima inesperadamente (μὴ καὶ λάθῃ με προσπεσών, 46); le daría esto más placer que el alcanzar a todos los demás argivos (47). Sólo el muchacho debe subir al principio a la explanada alta, donde hace su vida el viejo mutilado (21), y cautelosamente observar si se oye ruido alguno de pasos o si está quizá dormido (29.30), y desde allí, por cierto en voz baja (σῖγα, 22), le ha de indicar si vive todavía por aquellos parajes o se ha trasladado a otra parte (23); porque, sólo una vez asegurado ese silencio y esa ausencia, irá Ulises exponiendo al joven toda la urdimbre del plan que para los dos tiene combinado (24.25).

Es que le va a revelar novedades que antes no estaba capacitado para escuchar, a las cuales debe plegarse fielmente, pues a eso ha venido, a servir, a secundar los planes de Ulises:

> ἀλλ' ἦν τι καινόν, ὧν πρὶν οὐκ ἀκήκοας,
> κλύῃς, ὑπουργεῖν, ὡς ὑπηρέτης πάρει 52.53.

Llegados ambos a la altiplanicie, e iniciadas las confidencias, habla con aparente sinceridad y cordialidad el cefalenio: hay que llevar a cabo una intriga, con ella hay que envolver a Filoctetes (σόφισμα τῷ νιν αὐτίχ' αἱρήσειν δοκῶ 14; ἀλλ' αὐτὸ τοῦτο δεῖ σοφισθῆναι 77); hay que engañar al viejo militar (ψυχὴν ἐκκλέψεις 55), hay que envolverlo dolosamente (δόλῳ... λαβεῖν, 101), hay que robarle furtivamente las armas (77.78); solas ellas pueden acabar con Troya (113-115).

Bien comprende el laertíada que todo esto es innoble y

contrario a los sentimientos del generoso hijo de Aquiles; que es τεχνᾶσθαι κακά (80), es entregarse al cinismo siquiera sea momentáneamente (εἰς ἀναιδές 83); y el mismo muchacho lo califica de triunfar villanamente (ἐκ τέχνης... κακῆς, 88), y vencer con bajeza (νικᾶν κακῶς 95), y ve que, de echarse a ello, ha de ser deponiendo todo pudor (πᾶσαν αἰσχύνην ἀφείς 120).

Es preciso para todo esto echar mano de la mentira (1) arma obligada de toda traición: ψυχὴν ὅπως λόγοισιν ἐκκλέψεις λέγων 55: sí, y Ulises no repara ni en dictarle las principales mentiras de que ha de hacer uso, fingiendo haber estado ya en Troya y tener una grave querella con los Atridas; más aún, hasta le sugiere las imprecaciones que ha de proferir, contra él, contra Ulises mismo:

λέγων ὅσ' ἂν
θέλῃς καθ' ἡμῶν ἔσχατα ἐσχάτων κακά 64.65.

No es eso solo; la empresa en que le mete es baja, ciertamente opuesta a la nobleza del joven bien nacido; pero no le importe, es un día nada más, una sola acción bellaca; no dude en meterse, después se dará cuanto quiera a la santidad, sentará plaza de virtuoso y pasará por el más honrado de todos los mortales:

νῦν δ' εἰς ἀναιδὲς ἡμέρας μέρος βραχὺ
δός μοι σεαυτόν, κἄτα τὸν λοιπὸν χρόνον
κέκλησο πάντων εὐσεβέστατος βροτῶν 83-85.

---

(1) También en los otros dos dramaturgos jugaba importante papel la mentira, como era de esperar, siendo Ulises el que maniobraba. Una sarta de ellas era la descripción que en el drama de Esquilo hacía de la situación de las cosas en Troya: había fallecido Agamenón, Ulises había sido condenado a muerte. Dión las admira y elogia como arbitrio el más apto para granjearse la confianza del héroe.

Más recargado aún de mentiras estaba el drama de Eurípides; tales eran y tan atroces cosas le decían contra el mismo Ulises que las pronunciaba, que excitando la furia del lisiado militar, creaban un grave conflicto psicológico, que no sabemos cómo resolvería con verosimilitud el poeta, por sola la fuerza de la elocuencia, para decidirle a irse con ese mismo Ulises a defender a aquellos aborrecidos griegos.

Por supuesto, a lo largo de su conversación va desgranando como al desgaire el marrullero cefalenio los principios que informan su moral: también él, cuando muchacho, lo ponía todo en las obras, en la verdad; pero con el contraste de la experiencia ha aprendido que no son las obras, sino las palabras, las que regulan la vida de los hombres (96-99); por encima de la nobleza y la justicia hay un más elevado placer: el de sacar raja y salir con la suya (81); no es innoble ni vergonzosa la mentira, si es que reporta ventajas: el fin justifica a los medios (109) «si lo que haces te trae cuenta, no repares en remilgos ni escrúpulos»

ὅταν τι δρᾷς εἰς κέρδος, οὐκ ὀκνεῖν πρέπει III.

Todas son lecciones de astucia y de cuquería; con ellas y, por encima de ellas, hiriendo el amor propio del pundonoroso joven, augurándole la gloria y fama de listo a un tiempo y de valiente, acaba por rendir aquella fortaleza: el muchacho se le entrega a discreción, y acepta en pleno lo que poco antes creía imposible para su carácter: «¿No te parece αἰσχρόν, decía antes, andar mintiendo?» (108). Ahora abraza sin rebozo el vergonzoso plan del utilitarista político Ulises, deponiendo toda αἰσχύνη (120).

Ha logrado Ulises al final de este prólogo lo que desde el principio se había propuesto: combinar ambas a dos actividades, la del viejo y la del joven, la redomada y la ingenua, para que de la acción conjunta resulte la empresa: ὡς τἀπίλοιπα... κοινὰ δ' ἐξ ἀμφοῖν ἴῃ 24.25.

Sería una grave aberración exegética pensar que Ulises abandona ya la obra (pese al verso 132), y que Sófocles ha derrochado tan maravillosa caracterización, para darse el gusto de arrumbarla al terminar este prólogo. La plegaria que al fin dirige a Hermes el de los dolos y a la diosa que siempre le saca airoso, Atena, pide la ayuda *para los dos*: Ἑρμῆς... ἡγήσαιτο νῷν (133), y no es el término de una faena; es la preparación para emprender una nueva: como la invocación a la musa en los poetas épicos, o a los dioses en el orador ático al iniciar un punto difícil de su perorata,

o como las que el mismo Ulises dirigía siempre a esa su indefectible protectora, por ejemplo, al emprender con Diomedes la Dolonía en el libro X de la Ilíada: «escúchame, Hija de Jove que lleva la égida. Tú que me asistes en todos mis trabajos y conoces mis pasos, séme ahora propicia más que nunca, ¡oh Atena!, y concede que volvamos cubiertos de gloria por haber realizado una gran hazaña que preocupe a los troyanos» (278-282). La empresa de Ulises y Neoptólemo empieza *ahora*.

El espectador, ganado ya por la simpatía del cómicamente desvergonzado cefalenio, no pude menos de ver su obra y descubrir su actuación en el cuerpo de la tragedia. Solamente en el fragmento que media entre la aparición de Filoctetes y la llegada del mercader (219-541), sale su nombre explícitamente en los versos 264, 314, 344, 366, 371, 384, 403, 406, 417, 449, 441. Esto sin contar otras alusiones más veladas y los numerosos versos dedicados a narrar las iniquidades de este hijo de Laertes. Por de pronto, el joven en todo ese diálogo con Filoctetes no hace sino repetir, por cierto con una habilidad que a muchos ha parecido excesiva para sus circunstancias, todas las patrañas que le ha dictado previamente el laertíada. A la morosa exposición que de sus males y sus odios le hace el lacerado militar, responde explicando también él una fingida hostilidad con sus enemigos los Atridas y Ulises. Luego enumerándole los adalides que dice han muerto ya en Troya (Aquiles, Ayante, Antíloco, Patroclo) y los malvados que dice han sobrevivido (los Atridas, Ulises, Diomedes, Tersites), «decididamente, le declara, yo dejo a la maldita Troya y me vuelvo ya para mi tierra, Esciro» (1).

---

(1) Neoptólemo viene con Ulises de *Esciro* su patria; no de Troya, como dice a Filoctetes. Esta es la primera de las mentiras que debe contarle por la instrucción del ladino hijo de Laertes, quien separa las verdades de las mentiras con aquella frase «esto no hay que negarlo» (57). Toda la psicología del muchacho nos descubre un alma bisoña y ajena aún a toda la ruda brega del campamento. Su venida de Troya no tendría explicación, pues hasta aquí parece igno-

Pero quien más nos describe, y aun podríamos decir quien más contribuye a hacernos simpática la figura de Ulises es el mismo Filoctetes. Mientras nos cuenta su propia historia y se retrata a sí mismo, va entreverando alusiones al hijo de Laertes, casi todas las cuales contribuyen a presentarlo más astuto, picaresco y original, nacido para la intriga y la mentira, en el que nadie se equivoca si al verle aparecer le atribuye siniestras intenciones.

Todavía acusa con más claridad esta presencia tácita de Ulises en el drama, el Mercader que en su nombre envía a la escena, tal cual lo había prometido desde el prólogo. Cuanto anuncia, predice o aconseja, no es otra cosa que el mensaje de Ulises, que ha reservado para este momento el acomodar sus palabras y sus actividades a las circunstancias que en el decurso de los hechos se han ido produciendo. Como tal lo toman tanto el espectador como Neoptólemo. Este último, sobre todo, tiene la consigna de escucharle con atención y recoger las órdenes que le vaya sugiriendo. En nombre de aquél le habla, y además le habla principalmente *de él*. El diálogo todo entre el joven y el enviado lo llenan el nombre, las acciones y los planes de Ulises: éste no vino antes por el miedo (568.569); ahora anuncia que ya llega con Diomedes, y que viene a llevarse a Filoctetes; así lo ha prometido públicamente: es él quien ha prendido al adivino Héleno y ha escuchado su profecía, y, audaz y sin escrúpulo, ha jurado llevarse a este militar mutilado, por las buenas o por las malas...

---

rar todo lo relativo a Filoctetes y a su necesidad para aquella campaña (113-115), y ¿cómo explicar tal ignorancia, si ya llevaba meses y aun años entre los soldados de Troya?

Cuando en realidad se arrepiente de tanta y tan enojosa felonía, exclama el muchacho: «no debía haber salido de Esciro» (970). Si de hecho entre aquella salida y la venida a Lemnos había mediado toda aquella estancia en Ilión, no tenía por qué lamentar su salida de Esciro, sino a lo más su venida de Troya, donde le iba muy bien y nada le había sucedido de cuantas mentiras ha dicho sobre sus roces con los Atridas y Ulises.

Esta misma idea de un Ulises que le llevará a Troya es la que queda clavada en el alma de Filoctetes y motiva el diálogo que, ido el Mercader, entabla con el hijo de Aquiles, y enciende sus deseos de partir cuanto antes para su patria: «¿No es cosa recia que el hijo de Laertes se prometa sacarme en su nave y ponerme en medio de los Aquivos, y esto con palabras zalameras? Nó, antes doy oídos a mis mayores enemigos, a la víbora misma que me tiene aquí maltrecho. Pero aquel hombre es capaz de decirlo todo, de atreverse a todo, y va a venir, lo estoy viendo. Vámonos, chico, que un ancho piélago nos separe de Ulises y su nave» (628-637).

Las escenas que luego se suceden, antes que se presente visible Ulises al v. 975, resuenan vivamente con el recuerdo y la mención asidua de este jefe cefalenio. Cuando ya siente Filoctetes los primeros síntomas del ataque, y va a entregar las armas al muchacho para que se las custodie mientras dura él, no tiene otra preocupación: «cuando vengan aquellos te ruego por los dioses, que ni a buenas ni a malas, ni en modo alguno se las des a ellos» (769-772), y cuando el dolor le arranca gritos de imprecación, el primero va para Ulises: «¡Ah, individuo de Cefalenia!, ¡así te atraviese a ti, de pecho a espalda, este dolor!» (791-792).

Pero no es solamente psíquica la presencia de Ulises en toda esta primera parte de la tragedia. Todos reconocen que cuando, en el verso 974, irrumpe en escena para impedir la entrega de las armas que ya Neoptólemo iba a realizar, lo hace desde un escondrijo («a place of concealement», Jebb) donde ha oído la conversación. En forma exactamente igual lo repite en el verso 1293, gritando en circunstancias parecidas, al saltar «from his place of concealement» (Jebb): «Yo te lo prohibo, testigos me sean los dioses».

En efecto, el teatro estaba configurado en forma que hacía fácil tal estratagema: la alta planicie donde se halla la cueva de Filoctetes y donde se mueven los tres personajes, está separada de la llanura inferior, que representa a la costa, por un repecho o acantilado, por el cual han ido subiendo al principio del drama, Neoptólemo primero y después cau-

telosamente Ulises (1). En cualquier punto de esa pendiente pudo quedarse éste. Y se quedó. Es evidente que, quien envía con normas tan concretas al émporo, que a todo responde tan taxativamente, está enterado de todo lo que allí pasa y de la disposición de ánimo en que se hallan tanto el lisiado enemigo como el incauto amigo (2).

---

(1) Sófocles, que para las intrigas de esta tragedia contaba, como recurso muy importante, con la configuración del escenario, nos ha dejado en el drama mismo muy suficientes elementos para reconstruirla. No olvidemos que Arístóteles *(A. Poet.*, c. IV, n. 10) le atribuye la invención de la escenografía.

Margaretta Bieber *(Die Denkmaeler zum Theatrumwesen im Altertum*, 1920, 8) sostiene que el escenario del *Filoctetes* sofocleo es el de los dramas satíricos, el de *los Sabuesos* de Sófocles y el del *Cíclope* de Eurípides.

Leyendo entre líneas podemos reconstruir concretamente: la orquestra y el plano bajo del escenario representan la playa (1); en ella dice Ulises a Neoptólemo que allá más arriba (aunque desde donde están no se divisa) hay una cueva o túnel de dos puertas, la una que da al mar, la otra al interior de la isla (16. 17. 159). Este fondo inferior del escenario, donde se hallan, está cortado a pico, y es un despeñadero peligroso (20. 27. 1000. 1002). Hay, sin embargo, una senda muy escarpada por donde comienza a subir el muchacho. Al cabo de rato va anunciando: en la altura descubre la otra planicie, en el fondo de ella la boca de una cueva (27), dentro de ésta restos de vivienda de algún solitario; en el extremo interior de ese túnel unos harapos tendidos al sol (39). Tenemos, por lo tanto, que el espectador y aun el Coro ven dos cuerpos de escenario: al pie del inferior está la playa, al pie del alto la explanada adonde sale por la cueva el cojo y donde se desenvuelve la acción del drama. Esta parte superior está de tal modo montada que por detrás no hay otro acceso fácil a la explanada alta sino a través de la cueva. Con sólo vigilar ésta, se da por seguro el amedrentado Ulises.

Coincido en casi todos estos puntos con W. H. Woodhouse, *The scenic arrangement of the Philoctetes of Sophocles* (en *Journal of Hellenic Studies*, 1912, 239-249); con L. Bolle, *Die Bühne des Sophokles*, Diss. Wismar 1902; con James Turner Allen, *The Greek Theater of the fifth century before Christ*, California 1919, 49, 50.

Disiento, sin embargo, de estos autores en los movimientos de los personajes, que ellos multiplican más de lo que el texto exige y de lo que la estética de los movimientos del cojo protagonista permite.

(2) La técnica dramática de Sófocles respeta siempre este punto

Y Sófocles ha tenido buen cuidado, como es su uso, de hacer que sus personajes nos atestigüen más o menos conscientemente esta presencia de Ulises, que se entera de lo que pasa en el escenario. Ya en el momento de retirarse de la explanada en el prólogo, diciendo que va a bajar hacia la playa, da Ulises la razón: μὴ κατοπτευθῶ παρών, 124, que se traduce gramaticalmente, «para que no me vean desde arriba que estoy presente». Y el mismo dramaturgo, en una de sus tantas ironías sofocleas, en que hace decir a los personajes más de lo que ellos quieren significar, le hace exclamar a Filoctetes: «¡Cómo me has cazado, tomando por pantalla a este muchacho, desconocido para mí, indigno de ti y muy digno de mí, el cual nada ha sabido, sino ejecutar lo que se le mandaba! Bien lo está mostrando ahora, llevando tan a mal lo que él ha hecho y lo que yo he sufrido»,

ἀλλ' ἡ κακὴ σὴ διὰ μυχῶν βλέπουσ' ἀεὶ
ψυχή νιν ἀφυᾶ τ' ὄντα κοὐ θέλονθ' ὅμως
εὖ προὐδίδαξεν ἐν κακοῖς εἶναι σοφόν 1013-1015.

«Tu aviesa alma, atisbando todo el tiempo desde el escondrijo, le ha ido enseñando a mostrase diestro en maldades, a él que ni las quería ni era capaz de ellas» (1006-1015).

Este mismo hecho de la emboscada de Ulises lo confirman las numerosas representaciones de esta escena que nos ha

---

escrupulosamente. Siempre que un personaje o un Coro se muestra conocedor de lo que en su ausencia se ha realizado o dicho en escena, aparece justificado ante el público en esos sus conocimientos. Así en su primera entrada el Coro en *Edipo Rey* por haber visto volver de Delfos a Creonte, oficialmente enviado a consultar el oráculo, y en *Edipo en Colono* por haber oído los datos que le proporcionó el transeúnte que le hizo venir al bosque de los euménides. Las que podrían parecer excepciones están muy lejos de serlo: en *Electra* el pedagogo viene a interrumpir la imprudente charla de los dos hermanos y da por razón haberles estado oyendo mientras vigilaba en el atrio *(Electr.* 1326-1334); en *Antígona* la reina Eurídice pide repitan lo que acaban de contar, porque había oído el principio, al abrir la puerta de palacio, sino que luego se había desmayado y no se había enterado del resto *(Antíg.* 1183-1190).

legado la cerámica antigua, según se puede ver en la obra de L. A. Milani (1). Bastaría reproducir cierta lámpara romana que logré estudiar en el Museo Británico (2).

Pero hay mucho más todavía. Además de esa doble presencia de Ulises, moral por los recuerdos, y velada por la emboscada, hay otra más relevante, aunque desatendida por los comentadores en general.

Ese Mercader que nos ha venido a traer noticias y órdenes de Ulises, no es un mero enviado de éste. Es el mismo Ulises disfrazado. Y esto lo ven los espectadores, Neoptólemo y el Coro; sólo Filoctetes no lo adivina por ahora.

Hecho es éste que no sería de precisión absoluta ni para la estructura substancial ni para la inteligencia del drama. Sin él lo dan por bastante bien trabado los comentadores. Pero es cosa que se impone por sí misma ante una mirada escrutadora y detenida, que el Mercader anunciado en los versos 126-131, y presente en la acción del 541 al 627 no es otro que el mismo Ulises. No somos los primeros en afirmarlo, pues nos han precedido por lo menos Woodhouse (3), Manara Valgimigli (4) y otros (5).

---

(1) *Il mito di Filottete nella Letteratura e nell'arte figurata*, Studio monografico di Luigi Adriano Milani, Firenze 1879; las ilustraciones 38*a*-49*a*, once en conjunto, tratan de la llevada de Filoctetes a Troya.

(2) Véase H. G. Walters, *Catalogue of the Greek and Roman Lamps in the British Museum*, fig. 321, n. 1380, págs. 207, 208: «This seems to be a unique treatment of the subject, with an element of burlesque, such as is seen in the British Museum Dolon Vase (cat. F. 157). Cf. generally the opening scenes of Sophocles' *Philoctetes*».

(3) W. H. Woodhouse, *The scenic arrangement of the Philoctetes of Sophocles*, *l. c.*, 244, n. 11.

(4) Manara Valgimigli, *Il Filottete di Sofocle*, en *Rivista d'Italia*, 1928, I, pág. 403, n. 1.

(5) Adolf Müller, que en su primera edición (*Aesthetischer Kommentar zu den Tragödien des Sophokles*, pág. 359) sostenía ser el Emporo el mismo Ulises disfrazado; en la segunda edición (1913) se abstiene cautelosamente de afirmarlo.

También Jo. Schmidt lo había sostenido así en el *Lexikon der Mythologie*, de Roscher (tomo 3.°, col. 625, 41), pero luego sintió remordi-

No hay que exagerar con todo ni tampoco deformar la idea del disfraz. No se trata de una indumentaria peregrina y rebuscada: Ulises sencillamente se presenta como un marino griego vulgar, de la chusma, dedicado a llevar vino a Troya, el cual se dice venir movido del interés y por sacar alguna propina (552), como el criado del *Edipo Rey* (1), y ello sin traer mensaje alguno de nadie, sino como el de las *Traquinias* (2), espontáneamente, porque ha llegado a sus oídos una noticia interesante. Mejor que disfrazado estaría el llamarle «incógnito» (3).

Ante todo, el público ateniense no hallaba gran dificultad en asociar la idea de Ulises a la de un Emporo, pues recordaba cómo en la *Odisea* (24, 296 sgs.) su padre, sin conocer aún quién era, le preguntaba: «¿dónde está la nave que te ha traído... ¿O es que has venido como ἔμπορος en nave ajena?»

Y disfrazado estaban todos avezados a encontrarle, como en el palacio de Alcínoo cuando oía al aedo Demódoco cantar precisamente sus gestas, lo que le arrancaba lágrimas furtivas (*Odis.* 8, 516-586). Le habían visto también de mendigo, disfrazado por obra y gracia de la diosa protectora Atena, hasta que le reconoció el porquerizo Eumeo y el fiel perro de casa (21, 188-244). Sobre todo en el teatro griego, el mismo Sófocles parece le había disfrazado en los *Escirios* cuando fué a su isla para llevarse a Neoptólemo, o según otros a Aquiles, e igualmente le presentaban Cratino en su comedia *Ulises*, y Epicarmo, a lo que parece, en su *Ulises el voluntario*.

---

miento y se apresuró a escribir en el tomo IV, col. 19: «Debo igualmente corregir la afirmación de que en el *Filoctetes* de Sófocles entre Ulises como Mercader; el *émporo* no es, de ninguna manera, Ulises disfrazado; véase también col. 644, 61».

(1) *Edipo Rey*, 1005. 1006.

(2) *Traquinias*, 190. 191.

(3) Habrá dejado a un lado, es de suponer, su característico gorro frigio, y también la espada que en el verso 1255 lleva y maneja, y claro está, nada necesita de toda la indumentaria que un nauclero a la romana requiere en la comedia de Plauto (*Mil. glor.* V, 4, 41 y siguientes).

Esta identificación del Emporo con Ulises la exigen de consuno tanto el carácter de este personaje, tal cual está aquí forjado, como el arte del poeta en la estructura de este drama. Inconcebible se hace que, dada la gravedad de la misión que lleva, y la importancia que él le da, Ulises la confíe a la inspiración espontánea de un extraño, por más instruído que se le quiera suponer por él. Es muy delicado el papel y por otra parte lo desempeña con gran seguridad y aplomo respondiendo claramente a preguntas múltiples e inesperadas, como no es propio de un emisario ejecutor de órdenes recibidas. Hemos visto la diligencia que en todo el prólogo ha puesto en este asunto el laertíada y no es cosa de que ahora lo aventure todo en manos de un irresponsable.

Sobre todo el arte de Sófocles lo impone y ello en dos aspectos. El corrige la manera que en Esquilo y Eurípides tenía el medroso Ulises de llegarse al formidable flechero enemigo: aquí lo hace acercándose, sí, pero disfrazado, y por pocos momentos como lo pedía la verosimilitud. Breve, porque lo de Esquilo es absurdo; disfrazado, porque no admite Sófocles milagros de Atena, como Eurípides. Además este paso de Ulises-émporo constituye un peldaño obligado en la artística gradación con que Sófocles escalona las audacias de su héroe: se acerca a su enemigo, primero por medio del muchacho, en el prólogo y en la primera parte; luego, aquí, disfrazado y por pocos momentos, cuando él aún está en posesión de su terrible arco; más tarde descaradamente cuando le ve desarmado por el joven; a continuación, un momento rapidísimo, aun teniendo ya las armas en la mano, y así sucesivamente, pues aun no termina con eso su gradual audacia y acercamiento.

El que en el prólogo anuncie Ulises que va a enviar τοῦτον τὸν αὐτὸν ἄνδρα «a este mismo hombre», lejos de ser una dificultad es un apoyo de lo que vengo diciendo. El anuncio lo hace Ulises en términos tan misteriosos que obligan a presentir alguna de sus clásicas jugadas. El espectador, acostumbrado al estilo de nuestro poeta, entendía muy bien que ese τὸν αὐτὸν ἄνδρα *que dice enviará*, significaba o podía signifi-

car también a la persona misma que hablaba, y equivaler a «yo». El caso es frecuente en Sófocles, por ejemplo, en *Edipo Rey* (1). Precisamente de este doble sentido se vale el poeta para los juegos de la llamada «ironía sofoclea», o sea para frases en que el oyente entiende más que el que habla o su interlocutor (2). En la misma forma dice aquí: «te enviaré a este mismo hombre», es decir, «vendré yo».

Por cierto que dice le enviará «disfrazado a guisa de marino» y «que hablará cosas peregrinas» que ahora no sospecha el chico, y que todo lo hace así «para asegurar el despiste», para que no se le conozca (ὡς ἂν ἀγνοία προσῇ 129). Filoctetes, como ya hemos visto más arriba, no siente ojeriza contra los griegos, antes se goza de verlos en su presencia (241), ni tampoco contra todos los que hubieren andado por Troya (247), pues sigue amistoso con Neoptólemo aun cuando le dice haber venido de Ilión. ¿A qué vienen entonces el disfraz y esas cautelas, si el visitante es un vulgar marinero? Todo ello está diciendo que el «este mismo hombre» tiene doble sentido y es Ulises el que va a venir.

No es menor prueba de lo mismo la conducta que, una vez llegado el mercader, observa Neoptólemo. Porque, si es un marino cualquiera el que viene y trae las nuevas y misteriosas noticias y órdenes concretas de Ulises, de las cuales tiene el joven que ir entresacando las más oportunas (130. 131), ¿cómo éste, cuando el mercader se pone a cuchichearle al oído sigilosamente, le apremia con insistencia y le obliga a hablar en voz alta, de forma que le oiga el mismo Filoctetes? ¿No podría ser, no debe suponer, que las órdenes que trae exijan cautela y secreto, como parece anunciarlo el mismo Ulises e indicarlo el misterioso sigilo con que ha empezado

(1) *Edipo Rey*, v. 1018: οὐ μᾶλλον οὐδὲν τοῦδε τἀνδρὸς, ἀλλ' ἴσον (= tanto como *yo*, igual) — v. 1463: βορᾶς τράπεζα ἄνευ τοῦδ' ἀνδρός (= manjares de la mesa *sin mi*).

(2) Por ejemplo el v. 236 *(Ed. Rey)*: τὸν ἄνδρ' ἀπαυδῶ τοῦτον ὅστις ἐστί..., donde todos los estetas comentan que, sin saberlo, se está condenando a sí mismo el incauto rey.

a hablar el mercader? En cambio, siendo Ulises el que habla, bien puede el joven pensar que por sí mismo se amañará para salir del compromiso sin embarazo el viejo marrullero, cuyas trampas va entendiendo.

Igualmente lo prueba el lenguaje ambiguo que, según la habitual ironía sofoclea, usan tanto el joven como particularmente Ulises: «cuando yo salía del puerto, dice éste, salía con el hijo de Tideo (1) Ulises» (570-571). «Estos dos hombres que tú oyes, el Tidida y el intemperante Ulises...» (595). Y al final, cuando le mortifica mencionándole su nacimiento adulterino, «de eso yo no entiendo, corta Ulises, yo me voy a la nave» (625).

Y más claro aún se ve esto mismo, cuando más tarde Neoptólemo, arrepentido de tanta ficción e hipocresía, va a devolver al lisiado militar sus armas: se presenta repentino Ulises a impedírselo y exclama Filoctetes, comprendiendo de repente toda la estratagema: «adiós, me han vendido, estoy arruinado. Este [Ulises] es el que me ha envuelto y me ha privado de mis armas». Esto no lo puede decir Filoctetes por el mero hecho de ver ante sí a Ulises, pues daba por cierta su próxima venida (634); lo dice porque en este verdadero Ulises reconoce al falso Emporo y adivina el dolo con que se está llevando adelante todo este asunto.

Todos los comentadores (2) ven en este πέπραμαι un reflejo del διεμπολᾶ del verso 579, en que el mercader está «vendiendo» a Filoctetes; «¿qué compraventa te propone de mí cuchicheando el marino?» Su verdadero sentido es que aquí reconoce en Ulises al anterior mercader, y con ello descubre un amaño más de este irrestañable urdidor de trampas.

Yo, por todas estas razones, creo que los espectadores del

---

(1) Por este dístico y por otros indicios, y sobre todo por la manera de remedar o parodiar Sófocles a sus émulos, se sentiría uno inclinado a pensar que el que acompaña a Ulises como persona muda es Diomedes, como lo es en la *Electra* sofoclea Pílades que en las *Coéforas* está dotado de palabra.

(2) «πέπραμαι, cp. 579 διεμπολᾷ, n.» Jebb — «πέπραμαι wie 579 διεμπολᾶ» Radermacher.

teatro de Sófocles y Neoptólemo con sus marinos, y más tarde también Filoctetes, están viendo y reconocen en el mercader anunciado desde el prólogo y ahora presente, al inexhausto en recursos Ulises.

Esto mismo aparece todavía más evidente cuando se analiza la obra que en realidad lleva a cabo el Emporo en su visita, y que ha llegado el tiempo de estudiar.

Se acusa a esta escena de ineficiente, y al émporo de innecesario. Ya lo hemos visto arriba. ¿Qué es en fin de cuentas lo que obra en la marcha de la tragedia?

¿A qué ha venido a escena el Emporo con los encargos de Ulises?

Claro está que no hemos de creer sin más lo que éste nos dice en el prólogo, en medio de tantas mentiras, de que vendrá *a activar la obra*, si es que nota que se demoran demasiado. Hay con todo autores que este fin le atribuyen al Emporo y creen que cuanto dice va dirigido a Neoptólemo, no a Filoctetes. Con su habitual competencia los refuta Perrotta (1), haciéndoles ver que más bien que acelerar lo que logra es retardar la acción dramática de Neoptólemo. Igualmente rechaza las opiniones de otros que lo refieren a Filoctetes y pretenden estimularle más a la pronta partida.

Para Perrotta la escena tiene dos fines, estructural el uno, poético el otro. Con ella logra Sófocles endurecer más y más el ánimo de Filoctetes para que resulte más irritado e invencible, y además con ella facilita el que el viejo lisiado entregue las armas voluntariamente al muchacho cuando se ve atacado del sueño que acompaña a los accesos de su enfermedad.

No se pueden negar estos dos efectos tan acertadamente estudiados por el autor, pero la cuestión, creo que queda todavía sin contestar. No se trata de averiguar y ver lo que Sófocles pretendió e hizo en su drama con esta escena, sino de descubrir qué es lo que, con cuanto aquí dice al viejo y al bisoño

---

(1) Perrotta, *Sofocle*, 430-433. Véase también A. Müller *Aesthet. Kommentar*, 231 sigs.

militar, pretende y logra como *dramatis persona*, el Emporo, voz o bocina del trapacero cefalenio. Lo cual ciertamente no puede ser preparar la entrega de las armas durante el sueño, pues no tiene motivo ninguno para sospechar que tal sueño ha de sobrevenir. Y menos aún puede ser el procurar atesar y endurecer la voluntad de Filoctetes contra aquello mismo que con todo su afán está buscando Ulises: que ceda y se deje llevar a Troya. ¡Todo lo contrario!

Pues entonces ¿cuál es el sentido y la eficacia de esta escena del Emporo, en la mente del que la ha organizado, Ulises?

La respuesta a esta pregunta se halla relacionada con otro punto, que también requiere estudio particular, y es el de si para la toma de Troya, según el oráculo de Héleno, era necesaria la presencia y actuación de Filoctetes mismo o si bastaban sus armas, con o sin Neoptólemo.

De todos es conocido el embrollo que la incertidumbre de lo que en realidad se reclama para la toma de Troya engendra en la interpretación dramática de esta tragedia (1). Los personajes de hecho están destituídos de móviles seguros que justifiquen sus acciones, y éstas, desprovistas de motivación, se convierten por lo mismo en caprichos, impropios de personajes conscientes y consecuentes consigo mismos.

Porque, si se precisa la persona de Filoctetes para destruir a Troya, no aparece justificativo para que el joven se arriesgue a robarle el arco y las flechas, inútil faena y peli-

(1) T. von Wilamowitz, diestro en estos afanes, ha puesto de relieve mejor que nadie éstas que califica de contradicciones (v. páginas 275, 290, 303 sigs.). Lo alaba Howald *(Griech. Trag.*, pág. 124 y siguiente) y atribuye el hecho a la intención consciente de Sófocles para usar de una u otra verdad o necesidad, según sus conveniencias dramáticas: «mit Recht hat Tycho von Wilamowitz darauf hingewissen, wie unklar ein wichtiger Punkt bleibt. Es ist gar nicht deutlich, ob die Griechen nur den Bogen oder den Bogen und Philoktet brauchen. Offenbar ist das absichtlich unklar gelassen damit der Dichter je nach Wunsch beide Möglichkeiten verwenden kann». La misma idea apuntan, con más o menos claridad, todos los comentadores que abordan francamente este espinoso asunto. V. Perrotta, *Sofocle*, páginas 444. 445.

grosísima, ni se entiende por qué Ulises no hable en todo el prólogo sino de esas armas, que hay que sustraerle dolosamente y sin irritarle (113), ni menos se comprende por qué ese mismo Ulises, una vez habidas ellas, amenace a Filoctetes con irse llevándoselas a Troya (1047-1062), ni tampoco se ve por qué el Coro exhorta al muchacho a escaparse con el arco cuando al viejo lisiado le ha sorprendido el sueño típico de su enfermedad (827-838).

Y de la misma manera, si bastan estas armas para tomar a Troya, sea cualquiera el que las maneje, encontramos sin base ni lógica diversas acciones de los personajes, como el que Neoptólemo conteste a esa misma propuesta del Coro, que es inútil fugarse con ellas por ser necesario el mismo Filoctetes (838-842); ¡y habla así y decide estarse hasta que despierte el enfermo, el joven que antes no habló sino «de robarle las armas»! (116); queda sin explicación igualmente el que el mercader, portavoz evidente de Ulises, insista en la llamada de Filoctetes en persona para poner término por fin a aquella malhadada guerra (603-621), y también el que Ulises, en posesión de ellas, no se fuga ni se va a cubrirse de gloria en la conquista de Troya (1065). El mismo Heracles da por cierto que es sólo Filoctetes quien ha de manejar su arco y sus flechas (1423-1444).

Atribuir esta vaguedad a fines escénicos del poeta es hacer muy poco honor a sus dotes de dramaturgo; querer vislumbrar en ello primores estéticos es desestimar el gusto de los espectadores de antaño y de los lectores de hoy.

No es ésa la explicación. No es Sófocles el defectuoso, sino Ulises el tramposo. Todo obedece a la redomada estratagema de este laertíada. Veámoslo por partes.

Ante todo es cierto que, tanto en la leyenda antigua, como en los tres dramas, en última instancia se trata de conseguir que a Troya vaya Filoctetes y vayan sus armas. Estas sin la destreza de su brazo serían inútiles. Como también lo sería su ida forzada y recalcitrante. Tiene que ir en persona, y tiene que ir voluntariamente, dispuesto a ayudar a sus odiados ofensores, y es por tanto la persuasión la que ha de lle-

varle para la victoria. Eso es lo que con todo empeño se pretende también en esta nuestra tragedia, y lo que al fin de ella se obtiene. Y esto lo que buscaban y lograban Esquilo y Eurípides. En este último habla Ulises mismo de su plan, que no es otro que ὅπως Φιλοκτήτην καὶ τὰ Ἡρακλέους τόξα κομίζομαι τοῖς συμμάχοις (1), y añade que van a venir los enviados troyanos, ἐάν πως δύνωνται τὸν Φιλοκτήτην... ἀναλαβείν εἰς τὴν πόλιν, αὐτὸν καὶ τὰ τόξα.

Llegada la hora de la ejecución, los tres dramaturgos, conscientes de la dificultad de la empresa, apelaron al recurso de despojar previamente a Filoctetes de sus temibles armas. Sin ello era imposible abordarle ni tratar de convencerle y rendirle, y más a un carácter miedoso y cobarde como el de Ulises.

En Eurípides parece que le quitaba el arco Diomedes, en uno de los ratos de sueño que acompañaban a los ataques de la enfermedad del veterano cojo. Al Ulises de Sófocles en nuestro drama este recurso le pareció menos elegante, y así echó mano de otro arbitrio: era Neoptólemo el que *sin enojarle y por vías amistosas* le había de quitar las armas. El resto lo haría él, una vez obtenido el acceso libre y seguro hasta el militar ya desarmado. A eso va encaminada toda la primera parte de la tragedia. En la ejecución de este plan maneja con pasmosa habilidad los elementos todos del oráculo hasta obtener el logro de sus deseos, *engañando a Neoptólemo*. Ciertamente no estaría en su verdadero ser y carácter el doloso hijo de Laertes, si sus palabras y maquinaciones no tuviesen más malicia que la que reflejan lo hecho y dicho al incauto hijo de Aquiles en orden a engañar a Filoctetes. Hay algo más que eso. Ulises envuelve un dolo en otro dolo, y para sorprender con dolos a Filoctetes, engaña miserablemente al joven engañador del viejo militar. En su estratagema da tres pasos principales, y permítaseme por ahora prescindir de lo que al final del drama dice el *deux ex machina*, pues le hemos de dedicar luego un estudio especial. Como pon-

(1) Dión Crisóstomo, 59, 575.

dera Perrotta (1) en ningún punto del drama aparece el oráculo en toda su integridad.

*Lo primero* que ha dicho Ulises al joven hijo de Aquiles es que *él* es necesario para la toma de Troya, y con esta esperanza ilusionado ha dejado su isla de Esciro, no sin dolor de sus abuelos, madre y parientes. En ninguna parte se dice que venga persuadido por la exigencia de un oráculo, el de Héleno, y aun el verso 114 («¿no deciais *vosotros* que era yo el que la había de destruir?») parece excluir tal posibilidad. Mas por otra parte se hace difícil que llegara a persuadirse de la necesidad de su brazo en Troya sin la afirmación apodíctica de algún oráculo.

Como quiera que ello sea, y si Ulises le habló de oráculos, conste que todo ello es falso, e inventado por el taimado viejo. Que Neoptólemo haya sido solicitado por los oráculos para la toma de Troya no entró jamás en la mitología griega antigua. Se afirma esa necesidad por primera vez en este drama de Sófocles (2), y ello por boca de Ulises (115). Sólo, siglos más tarde, algún mitólogo rezagado y el gramático del *argumentum* recoge el hecho, pero dependen evidentemente de este drama y de este engaño; el mismo Quinto Esmirneo (6, 59), tan tardío, no sabe sino que Calcante (no Héleno) *aconsejó* se llamase a Neoptólemo, sin que ello significara voluntad alguna de los dioses ni condición indispensable para la toma de la ciudad. En la *Odisea* describe Ulises la traída de Neoptólemo, como obra de su propia iniciativa (3). En la *Pequeña Ilíada* la profecía de Héleno no reclama sino solamente la presencia de Filoctetes (4). Nadie ha pensado en oráculos relativos al

---

(1) Perrotta, *Sofocle*, 444, nota.

(2) Así lo prueba K. Ziegler, en Realencycl. s. v. «Neoptolemos oder Pyrrhos», 32, 2442/3.

(3) Se lo dice el mismo Ulises a la sombra de Aquiles:

αὐτὸς γάρ νιν ἐγὼ κοίλης ἐπὶ νηὸς ἑίσης
ἦγαγον ἐκ Σκύρου μετ' εὐκνημίδας ἀχαιούς.

(4) Es interesante observar la claridad con que expone, como cosas totalmente distintas, la llevada de Filoctetes y la de Neoptó-

hijo de Aquiles. Ni siquiera el Emporo de nuestro drama (*Filoct.* 610 sigs.). Se comprende por otra parte fácilmente que el astuto Ulises viera en esta idea un recurso muy tentador para solicitar el amor propio de un muchacho tan deseoso de gloria y tan inexperto. Por lo demás, el tal oráculo lo maneja como quiere para sus fines. Antes del prólogo le ha dicho concretamente—con oráculo o sin él—que Neoptólemo es necesario para la toma de Troya (114).

El *segundo paso* lo da Ulises en el prólogo (aunque tampoco aquí menciona el oráculo): además de Neoptólemo son necesarias en Troya *las armas de Filoctetes*. Díceselo porque, en efecto, le es preciso, como medida previa, para presentarse ante ese cojo, despojarle antes de sus armas. ¿Cómo conseguir que Neoptólemo se arriesgue a tan peligrosa empresa? Pues haciéndole creer que, así como es necesaria su ida a Troya, como se le dijo antes, así es no menos necesaria la acción de aquel arco con sus flechas; es necesario, por lo tanto, incautarse de ellas. A esto se limitan las declaraciones que al joven se le hacen en el prólogo. Hay que engañarle a Filoctetes (55), no para llevarle aprisionado y a la fuerza a Troya, sino para despojarle de sus armas: «sin ellas, no podrás *tú* destruír a Ilión» (68 sigs.); ha de hacerlo él, y no Ulises, porque éste no podría conversar seguro con el terrible enemigo (70 sigs.). Tiene que hacerse κλοπεύς, robador de las invencibles armas (77).—Neoptólemo, cándido, propone llevar más bien al viejo héroe a la fuerza (96), sin caer en la cuenta de que si va recalcitrante, es del todo inútil su ida. Luego inquiere: «¿y por qué no llevarle por la fuerza de la

---

lemo, la *Pequeña Ilíada*. La idea del primero es exigencia expresa de la profecía de Héleno captado por Ulises: μετὰ ταῦτα Ὀδυσσεὺς λοχήσας Ἕλενον λαμβάνει, καὶ χρήσαντος περὶ τῆς ἁλώσεως τούτου, Διομήδης ἐκ Λήμνου Φιλοκτήτην ἄγει.

Cuenta luego sumariamente toda la historia posterior de Filoctetes, y en capítulo aparte trata de las hazañas de Neoptólemo, sin hacer referencia alguna a los oráculos: μετὰ ταῦτα Δηίφοβος Ἑλένην γαμεῖ. καὶ Νεοπτόλεμον Ὀδυσσεὺς ἐκ Σκύρου ἀγαγὼν τὰ ὅπλα δίδωσι τὰ τοῦ πατρός.

convicción» (102). «No lo has de poder».—Vuelve a hablar él de la persona (κέρδος δ' ἐμοὶ τί τοῦτον εἰς Τροίαν μολεῖν;); se le contesta sólo sobre las armas (112-113). «Pero ¿no *decíais* que era yo quien había de tomar a Troya?» Ulises aclara: «sois indispensables tanto tú como las armas de Filoctetes; ni tú sin ellas ni ellas sin ti» (115). «A cazarlas, pues», contesta el joven (θηρατέ' οὖν γίγνοιντ' ἄν. 116,). A eso va, y con sola esa intención comienza a actuar Neoptólemo. En toda la primera parte de la tragedia (1-542) no piensa el muchacho sino en obtener que se le entreguen *las armas;* no cree ser necesaria otra cosa. Su pensamiento está concretado en sus palabras al Coro (196-200); «estaba de los dioses el que no hubiera éste ido antes a luchar a Troya, pues es ahora cuando dicen que con esas armas (ὑπὸ τῶνδε) se ha de tomar».

Más tarde, sin embargo, se le ve trabajar persuadido de que es inútil llevarse esas armas si no se llevan también a su dueño, el temible arquero, heredero no menos de la habilidad que del arco de su antiguo poseedor Heracles. Así se lo dice él mismo al Coro:

θήραν
τήνδ' ἁλίως ἔχομεν τόξων, δίχα τοῦδε πλέοντες·
τοῦδε γὰρ ὁ στέφανος, τοῦτον θεὸς εἶπε κομίζειν (839-841).

¿Cuándo ha cambiado de opinión? ¿Quién le ha traído esta nueva idea? El mismo Ulises, que ha ido dosificando arteramente sus revelaciones. Pero ¿cuándo ha dado este *tercer paso* y se lo ha dicho a Neoptólemo? Cuando le ha hablado el mercader. En efecto, tenía el joven recibida la consigna de ir escuchando atentamente lo que el mercader le fuese diciendo, en nombre y por encargo de Ulises.

Pues eso es lo que principalmente ha traído de nuevo el mercader enviado por el artero viejo, o ha dicho el mismo Ulises en persona. A vueltas de muchas divagaciones y falsedades se deja decir, al final, que Ulises ha decidido llevarse a Troya a Filoctetes mismo, que lo ha prometido con juramentos y ofreciendo su cabeza si no lo obtiene, por las buenas o por las malas, y que está ya a punto de llegar para eje-

cutarlo. Todo porque los oráculos por medio de Héleno han declarado que *el mutilado cojo es necesario en persona* para la destrucción de Troya. «Ya lo sabes todo, termina con fingida solemnidad, y ¡manos a la obra!, en bien tuyo y de cuantos te interesan»:

> ἤκουσας, ὦ παῖ, πάντα· τὸ σπεύδειν δέ σοι
> καὐτῷ παραινῶ κεἴ τίνος κήδει πέρι. (620-621).

Este es, pues, el mensaje que envía o trae Ulises, ésta la razón de ser de la escena del mercader y ésta su eficacia dramática.

Retirado el Emporo, continúan la conversación el cojo y el joven. Este le ha ganado el corazón. Tanto que, presintiendo próximo el sueño que sigue a sus ataques, deposita en sus manos juveniles las formidables armas. No se fuga con ellas el muchacho: aunque no se lo impidiera la fidelidad a la palabra dada, está ya ahora íntimamente persuadido de que sería vano e inútil ir a Troya aun con las armas sin el mismo Filoctetes. Así contesta al Coro, que le propone la evasión furtiva: «es cierto que está dormido, pero yo sé que de nada nos sirven el poseer este arco ni el embarcarnos sin este hombre; *él* es el que ha de alcanzar esta victoria, *a él*, dijo *el dios* que había que llevar en persona; vergonzosa infamia es gloriarse de lo que es injusto y además inútil» (839-842).

Más aún, tan persuadido está de la necesidad de la presencia de Filoctetes para la toma de Troya, que ante la resistencia de éste a ir voluntariamente, se arrepiente de su indigno comportamiento y resuelve devolverle su arco y sus flechas. De súbito salta alarmado a escena para impedírselo Ulises.

Mientras las armas están aún en manos del muchacho, se siente el artero hijo de Laertes muy ufano y valentón, presume de despreciar a Filoctetes y hasta le zahiere con la perspectiva de ir él y con las armas de su adversario conquistarse la gloria que los dioses tenían reservada a éste. Poca psicología hace falta para entender que todo ello no pasa de ser una amenaza fanfarrona, para herir el amor propio del terrible

enemigo. Bien se guardará Ulises de irse a Troya con esas armas, ni ahora ni cuando poco después las tenga consigo, retirado de la escena con Neoptólemo.

Todos obran ya como íntimamente convencidos de que con las armas tienen necesariamente que ir su dueño, si es que algo se ha de hacer en Troya. De esta manera quedan a un mismo tiempo aclarados la naturaleza y contenido del oráculo, por un lado, y la justificación y la eficacia dramática de la escena del mercader, por el otro. La acción por lo tanto de dicha escena está cifrada en llevar a Neoptólemo la convicción de que hay que lograr que vaya a Troya Filoctetes *en persona*.

El resto de la tragedia no es posible comprenderlo en su integridad sin revisar de antemano la postura del Coro, que tiene mucho de original, y ha dado tanto que hablar (1).

Lo forman los marinos que van a Troya a las órdenes de su joven jefe Neoptólemo. Desde su primera palabra se dice «extranjero en tierra extranjera», ἐν ξένᾳ ξένον, y se muestra

---

(1) Pudiera decirse que, con leves variantes, refleja la común opinión acerca del Coro en Filoctetes, Perrotta cuando escribe: «Nel 409, quando Sofocle scrisse il Filottete, gli stasimi avevano il carattere di vere e proprie battute d'aspetto; spesso il Coro non accompagnava più l'azione, nè la comentava nè serviva ad essa; preferiva commentare qualche mito che solo lontanamente fosse connesso con l'argomento del dramma» *(Sofocle*, 406). «Il contegno di un Coro formato dai marinai di Neottolemo non poteva essere che incerto e contradictorio, qual è veramente nel dramma sofocleo: incerto tra la compassione sincera, ispirata da Filottete e la necessità di assecondare l'inganno di Neottolemo» (pág. 412).—«Lo stasimo riassume il Leitmotiv sentimentale del lunghissimo episodio: il Coro dimentica completamente la sua natura di attore, il suo canto si libra sopra la situazione drammatica; Neottolemo e il suo inganno sono completamente dimenticati. Il Coro è qui evidentemente non personnagio, ma soltanto strumento del poeta; al poeta deve pensare il lettore, non ai marinai di Neottolemo... Comme hanno ben veduto T. V. Wilamowitz (pág. 287) e Kranz *(Stasimon*, 221). E' pur necessario dare dello stasimo un' interpretazione unitaria, che soltanto è possibile se si considera il Coro interamente fuori della sua situazione drammatica» (pág. 434).

desconocedor de los parajes aquellos adonde acaban de llegar. Ya con esta su primera nota inicial censura Sófocles a sus dos rivales, cuyos Coros están constituídos por lemnios, y entran de rondón en la escena, el uno sin más, el otro pidiendo excusas y dando explicaciones vacuas por no haber antes asistido al desolado huésped, que ya llevaba diez años en su tierra.

El Filoctetes sofocleo, en cambio, se halla en absoluta soledad. Es un precursor de Robinson, y tiene que valerse por sí mismo en una isla del todo despoblada. Esta circunstancia, en sí anacrónica, la ha fingido nuestro poeta, no tanto para acentuar el desamparo de su héroe y con ello excitar más la compasión, cuanto para que sola su recia voluntad, sin apoyo de nadie, sea la que resista inquebrantable a todos los embates de cuantos se empeñen en llevarle a Troya.

En vivo contraste con este desconocimiento de los parajes está la clara noticia que muestran los del Coro tener, desde un principio, de las personas y planes de todos y lo familiarizados que se presentan con las intenciones de su jefe. Ni éste ni ellos se toman la molestia de mencionarnos por su nombre a Filoctetes. En su primera frase, le llaman ya «suspicaz» ὑπόπτην. Y contestándoles el joven, le apellida «el bizarro caminante», «el de estos antros». Aparecen bien informados de la vida actual de Filoctetes y de sus antecedentes, cojera, abandono, flechas heredadas de Heracles... Dedican todo su canto paródico a describir la situación de este lisiado hijo de Peante, conjeturando sus desventuras con extraña claridad y acierto.

Ahora bien, casi todos estos datos los ha venido a saber su jefe Neoptólemo en el prólogo, en su conversación con el viejo Ulises. Todo ello hace ver que el Coro se hallaba ya en escena durante él y fué testigo de esa conversación. Pues no hay indicio ninguno de que, a espaldas del joven, se hubiese comunicado Ulises, que ni muestra tenerles especial confianza a los del Coro ni les dirige la palabra una sola vez en todo el drama. Eso fuera de que, de haber esa familiaridad o confabulación secreta, el Coro la hubiera tenido que

disimular y velar en su conversación con su jefe. Por estas razones, tengo por indubitable que este Coro del Filoctetes sofocleo no entra en escena, como lo creen generalmente los comentadores, al verso 135, sino al principio enteramente de la tragedia (1). Cosa que además parece venir impuesta por su naturaleza de marinos del joven hijo de Aquiles y compañeros en el viaje de Ulises, todos los cuales acaban de desembarcar en la playa representada por la orquestra y la parte inferior del escenario.

No hay razón para dudar de que son sinceros los afectos que para con Filoctetes exponen aquí, adivinando sus desventuras. Pero no es ésa la preocupación que estos remeros traen al dirigirse a su jefe, sino sólo la de saber su voluntad; y no respecto al plan último que traen entre manos, cosa que parecen conocer muy bien, sino *respecto al modo* como han de secundarle en su obtención; su primera pregunta es:

τί χρή, τί χρή με, δέσποτ', ἐν ξένᾳ ξένον
στέγειν ἢ τί λέγειν πρὸς ἄνδρ' ὑπόπταν; 135-136.

La respuesta del jefe es categórica y taxativa: apoyar sus conatos (ὑπουργεῖν) y ello acentuando siempre la nota que él dé, propulsando siempre las insinuaciones que él vaya haciendo:

πρὸς ἐμὴν αἰεὶ χεῖρα προχωρῶν
πειρῶ τὸ παρὸν θηραπεύειν 148-149.

Acepta plenamente el Coro esta postura de verdadero «resonador», y la conserva a maravilla, particularmente en sus primeras intervenciones. Y al amplificar la voz de su jefe en la arriesgada aventura, no repara en hacer suyas, acentuándolas, aun las más solemnes mentiras que le oye pronunciar. Esto explica su lenguaje, que sin este matiz resulta ininteligible y desconcertante.

Apenas Neoptólemo en su primer coloquio con el cojo

(1) Ya lo sostuvo hace tiempo Adolf Müller, *Aesthet. Kommentar*, pág. 224: «Der Chor ist aber schon zugleich mit Neoptolemos und Ulysses eingezogen».

militar le ha espetado la larga tirada de los versos 343-390, con las burdas mentiras sugeridas por Ulises (56 sgs.), de su estancia en Troya, de la supuesta injusticia inferida por los Àtridas y Ulises denegándole la herencia de las armas paternas y dándosela al taimado Ulises (contra el cual y contra los jefes pronuncia acerbas imprecaciones), cuando ya el resonador empieza a funcionar, y canta el primer estásimo, en que viene a decir a manera de altavoz y reforzando las mentiras: «sí, allí estaba yo también, y al presenciar tamaña injusticia por parte de los Àtridas a favor de Ulises, elevé mis plegarias imprecatorias a ti, oh diosa ὀρεστέρα παμβῶτι Γᾶ (391-402).

Continúa el diálogo. El hijo de Aquiles habla de que, despechado, abomina de Ilión, y que para estar más lejos de los Atridas se parte ya para su tierra, para Esciro, y hasta hace, claro está que fingidamente, ademán de bajar hacia la playa para embarcarse. En aquel momento el cojo, que ve tan próxima la posibilidad de lograr lo que tantas veces se le ha fustrado, le dirige una tierna y conmovedora plegaria, y por cuanto hay de sagrado e íntimo para el joven, le conjura a que le meta a él también en su nave, donde quiera y como quiera, y le lleve por lo menos hasta Esciro, pues de allí le será más fácil pasar hasta su tierra junto al monte Eta. Resonancia del amplificador, del Coro (bien sabedor de que su jefe en nada piensa menos que en irse a Esciro): «Sí, compadécete, llevale también a él; pues ya que tanto aborreces a los Atridas (él sabe bien que esto es falso), yo convertiría en salud para éste la execración hacia aquéllos, y me lo llevaría *a su casa*» (507-518).

El mismo tono de repetición reforzadora tiene el siguiente estásimo (676-729), antes de cuya explicación creo deber advertir dos cosas. La primera es que no veo razón alguna, y sí alguna en contrario, para abandonar todos los manuscritos y con Doederlein, a quien siguen todos los editores, quitar a Filoctetes los versos 671-763 para atribuírselos a Neoptólemo. Este por el momento no hace sino una leve insinuación: «camina» (674).

La segunda es más importante: creen los comentadores que contestándole Filoctetes «sí, y te tomaré conmigo, pues mi mal reclama tu ayuda», el cojo se ha metido dentro de la cueva, y por lo tanto, el Coro dice cuanto dice estando él ausente. Pero no puede ser así. Aparte de que los viajes de Filoctetes no se hacen con tanta facilidad y sin comentario, ese χωροῖς ἂν εἴσω (674), viene continuado al final del estásimo con el ἔρπ' εἰ θέλεις (730); el optativo discreto aquel responde al εἰ θέλεις de aquí; habla de lo mismo, de entrar en la cueva; si en esta frase se tratara de bajar hacia la playa, no habría por qué decir a Filoctetes «si quieres, εἰ θέλεις» (1).

Todo el canto está dirigido a Filoctetes, quien está por lo tanto presente: la prueba está en la mentira que de nuevo repite en la antístrofa: «más ya, después de tantos males, acabará feliz y glorioso, pues ha dado con un hijo de padres nobilísimos, el cual, en surcadora nave, después de tantos meses, le llevará a su patria, a la mansión de las ninfas melíadas a las riberas del Esperquío, donde el héroe de broncíneo escudo se remontó a los dioses en la cumbre del Eta, entre el fulgor de las divinas llamas de su padre» (719-729).

De los dos personajes que al terminar el canto tiene el Coro ante sí, el primero está ya con el pasmo y los espasmos que preceden al ataque, el otro le contempla extrañado y le invita a entrar en la cueva, de donde dijo querer recoger unas hojas calmantes y alguna flecha posiblemente abandonada (640-653).

Este oficio de caja de resonancia, que hasta ahora ha desempeñado, lo depondrá el Coro, en cuanto las circunstancias cambien y le permitan exponer con sinceridad sus planes e ir paladinamente en pos de sus verdaderos ideales. Esto hará en las dos actuaciones que aún le restan en la tragedia. La primera, tiene lugar cuando a Filoctetes le

(1) Varios comentaristas han reconocido la dificultad que este supuesto (de la entrada en la cueva) crea a la interpretación del estásimo, y por ello han sostenido que a la mitad de él ya van saliendo de nuevo el viejo y el joven de aquella cueva; así Jebb y Masqueray.

coge el sueño por efecto mismo de la enfermedad. Las armas están ya en manos del joven jefe. El Coro se apresura a cantar el comos que hace veces de segundo estásimo (827-864). Una oda ante todo a Ὕπνος, al Sueño, para que les sea propicio, y continúe apresando las facultades del temible flechero, y les secunde en sus planes prolongando la propicia ocasión (1); y en seguida, una esperanzada y optimista propuesta al joven, exhortándole a actuar aprovechando el momento. ¿Actuar, en qué?—Abandonándole y huyendo con aquellas armas hacia Troya. El Coro, según esto, entiende las cosas como se expusieron en el prólogo (nueva prueba de que se hallaba presente): «las armas de Filoctetes son las necesarias para la toma de Ilión»; no vió o no quiso ver el alcance de las declaraciones del Emporo; o quizá más bien pensaba que, quitadas las armas, el resto lo haría por sí mismo el laertíada, como lo hacía en los *Filoctetes* de Eurípides y Esquilo. Estéticamente es un caso más de la manera dramática de Sófocles, que gusta de insinuar las soluciones de sus émulos, y cuando ya están a punto de realizarse, las abandona, para sustituirlas por la suya, como en la bodas de Antígona y Hemón, en el reconocimiento de Orestes y Electra, en el embotamiento de la espada de Ayante el suicida.

En cuatro solemnes hexámetros responde francamente el joven que sería inútil esa medida propuesta por el Coro; inútil y baja: es a Filoctetes en persona a quien reclaman los dioses (noticias traídas por el Emporo) «vergonzosa infamia

---

(1) Muy atinadamente ha expuesto D. M. Jones (en *The Classical Review*, LXIII, 1949, 83-85), que la invocación al «Sueño», no es precisamente como a liberador de penas y dolores, sino como a coadyuvador en la obra de dolo e intriga para el robo del arco y las flechas, y recuerda cómo en la *Ilíada* (XIV, 249-242) Hera recurre a él, a Hypnos, para un objeto similar, y precisamente va *a Lemnos* a buscarle. Cita oportunamente también a Reinhardt *(Sophokles*, 190): «das leise, sogennante 'Schlaflied', das in Wahrheit aber, trotz der sanften Anrufe des Hypnos, alles andere als ein Schaflied ist, wielmehr ein Lied der leisen, aber umso stärkeren Verführung zum Verrat».

es gloriarse de lo que es injusto y además inútil» (839-842).

No se desalienta el Coro. Insiste: «por los dioses, no levantes la voz, no lo despiertes. Pero lo que hay que hacer, ve de hacerlo pronto y a hurtadillas» (λάθρᾳ 850), «el tiempo es propicio, el viento (dice en su jerga marina) sopla próspero, muy próspero; él está dormido, desarmado, sin manos, sin pies, sin fuerzas, como un muerto; la mejor entre las empresas es la que menos peligros acarrea» (843-864).

«¡Silencio he dicho»!, interrumpe Neoptólemo. Es que el cojo va despertando, y para continuar ante él despierto el diálogo, hay que replegarse a la esquivez insincera de antes.

Pero avanzando la tragedia, la sinceridad se llega a imponer decididamente y todos hablan ya con las cartas vueltas arriba. Conmovido por fin el joven Neoptólemo vuelve a su ser noble y leal, y confiesa su bajeza a Filoctetes: «no hay nada de idas hacia Grecia, ni a Esciro; se trata únicamente de ir a Troya, y de que el mismo Filoctetes decida ir allá, a ayudar a los que fueron sus enemigos». Las cosas se colocan en el plano en que estaban en la segunda mitad de los dramas de los otros dos dramaturgos. Es ya la hora de la elocuencia y de la persuasión. Tratan de convencerle de la conveniencia de tal ida a Troya, y para eso se niegan a devolverle las armas. Esto empero provoca en el mutilado militar una súplica emocionante, entremezclada con acerbas imprecaciones al joven y a su felonía. «¿Qué hacer?, pregunta a su jefe el Coro, de ti sólo depende el embarcarnos ya de una vez, señor, o el ceder a las súplicas de éste» (963-964). Sinceramente repone el muchacho que está emocionado, y que ya no resiste más, que va a dejarse de tanta farsa y va a devolver arco y flechas a su dueño.

A punto está de hacerlo cuando de repente salta a la escena Ulises, que se lo estorba. Después de varias vicisitudes el cefalenio se lleva consigo al joven. El lisiado se dirige al Coro: «¿también vosotros os vais a ir, dejándome?»— Respuesta: «este joven es nuestro amo, a él obedecemos nosotros». Neoptólemo ordena: «Sí, quedaos, a ver si entre tanto cambia de parecer y cede» (1078).

Y a conseguirlo se consagra sincera y *abiertamente* ya el Coro. Contestando alternativamente a sus lamentos por las desdichas y soledad que le espera, destituído de sus armas, le va aduciendo razones y más razones para animarle a ceder y dejarse llevar a Troya. Diríase que desempeña el mismo papel que una de las embajadas y el Coro de Eurípides en su disputa con los enviados troyanos: «a mí no me eches la culpa, viene a decirle, que yo me debo al amor de mi jefe» (1116-1122); «Ulises al fin y al cabo no hace sino servir en esto, como siempre, a los griegos» (1140-1145), «después de todo, en tus manos está tu salvación; es necio en medio de tantos males no sacar la lección de la experiencia» (1163-1168). Y en el mismo tono prosiguen lo que le resta del comos, aunque sin resultado alguno (1).

Con esto terminan las intervenciones activas del Coro en la presente tragedia. Siempre al servicio de su amo y en busca de lo que todos desean, llevarse por las buenas a Filoctetes a Troya, una vez que recibe de Neoptólemo esa consigna, se consagra del todo a ello, primero secundando sus dolos hasta el verso 827, luego francamente, dando la batalla a aquella voluntad empedernida por el resentimiento.

IGNACIO ERRANDONEA, S I.

*(Continuará.)*

---

(1) Al terminarlo pronuncia el Coro cuatro versos (1218-1221) en que, viendo volver al viejo y al joven, dice: «También yo me hubiera ido hace rato si no fuera porque veo venir acá a Ulises y al hijo de Aquiles». Vienen a ser así como un «aparte», tan raro en el teatro griego al aire libre, pues habla de los que llegan y se dirige más que al cojo que ya no le oye (de oírlo se quedaría) al espectador ateniense. No encuentro registrado este hecho singular en W. Schadewaldt, *Monolog und Selbstgespräch*, Berlín, 1926.

# EL MANUSCRITO BARCELONES DE TEOCRITO

## 1.—*El conocimiento del Barcinonensis. Estado de la cuestión.*

Es conocida la existencia del manuscrito barcelonés de Teócrito—que figura con el número 399 en el fondo de mss. de la Biblioteca Central de Barcelona—mencionado y descrito en notas bibliográficas desde más de medio siglo, clasificado sumariamente por Wendel e incorporado a los *codices recentiore aetate exorti* de la edición de Gallavotti (1).

---

(1) Este manuscrito, que está religado a continuación del de las Olímpicas de Píndaro (I-VIII), no fué objeto de alusión alguna en el estudio y breve colación que de la parte pindárica hizo ERNEST VOLGER, *Ein Handschrift des Pindars zu Barcelona*, Philologus XVIII (1862) 714. (Por este artículo conocemos, sin embargo, su localización a mediados del siglo pasado: la biblioteca de don José Carreras). Tampoco se menciona a Teócrito en la referencia dada por VILLANUEVA, *Viaje literario...*, XX (1851), 149, que vió el códice en 1804 en la Biblioteca del Monasterio de Poblet. Villanueva al relacionar los manuscritos del legado de don Pedro Antonio de Aragón—éste tenía el *ius patronatus* de la iglesia de Santa María de Poblet (PARRINO, *Teatro eroico e politico de' governi de 'vicerè del regno di Napoli*, Nápoles, 1730, III, 272) y a su muerte pasaron a ella sus valiosos libros—cita el nuestro sólo por la obra inicial: «las obras de Píndaro en griego, con comentarios en el mismo idioma».

La primera descripción data de la visita a España en 1888 de Charles Graux. A partir de esa época se refieren a él: CH. GRAUX-A. MARTIN, *Rapport sur una mission en Espagne et Portugal: Notices sommaires des manuscrits grecs d'Espagne et Portugal (Nouv. Arch. des Miss. Scient.*, París, II (1892) 7. C. WENDEL, *Ueberlieferung und Entstehung der Teokrit-Scholien*, Berlín, 1920, 172. L. NICOLAU, *Pindar-*

A juzgar por el número y ordenación de los idilios no hay gran dificultad en admitir desde un primer momento que se trata de un ejemplar de la recensión de Moscópulo. Si su apariencia externa, que en muchos casos de la tradición manuscrita teocritea se ha considerado suficiente para basar un criterio, nos lo sugiere como tal, concurre además en el Barcinonensis (1) la circunstancia ya observada por Wendel (2) de estar religado con el de las Olímpicas de Píndaro, tenido por moscopuleo a raíz de un dictamen de Eugen Abel (3). (Apuntamos de paso aquí la idea de que ambos mss. unidos en un solo volumen por lo menos a partir de la mitad del s. XVII en que aparecen bajo la forma característica de las encuadernaciones de Don Pedro de Aragón tal como los tenemos hoy, debieron de integrar una siloge moscopulea de autores del tipo de las que se han conservado en muchos códices y en las que se combinan diversamente los nombres de Píndaro, Teócrito, Homero, Hesíodo, Esquilo, Sófocles y Eurípides, lecturas «escolásticas» de los últimos tiempos bizantinos).

Nuestro Teócrito, pues, ha sido filiado como de la recensión de Moscópulo atendiendo sólo a un criterio «externo», que adoptaron ya Graux y Wendel, autores que son la fuente del conocimiento que del códice tiene Gallavotti. Esto último

---

*Teocrit*, Barcelona, 1923. C. GALLAVOTTI, *Theocritus quique feruntur bucolici graeci*, Roma, 1946, 275, 323. M. RICHARD, *Repertoire des bibliothèques et des catalogues des mss. grecs*, París, 1948, 24. IRIGOIN, *Histoire du texte de Pindare*, Paris, 1952, 433. Reproducen simplemente la noticia de Villanueva: R. BEER, *Handschriftenschätze Spaniens*, Viena, 1894, 405 y recientemente, TAMMARO DE MARINIS, *La Biblioteca Napoletana dei Re d'Aragona*, Milán, 1952, I, 202.

(1) Llamaremos así a nuestro manuscrito o con la sigla Barc. En general, utilizaremos las siglas de Gallavotti *o. c.*, para cada códice, representando las principales familias de *antiquiores* Ambrosiana, Vaticana y Laurenciana por K Va La, y por Codd. las tres reunidas; por Mo, la recensión de Moscópulo, por Pa el Pap. Antínoe, etc.

(2) WENDEL *l. c.*: «Die neheliegende Vermutung, dass es sich um die Moschopulos-Ausgabe handelt, wird durch den vorangehenden Pindar bestätigt».

(3) E. ABEL: *Wiener Studien*, 4 (1882), 231.

es fácilmente observable por lo que reproduce de sus antecesores, por ejemplo, el hecho de registrar todavía como lugar de referencia la biblioteca particular de don Baudilio Carreras de Argerich (1), donde se encontraba cuando Graux lo examinó en 1888 y de donde salió para su actual destino en 1915. Sin embargo, aunque pocos son los manuscritos que este maestro de la crítica del texto teocriteo ha dejado de compulsar—y puede afirmarse que para su aparato los ha visto «prácticamente todos», como con motivo de su *Theocritus* le alaba recientemente Gow—(2), el Barcinonensis no sólo sigue figurando entre los códices para los que no cuenta este conocimiento directo que para otros de la recensión de Moscópulo es mérito de Gallavotti (3), sino que es asimismo ajeno a una colación detenida, a la luz de los modernos avances en crítica textual.

Cierto es que los códices moscopuleos son muy parecidos unos a otros y que ha podido bastar la opinión de Wendel para que el Barcinonensis se considerara implicado sin más en las conclusiones generales que sobre esta recensión bizantina ha sentado el investigador italiano. Cierto es también que, según doctrina aceptada a raíz de estos estudios, la edición de Moscópulo es eliminable de un aparato crítico «che voglia essere solo costitutivo del testo e non anche dimostrativo della tradizione» (4). Pero no por ello ha de soslayarse la ocasión de sumar a cuanto se ha escrito sobre este grupo de códices, tan importante, con todo, para un conocimiento completo de la tradición del texto como esparcido en bibliotecas europeas

---

(1) Citado como don Baudilio de Argerich, en GALLAVOTTI *l. c.* 323.

(2) A. S. F. GOW: *Theocritus*, Cambridge, 1950, I, p. XXXIII: «Is the great merit of his book that in it the reader has before his eyes for the first time an apparatus constructed by a scholar who had himself seen practically all the mss».

(3) Gallavotti ha dedicado una atención especial a este tema. Véase su estudio *L'edizione teocritea di Moscopulo*, *Riv. Filol. Istr. Class.* n. s. XII (1934), 349-369, en el que dice refiriéndose a estos códices: «che io mi sono preso cura di vedere e di collazionare in parte» (p. 354).

(4) GALLAVOTTI, *l. c.*, 367.

y con ejemplares aun no colacionados, un nuevo trabajo sobre uno de ellos.

Nuestro propósito al emprenderlo no tiende, pues, a afectar a las conclusiones y resultados ya alcanzados en el dominio de la crítica textual de Teócrito, sino a contribuir, moviéndonos en un marco bien delimitado, el de un grupo de *recentiores* cuyas líneas generales han sido establecidas, al conocimiento de uno de sus elementos.

## 2. *Descripción del manuscrito.*

Partimos, pues, del dato previo, de observación externa, de que el Barcinonensis contiene la recensión de Moscópulo de los ocho primeros idilios. Estos van acompañados de prolegómenos y argumentos así como de escolios y glosas interlineares y marginales constituyendo en conjunto un material que ocupa los diez últimos cuaterniones de los veinticinco que integran el códice.

El papel, de algodón, muy satinado, es de la misma calidad en la parte teocritea que en los quince pliegos que le anteceden correspondientes a Píndaro. Los cuaterniones de Teócrito, que aquí interesan, tienen su propia numeración, α' a ι', puesta en la parte superior del folio *recto* inicial. Están completos y comprenden, por lo tanto, ochenta folios que han sido modernamente numerados a lápiz. La numeración arranca esta vez de la parte pindárica, por lo que los idilios de Teócrito van de fol. 120 *r* al 199. Hay que mencionar aquí las particularidades que ofrecen el primer folio y el último. En el *recto* del 120 el copista ensayó el comienzo de los prolegómenos, que abandonó a poco de empezar Aa, exactamente en la frase ἐπώνυμον εἶναι (1). Los prolegómenos vuelven a aparecer *ab initio* en el folio 121 *r*., después de haber quedado el resto del 120 en blanco, y comprenden Aa, Ba, Ca, Bb, Ga,

(1) Acaso responda a esto la simple acotación *praemisso Aa* que da GALLAVOTTI, *Theocritus*, 275.

Ea, Cb, Ib, Ic, Id, Fa, D, Eb, Fd, Gb (1). Con esto se llega al fol. 123, en cuyo *verso* comienza el primer idilio.

La particularidad del último folio consiste en que, en blanco en su *recto*, presenta en el *verso* y en su primera mitad unas líneas escritas por mano distinta de la del códice y con tinta más desvaída, cuya eventual importancia para la historia del manuscrito está hasta ahora por dilucidar. Una nueva mano todavía interviene en la copia de dos pasajes en la segunda mitad.

Cualquier otro rasgo o circunstancia externa para caracterizar el códice—excepto el de la ordenación de los idilios al que enseguida vamos a referirnos—, tales como *subscriptio*, fecha, nombre del copista, etc., es de tratamiento por lo menos prematuro. En cuanto a la fecha, el papel y la letra permiten apoyar una conjetura (2), y puede en todo caso servir de ayuda al respecto el examen interno del códice y el esclarecimiento del problema que plantea—posible *subscriptio*—el fol. 199 *v.*

Veamos ahora el detalle de la ordenación de los idilios. Según el criterio, también externo de la clasificación, y por el hecho especial de la intervención del V y el IV que pasó desapercibido a Graux—Albert Martin, no obstante, lo cita en su *Mission* de 1876— (3) y puso de manifiesto sobre todo Wendel (4), el Barcinonensis ha sido incluído por Gallavotti en el grupo de los moscopuleos que presenta «por una casualidad cualquiera»—«per un caso qualunque»—el idilio V antepuesto al IV: I-III, V, IV, VI-VIII. Este grupo está caracterizado además, en términos generales, por su falta de escolios, consideración de la que el autor del *Theocritus* salva expresamente con la nota *cum scholiis* a nuestro códice y a

---

(1) Sobre estos prolegómenos y su redacción, así como la de los argumentos, v. infra, p. 176.

(2) «En papel de algodón, del s. XIV», dice A. MARTIN, *l. c.* para el manuscrito en su conjunto.

(3) A. MARTIN, *ibid.*

(4) WENDEL, *l. c.*

otros dos, el Codaniensis 1982 y el Laurentianus XCI (1).

El Barcinonensis tiene, en efecto, como hemos apuntado ya, escolios moscopuleos y abundantes glosas interlineares y marginales. Las anotaciones marginales de los últimos folios aparecen algo mutiladas por los cortes inherentes a la encuadernación del volumen con vistas a su inclusión en la biblioteca de don Pedro de Aragón. Esto dificulta la estimación exacta del formato que debió de tener el códice, que presenta en la actualidad 15 × 21 cm.

### 3. *Análisis interno del códice:* a) *El texto. La recensión de Moscópulo y el Barcinonensis.*

Volviendo sobre una idea que hemos expuesto al empezar, Gallavotti daba por sentado en sus conclusiones moscopuleas basadas en los más antiguos y seguros códices del grupo, que existían otros en los que la redacción variaba con respecto a los mejores, no sin añadir que sería tarea larga y aun vana extenderse en estudios minuciosos sobre este particular (2).

Al proceder ahora a un análisis interno del Barcinonensis —aparte dejar establecido que la primera evidencia, externa, que ha servido para justificar lo tratado hasta hoy acerca del códice, resulta confirmada, es decir, que nuestro manuscrito queda inscrito con seguridad en la recensión moscopulea del texto en la mayor parte de las lecciones que la caracterizan— constatamos también la existencia de divergencias de la redacción original, como para verificar la anterior apreciación de Gallavotti. Sin embargo, un primer cotejo permite ya apuntar que el Barcinonensis no pertenece al grupo de códices tardíos en que estas discrepancias son muy sensibles y nos confirma en nuestro juicio de que vale la pena una indagación

---

(1) GALLAVOTTI, *ibid.*

(2) En general, seguimos en la presente exposición las ideas de Gallavotti, divulgadas en artículos (especialmente el citado *L'edizione teocritea di Moscopulo)* y en su *Theocritus.*

para situarle, lo más aproximadamente posible, en el lugar que le corresponde dentro del cuadro de la tradición de Moscópulo.

De la lista de lecciones moscopuleas establecida por Gallavotti el Barcinonensis participa en la extensión siguiente (1):

I 17 γε Barc. Mo K La S : δὲ Va.
19 ἄειδε Barc. Mo S corr. P : ἀείδες Pe Codd.
22 Κρανιάδων Barc. Mo : Κραναιδῶν H : Κρανίδων Codd.
25 τε Barc. Mo La $S_b$ : δὲ K Va.
29 περὶ Barc. Mo La $S_b$ : ποτὶ K Va.
65 ἐξ Αἴτνας Barc. Mo Q : ὡξ Αἴτνας Codd.
65 ἄδ' ἁ Barc. Mo $H_2$ : ἀδέα, ἄδε ἁ Codd.
66 πᾶ Barc. Mo bis : πῇ Codd.
75 δ' αὖ Barc. Mo H S corr. G. corr. : δὲ Codd.
81 ἀνερώτων Barc. Mo : ἀνερώτευν Codd.
82 τε Barc. Mo : γε S H : τοι vel τι Codd.
85 ζατεῦσα Barc. Mo : ζατοῖ(σ)α Codd.
90 γελῶντι Barc. Mo P S corr. : γελᾶντι, γελεῦντι Codd.
102 δεδύκει Barc. Mo H S corr. H : δεδυκεῖν Codd.
132 ἄκανθοι Barc. M S $H_2$ : ἄκανθαι Codd.
II 4 τάλας Barc. Mo K S corr. H : τάλαν Pa Codd.
9 μέμψωμ(αι) Barc. Mo : μέμψομαι Codd.
25 εἴδομες Barc. Mo Pa K $S_b$ $H_2$ : εἴλομεν Codd.
31 χαλκίον Barc. Mo K : χαλκέον Codd.
45 Θασέα Barc. Mo : Θησέα Codd.
46 λασθῆμεν Barc. Mo K : λαθῆμεν Codd.
61 ἐκθυμῶ Barc. Mo G W : ἐν θυμῷ Codd.
70 Θευχαρίλα Barc. Mo $H_2$ : Θευμαρίδα Pa Codd.
80 λιποῦσιν Barc. Mo : λιπόντων Pa Codd.
82 μεῦ Barc. Mo Pa N : μοι Codd.
83 κοὔτε τι Barc. Mo : κοὐδέ τι Codd.
90 ὁστέ(α) Barc. Mo G P U N S H : ὁστί(α) Pa Codd.
101 ὑφαγέο Barc. Mo H corr. : ἀφαγέο Codd.
109 κνυζῶνται Barc. Mo S corr. H : κνυζεῦνται Pa Codd.

(1) GALLAVOTTI: *Theocritus*, 276.

118 κἠγὼ Barc. Mo : κἠγὼν, κἀγὼ Codd.
III 18 ποθορῶσα Barc. Mo S H : ποθορεῦσα Codd.
30 πάχεϊ Barc. Mo : πάχεος Codd.
IV 10 τουτόθε Barc. Mo S : τουτόθι Codd.
13 γ(ε) Barc. Mo P S H : δ(ὲ) Codd.
16 τὼστέα Barc. Mo S H : τὼστία Codd.
30 ἐμὶν Barc. Mo S H : ἐμοὶ Codd.
32 ἁ Ζάκυνθος Barc. Mo A corr. : ἅ τε Ζάκυνθος Codd.
39 ὅσσον Barc. Mo K S H corr. : τόσσον Codd.
53 χασμώμενος Barc. Mo S H : χασμεύμενος Codd.
58 μοι Barc. Mo A U : μ' ὦ Codd.
V 9 ἐκκλέψας Barc. Mo : ἀγκλέψας Codd.
23 ποτ' Barc. Mo S : ποκ' Codd.
25 κίναδε Barc. Mo S H : κιναδεῦ Codd.
32 τῆδε Barc. Mo G H corr. : τεῖ(ν)δε Codd.
37 ἴδ' ἁ Barc. Mo K A corr. : ἁ δ' αὖ Codd.
38 λυκιδεῖς Barc. Mo La S H : λυκαδεῖς K Va.
41 σε τὺ Barc. Mo : τυ τὺ Codd.
47 δένδρῳ Barc. Mo : δένδρει Codd.
48 ὄρνιθες Barc. Mo G : ὄρνιχες Codd.
49 ὑψόθε Barc. Mo S H : ὑψόθι Codd.
70 om. φίλε Barc. Mo : φίλε Codd.
72, 74 Συβάρτα Barc. Mo H Q W : Σιβύρτα Codd.
85 ποθορῶσα Barc. Mo S H : ποθορεῦσα Codd.
89 παρελῶντα Barc. Mo G L $N_2$ S H : παρελα(ῦ)ντα, παρελεῦντα Codd.
94 ὀριμαλίδες Barc. Mo S H : ὀρομαλίδες, ὀρυ(γ)μαλίδες Codd.
111 κὔμμες Barc. Mo S : χὑμές Pu K G : χὕμμες Codd.
116 om. ἦ Barc. Mo $La_1$ : ἦ οὐ K Va.
122 μὰν Barc. Mo K L : μὲν Codd.
146 κράνας Barc. Mo Pa K La S H : λίμνας Va.
VI 15 αὐτόθε Barc. Mo P S H : αὐτόθι Codd.
24 φέροι ποτὶ Barc. Mo U : φέρει ποτὶ, φέροιτο ποτ' Codd.
24 φυλάξῃ Barc. Mo : φυλάσσοι, φυλαξῇ Codd.
31 ἐσορῶσα Barc. Mo S H : ἐσορεῦσα Codd.
32 κλασῶ Barc. Mo : κλαξῶ Codd.

41 πρὰν Barc. Mo S : πρὶν Codd.
41 ἀμώντεσσι Barc. Mo S H : ἀμάντεσσι Codd.
41 Ἱπποκίωνι Barc. Mo $M_1$ : Ἱπποκίωνα, Ἱπποκόωντι Codd.
VII 11 τιν' Barc. Mo $Q_2$ W S corr. : τὸν Codd.
13 ὤνομα Barc. Mo : οὔνομα Po Codd.
25 τεῦ Barc. Mo H corr. : τοι Codd.
54 ἴσχει Barc. Mo $Q_1$ S H corr. : ἴσχῃ Codd.
60 ὀρνίθων Barc. Mo : ὀρνίχων Codd.
77 ἐσχατόεντα Barc. Mo Q : ἐσχατόωντα Codd.
94 ὅττι γ' ἀείδειν Barc. Mo $S_b$ : ᾧ τὺ γεραίρε(ι)ν Codd.
98 Ὥρατος Barc. Mo S : Ἄρατος Pu Codd.
121 ὑπορρεῖ Barc. Mo $A_b$ : ἀπορρεῖ Codd.
122 φρουρῶμες Barc. Mo : φρουρέωμες Codd.
124 νάρκαισιν Barc. Mo S H : νάρκῃσιν Codd.
132 στραφθέντες Barc. Mo K S H : στραφέντες Codd.
134 οἰναρέαισιν Barc. Mo L : οἰναρέοισι Codd. -ρέῃσιν L.
145 δὲ κέχυντο Barc. Mo : δ' ἐκέχυντο Codd.
VIII 3 ἤτην Barc. Mo La G : ἦστην, ἦσθην Va.
13 ἀλλά τι Barc. Mo Q corr. H corr. : καί τινα Pa Codd.
13 ὅ κεν Barc. Mo Q corr. H corr. : ὅστις(χ') Codd.
13 ἄρκιον Barc. Mo H corr. : ἄρκιος Codd.
14 θές γ' Barc. Mo U : θές (τ') Codd.
15 χαλεπὸς θ' ὁ Barc. Mo U : χαλεπὸς ὁ Codd.
26 καλέσωμεν Barc. Mo P S H : καλέσωμες Codd.
28 χ' ὦ Barc. Mo : χ' οἱ Codd.
30 ἰυκτὰ Barc. Mo K S corr. : ἰυκτὰς Codd.
41 πάντα Barc. Mo G : παντᾷ Codd.
48 χ' ἁ Barc. Mo : χ' αἱ Codd.
67 ὀκνεῖθ' Barc. Mo : ὀκνεῖσθ' G P : ὀκνῇθ', ὀκνᾶθ' Codd.
68 καμεῖσθ' Barc. Mo : καμῇσθ', καμοῖσθ', καμᾶθ' Codd.
73 παρελῶντα Barc. Mo $S_2$ H L : παρελαῦντα Codd.
80 ἁ μόσχος Barc. Mo K La S H : ὁ μόσχος Va.

Dejamos constancia aquí, en amplia y fehaciente relación de coincidencias, de la imagen moscopulea del Barcinonensis. Nuestro códice se asocia a Moscópulo en correcciones puestas de relieve por Gallavotti, dialectales, sintácticas, «artísti-

cas» (de éstas II 101 ὑφαγέο y VII 121 ὑπορρεῖ), en ultracorrecciones como los erróneos μέμψωμαι y λιποῦσιν de II 9 y II 80, y en errores no menos probados como I 65 ἄδ' ἀ, II 70 Θευχαρίλα y en V 70 la omisión de φίλε, laguna casual en el autógrafo de Moscópulo (1). La misma fidelidad se manifiesta en las discutidas remociones moscopuleas de VIII 13. A este respecto es de advertir aquí que Gow, en su reciente edición se atiene a la corrección del compilador bizantino frente a los códices (2) y desecha el punto de vista de Gallavotti de que Moscópulo no «comprendió» las formas masculinas τίνα... ὅστις que dan por sobreentendido ἄεθλος (3).

Pero el escriba del Barcinonensis ha tenido sin duda en cuenta otros testimonios de la tradición manuscrita de los idilios. Esta influencia de otros códices se traduce en las divergencias de la recensión original antes aludidas, y que aparecen incluso en códices moscopuleos como el Ferrariensis 155, de reconocida antigüedad. En este terreno discrepante el Barcinonensis prefiere a la redacción de Moscópulo la de las familias reunidas K La Va en los casos siguientes:

| | | |
|---|---|---|
| I | 4 | ἔλῃ Barc. Codd. : ἕλοι Mo. |
| | 36 | γελεῦσα Barc. Codd. : γελῶσα Mo. |
| | 62 | κοὔτι τοι Barc. Codd. : κοὔτοι τοι Mo. |
| II | 72 | θεάσασθαι Barc. Codd. : θάσασθαι Mo Pa N S corr. |
| V | 108 | ἐμὸν Barc. Codd. : ἁμὸν Mo. |
| | 118 | ὄκα Barc. Codd. : ὄκκα Mo. |
| | 131 | κισσός Barc. Codd. : κισθός Mo (ut Σ). |
| VII | 42 | γελάσας Barc. ras. Codd. : γελάσσας Mo. |
| | 85 | ἐξεπόνασας Barc. Codd. Po Pu : ἐξετέλεσσας $Mo_2$ M N $Q_1$ W. |
| | 116 | οἰκεῦντες Barc. Codd. : οἰκεῦντας Mo. |

En algunos casos el Barcinonensis presenta, frente a Moscópulo, contaminaciones esporádicas con lecciones de diverso

(1) GALLAVOTTI: *R. F. I. C.*, XII (1934), 358.
(2) GOW, *l. c.*, I, p. 68.
(3) GALLAVOTTI, *ibid.*

origen, y en uno de ellos, II 144 ἀπεμέμψατο—cuya presencia, además, en V se tiene por casual—, coincide con un exponente moscopuleo, el Ferrariensis 116 (en el otro códice ferrarés, el citado 155, ha sido restablecida la lección tradicional ἀπεπέμψατο):

II 144 ἀπεμέμψατο Barc. Ferr. 116 Pa $V_1$ : ἐπεμέμψατο Mo.
VI 22 ποθορῶμαι Barc. S H U Q : ποθόρημι Mo.
VI 25 ποθορῶμαι Barc. S H U :ποθόρημι Mo A E.
VII 128 γελάσας Barc. H : γελάσσας Mo.

Estas divergencias, con todo, son moderadas—pasamos por alto las que parecen ser erratas fortuitas del copista, como II 144 κοὐκ ἔτετι contra κοὔτε τι (Mo), VI 12 om. ἐπ' αἰγιαλοῖο θέοισαν, VIII 78 αἰθριοκοίτων contra αἰθριοκοιτεῖν (Mo)—y precisan la facies real del Barcinonensis con relación a Moscópulo. Esta facies, por moscopulea, tiene fundamentalmente la impronta vaticana, con la tendencia, sabida en el compilador bizantino, a contaminar lecciones planudeas.

Todavía, a lo que indican los últimos casos citados—el contacto, en singular lección, con el Ferrariensis, la insistencia en lo planudeo (códice S)—hay que añadir el hecho significativo para la historia del manuscrito de que sobre el trabajo del primer escriba ha operado una nueva mano (la misma mano y hasta la misma tinta que se pueden reconocer en la escritura del fol. 199 *v*, del que nos ocupamos más adelante), que ha suplido más tarde la laguna de V 70 φίλε (1) con un ναί suprascrito *rei metricae causa* (fol. 168), conjetura de gramáticos salidos de las escuelas de Planudes y Moscópulo y que había de divulgar otra familia de *recentiores*, la Parisina.

## 4. b) *Prolegómenos y argumentos.*

Los prolegómenos se extienden, como hemos dicho, del folio 121 al 123 y aparecen en el orden transcrito más arriba.

(1) Véase supra, p. 173.

Cotejándolos con los que figuran en las tablas de Wendel (1) se evidencia una correspondencia casi completa con los de los códices A E, salvo en la transposición de Gb en el Barcinonensis. Se trata, pues, de prolegómenos de la familia Vaticana, con un parecido, por otra parte, muy sensible con los de T, manuscrito que, como es sabido, contamina la Vaticana con la Laurenciana. Además, y ya en el marco de la recensión de Moscópulo, coinciden plenamente, incluso en las transposiciones, con los del Ferrariensis 155 (2).

Dejando aparte los escolios, que comienzan al pie del mismo fol. 121 a continuación de Gb con el escol. a ἀδύ, equivalente al vat. 1a de Wendel, aparecen intercalados en el texto a lo largo de los ocho idilios y presentan la forma característica del comentario de Moscópulo, de paráfrasis de los de la Vaticana, la colación de los argumentos arroja un resultado más variado en el sentido de que el escriba pasa claramente, en determinado momento, de una familia a otra.

Además del arg. 1 (3) siguen la Vaticana el arg. II a en la redacción de A E (fol. 144$^{v}$), y el arg. III a b, en la G U E A con lecciones, en caso de discrepancia, de P T (fol. 158 *v*). La redacción vaticana se interrumpe al pasar al idilio V. Este presenta, en efecto, el arg. V c, es decir, el contenido propio de P T no sin alguna lección de U E A como νέμοντος (folio 163$^{v}$). El id. IV tiene tras el título la redacción exacta de U E y a continuación el arg. IV a c d e como P T (fol. 173). Sigue el arg. VI d, igual a P T, y VI e, igual a P (fol. 178). Después, el arg. VII b con contenido, asimismo, de P T (fol. 181$^{v}$). Y, finalmente, tras este tono «laurenciano» dominante, vuelve el arg. VIII a b a los vaticanos U E A (fol. 193).

La homogeneidad del Barcinonensis es, pues, aquí menos sensible, si se comparan estos resultados con los alcanzados en el análisis del texto. En el texto la concordancia de nuestro códice con G A E U L es constante (y no sólo en las lecciones

(1) WENDEL: *Scholia in Theocritum vetera*, Leipzig, 1914.
(2) Citamos según WENDEL, *Ueberlieferung*, 174.
(3) Cit. según WENDEL, *Scholia*.

de adhesión estricta a la recensión moscopulea original) y la basculación hacia la Laurenciana se da en casos parecidos en número a los que Gallavotti para la redacción de Moscópulo reputó de «scarsissima evidenza» y que atribuyó principalmente, en lo que se refiere al contaminado códice planudeo S, a la frecuentación de su maestro.

## 5. *La posición relativa del códice en el grupo de Moscópulo.*

En el curso de este cotejo ha habido ocasión de relacionar al Barcinonensis con algún otro manuscrito de la recensión de Moscópulo en tal o cual punto concreto en que se manifiesta cierta singularidad. Pero sería aventurado elevar a doctrina hechos de este tipo con vistas a establecer interdependencias dentro del grupo cuando hay en contra el poderoso argumento del parecido que tienen entre sí los diversos códices moscopúleos. En esta situación, un dato externo, una circunstancia fortuita de transposición de folios con el consiguiente error de transcripción por parte del copista puede ser suficiente para marcar una ascendencia. Tal ha ocurrido con la filiación del Ambrosianus 782 (s. XV) con respecto al Ferrariensis 116 (s. XIV), establecida por Gallavotti a raíz de la transposición de los versos V 22-59 contenidos en un folio que en el último de los mss. citados está todavía fuera de lugar. Por un procedimiento análogo se ha venido en conocimiento de la ascendencia del mencionado Ambrosianus con respecto al Vaticanus 53 (s. XV), cadena de hipótesis que luego una rápida colación ha confirmado (1).

Pero para el Barcinonensis no tenemos datos externos de este tipo en que basar una hipótesis *a priori*, y en todo caso careceríamos de medios para una colación, incluso una colación somera con los códices que presentan como él la conocida interversión de los id. V, IV. A este respecto, de lo que de ellos dice Gallavotti y contando por nuestra parte con el dato pre-

(1) GALLAVOTTI: *R. F. I. C.*, XII (1934), 353.

vio de la notable antigüedad del Barcinonensis a la que enseguida nos referiremos, sólo cabría deducir que el Codaniensis 1982, el único que se le aproxima en fecha (s. XIV, aunque sin citar el año), puede tener con el nuestro una relación estrecha, si no de dependencia, sobre todo a juzgar por la acotación *cum scholiis et argumentis praemissis prol. Va* (1), que después de lo analizado por nosotros, conviene exactamente al Barcinonensis y con mayor propiedad, desde luego, que la que Gallavotti aplica a éste (2).

No obstante, si una colación en este punto no está a nuestro alcance y únicamente una conjetura vaga alienta a postular para el Barcinonensis cierta prelación, dentro de su grupo, en lo que es característico de él, la anticipación del idilio V, la antigüedad del manuscrito—adelantamos aquí el *terminus ante quem:* 1312—puede autorizarnos a argumentar en el terreno de los más antiguos y óptimos códices de Moscópulo.

Este es el momento de aludir, a la luz de los recientes resultados de la crítica del texto de Teócrito, a la vieja cuestión de la relación del Barcinonensis con el Vaticanus 40 (O), planteada en tiempos en que era aún vigente la consideración de que gozó este códice en el *stemma* teocriteo y en virtud de la cual escapó a editores como Wilamowitz y Legrand su verdadera fecha y carácter. Estos extremos han sido puestos de manifiesto en nuestros días a raíz de los estudios de Gallavotti, quien al constatar que las lecciones que son propias de O figuran en casi todos los códices moscopuleos ha rebajado la presunta antigüedad (s. XI o XII) que le concedían sus antecesores y lo ha colocado en el nivel que a su juicio le corresponde, «hacia 1300 o poco después» y en el cuadro de la tradición de Moscópulo (3).

Esta puesta al día de lo concerniente al códice O plantea también en sus justos términos la cuestión de su relación con el Barcinonensis y es suficiente para mostrar que lo que

---

(1) GALLAVOTTI: *Theocritus*, 275.
(2) Véase nota. 9.
(3) GALLAVOTTI: *R. F. I. C.*, XII (1934), 351.

justificaba este parangón es el común fondo moscopuleo ahora claramente establecido. Además, el «descenso» de O y su colocación en el plano de los *recentiores* entre los que figura, con su verdadero carácter, como «el mejor y más antiguo códice de Moscópulo», hace más viable cualquier hipótesis en torno a su proximidad con el nuestro. Baste añadir aquí que en la esfera de O sitúa Gallavotti los también antiguos manuscritos moscopuleos Ravennas 183 y Lipsiensis 3 a los que es común con otros como el Vaticanus 50 y el Urbinas 140 el dato externo de no tener en el primer idilio sino glosas u escolios marginales—el Barcinonensis no está exento de glosas y escolios interlineares ya desde el id. I, pero algunos son de otra mano—, y los códices citados más arriba especialmente los Ferrarienses, acerca de los cuales no será ocioso ahora recordar las concordancias registradas con el 155, que por otra parte presenta también alguna anomalía en el número, si no en el orden, de los idilios.

Pero dejamos ya este campo propicio sólo a la conjetura —*horum codicum inter se necessitudines, e quibus quisque ortus sit, cum incertae sane sunt in tanta librorum copia, tum indignae, quae nos longius morentur* (1)—para pasar a un tema por lo menos importante para la historia del códice: su fecha.

## 6.—*Subscriptio y fecha.*

Hemos utilizado más de una vez el argumento de la antigüedad del Barcinonensis por creer contar con una fecha concreta (2), escrita en el códice. La obviedad del dato en nuestro caso, que contrasta con la difícil obtención, en muchos otros, de un resultado satisfactorio sobre este extremo, no nos exime, sin embargo, de decir algo acerca de la forma como este dato se nos ofrece.

---

(1) GALLAVOTTI: *Theocritus*, 275.

(2) Desde Martin se le considera como del siglo XIV. WENDEL, *Ueberlieferung*, 172, termina su descripción con las palabras: «Z. Zt. nicht auffindbar».

Por de pronto, el escriba de nuestro Teócrito no ha dejado *subscriptio* y tampoco se ha conservado en sus folios el nombre de Moscópulo, lo que no es de extrañar por ser habitual en los ejemplares que mantienen la estructura original de la recensión moscopulea. Pero sí tenemos constancia de una nueva mano que ha intervenido en el códice y ha consignado en la obra del desconocido copista correcciones y variantes por colación con otros testimonios de la tradición manuscrita. A ella se debe sin duda el ναί con que se suple la omisión de φίλε ya citada (V 70), la ε suprascrita de la corrección de V 129 καίονται, el ἁμὸν moscopuleo sobre el ἐμὸν de K Va (V 108), entre otras muchas. Esta es, en fin, la persona que ha puesto, con la misma letra y tinta, un τέλος en el *verso* de fol. 199, al que nos hemos referido ya en nuestro trabajo. Se trata de una suscripción coronando el último cuaternión del manuscrito, hecha con apresurada y mala caligrafía, y que nos da el nombre del autor de esta colación, un tal Teodoro—τέλος Θεοδόρος (sic)...—y una fecha: μην. αὐγ. σωκ', es decir, el mes de agosto de 1312 (6820-5508 = 1312), el último mes del año según el uso de Constantinopla (1).

Estas líneas marcan, pues, a nuestro juicio, un *terminus ante quem* que permite remontar al borde mismo del siglo la antigüedad del códice (cf. por ej. la fecha, conocida, del Ferrariensis 155: 1337).

### 7.—*Conclusiones.*

En resumen, creemos poder afirmar que nuestro trabajo, dentro de los límites que le han sido impuestos, amplía el conocimiento del Barcinonensis tanto en el marco de la tradi-

---

(1) Hay que insistir en la calidad de la escritura, que contrasta ciertamente con la del códice; se lee bien, en la primera línea, τέλος y el nombre del escriba, más adelante... ὑπ' ἐμοῦ, y al final, claramente, la fecha que hemos transcrito. Otros extremos sobre esta persona no identificable en VOGEL-GARDTHAUSEN, *Die griech. Schreiber, Beihefte z. Zentralblatt f. Bibliothekswesen*, XXIII (1909), son problemáticos.

ción de Moscópulo como desde el punto de vista de la historia del códice.

El análisis interno efectuado ha permitido ante todo verificar el carácter moscopuleo del texto, que era inferido hasta ahora del dato externo del número y orden de los idilios, y ha innovado cuanto se refiere a los prolegómenos y argumentos. A este respecto puede considerarse establecido que el Barcinonensis presenta los prolegómenos de la familia Vaticana y sendos argumentos para los idilios, cuya redacción se alinea a veces con la Laurenciana.

Acerca del texto es posible puntualizar además que, aun tratándose de una redacción en general ajustada a la original de Moscópulo, se dibujan ya algunas discrepancias, no insólitas por otra parte en los más antiguos códices del grupo. El Barcinonensis figura, en efecto, entre ellos—y ésta es la última conclusión—en virtud del dato positivo de una fecha escrita en él por mano distinta de la del autor del manuscrito: 1312. Con el siglo comienza, pues, la vida del Barcinonensis cuyas vicisitudes llenan un largo y desconocido período que se cierra a mediados del XVII cuando aparece en la biblioteca napolitana de don Pedro de Aragón.

PEDRO PERICAY

# DAS PROBLEM DER LÜCKE UND DER SECUNDUSREDE

IM

# DIALOGUS DE ORATORIBUS

VON

KARL VRETSKA

Während das Problem der Lücke oder der Lücken im Dialogus de oratoribus und das damit zusammenhängende Problem der Secundusrede die Fachwelt bis gegen Ende der Dreissigerjahre stark interessiert hat, scheint man sich seither darum weniger zu kümmern: in der Frage des Umfanges der Lücke resigniert man wohl, weil «zu einer Klarheit mit unserem Material nicht zu kommen ist» (1); hingegen sind in der Frage der zweiten Lücke, für die sich *GUDEMAN* in seinem Kommentar eifrigst eingesetzt hat, nach den zahlreichen Gegenargumenten verschiedener Gelehrter (2) keine neuen Versuche eines positiven Nachweises gemacht worden. Dazu kommt noch der Umstand, dass man einen unbezweifelbaren Inhalt für die Lücke bisher nicht gefunden hat und daher mit dem ohne besondere Rücksicht auf sie gewonnenen inhaltlichen und auch formellen Aufbau zufrieden ist (3).

---

(1) H. DREXLER, Burs. Jb., 1929, 284.

(2) Die wichtigsten zählt K. KEYSSNER, Betrachtungen zum Dialogus als Kunstwerk und Bekenntnis, 1936, S. 1, Anm. 1 auf.

(3) E. KÖSTERMANN, Herm., 1930, S. 411 hält es für aussichtslos, ihren Inhalt zu ergründen und hält daher auch den Versuch K. v. FRITZ', Rhein. Mus. 1932, S. 275ff, der durch seine Analyse Platz für eine Erörterung der mores und ingenia machen wollte, für unzureichend: Burs. Jb., 1943, S. 87.

In diesem Aufbau findet nun K. BARWICK (1) eine überraschende Konzinnität—er hat Secundus als Redner eliminiert—da «im ganzen drei Redner sprechen: Aper, Maternus, Messalla; und jeder hält zwei Reden. Die Reden sind paarweise zusammengeordnet, mit je einem Thema und gegensätzlich aufeinander komponiert. In jedem Redepaar ist die zweite kürzer als die erste».

Diese Paare sind demnach Aper-Maternus in der Frage über den Vorzug von Rede- und Dichtkunst; Aper-Messalla in der Frage, ob die heutige Redekunst schlechter sei als die frühere und schliesslich Messalla-Maternus in der eigentlichen Hauptfrage nach den Gründen des Verfalles der Beredsamkeit.

Diese Konzinnität ist zunächst an die Voraussetzung gebunden, dass die Lücke nach der Barwickschen Berechnung ein Ausmass von 6 Kolumnen, also 1 1/2 Folien hat; denn nur so kann man annehmen, dass in den ungefähr ausgefallenen 110 Zeilen (2) auf die dem Ende bereits nahe Messalla-Rede ein Interloquium von etwa 40-50 Zeilen und der Anfang der Maternus-Rede mit etwa 60 Zeilen gefolgt sei.

Doch selbst unter Annahme dieser an sich keineswegs gesicherten Voraussetzung liegt ein Schönheitsfehler in der Konzinnität vor: Messalla spricht ja nicht zweimal, sondern d r e i m a l. Dies, wenn man die beiden Unterbrechungen durch Maternus (27,1 und 33,1) rein äusserlich als Trennungszeichen nimmt. Sieht man in ihnen nur «sichtbar» gewordene innere Gliederungsmittel der Rede (3), dann spricht Messalla nur einmal (4). Auf keinen Fall kann man aber eine—wie sich zeigen wird—so genau bedachte Aufglieder-

---

(1) Zur Erklärung und Komposition des Rednerdialogs des Tacitus, Festschrift f. JUDEICH, 1929, S. 107, dem auch KEYSSNER a. a. o. S. 8 und W. DEN BOER, Die gegenseitigen Verhältnisse der Personen im Dialogus de or. und die Anschauung des Tacitus, Mnem. 1939, S. 193ff. zustimmen.

(2) Darüber Näheres unten S. 192 f.

(3) So KEYSSNER, a. a. o. S. 23.

(4) So FRITZ, a. a. o. S. 282.

ung der Rede des einen Partners um einer von aussen an den Dialog getragene Gliederung willen ausseracht lassen und dafür eine Zweigliederung annehmen.

Damit ist das Argument der Konzinnität des Aufbaues auch für die Frage der Lückengrösse und der Secundus- Rede gefallen.

Gegen die Annahme einer Secundus-Rede hat man bisher drei Gründe vorgebracht (1): 1) seinen Charakter: R WALTZ (2) hat, ausgehend von den Angaben des Quintilian (10, 1, 120), die allerdings im Negativen nur andeuten, und einzelnen Charakterzügen, die Tacitus im Dialogus von ihm gibt, auf Übereinstimmung in der Schilderung des Mannes geschlossen und in Secundus einen Menschen gezeichnet gefunden, der jeder aktiven Rolle ausweiche, Maternus daher vor jedem aggressiven Wort warne (3), vor dem Schiedsrichteramt fliehe, gerne nach Messalla Maternus sprechen lasse und daher wenig geeignet sei, eine Rede zu halten (4).

2) Die Dialogführung: zwar verspreche Maternus (16, 3) pro d u o b u s die Unterstützung des Messalla, aber das sei nur höfliche Geste und erfordere kein tatsächliches Eingreifen als Redner (5); zudem werden am Schlusse (42,2) nur Maternus und Messalla gegenüber Aper erwähnt, was, wenn Secundus vorher gesprochen hätte, eine Unhöflichkeit wäre (6). Aufgabe des Secundus im Dialog sei es, das ideale Publikum abzugeben (7) oder als Muster der vielen «Schwachen» zu dienen, die «wahrscheinlich mit neidischen, bekümmerten Augen dem

---

(1) Aus A. SALVATORE, Il stilo e ritmo in Tacito, 1950, S. 84 entnehme ich, dass BARDON, Dialogue des or. et Institut. orat., REL, 1941, S. 126 ebenfalls gegen eine Rede des Secundus ist; durch seine Argumente, die mir hier nicht erreichbar sind, liess sich SALVATORE in seiner Annahme einer Secundus-Rede nicht umstimmen.

(2) Rev. de phil., 1935, S. 295ff.

(3) BOER, a. a. O. S. 205.

(4) BARWICK, a. a. O. S. 107.

(5) BARWICK, a. a. O. S. 91, BOER, S. 205.

(6) WALTZ, a. a. O. S. 300, KEYSSNER, S. 8.

(7) KEYSSNER, a. a. O., S. 9.

Zerfall der Beredsamkeit zusehen, deren Schüchternheit jedoch ihnen das Wählen unmöglich macht» und um die Diskussion zuerst im Gleichgewicht zu halten (1).

3) Den Inhalt des Erhaltenen: darin sei das Thema erschöpfend behandelt, da Messalla die sozialen und Maternus die politischen Gründe für den Verfall der Beredsamkeit behandelt hätten (2).

Auf die hier nun gewiss berechtigte Gegenfrage, warum denn unter solchen Umständen Tacitus überhaupt die Figur des Secundus eingeführt habe, antwortet man; weil er ihm als seinem verehrten Lehrer, ein «unsterbliches» Denkmal habe setzen wollen (3).

Um beim letzten Argument zu beginnen: das Denkmal, das dem Secundus die Vertreter der «Kurzlücke» auf Grund ihrer Argumentation besonders über den Charakter des Secundus zubilligen, ist wohl alles anders als «unsterblich» (4)!.

Über die Vollständigkeit des Inhaltes ein Urteil abzugeben, das dem Autor Zügel in seiner Arbeit anlegt, heisst, den Genius Tacitus mit den Masstäben unseres kritischen Geistes zu messen und seine schöpferische Kraft zu missachten. Wer würde—als Gegenprobe genommen—wenn uns ein Zufall die Kapitel 5-14 geraubt hätte, aus dem restlichen Dialog auf ihren Inhalt schliessen können? Bereitet doch dieses Praeludium auch so noch bedeutende Schwierigkeiten beim Einbau ins Ganze. Schon die einander widersprechenden Ergebnisse der Analysen—Fritz findet nach genauer Untersuchung die Notwendigkeit einer ganzen Rede in der Lücke (5)—zeigen die Unsicherheit der grundsätzlichen Voraussetzungen bei dieser Argumentation deutlich.

Die Argumente aus der Art der Dialogführung sind metho-

---

(1) Boer, a. a. O., S. 216f.

(2) Waltz, a. a. O. S. 300, Drexler, Burs. Jb. 1929, S. 265ff. Boer, S. 206.

(3) Keyssner, a. a. O., 23.

(4) Auch C. John weist auf die Unzulänglichkeit der Rolle des Secundus in dem erhaltenen Teil hin (Komm. S. 40).

(5) Fritz, a. a. O., S. 292f.

disch unzureichend; denn sie schliessen ex silentio und vergessen, dass in der Lücke viel oder alles von dem gestanden haben kann, worauf sie bauen.

Zu den Bedenken des ersten Punktes müssen wir, unter möglichster Ausschaltung aller Voreingenommenheit unseres Urteils und unserer Erwartung, einfach feststellen, was Tacitus über Secundus tatsächlich sagt.

Tacitus will (1, 2) *disertissimorum, ut nostris temporibus, hominum sermonem* wiedergeben, somit (1, 3) *quae a praestantissimis viris et excogitata subtiliter et dicta graviter accepi, cum singuli diversas..., sed probabiles causas adferrent, dum formam sui quisque et animi et ingenii redderent:* damach haben also alle Männer des Dialoges, soweit sie *praestantissimi* sind, gesprochen-oder wir müssen dem Autor eine Inkonsequenz zwischen Proömium und Durchführung insinuieren (1).

Wenn wir diese klaren Worte des Tacitus nicht pressen, sondern durch sie ausgesagt sein lassen, was sie nüchtern bedeuten, engt sich die Frage dahin ein, ob Secundus zu den *viri praestantissimi* gehört.

*Venerunt ad eum = Maternum Marcus Aper et Iulius Secundus, celeberrima tum ingenia fori nostri, quos ego utrosque... adsectabar mira studiorum cupiditate...* (2, 1). Diese Verehrung der beiden setzte sich auch über die Verleumdungen hinweg, die durch Böswillige *(maligni)* damals im Schwange waren. Man warf vor

dem Secundus: *nec promptum esse sermonem.*

dem Aper: *ingenio potius et vi naturae quam institutione et litteris famam eloquentiae consecutum...*

Demgenüber stellt Tacitus richtig:

*Secundo purus et pressus et, in quantum satis erat, profluens sermo* (2, 2).

---

(1) S. GUDEMAN z. St., einfach festzustellen, dass «dieser allgemeine Hinweis kein Beweis (für alle Anwesenden als Redner) sein kann» (KEYSSNER, a. a. O. S. 7, 10) ist ebensowenig ein Beweis; über *ingenia* vgl. F. EGERMANN, Hermes, 1935, S. 428.

Die beiden ersten Adjektiva beziehen sich nicht unmittelbar auf den erhobenen Vorwurf, sondern stellen an dem Stil des Secundus zwei der drei charakteristischen *virtutes* der Attiker fest (1). *Profluens* bezeichnet die Rede als flüssig, jederzeit in reichem Mass zur Verfügung stehend, eine Eigenschaft, die für den guten Redner notwendig ist; nun beschränke aber Tacitus eben diese Eigenschaft an Secundus, weise also den Vorwurf der Gegner nicht ganz zurück (2). Dass hier aber Tacitus missverstanden ist, lehrt der Zusammenhang: Tacitus weist ja einen VORWURF zurück durch die Behauptung, es fehle ihm nicht ein HINREICHENDES Mass an bereiter Rede; ausserdem darf man nicht übersehen, dass *profluens* auch eine negative Eigenschaft der Rede bezeichnen kann und sich dann der Bedeutung von *superfluens* (18,4) nähert: das zeigt Cic., De or. 3, 185 *illa sine intervallis loquacitas perennis et profluens* und die auch bei Cicero aufscheinenden Massbegrenzungen bei diesem Begriff: Brut. 220 *expeditam et profluentem quodam modo celeritatem* und De or. 2, 64 *genus orationis... cum lenitate quadam aequabili profluens.* Ferner ist der Bau des Satzes zu beachten. So wie Tacitus die Vorwürfe gegen seine beiden Lehrer parallel gebracht hat *(nec... et)*, so betont er auch in ihrer Widerlegung die Gleichwertigkeit seiner Argumente durch *et... et* und hebt sie somit b e i d e auf: bis hierher, im Proömium also der Schrift, können wir keinen Grund finden, dass Secundus von Tacitus nicht unter die *viri praestantissimi* gereiht worden wäre.

Nun eröffnet Secundus das Gespräch mit einer Warnung an Maternus wegen seiner freien Äusserungen im «Cato» (3, 2). Die Tatsache des Anstosses, den Maternus durch die Wahl und Ausführung seines Themas erregt hat, spiegelt sich in zweifacher Weise in den Personen des Dialoges wider: Secundus rät zu einer sorgfältigen Überarbeitung, um die Stellen auszu-

---

(1) Vgl. Cic. Or. 79 *sermo purus erit et Latinus, dilucide planeque dicetur, quid deceat, circumspicietur;* dazu J. STROUX, De Theophr. virtutibus dicendi, 1912, S. 9.

(2) So ANDRESEN in der Einleitung zu seinem Kommentar, S. 9.

merzen, die Missdeutungen hervorrufen können: er mutet also seinem Freund nicht zu, absichtlich sie so geformt zu haben und somit bewusst gegen den Stachel zu löcken. Aper (10, 5f.) sieht darin bewusste Absicht *(meditatus videris elegisse personam notabilem et cum auctoritate dicturam)* und lehnt die damit verbundene Gefährdung ebenfalls ab, weil sie nicht durch einen höheren Zweck begründet sei (10, 8). Um die *securitas* schweben die Gedanken aller drei Männer (3, 2, 4, 2 und 12, 1; 10, 7) und Secundus wie Aper sind gegen ihre absichtliche Nichtbeachtung Eine Leisetreterei kann man deshalb aber noch nicht bei Secundus finden.

Aber er lehnt doch das ihm übertragene Amt des Schiedsrichters ab! Nun werden wir die Dialogführung zwischen Secundus und Aper (5, 1-4) kaum je völlig verstehen, da uns die Gestalt des Saleius Bassus und der Grund seiner Erwähnung zu wenig klar sind; aber so viel ist jedenfalls zu erkennen, dass wir hier viel mehr heitere Urbanität vorfinden, als moderne maligni wahrhaben wollen. Secundus will einem refus durch Aper zuvorkommen—er muss ihn ja erwarten, bei seiner bekannten innigen Freundschaft mit dem grossen Saleius und macht, was *probi et modesti iudices* immer machen, sich wegen ihrer Befangenheit des Richteramtes entschlagen. Ist er damit als gewissenhafter Richter, nicht als Drückeberger gekennzeichnet, so zeigt die Antwort des Aper, dass dieser auf die Entschuldigung nicht eingeht. Zwar liegt in 5, 4 eine unheilbare Verderbnis vor, aber der Sinn ist m. E. eindeutig gegeben; denn Aper weist ja den Anlass, den Secundus zur Entschuldigung gebracht hat, die befürchtete Anklage gegen die Dichtkunst, a limine zurück: *securus sit et Saleius...*: er wolle den Fall des Maternus als einen ganz besonderen *(non patiar Maternum societate plurium defendi)* betrachten, somit sei die Freundschaft mit anderen «Nurdichtern» keine Entschuldigung. Der vorhergehende *quatenus*-Satz dürfte also nach dem ganzen Zusammenhang doch positiv gewesen sein, etwa nach KEYSSNER *litis huius licet inveniri* (1).

(1) Sehr klar darüber R. REITZENSTEIN, GGN., 1914, S. 213ff.

Wenn dann Tacitus tatsächlich keinen Schiedsspruch fällen lässt, so wollte er damit keineswegs eine «Schüchternheit» des Secundus charakterisieren; ja, er konnte gar nicht einen Schiedsspruch zulassen, der den Dialog kompositorisch geradezu zerrissen und ausserdem dem Charakter der Schrift, die keines der aufgeworfenen Probleme dezidiert entscheidet, sondern dem Leser selbst zur Entscheidung aufgibt, widersprochen hätte (1).

Gerade dieser «zurückhaltende» Secundus ergreift in der gesellschaftlich heiklen Lage bei dem Eintritt des Messalla rasch das Wort *(minime, minime* 14, 2) und berichtet den bisherigen Inhalt, ohne ein Urteil über die beiden Standpunkte abzugeben (2), das nunmehr gegenüber dem neuen Gast geschmacklos hätte wirken müssen.

Mit Messalla tritt ein Mann auf die Bühne des Gesprächs, auf den man die in dem Proömium gegebene Charakteristik der *praestantissimi*, bzw, *disertissimi* zu beziehen vergessen könnte; daher lässt Tacitus gleich zu Beginn Aper an die besonderen Fähigkeiten des neuen Partners erinnern *(oblitus tuae eloquentiae* 15, 1).

Wieder ist es Secundus, der aus dem Streitgespräch zwischen Aper und Messalla die fruchtbare Möglichkeit eines neuen Gespräches erkennt und höflich die Eröffnung dem eigentlichen Initiator Messalla anheimstellt. Er selbst hatte gar keinen Grund, ein Gespräch zu beginnen, das er nicht angeregt hatte, wollte er nicht unhöflich erscheinen. Wenn dann

---

auch BOER, a. a. O. S. 216 lehnt ein *non* ab, beurteilt aber die Lage zu ungunsten des Sec.

(1) Ein Urteil des Secundus hätte gegen Aper lauten müssen; damit wäre das Gespräch an einem Ende gewesen, ehe es zum eigentlichen Thema geführt hätte: seine eigentliche Aufgabe (s. u.) wäre unerfüllt geblieben. Vgl. auch. FRITZ, a. a. O. S. 299.

(2) *Sermo-oratio* scheint mir kein Urteil des Secundus zu enthalten wie REITZENSTEIN zuerst dargelegt hat. Denn das Charakteristikum des *sermo*, seine Annäherung an die Umgangssprache (Ad Her. 3, 23), wird durch *accuratissimus* aufgehoben und ebenso das der *oratio*, das Oratorische, durch *poetarum similior*.

(16, 3) Maternus *pro duobus* Hilfe verspricht, so wird dadurch nicht Secundus als Mann charakterisiert, der vor einem Versprechen davonläuft, sondern der Grund liegt hier in dem Aufbau der Gesprächsführung: Maternus als Hausherr und späterer Debattenleiter m u s s doch auch etwas sagen. Man überblicke nur die Anordnung der Sprecher:

Messalla,
Secundus,
Messalla: erste Andeutung des Themas.
Aper: persönl. Replik.
Messalla: persönl. Duplik und erstes Aufwerfen des Themas.
Secundus: entscheidende Aufforderung zur Erörterung.
Messalla: Annahme, aber Bitte an alle drei!
Maternus: Versprechen für Secundus und ihn selbst, Aper ist ja schon «sprungbereit».

Deutlich ist hier zu erkennen: Secundus ist der Mann, der die entscheidende Wendung gibt-nur er kann es sein, da bei jedem andern dies eine Unhöflichkeit gegen Secundus wäre, der ja als Schiedsrichter vom vorhergehenden Gespräch noch das Wort hat. Andrerseits würde Maternus, wenn er nicht zuletzt spräche, überhaupt nicht in Erscheinung treten, was wieder nicht zu dem Gewicht seiner Person passen würde. Tacitus hat wohl überlegt seine Figuren ausponderiert.

Während nun Secundus bisher als reger und sprechbereiter Partner durchaus gleichwertig neben den andern gezeichnet ist, verschwindet er von nun an—im erhaltenen Teil des Dialogus—gänzlich von der Bildfläche. Er wird nur dreimal noch erwähnt: 28, 1 von Messalla: *nec reconditas, Materne, causas requiris nec aut tibi ipsi aut huic Secundo vel huic Apro*; hier wie 33,4 *deinde cum Aper quoque et Secundus adnuissent* durchaus gleichwertig neben den andern. Von entscheidender Wichtigkeit ist aber die dritte Stelle (32,7) aus der Rede des Messalla: *sunt aliae causae, magnae et graves, quas a vobis aperiri aequum est.* Wenn diese letzte Apostrophierung seiner b e i d e n Helfer durch Messalla im folgenden Gespräch nur eine Rede des Maternus nach sich gezogen hätte, dann wäre Secundus geradezu zu einer stummen Person degradiert worden:

das k a n n aber Tacitus nach der bisherigen Behandlung des Secundus nicht gewollt haben. Da er ihn bisher durchaus als *vir praestantissimus* und *disertissimus* charakterisiert hat, muss die Ausgangsbemerkung, wonach jeder seine Meinung geäussert habe, auch für Secundus gelten. Andernfalls wäre der Grund für die Einführung dieser Figur in den Dialogus nur unter Annahme einer groben schriftstellerischen Ungeschicklichkeit zu verstehen. Ist somit aus dem erhaltenen Teil auf eine Rede des Secundus zu schliessen, so wird dadurch auch das Ausmass der Lücke bestimmt: denn wenn Messalla zur Darlegung des ersten und bedeutendsten Grundes (32, 5) immerhin mindestens 240 Zeilen Raum erhalten hat, so kann Secundus die etwa noch offenen *aliae causae, magnae et graves,* nicht in kaum 90 Zeilen erledigt haben, die ihm bei Annahme der Kurzlücke etwa übrig bleiben.

Während somit die Untersuchung bisher die Annahme einer «Grosslücke» geradezu fordert, ergeben sich aus den uns überlieferten Angaben über die Lücke Schwierigkeiten, die bisher noch zu keiner Einigung und Klärung geführt haben. Die folgende Übersicht diene zur Orientierung:

| Decembrio im Cod. Ambros. R. 88 sup. f. 112. | Comment. Nicolai Nicoli Wfkl. Ph. 1913, 701. |
|---|---|
| *Opus XIV foliorum in columnellis. post hec deficiunt sex folia... post hec sequuntur folia duo cum dimidio.* | *Dialogus. qui liber continet XVIII folia.* |

CODICES

| Klasse X. VAT. 1862: | Y | Z |
|---|---|---|
| *hic desunt sex pagelle.* LEID.: *deerant in exemplo sex pagelle vetustate consumpte.* | NEAPOL.: *multum deficit in ex. quae reperiuntur.* VATIC. 4498: *hic multum defuit.* MARC.: *hic deficiunt quattuor parve pagelle.* | OTTOB.: *in ex. dicitur deesse sex paginas.* VIND. 2960 n. s. (*) *hic est defectus unius folii cum dimidio.* |

(*) So lautet jetzt die richtige Signatur des früheren Vind. 711.

Zunächst stimmen Decembrio und Nicoli nicht überein in der Zahl der Folien, da dieser 18, jener—ohne die Lücke—17 angibt. Doch lassen sich die Angaben vereinen, wenn man mit R. P. Robinson (1) annimmt, im Hersfeldensis sei das 15. Folio des Dialogusteiles ganz und die Recto-Seite des 16. unbeschrieben gewesen; der Mönch, auf den die Angaben Nicolis zurückgehen, habe dann die tatsächlichen Folioseiten, Decembrio den erhaltenen Text gezählt. Zu dieser Annahme passt nun die Lückenangabe im Vindobonensis 2960 und die zweite Angabe im Ottobonianus.

Die zweite Schwierigkeit ergibt sich aus der Lückenangabe der Handschriften der X-Klasse mit *sex pagelle*, zu der die erste Angabe im Ottobonianus mit *sex paginas* zu passen scheint. Barwick (2) fasst *pagella* und *pagina* als ein Synonym von *columna* und findet damit eine Übereinstimmung mit der Angabe der eineinhalb Folien. Robinson bestreitet (3) nun diese Bedeutungsgleichung und vermutet einen Irrtum des Schreibers der diesen Handschriften zugrundeliegenden Quelle, der dann durch eine Ungenauigkeit *(dicitur)* in den Ottobonianus gelangt ist.

Aber wieso kam Decembrio zu der Angabe der sechs Folien? Robinson versucht nachzuweisen, dass der «grandfather» des Hersfeldensis eine Majuskelhandschrift mit etwa 13 Buchstaben in der Zeile und fünfzehn Zeilen in der Kolumne gewesen sei, somit eine Seite ungefähr ein Viertel einer Seite des Aesinus, in dem zum Teil uns der alte Hersfeldensis ja erhalten ist, umfasst habe; entsprechend der Lücke von 6 Blättern, die in der Vorlage des Hersfelsensis vermerkt gewesen sei, habe der Schreiber den Raum von 6 Kolumnen freigelassen und die Lückengrösse angemerkt. Daher habe Decembrio seine Notiz.

Robinson und Barwick stimmen trotz verschiedener

---

(1) R. P. Robinson, Germania, 1935, S. 13.

(2) K. Barwick, Festschrift Judeich, 1929, S. 104.

(3) a. a. O. S. 13: he gives no instance of such a usage of *pagella* or *pagina* (= Col.).

Erklärung in der Annahme der Lückengrösse mit etwa 110 Teubnerzeilen überein. Aber gerade dieses Ergebnis erregt Bedenken, wenn wir damit unsere früheren Untersuchungen über Secundus vergleichen.

Zunächst muss als sicher gelten, dass Decembrio tatsächlich den Hersfeldensis eingesehen hat—dies gegenüber BARWICK, der meint, dem Decembrio habe nur ein Inventarium des Henoch vorgelegen. Die betreffende Notiz lautet: *Cornelii Taciti liber reperitur Romae visus* 1455*:* der Zusatz *visus* 1455 hat nur dann einen Sinn, wenn dazu als logisches Subjekt der Schreiber = Decembrio gedacht wird, also = *mihi visus;* die Notiz besagt also: in Rom befindet sich—auch heute noch—ein Kodex, den ich im Jahre 1455 gesehen habe. Das frühere Bedenken, Henoch habe in seiner Angst kaum seinen Kodex einem andern gezeigt, ist durch die Untersuchungen ROBINSONS wie Cl. W. MENDELLS (1) dadurch hinfällig geworden, dass, wie sicher nachgewiesen wurde, der Kodex des Henoch n i c h t der Hersfeldensis gewesen sein kann.

Decembrio beschreibt also den Kodex auf Grund einer Autopsie nach seinem Umfang unter Zugrundelegung der beiden Begriffe *folia* und *columnella;* es ist daher nicht wahrscheinlich, dass er sich bei dieser Beschreibung gerade einmal geirrt und *folia* statt *columnella* gesetzt habe (2). Nun umfasst der erhaltene Schluss des Dialogus zweieinhalb Folien. Wo stand die leere Seite? C. ANNIBALDI (3) lässt die Frage offen. Wenn wir auf Grund der Folioangaben Decembrios und unseres Textes die Folioseite des Hersfeldensis auf unsere Teub-

(1) Discovery of the minor works of Tacitus, AJoPh. 1935, S. 117. Gleichzeitig ROBINSON a. a. O. S. 351ff, besonders 356.

(2) So K. BARWICK, Rhein. Mus. 1913, S. 284, der das Versehen für umso leichter hält, als Decembrio gerade vorher von folia gesprochen habe. Über eine plausible Erklärung der tatsächlichen Irrtümer des Secretärs vgl. ROBINSON, S. 11f.

(3) In seiner diplomatischen Ausgabe der Germania, 1910, S. 11.

nerseite (Köstermann-Ausgabe) umrechnen, so erhalten wir:

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| bei der Germania | 1 Folioseite | = | 31,4 | Zeilen |
| beim Agricola | 1 » | = | 33,3 | » |
| beim Dialogus vor der Lücke | 1 » | = | 36,4 | » |
| nach der Lücke | 1 » | = | 39,8 | » |
| bei Sueton | 1 » | = | 40 | Zeilen (1). |

Der Schreiber hat also zunehmend enger geschrieben, selbst innerhalb derselben Schrift —wie beim Dialogus— sparte er gegen Ende mehr noch als zu Beginn. Das hat doch nur dann einen Sinn, wenn er sich auf Grund seiner Vorlage den benötigten Raum ausrechnete und nun auf einer bestimmten Seite fertig werden wollte. Da der Suetontext bis auf einen kleinen Rest der letzten Kolumne (Dec.: *ultimo imperfecto columnello finit)* eine volle Folienzahl aufweist, muss die Verso-Seite des dem Sueton vorhergehenden Folioblattes beschrieben gewesen sein, wenn das Sparen mit dem Raum einen Sinn gehabt haben soll (2). Somit war die fehlende Seite zu Beginn des Folios. Vor dieser Seite war ein ganzes Blatt unleserlich oder frei gelassen, damit betrug die Blattzahl des Kodex tatsächlich 18. Auf dem vorhergehenden Blatt stand nun eine Notiz am Rand, wonach dort eine Lücke von fünf Blättern vorliege: Decembrio sah diese Notiz und zählte nun die tatsächlich verlorenen Blätter zusammen und erhielt sechs und an erhaltenen 17 1/2. Die Z-Klasse hatte auf Grund der sichtbaren Lücke in ihrem Archetypus folium cum dimidio stehen, die X-Klasse durch einen Fehler pagellae statt folia, während die Y-Klasse, nachdem sich der Schreiber des Arche-

(1) Solche Berechnungen wurden auf verschiedene Weise angestellt und führten zu einander nahestehenden Ergebnissen; nur ANDRESEN hat in seinen Berechnungen (WfklPh. 1913, S. 149ff.) die Unterschiede in der Dichte der Beschreibung nicht berücksichtigt; vgl. dagegen W. ALY. Rhein. Mus. 1913, S. 636f., R. REITZENSTEIN, a. a. O. S. 177; zuletzt ROBINSON, a. a. O. S. 78.

(2) Und zwar unabhängig, ob man die Quaternionen nach VIVALDI a. a. O. S. 11 oder ROBINSON, a. a. O. S. 19 aufteilt.

typus umgesehen hatte (Neapolit.: *in exemplaribus, quae reperiuntur)*, mit *multum deest* zufrieden war.

Da wir nun keinen Grund haben zur Annahme, die Vorlage des Hersfeldensis, aus der die Lückenangabe genommen wurde, habe eine von ihm wesentlich unterschiedliche Beschriftung gehabt, dürfen wir die Grösse der Lücke mit einer gewissen Wahrscheinlichkeit nach den Massen des Aesinus berechnen. Je nachdem wir die Seitenwerte vor oder nach der Lücke einsetzen, erhalten wir die Extreme von 436,8 und 477,6 Zeilen, somit einen Durchschnitt von ungefähr 450 Zeilen.

Unter der Annahme einer Lücke in ungefähr diesem Umfang tritt die Messalla-Rede in die Mitte des ganzen Dialogs, was für ihre Beurteilung nicht ganz ohne Wert sein dürfte. In der Lücke stand dann ausser dem Ende der Messalla-Rede und dem Beginn der Maternus-Rede die Rede des Secundus, deren Umfang ungefähr dem der anderen grossen Reden entsprochen haben dürfte (200-250 Zeilen) und ein Interloquium.

Nun ergibt sich als letzte Frage die nach dem möglichen Inhalt der Secundus-Rede.

Die Ausgangsfrage des Dialogus ist in der durch Chiasmus verstärkten Antithese klar gestellt: *cur, cum priora saecula tot eminentium oratorum ingeniis gloriaque floruerint nostra aetas vix nomen oratoris retinet laude eloquentiae orbata.* Die frühere Zeit hatte also viele Redner hohen Ruhmes, während die heutige kaum noch den Namen *orator* kennt und des Ruhmes der Beredsamkeit verwaist ist. Die Wahl der antithetischen Begriffe ist zu beachten: Tacitus vermeidet auf beiden Seiten extreme Formulierungen und gebraucht *tot*, nicht *omnes*, *vix*, nicht *non*. Der Unterschied wird deutlich, wenn man daneben die inhaltlich nahestehende Stelle aus dem älteren Seneca hält (Contr. I, proöm. 6): *ut possitis aestimare, in quantum cotidie ingenia decrescant... omnia ingenia, quae lucem studiis nostris attulerunt, tunc* (zu Ciceros Zeiten) *nata sunt:* danach gibt es also heute überhaupt keine grossen Talente mehr.

Tacitus lässt hingegen durch seine Formulierung die Möglichkeit offen, dass es auch heute noch *oratores* im hohen Sinn dieses Wortes gibt, wenn sie auch selten geworden sind: nach dem Grund dieser Abnahme ist also gefragt, nicht aber nach dem Grund der Verschlechterung des *orators: orator* einst und—w e n n man heute diesen Titel noch gebraucht—*orator* heute sind an sich im gleichen Besitz hoher Kunst und hohen Ruhmes. Dass es auch «heute» noch *oratores* gibt, zeigt nun der Dialogus selbst. Tacitus hebt ja aus der Zahl der bloss *diserti horum temporum* (1, 1) jene Teilnemer am Dialog als *disertissimi ut nostris temporibus* heraus (1), sie sind *praestantissimi viri* (1, 3), *celeberrima tum ingenia fori nostri* (2, 1) und selbst die Gegner geben zu, dass Aper *famam eloquentiae* erreicht habe: also alles, was von den *oratores* der früheren Zeit zu Beginn behauptet wurde. Auf diesen Hintergrund der Aussage des Autors im Rahmen ist nun die Äusserung des Messalla zu beziehen (14, 3): *vos, viri optimi et temporum nostrorum o r a t o r e s* : der konsequenteste *laudator temporis acti* bestätigt hier dem Autor, dass es auch damals noch *oratores* gegeben hat. Wenn dann noch Aper rasch den Kreis der Berufenen auf Messalla und seinen Bruder ausdehnt (15)

(1) Die Stelle wird verschieden verstanden: teils fasst man *disertissimi* elativ (John, Dienel) und sieht dann in der Einschränkung *ut nostris temporibus* die Überzeugung des Tacitus von der Überlegenheit der alten Redekunst; teils versteht man den Superlativ relativ (Andresen) unter gleicher Deutung der Einschränkung. M. E. kann *disertissimi* in seiner betonten Gegenüberstellung zu *horum temporum diserti* (1, 1) nur echter Superlativ sein: als solcher wäre er vermessen, stünde nicht die urban-bescheidne und historisch-vorsichtige Einschränkung dabei: aus ihr spricht derselbe Geist wie aus der ähnlichen des Maternus 41, 5 *optimi et in quantum opus est disertissimi*. Man kann diese wohl abgewogenen Worte nicht verstehen, wenn man nicht den ganzen Dialogus vor Augen hat: so wird sich die Richtigkeit dieser Auffassung, die sich gegen jede einseitige «Aburteilung» in diesen Worten wendet, aus der weiteren Interpretation mit ergeben. Nebenbei sei bemerkt, dass *disertus* im Dialogus durchaus nicht in dem aus Cicero (De or. 1, 95) bekannten Gegensatz zu *eloquens* steht (s. auch *John* z. St.).

und damit die Männer einbezieht, die Messalla nicht gut hervorheben konnte, so haben wir die wahren *oratores* dieser Zeit vollzählig. Dazu passt auch, dass Maternus in seiner konzilianteren Art ebenfalls von den *oratores* seiner Zeit spricht (36,2 und 41,1), allerdings ohne sich auf bestimmte Personen zu beziehen. In dem Ausspruch Messallas—der allerdings nicht dem erzählten Gespräch angehört—*neminem hoc tempore oratorem esse* (15) erkennen wir die übertreibende Pointierung eines Streitgesprächs, hinter der sich die Selbstbescheidenheit (Aper: *oblitus et tuae et fratris tui eloquentiae)* oder selbstbewusste Heraushebung der eigenen Person aus dem verachteten Verfall ringsum bergen kann.

Dazu kommt noch, dass gerade diese Eingangsworte—wie SALVATORE (1) zu 2, 1 richtig bemerkt hat: *ex quo probatur, quantum suae vitae atque usus Tacitus in verba iniciat virorum, quos in Dialogo facit inter se colloquentes*—sehr viel Persönliches ungesagt in sich enthalten. Dass Tacitus in seiner Zeit als hervorragender Redner galt, wissen wir aus Plinius (Ep. 2, 1, 6 und 11, 17). Wenn dieser an der Kunst seines Freundes die σεμνότης als ihr besonderes Merkmal hervorhebt, so erfüllt Tacitus eben das, was er Aper als Anteil der echten modernen Kunst an der alten hervorheben lässt, die *gravitas* (23, 6). Ausserdem schildert er seinen eigenen Werdegang als Redner (2, 1) in jenen Formen, die Messalla als die der alten Zeit eigenartigen *exercitationes* und als Voraussetzung für eine hohe Eloquenz betrachtet. Tacitus beurteilte sich—und das mit Recht—als einen *orator* im hohen Sinn des Wortes. So wird uns die Formulierung der Eingangsfrage von zwei Seiten her als eine Absage gegen die radikale Verurteilung der gegenwärtigen Beredsamkeit deutlich (2). Wichtig ist, dass durch eine solche «gemässigte» Fragestellung ein freierer Zugang zu einer wirklich historisch-genetischen Erklä-

(1) A. a. O., S. 11.

(2) Vgl. JOHN, S. 49 des Komm., der die Schrift als einen Protest gegen die grundsätzliche Unterschätzung der modernen Beredsamkeit fasst.

rung der Entwicklung—nicht des Verfalls—der Beredsamkeit offen bleibt als bei einer radikalen Gegenüberstellung zweier Extreme; zudem verliert dadurch die Behandlung die Einseitigkeit eines doktrinären Konstruktivismus (1), der der Vielseitigkeit des wirklichen Lebens nicht gerecht werden kann.

Unberührt von dieser Frage erscheint das Vorgespräch zwischen Maternus und Aper. Und doch hat es seine wohlabgewogene Aufgabe. Zunächst grenzt es das Thema des kommenden Gesprächs über die *eloquentia* begrifflich ab. *Eloquentia* als ein hohes Lebensziel wird von keinem der beiden Gegner bestritten; strittig ist nur die jeweilige Form, in der sie in die Wirklichkeit umgesetzt werden soll, wenn im selben Menschen Anlage und Fertigkeit für mehrere Formen vorhanden sind (2). Zwei Formen der *eloquentia* werden im Streitgespräch gegenübergestellt, die oratorische des Aper und die poetische des Maternus, der nach dem Lob Apers dessen Eloquenz *lucrosa et sanguinans* (12, 2) nennt und in der Poesie die Form der goldenen Zeit findet (14, 2f.) Auf die Eloquenz der Geschichtsschreibung wird nur leise hingedeutet durch das Lob des Messalla für Secundus' biographische Arbeit (14, 4). Unzweifelhaft spiegelt sich in dieser Verbindung von oratorischer und historischer Eloquenz in der Person des Secundus Tacitus selbst wieder, stärker jedenfalls als in der sonst angenommenen Tätigkeit des Maternus (3).

Durch diesen Hinweis auf die verschiedenen Arten der *eloquentia* wird der Leser einerseits dahin aufgeklärt, dass die

---

(1) Vgl. BOER, a. a. O. S. 224: Immer bleibt noch etwas vom Alten, was man als abgetan betrachtet, übrig, um uns an die Wahrheit des Wortes zu erinnern: «Alles Leben wurzelt im Kompromiss».

(2) Während F. EGERMANN, Herm. 1935, S. 425 hier den Kampf um die Existenzberechtigung des musischen Menschen entfacht sieht, lehnt J. STROUX Phil., 1931, S. 339 eine Synkrisis zwischen Eloquenz und Poesie ab; ihm geht es um den e i n e n Menschen, der zu beiden Aufgaben berufen ist. Vgl. auch noch FRITZ, a. a. O. S. 291, DREXLER, Burs. Jb. 1929, S. 424; zur rhetorischen Theorie W. KROLL, Studien, S. 34ff.

(3) So etwa KEYSSNER, a. a. O. S. 18.

Eingangsfrage nach den *oratores* nur ein Teilgebiet der *eloquentia* betrifft und im allgemeinen nur dieses erörtert wird, andrerseits wird ihm verständlich, wie Aper in seiner zweiten Rede auch die Poesie in denselben Entwicklungsgang einreihen kann.

Nun wird am Schluss des Vorgespräches kein Urteil abgegeben: mit voller Absicht, da ja dadurch der Weitergang des Gespräches versperrt, vor allem aber die Schlussrede des Maternus unmöglich würde. Denn wenn dieser dann die Ursachen für den Rückgang der oratorischen Beredsamkeit in den politischen Voraussetzungen erkennt, so muss damit der Weg für die poetische nicht verlegt sein; aus der zunächst persönlichen Entscheidung des Maternus für die Poesie wird so am Ende ein allgemein möglicher Lebensweg für alle Römer, die ihre Zeit verstehen.

Im ersten grossen Interloquium wird dann das Thema des Hauptgespräches gestellt; es lautet nun nicht völlig gleich mit der Anfangsfrage; vielmehr sucht man *causas huius infinitae differentiae* zwischen einst und jetzt. Während jene nach der Ursache für das zahlenmässige Absinken der *oratores* forschte, geht es jetzt um die Qualität der Beredsamkeit im allgemeinen, wobei nicht berücksichtigt wird, ob einzelne noch im Besitz einer hohen Redekunst sind. Vielmehr stehen die *antiqui* als *optimi* den *recentes* als *pessimi* gegenüber. Diese Fragestellung ist weniger historisch orientiert als die erste, versucht dafür jedoch von einer Erscheinung das Wesentliche rein gedanklich zu erfassen. Die notwendige Folge einer solchen Betrachtung ist die kategorische Leugnung einer gegenwärtigen hohen Eloquenz, wie es Messalla zu tun pflegt (15, 1), und die von höflicher Bescheidenheit getragene Erklärung des Maternus, in der er sich selbst und die Mitunterredner in den Rückgang der Zeit einschliesst: *cur... recesserimus* (24, 3); aber das vorhergehende (24, 2) *quamquam modo laudati sumus* weist schön auf den andern Standpunkt des Autorproömiums hin.

Apers (16,4-23) Rede ist deshalb von besonderer Wichtigkeit, weil sie in einem gewissem Sinn diese zwei Fragen, die an sich miteinander unvereinbar erscheinen, doch verbindet

und damit einen von taciteischen Gedanken getragenen Beitrag zur Analyse eines Geistesproblems liefert. Dies erreicht Aper dadurch, dass er einmal die scharfe Antithese Gut und Schlecht widerlegt. Dazu bedient er sich zunächst dialektischer Spielereien mit dem Begriff *antiquus*, den er am grossen Weltjahr misst und als relativ erweist. Das ist in dieser Form nicht ernst gemeint, wie die Antwort Messallas zeigt (25,2) (1). Aber ernsten historischen Blick verrät der weitere Hinweis auf die Nähe dieser «alten» Zeit zur Gegenwart. Und echte Menschenerkenntnis hat die dritte Ablehnung der Gegenansicht geschaffen, da er diese auf eine allgemein-menschliche Eigenheit der *laus temporis acti* zurückführt (18, 3) und damit ihre mangelnde Wissenschaftlichkeit mittelbar dartut. Auch den Gegenpol zu diesem Verhalten berührt Aper, wenn er die Sucht des Menschen nach immer Neuem und den Überdruss an Altem als movens in seiner Theorie verwendet (20, 4, 21, 4), und lässt uns damit einen Blick in die tiefe Menschenkenntnis des Tacitus tun.

Damit berühren wir schon den eigentlichen Hauptgedanken der Aper-Rede, eine wirklich historische und unvoreingenommene Erklärung nicht des Verfalls, sondern des Stilwandels, der geschichtlich bedingt ist und alle Formen der *eloquentia*, somit auch die Poesie (20, 3), und darüber hinaus auch jegliche Kunst erfasst: *quid enim, si infirmiora horum temporum templa credas, quia non rudi caemento et informibus tegulis exstruuntur, sed marmore nitent et auro radiantur* (20, 7)?

«Alt» und «neu» eignen sich als relative Begriffe (18,1 *merito antiquos)* nicht zu Trägern einer absoluten Qualität im Sinne von «gut» und «schlecht». Ausserdem erkennt man bei genauerem Zusehen, dass jede Zeit in ihren Schöpfungen Unterschiede aufweist, die eine zu starke Verallgemeinerung

---

(1) Das ist die Art des philosophischen Disputes, auf die ja hingewiesen wurde (1, 4) und wozu wir die Rolle des Furius Philus in De rep. vergleichen können. Es wäre aber verfehlt, aus der Äusserung *ac ne ipse quidem ita sentit* (24, 2) zu folgern, Tacitus nehme den Aper nicht ernst; vgl. DREXLER, a. a. O., S. 265.

auf Pauschalurteile verbieten, und zum andern, dass der festzustellende Stilwandel nicht ein Verfall ist, sondern ein Fortschreiten vom Einfachen zum Vielfältig-Reichen, vom Schmucklosen zum Schmuckvollen, vom Groben zum Feinen, Urbanen (1). So ist der Weg der Beredsamkeit bis in die Gegenwart ein Weg zunehmenden Geschmacks. Diese Steigerung, deren Ursache ein Drängen des Menschen nach Neuem ist, hört nie auf: sie ist auch über einen scheinbar absoluten Gipfel wie Cicero hinausgeschritten, vorderhand bis zu einem neuen Höhepunkt in Maternus und den andern, die *gravitati sensuum nitorem et cultum verborum miscent* (23, 6): in dieser durch eine richtige Nachahmung der Besten der früheren Zeit geadelten modernen Redekunst haben wir das persönliche Stilideal des Tacitus zu erkennen (2).

Mit dieser fortschreitenden Entwicklung können nicht alle Zeitgenossen gleichen Schritt halten; daher wird es immer Tadler des Gegenwärtigen geben: das erlebte Cicero ebenso wie es jetzt Maternus und andern ergeht: von der Umwelt getadelt, werden sie Musterbilder der Zukunft sein, aber —und das müssen wir im Sinne des Tacitus ergänzen—sie werden ebenso wie Cicero schon heute, in Zukunft einmal übertroffen werden. Gestaltsqualitäten in der Beredsamkeit sind also relativ und ihre Absolutsetzung ungeschichtlich (3).

In diesem wirklich bedeutenden Hauptgedanken der Aper-Rede, der sich, wie man sehen wird, in seiner Struktur mit dem des Maternus in dessen letzter Rede berührt, erkennen

---

(1) Vgl. JOHN, a. a. O., S. 37.

(2) Darauf verweist in anderem Zusammenhang schon R. REITZENSTEIN, a. a. O., S. 261.

(3) Bei einer so durch und durch historischen Schau fehlt natürlich jedes absolute Ideal; daher erscheint mir die Ansicht v. FRITZ' von einem absoluten Masstab, mit dem Aper die alte Eloquenz messe, nicht richtig (a. a. O., S. 288f; dagegen BOER, a. a. O., S. 197). Jede Zeit hat ihre «Form», diese aber wird, da sie in der Entwicklung drinnen steht, von der späteren Zeit aus der inzwischen gewachsenen Differenz beurteilt.

wir den Geschichtsdenker Tacitus, von dem Seel (1) mit Recht sagt, er sei vielleicht nie wieder in so hohem Grad Historiker im modernen Sinne gewesen wie im Dialogus. Wenn er nun diese Gedanken, welche die Einseitigkeit eines starren Standpunktes, wie ihn gleich Messalla zeigt, deutlich machen, gerade Aper in den Mund legt, so kann er ihn nicht als einen Menschen gezeichnet haben wollen, der Mangel an historischem Verständnis hat und von dessen Unfähigkeit seine Freunde überzeugt seien (2).

Durch Apers Rede ist der Leser gewarnt, die nun folgenden Worte des MESSALLA als letzte und endgültige Aussage zu nehmen und dies, wiewohl sie ebenso Wichtiges zu geben haben: nur ihre extreme Ausgangsposition ist bereits als ungeschichtlich überwunden.

Doch zunächst zu ihrer Form; denn es gilt zu entscheiden, ob Tacitus hier drei Reden geben wollte oder eine einzige mit besonders beabsichtigten Unterbrechungen. Schon der Anfang zeigt, dass die Rede als Einheit und Ganzes konzipiert ist: *sequar praescriptam a te formam* (25, 1): denn damit verspricht Messalla die Darlegung der Gründe für den Unterschied in der *eloquentia* einst und jetzt. Diese Unterschiede hat ja Aper zu Unrecht, wie Messalla meint, geleugnet, und daher wendet er sich zuerst gegen ihn, aber *neque diu dicendum est*, das Hauptziel bleibt fest, die Darlegung der *artes* und *exercitationes:* dass darin sein Lieblingsgedanke enthalten ist, deutet ja schon seine Anspielung auf die *scholasticae controversiae* (14, 4) an. So bildet seine «erste» Rede nur die Einleitung zur Gesamtrede. Die Unterteilung hat also nicht Reden zu trennen, sondern eine andere Aufgabe, natürlich nicht die der Gliederung, die hier so wenig nötig gewesen wäre wie etwa bei der Aper-Rede.

Zum erstenmal muss Maternus seinen Freund unterbre-

(3) O. SEEL, Römische Denker und römischer Staat, 1937, S. 45.

(4) BOER, a. a. O., S. 197.—Die Charakterisierung des Redners erfolgt durch die Art seiner Kritik, seine Hyperbolik vgl. DREXLER, a. a. O., S. 265) und die schwungvoll gesteigerte peroratio.

chen, weil sich dieser im Eifer seiner Erwiderung zu der Drohung hinreissen lässt, Namen zu nennen: damit hätte er das Thema ganz verlassen. Hier spüren wir den feurigen Angriffsgeist des jungen Römers. Zum andernmal lässt ihn die Liebe zu den philosophischen und juristischen Studien *(ineptiis meis* 32, 6) vergessen, dass er noch nicht am Ende seiner Rede ist: wieder hat sein Temperament ihm einen Streich gespielt. Auf die Mahnung des Maternus reagiert er recht persönlich: er hätte, was man von ihm erwarte, eigentlich schon gesagt, da *ars* und *exercitatio* nicht trennbar seien; dann fährt er etwas jugendlich-vorwitzig fort: *sed si c u i obscuriora videntur*...! All das charakterisiert den Sprecher und gibt seiner Gestalt Farbe und Plastik, und dies umso mehr, als sich diese Art auch in seinen Gedanken offenbart (1).

Dazu gehört schon sein intransigentes Verharren auf seinem extremen Standpunkt auch nach den Ausführungen des Aper, dem er nur einiges wie die species-Unterschiede zwischen gleichzeitigen Rednern zugesteht (2). Die Antithese von einst und jetzt ist unverändert stark: allen Rednern der Vergangenheit ist höchste Kunst zu eigen, der heute überall *lascivia verborum, levitas sententiarum, licentia compositionis* (26, 2) gegenüberstehen, sodass *oratores nostri tenere dicere, histriones diserte saltare dicantur* (26, 3). Die Überspitzung dieser Worte ist unüberhörbar; sie sind der Gegensatz zu den letzten Zusammenfassungen des Aper über den *cultus* seiner Zeit, verkörpert in seinen Freunden (23, 6): aber da Apers Ausführungen durch die Worte des Rahmens, wie oben gezeigt, gedeckt werden, also der Meinung des Autors entsprechen, steht hinter Messallas Ansicht in ihrer Outriert-

(1) Ich kann nicht mit FRITZ, a. a. O., 290 u. 297 einen Verzicht auf Charakterisierung zum Zweck der Objektivierung des Inhalts feststellen; hier eine endgültige Absage des Tacitus an die Rhetorik zu finden, übersieht die Zusammenhänge der ganzen Schrift: vgl. dazu K¨STERMANN, Burs. Jb., 1943, S. 87.

(2) A. SALVATORE, a. a. O., S. 7 übertreibt jedenfalls stark, wenn er sagt: *haudmultum Messallam ob Apri abesse sententia apparet;* doch s., S. 205.

heit Tacitus n i c h t! Damit zeigen die Reden Apers und Messallas eine gewisse formale Ähnlichkeit, als sie beide in ihrem Beginn nicht «voll» genommen werden dürfen: erst im Laufe der Rede stossen beide Redner zu gültiger Aussage vor.

Übertrieben und daher den Sprecher kennzeichnend ist auch die Art der Beweisführung: unhistorisch ordnet sie gleichaltrige Redner in zwei verschiedene Zeitabschnitte (Pollio: Maecenas), weil es der Stil so erfordert. Jugendlich-apodiktisch und theoretisch-konsequent stellt sie je ein Bild der in einem Brennpunkt der Zeitlosigkeit zusammengefassten Vergangenheit einem verallgemeinernden Bild der Gegenwart in der Erziehungsfrage gegenüber. Die drei hier gegebenen Beispiele (Cornelia, Aurelia, Atia) erwecken den Anschein, als ob die Jugenderziehung im Rom der Bürgerkriege noch so wie einst gewesen wäre, während die Schilderung der Jetztzeit widerlegt wird durch den schon erwähnten im Rahmen geschilderten Bildungsgang des Tacitus selbst. Ähnlich übertrieben und unhistorisch ist es, wenn die rhetorischen Ideale Ciceros als in seiner Zeit erfüllt hingestellt werden, ohne Rücksicht also auf die tatsächlichen Verhältnisse, die wir aus De or. I erkennen können und auf die wieder Aper anspielt (22, 1).

Dies alles charakterisiert den Redner und die Art, wie er das Problem fasst: unhistorisch, aber in scharf herausarbeitender Profilierung der Gegensätze. Die dabei entstehenden Übertreibungen gehen zu seinen Lasten—aber darüber darf nicht die eminent wichtige positive Aufgabe vergessen werden, die Tacitus dem jungen Messalla gegeben hat. Zunächst ist er es, der genau in der Mitte seiner zweiten Rede und damit—nach unserer Rekonstruktion des Dialogus ungefähr in der Mitte des Gesamtwerkes die gültige Definition des *orator* gibt (30, 5): *is est orator, qui de omni quaestione pulchre et ornate et ad persuadendum apte dicere pro dignitate rerum, ad utilitatem temporum, cum voluptate audientium possit.* Sie entspricht nicht in allen, aber in wesentlichen Punkten dem Bild, das Aper von seinen Freunden entworfen hat (23, 6)

und führt somit über die Gegensätze der Methode der Darstellung zu tatsächlicher Aussage des Tacitus.

Weiter ist es Messalla, der über Aper hinaus tiefer in das Problem einführt. Denn Aper hat gerade dort, wo er aus taciteischer Einsicht in die Entwicklung Neues und Wichtiges gab, doch nur auf die äussere Hülle geachtet: denn wenn er auf den Marmorglanz der gegenwärtigen Tempel hinwies zur Exemplifizierung des Fortschrittes in der Kunst über einstige Simplizität (20, 7), wird deutlich, dass darin allein nicht der Wert der kulturellen Entwicklung liegen kann. Ihr muss auch eine entsprechende seelische Haltung folgen. Hier zeigen sich nun tatsächlich die Schäden der neuen Zeit.

Ihren Hauptgrund (32,5) so klar wie möglich, selbst auf Kosten der geschichtlichen Richtigkeit aufzuklären und so die tiefste Ursache für das, was man mit Recht Verfall nennen konnte, aufzudecken (1), diese vorwiegend ethische Aufgabe war dem einzigen Stadtrömer anvertraut und dafür die wichtigste Stelle im Werk freigehalten: die Mitte. Der durch Aper aufgezeigten Linie nach aufwärts, der die Besten folgen, wird hier von Messalla die gefährlichere Linie nach abwärts gegenübergestellt, von der wieder die Besten abzuweichen die Kraft haben: dies festzuhalten—Tacitus hat, wie schon mehrfach gezeigt, im Rahmen wie durch die Bemerkungen vor allem des Maternus seinen Glauben daran unzweideutig kundgetan—ist für das Verständnis der Schrift von Wichtigkeit.

Der Grund, der sich unmittelbar schädigend auf die *eloquentia* auswirkt, wurde somit von Messalla—und zwar als einzigem im erhaltenen Teil (2)—in der schon angemerkten Art einer theoretisch-konstruktiven Betrachtung dargelegt: weitere Untersuchungen können somit entweder die Hintergründe für den Hauptgrund (die Gründe der Gründe bei

---

(1) 28,2: *non inopia hominum, sed desidia iuventutis, neglegentia parentum, inscientia praecipientium, oblivio moris antiqui.*

(2) FRITZ, a. a. O., S. 290f. KEYSSNER, a. a. O., S. 23.

Fritz) oder etwaige andere *(aliae causae, magnae et graves)* (32, 7) unmittelbare Gründe betreffen.

Zu diesen Möglichkeiten tritt nun eine weitere: Aper und Messalla, deren Reden sich trotz ihrer starken Gegensätzlichkeit ergänzen wie Fassade und Inneres eines Gebäudes, haben in ihrer Weise sich mit der aufgeworfenen Frage *huius infinitae differentiae* beschäftigt: der eine, indem er diese *differentia* leugnete und dafür den Fortschritt im *cultus* der Sprache zeigte, der andere, für den der Unterschied eine unbezweifelte Gegebenheit war, indem er auf die gewandelte Erziehung und Ausbildung hinwies. Keiner hat sich mit der Frage beschäftigt, die den Dialogus eröffnet. Aper lässt zwar die Möglichkeit zu ihrer Beantwortung offen, da es nach ihm gute Redner noch gibt, Messalla aber muss folgerichtig jeglichen *orator* in der Gegenwart leugnen, was er ja auch sonst tatsächlich tut (15, 1) (1). Somit ist die Ausgangsfrage, warum es so wenige gute Redner heute gibt, ausführlich überhaupt noch nicht beantwortet. Dies festzuhalten, ist wichtig.

Nachdem Gudeman mit nicht gerade glücklichen Gründen zu beweisen versucht hat, dass Maternus erst ab 40, 2 zu reden beginne, traten zahlreiche Gelehrte für die Einheit der gesamten nach der Lücke überlieferten Rede ein (2). Gegen-

---

(1) Wenn er daher *orator* auf Männer der Gegenwart bezieht. spricht er voll Hohn: *unde oritur foeda... exclamatio, ut oratores nostri tenere dicere, histriones diserte saltare dicantur* (26, 3).

(2) Vgl. BARWICK, Festschrift, S. 99f. V. FRITZ, a. a. O., S. 281ff., KEYSSNER, a. a. O., S. 3f., BOER, a. a. O., S. 199ff.—Es seien hier noch einige Ergänzungen angemerkt. Wichtig erscheint mir der Hinweis BARWICKS, dass bereits der erste Satz eine Missbilligung in sich trägt, denn jede Flamme braucht Stoff, der vernichtet wird, und Bewegung zur Entfachung des Brandes: Stoff sind die gefährdenden Auseinandersetzungen im Staate, Bewegung geben *perturbatio et licentia.* Dem Glanz der Flamme entsprechen die *honores:* auch hier ist die Missbilligung im Ton unüberhörbar. Ebenso wenn das allgemeine Durcheinander *(mixtis omnibus* 36, 2) als Gegenüber den einen *orator* hat, auf dessen Vernunft *(saperet)* alles ankommt; dabei ist dieser Mann nur bedacht, Macht zu erreichen durch die *eloquentia:* auffallend, dass ihr kein Wort von der ethischen Haltung fällt: vgl. Fr. KLINGNER,

über allen inhaltlichen Beweisen für die Einheit, die immer nur deren M ö g l i c h k e i t, nicht aber ihre Notwendigkeit aufzeigen können, scheint mir das rein sachliche Bedenken gewichtiger zu sein, dass eine Lücke dort nach Satzende hätte beginnen und mit Satzende schliessen müssen, ein doppelter Zufall, der wohl einmalig dastünde. So erscheint mir die Annahme, dass Maternus schon nach der grossen Lücke Sprecher sei, in jeder Hinsicht als wahrscheinlicher.

Nach seinen Darlegungen hat die Zeit der *res publica*

1) den Redner zu hoher *potestas, honos, potentia* emporgehoben (36, 4ff.).

2) ihm Sicherheit unter dauerndem Einsatz seiner eigenen Person gewährt (36, 7ff.),

3) das Talent sich an der Grösse des Stoffes frei entfalten lassen (37,4),

zusammenfassend also, diese Zeit *tulit sine dubio valentiorem eloquentiam* (40, 4).

*Valentior* weist auf grössere Durchschlagskraft, breitere Wirksamkeit und grösseren Erfolg für den Redner hin, sagt

---

Die Antike, 1932, S. 153, der auf das Fehlen der Wertgruppe *virtus, gloria, libertas* hinweist.—Dabei ist noch zu beachten, dass immer wieder auf die Subjektivität der Ansicht der damaligen Redner hingewiesen wird: *illa perturbatione ac licentia plura sibi assequi videbantur* (36, 2), *magnis cumulare praemiis videbantur* (36,4), *sibi ipsi persuaserant* (36,6) und zusammenfassend *quomodo disertum haberi pulchrum et gloriosum, sic contra mutum et elinguem videri deforme habebatur* (36, 8). Deutlicher kann die Reservation des Sprechers und damit hier auch des Tacitus nicht ausgedrückt werden. Schliesslich hat all der persönliche Glanz doch einen harten Zwang hinter sich, der aus der Sorge um die eigene Sicherheit wie um Erhaltung des Ansehens erwächst (36,7-37, 3).—Zuletzt sei auf die Parallelität dreier nicht unwichtiger Anschauungen in den «beiden» Teilen hingewiesen. Die Beredsamkeit ist jedesmal ein Kind der *licentia* (36, 2-40,2), das Volk befindet sich in einem Zustand des Irrens (36, 2-40,4) und schliesslich galt selbst der Republik die Beredsamkeit nicht so viel, dass sie gewisse Schäden in Kauf genommen hätte (37, 6-40,4). Somit lässt sich zusammenfassend behaupten: auch im «ersten» Teil ist von einer Verherrlichung der *eloquentia* in der alten Zeit nicht die Rede.

aber nichts über eine grössere oder geringere Vollendung der *eloquentia* als Form aus: es wird also die Darstellung des Aper nicht aufgehoben, dagegen die Messallas insofern eingeschränkt, als der Blick über die Erörterung der Form auf die gesamte Zeitlage hingelenkt und dabei die bedeutenden politischen Gefahren aufgezeigt werden, die sich als Voraussetzungen für das Starkwerden der *eloquentia* herausstellen. Denn diese Verhältnisse der alten Zeit sind die Ursache dafür, dass sich die damaligen Talente—wir dürfen aus der Messalla-Rede (28, 2) ergänzen, sie waren zahlenmässig nicht mehr als heute—frei entfalten konnten, ja geradezu zur Entfaltung getrieben wurden. Das ist heute anders: natürlich gibt es auch heute noch *oratores* im wahren Sinn des Wortes (36, 2; 41, 1) und sie leisten, was eben die Verhältnisse ihnen zu leisten gestatten—wir erinnern uns hier des ersten Proömiums und der Aper-Rede. Ihre Leistung ist natürlich im Sinne der Aper-Rede zu beurteilen und in den Gang der Entwicklung einzureihen. Aber selbst diese Leistung wäre wie überhaupt das Rednertum überflüssig, wenn—und hier der als ein unwirklicher, vielleicht unerfüllbarer Traum gegebene Ausblick in die Zukunft (1)—die immerhin schon bessere Gegenwart alle Schlacken aus dem Staate entfernt hätte.

So kümmert sich Maternus in seiner Rede nicht um die Unterschiede der *eloquentia* einst und jetzt, sondern beantwortet die Rahmenfrage nach den Ursachen des Abnehmens der Z a h l der guten *oratores*. Dabei findet er eine Reziprozität zwischen mächtiger *eloquentia* und daher zahlreichen *oratores* als guter Folge der *res publica* einerseits und dem notwendigen Vorhandensein starker staatsgefährdender Unruheherde in einem solchen Staate als übler Voraussetzung andrerseits: eine ideale Verbindung a l l e r Vorteile gibt es für die oratorische *eloquentia* nicht—sie ist nur für die poetische denkbar. Von hier wird unser Blick nicht nur zu den Gedanken des

(1) Mit Recht glaubt KLINGNER, a. a. O. 163 nicht daran, dass Maternus-Tacitus besonderes Interesse an der Frage nach der besten Staatsform gehabt habe.

Praeludiums zurückgewendet, sondern wir bemerken auch die schon oben erwähnte Strukturähnlichkeit dieses Gedankenganges mit dem Apers insofern, als in offenem historischem Blick für die Unzulänglichkeiten alles Menschlichen von konstruktiver Absolutsetzung eines Ideals abgesehen wird.

Nun bleibt noch die Frage über, was denn Secundus in seiner Rede behandelt habe. Dafür gibt es nunmehr, in Erweiterung der früheren Annahme (S. 206) zwei Möglichkeiten: entweder er sprach über—unmittelbare oder mittelbare—*aliae causae, magnae et graves*, in der Art, dass er die Ausführungen des Messalla etwa—wieV. Fritz meint-nach der Seite der *mores* ergänzte: tatsächlich ist ja auffällig, dass dieses so «geläufige» Argument (1) im erhaltenen Teil des Dialogus gar nicht erörtert wird.

Oder er zeigte in seinen Darlegungen, in denen er sehr gut auch die *mores* behandelt haben kann, vor allem die vielen Möglichkeiten ausführlich und positiv, die sich dem Begabten in der alten Zeit für die Ausbildung zum *orator* gegeben haben: damit schuf er die Voraussetzungen für die Maternus-Rede insofern, als er die Rahmenfrage nach dem Grund für die Abnahme der *oratores* erstmals und zwar mehr in einem konzilianten Lob der Vergangenheit beantwortete.

Unter dieser Annahme würde sich seine Rede zu der des Maternus ähnlich verhalten wie die des Messalla zu der des Aper, nur wäre hier die Reihenfolge umgekehrt. Denn auf ihm und seinen weniger historischen als theoretischen Darlegungen würde Maternus dann seine krönende Zusammenschau aufbauen. So wäre denn die Frage nach dem Wandel der FORM von Aper-Messalla, die nach der ABNAHME DER GELTUNG UND ZAHL der oratores von Secundus-Maternus behandelt und eine tatsächliche Konzinnität des Aufbaues in Form und Inhalt erreicht worden.

Tacitus hat sich somit nicht begnügt, nach Art der uns

(1) Sen. Ep. 114, 1.

noch spärlich erhaltenen übrigen Literatur (1) den Verfall der Beredsamkeit einseitig als formales Problem zu betrachten. Er überblickt die Vielfalt des Problems und verteilt die Beantwortung demnach auf seine Personen. *Eloquentia* ist in drei Formen möglich, als Rede, Poesie und Historie. Sie ist Geschmacksänderungen der Zeit unterworfen, die im allgemeinen von altertümlicher Härte zu höherer Sprachkultur führen—wobei der Umschlag in gekünstelte Rede nicht übersehen wird. Mit dieser stilistischen Entwicklung geht parallel eine politische und in ihrem Gefolge eine pädagogisch-ethische. Erstere führt aus der Zügellosigkeit der ausgehenden Republik in die annehmbare Ordnung des Prinzipats; letztere weist gefährliche Entartungserscheinungen als Ursache für ähnliche Anzeichen in der Kunst auf. Mitten darin steht die Oratorik: aus beiden Bewegungen schöpft sie, hier Schädliches, dort Förderndes. Eine allseits befriedigende Lösung für sie gibt es nicht: man hat abzuwägen und in persönlichem Urteil zu entscheiden: Maternus wählt die politischen Vorteile und verzichtet auf die der rednerischen Eloquenz.

Das Ende des Dialogus entspricht der Denkform eines Realisten, nicht eines idealistischen Philosophen, voll innerer Spannung und letztlich unlösbarer Widersprüche (2).

---

(1) Vgl. ausser Sen. noch Π. ὕψους 44, Sen. Contr. praef. 1, 6f. Vell. Pat. 1, 16f. Quint. 5, 12, 17ff.; 8, 3, 57.

(2) KLINGNER, a. a. O., S. 154. Nach Fertigstellung meines Aufsatzes erschien K. BARWICK, Der Dialogus de oratoribus des Tacitus, Berlin 1954; im Grundsätzlichen ändert der verdienstvolle Forscher seine früheren Ausserungen nicht, gibt aber inhaltliche Analysen, die man mit den obigen Darlegungen ergänzend vergleichen möge.

## NOTA A PLAUTO, *Truc.* 504

El verso, como es sabido, de acuerdo con los mss. (B C D), habría que leerle: *uenire saluom...::scio, sed peperitne, obsecro, Phronesium?* Pero claro está que un verso como ése no podría reducirse al esquema de los septenarios trocaicos más que abreviando la *ī* interior de *uenire (uénĭre sáluom...: :scío, sed péperitne, óbsecro, Phronésium?);* fenómeno del que en latín no se conoce ningún ejemplo seguro. Así es que entre los autores modernos nadie ha dudado de que el pasaje debe de estar corrompido. Y de ahí las diversas propuestas para enmendarle. Por ej., la de Ritschl y Ritschl-Goetz: *salue: :saluom: :scio, sed...;* o la de Spengel: *quom te saluom:: scio, sed...;* o la de Maehlyus: *ubi te saluom...::scio, sed...* Hipótesis, como puede apreciarse, demasiado inverosímiles, y además repudiadas por la crítica. Así es que no voy ahora a detenerme a discutirlas. Y lo mismo aproximadamente puede decirse de la hipótesis de Kampmann, aceptada entre otros por Lindsay, y Enk, que pretende leer: *saluom <te>...* Strat. *scio sed peperitne, obsecro, Phonesium?* (es decir, eliminando el *uenire* de los mss., e insertando un *<te>* tras *saluom*). Lectura sin duda sugerida por *Trin.* 1073: *Salue: :Salue, Stasime: :Saluom te...: :Scio et credo tibi;* pero que, sin embargo, sería difícil justificar. Y no me refiero precisamente a la cuestión del *<te>*, sin duda innecesario (cfr. Loefstedt, *Synt.* II 263), pero cuya pérdida en último caso tampoco sería tan difícil concebir. Lo que yo no creo es que solo ese ej. de expresión truncada *(Trin.* 1073) autorice a eliminar el *uenire* de la tradición manuscrita; una tradición

que tiene en su apoyo una multitud de pasajes con el giro completo *uenire* o *aduenire (te) saluom*. Aparte de que es muy dudoso que en la métrica plautina se puede justificar una discrepancia de acento e ictus tan violenta como la supuesta con esa lectura: *té... sció... sed...* Por lo tanto, a mí no me extraña que Goetz-Schoell se limite a recoger el texto de los mss. con la *crux* de los casos desesperados. A la luz de las conjeturas hechas hasta ahora es la única salida razonable.

Lo que yo no veo es porqué vamos a quedarnos en ese punto muerto. Es por ej. muy significativo que, fuera del pasaje que estudiamos, el *uenire salvom* no aparece en toda la obra de Plauto más que cuatro veces *(Epid.* 7; 395; *Mil.* 897; *Most,* 12; esta última en un prólogo), mientras que en cambio *aduenire saluom* o *aduenis saluos* es una expresión de uso corrientísimo: *Bach.* 456; 536; *Curc.* 306; 561; *Epid.* 128; 395; *Most.* 57; 448; 805; 1128; *Poen.* 686; *Stich.* 471; *Trin.* 156; 991; 1097; *Truc.* 127; 359. Porque naturalmente, ante este estado de cosas, lo natural es suponer que Pl. dijese, no *uenire saluom,* sino *aduenire saluom.*

Claro está que una lectura como ésa, si mantenemos intacta la tradición en el resto del pasaje, daría un verso demasiado largo, un verso que sin duda tampoco podría ajustarse al esquema de los septenarios trocaicos. La cosa es tan clara que no necesita demostración. Pero a pesar de todo, y puesto que indudablemente nos encontramos ante un pasaje corrompido, ¿porqué vamos a suponer que la corrupción se limita sólo al principio del verso? ¿No pudiera ser que desde luego hubiese una alteración inicial, pero que ésta se encontrase ligada a alguna otra perturbación del resto del verso? Pues en sí hechos de esta clase no creo que tengan nada de anormales. Y ya sé que esa segunda mitad del verso ofrece una expresión de sentido claro y completo, de estructura sintáctica normal, y desde el punto de vista métrico irrepochable. Pero la cosa es que esa expresión admitiría un acortamiento, sin que sufriese lo más mínimo, ni el sentido de la frase, ni la construcción sintáctica; a saber, eliminando *obsecro* y leyendo solamente *scio, sed peperitne Phro-*

*nesium*. Lo cual además nos daría un septenario trocaico perfecto (leyendo *aduenire* en vez de *uenire*) *:áduenire sáluom...: :scío, sed || péperitné Phronésium?* Pues como es sabido, en Plauto la sílaba final de palabra en la antepenúltima *Hebung* podía ser *anceps* (Jacobsohn, *Quaestiones Plautinae;* Klotz, *Hermes* LX, 328; Fraenkel, *Iktus und Akzent*, 262-263). Es decir, que *obsecro* es una palabra superflua, tanto para el sentido como para la métrica. Y resulta que eliminándola, y leyendo, no precisamente *uenire*, sino *aduenire* (que es el giro predilecto de Plauto) se obtiene un verso irrepochable en todos los aspectos. Luego deduzco que el texto de Pl. no pudo tener más que esa forma

¿Que cómo se habría producido la doble alteración? Pero esto siempre será una cuestión secundaria. Y además, en este caso yo no creo que sea tan difícil de contestar. Para ello basta tener en cuenta que los gramáticos del imperio (aun los que mejor conocieron la lengua de Plauto) tuvieron ideas algo confusas sobre su métrica; y en particular sobre aquellos rasgos, como el hiato, la coincidencia de acentos e *ictus*, las sílabas *ancipites* y el abreviamiento yámbico, que discrepaban de la práctica métrica posterior. Un hecho al que no creo se haya prestado la debida atención, pero a mi juicio insdicutible, y además de bastante interés para la valoración exacta de la tradición plautina. Yo al menos entiendo que en Plauto hay una serie de pasajes desesperados, o hasta ahora interpretados erróneamente, y que en cambio se explicarían sencillamente como adulteraciones de los críticos del imperio, sin duda motivadas por el desconocimiento de la métrica plautina. Desconocimiento que por una parte les hizo ver defectos métricos, donde no los había, y que a veces les llevó a corregirlos con enmiendas completamente equivocadas Cfr. en particular, a propósito de *Men.* 31 y 39, mis observaciones en EMERITA XV, 1947, 183.

Ahora bien, no cabe duda que precisamente un verso como el por mí supuesto presentaba las condiciones más favorables para una de estas confusiones. Pues naturalmente el alargamiento de la antepenúltima *Hebung* constituía uno

de esos rasgos típicos de Plauto, y por lo tanto, difíciles de captar para un gramático del imperio. Y la prueba es que aun hoy día, después de los estudios, numerosos y pacientes, de que he sido objeto, todavía no han podido despejarse todas las dudas que el hecho suscita. No tiene. pues, nada de extraño que a un crítico romano el pasaje le pareciese defectuoso. Y desde luego que sólo la inserción del *obsecro* tampoco daba un verso correcto. Pero no cabe duda que a quien no conociese exactamente las leyas del abreviamiento yámbico, ese verso podía obtenerse sustituyendo el *aduenire* por *uenire* (leído *uĕnire*) *:uénire... sáluom... ::scío, sed péperitne óbsecró, Phronésium*? Más aún, se ve que el *uenire saluom gaudeo*, que aparece alguna vez en Plauto, en época posterior (Terc. y Cic.) adquirió un gran desarrollo (Cfr. Loefstedt, *loc. cit.)*. Luego se comprende que un crítico del imperio, o aun de época anterior, no tuviese gran reparo en sustituir un *aduenire* por *uenire*. Es decir, a mí no me extraña que un crítico romano, ante la necesidad de enmendar un verso, sentido como incorrecto por no conocer a fondo la métrica plautina, en primer lugar, pensase en un *obsecro*, y que luego, para completar su *emendatio*, cambiase el *aduenire* en *uenire*. Y en todo caso ya he dicho que, en relación con la lectura del verso, esta es una cuestión secundaria.

A. Pariente.

# FRUTOS DE LECTURA DE «TRABAJOS Y DIAS»

## I

### *La buena Eris.*

En el pasaje de los versos 11-29, lo que a Perse y a los lectores dice el narrador, viene a ser esto: «no penséis que siempre la 'eris' o porfía es mala: porque lo veáis más claro, os diré que hay dos 'érides', en contra de la versión vulgar (*Theog.*, 24 y sig.: Νὺξ ὀλοή... καὶ Ἔριν τέκε καρτερόθυμον): la una ciertamente todo hombre sensato la rechazará, y tú ahora (27-29) es el dominio de ésta el que debes sacudir y dejar los pleitos; pero sabed que hay otra, que es la que aguijonea por la rivalidad a los hombres de común oficio».

Y bien: de esta segunda 'eris', inventada por desdoblamiento con un fin moral por Hesiodo en esos versos, sin tradición ni mitología, dice, versos 17-19:

> τὴν δ' ἑτέρην (1) προτέρην μὲν ἐγείνατο Νὺξ ἐρεβεννή,
> θῆκε δέ μιν Κρονίδης ὑψίζυγος αἰθέρι ναίων
> γαίης τ' ἐν ῥίζῃσι καὶ ἀνδράσι πολλὸν ἀμείνω.

Lo que se entiende de ordinario en sentido de que a la buena 'eris' la engendró, como a la otra, pero antes, la tenebrosa Noche (2), sino que luego Zeus la puso, ya nacida, en

---

(1) Opuesto al ἡ μὲν γὰρ πόλεμόν τε κακὸν κτλ. de los versos 14-16, que describen a la mala, la conocida 'eris'.

(2) Sinclair, pág. 3: «προτέρην predicative. She is the elder and so the more honoured. Cf. Theog. 362-63». Pero es dudoso este sentido;

las raíces de la tierra y la hizo (1) mucho más buena para los hombres (2).

Sin duda, no es este texto de los que más puedan satisfacer a una lectura atenta: *1*) porque el προτέρην μὲν — θῆκε δέ muestra una oposición entre el ser primera (¿y más venerada?) y el hecho de haberla hecho Zeus mucho más buena, que no es razonable (3); *2*) porque es extraño que se explique este complicado nacimiento de la 'eris' buena en vez de oponer el de las dos; *3*) porque también sorprende que, siendo la 'eris' buena inventada sin tradición, se le haya dado un nacimiento igual al de la conocida (haciéndola además más 'arcaica', más cercana al caos), hija de la Noche con su epíteto de Tenebrosa, en vez de darle un origen que la opusiera a aquélla, como virtud social superadora de la brutal fuerza primitiva.

A pesar de estas dificultades, el texto, muy discutido, no ha sido en general tocado (4). Sin embargo, basta con trocar,

---

en cuanto al pasaje citado de la «Teogonía», tenemos πρεσβύταται, que desde luego sí tuvo ese sentido de «más venerable» atribuído a προτέρη.

(1) Id. *ib.*: «τιθέναι is used first locally, then modally (Wilamowitz)».

(2) O bien «la puso en la raíz de la tierra y en los hombres, mucho más buena».

(3) Cfr. Sinclair *ib.* «μὲν: emphatic, not adversative».

(4) Sólo, la versión injustificadamente atrevida de A. Fick, *Hesiods Gedichte in ihrer ursprünglichen Fassung und Sprachform wiederhergestellt*, Gotinga, 1887, pág. 64: τᾶς δ' ἀτέρα — προτέραν μὲν ἐγέννατο Νὺξ ἐρεβέννα,/θῆκε δέ μιν Κρονίδας ὑψίζυγος αἴθερι ναίων / γαίας τ' ἐν Fρίζαισι καὶ ἄνδρασι — πολλὸν ἀμείνων. Cfr. la traducción de F. S. Lehrs (Didot): «alteram vero priorem quidem genuit nox obscura, / posuit vero eam Saturnius altithronus, in aethere habitans, / terraeque in radicibus et *inter* homines, longe meliorem»; P. Mazon (Budé): «l'autre naquit son aînée de la Nuit ténébreuse, et le Cronide, là haut assis dans sa demeure éthérée, l'a mise aux racines du monde [n.: «en d'autres termes, elle est aussi vielle que le monde»!] et faite bien plus profitable aux hommes»; Hugh G. Evelyn-White (Loeb, 1950): «But the other is the elder daughter of dark Night, and the son of Cronos, who sits above and dwells in the aether, set her in the roots of the earth: and she is far kinder to men».

de una manera bien aceptable, la puntuación, para que resulte una lectura satisfactoria:

> τὴν δ' ἑτέρην (προτέρην μὲν ἐγείνατο Νὺξ ἐρεβεννή)
> θῆκε δέ μιν κτλ.

Esto es:

> La otra en cambio (parió a la primera la Noche sin fondo)
> púsola a ella el hijo de Crono que mora en el cielo
> èn la raíz de la tierra y muy mejor para el hombre.

Va a decir Hesiodo que la buena 'eris' es, como la justicia, una creación (θῆκε: convención opuesta a naturaleza) de Zeus para los hombres, cuando recuerda la leyenda de que Eris es hija de la Noche; entonces se interrumpe y admite: «es cierto que la 'eris' primera, la corrientemente llamada Eris, sí (μὲν), la parió la Noche tenebrosa, pero a ésta de que os hablo, según iba a deciros, la formó Zeus».

Para el uso de πρότερος sin artículo como «el primero de dos», cfr. *T. y D.*, 160, ἡμίθεοι, προτέρη γενεὴ κατ' ἀπείρονα γαῖαν, e. e. «the race before this present one»,

> lòs mediodioses, la raza antes désta en la tierra sin lindes.

Pero un paralelo que sirve de definitivo apoyo a la propuesta construcción interrumpida, conversacional, nos la brindan los versos 276-279: τόνδε γὰρ ἀνθρώποισι νόμον διέταξε Κρονίων, / ἰχθύσι μὲν καὶ θηρσὶ καὶ οἰωνοῖς πετεηνοῖς / ἐσθέμεν ἀλλήλους, ἐπεὶ οὐ δίκη ἐστὶ μετ' αὐτοῖς· / ἀνθρώποισι δ' ἔδωκε δίκην. La oposición entre las dos 'érides', marcada por la contraposición de Νὺξ ἐρεβεννή / Κρονίδης ὑψίζυγος αἰθέρι ναίων y de los verbos ἐγείνατο / θῆκε, queda así perfectamente clara. La buena porfía, como en general todas las virtudes sociales, como Δίκη, como Αἰδώς, son una creación artificial, posterior a la formación del mundo, sobrepuesta a la naturaleza por Zeus, hijo de Crono, habitante del cielo, vencedor del mundo giganteo de las fuerzas elementales. No me queda sino recordar el famoso μῦθος, en que Protágoras (320d-323a) desarrolla

la idea de que los hombres, dotados con las solas facultades naturales, que en el reparto hecho por Epimeteo les correspondieran, y a pesar de un primer añadido de σοφία individual, robada por Prometeo a Atena y Hefesto, hasta que Zeus no se decide a enviarles la sabiduría social, Αἰδώς y Δίκη, y sobreponerla a su naturaleza, no quedan hechos verdaderos hombres.

## II

### *De igual hombres y dioses.*

No entraré en la prolija discusión que estos versos han levantado (1), sino sólo recordaré que la repugnancia a creer que a unas palabras, en que Hesiodo dice que va a desarrollar el argumento de que dioses y hombres nacieron ὁμόθεν (versos 106-108), siga la narración de las cinco generaciones de hombres creadas por los dioses sucesivamente, ha hecho que muchos editores eliminen el verso 108 (Lehrs, Schoemann, Mazon, Flach) (2), reteniéndolo Wilamowitz, Sinclair (3), Evelyn-White, creyendo, según Sinclair, pág. 15, «that Hesiod was anxious to preserve the traditional belief and to show that it was not inconsistent with the subsequent creation by the gods of succesive races of men».

Y así es. Pero para que esta interpretación quede consistente y el verso perfectamente encajado en el contexto, no hay sino introducir la siguiente insignificante corrección (4), con el cambio de puntuación consiguiente:

---

(1) V. por ejemplo *Gnomon*, V (1929), 627 y sig.

(2) Cfr. Fick *o. c.*, pág. 45: «ferner passt v. 108 hier gar nicht, denn in der folgenden erzählung sind die menschen nicht gleichen ursprungs mit den göttern».

(3) Este, pág. 15, recoge la opinión de E. Meyer *Genethliakon Carl Robert*, pág. 168, de que por otra parte la interpolación del verso no hay manera plausible de justificarla.

(4) Especialmente, si hacemos cuenta del uso antiguo de *O* como signo para *ō* y *ŏ* y la frecuente falta de notación del acento (así en el papiro Naville de Hesiodo: v. abajo, nota 2 de la pág. 220).

Εἰ δ' ἐθέλεις, ἕτερόν τοι ἐγὼ λόγον ἐκκορυφώσω,
εὖ καὶ ἐπιστάμενος (σὺ δ' ἐνὶ φρεσὶ βάλλεο σῇσι)
ὡς ὁμόθεν γεγάασι θεοὶ θνητοί τ' ἄνθρωποι.

Y ahora, si quieres, te voy a sacar la flor de otro cuento,
aunque sabiendo muy bien (y tú guárdalo en lo hondo del alma)
cómo nacieron de igual morideros hombres y dioses

De la interpretación de εὖ καὶ ἐπιστάμενος como *sciens quamuis certe*, creo que nada podrá decirse (καὶ con participio en valor concesivo es bien conocido ya en Homero) (1).

En cuanto a la corrección -ος por -ως, bien justificable: pues nada más previsible que la alteración por obra de cualquier copista, en cuanto la presencia del paréntesis y alejamiento de ὡς, dejó actuar la tendencia a entender καὶ como conjunción uniendo dos adverbios de modo, εὖ y ἐπισταμένως, tanto más teniendo en la memoria dos pasajes homéricos, I 265 y υ 161, en que εὖ καὶ ἐπισταμένως quiere decir «bien y sabiamente» (2).

Sobre el sentido de los versos, una cosa se me aparece aceptablemente clara: en el tiempo de Hesiodo y Perse una especie de creencia está arraigada entre el pueblo (al menos de Beocia), referente a la divinidad del hombre, a su dignidad divina (3); Hesiodo no quiere faltar a esta fe popular ni que su hermano desde luego se aparte de ella un punto (σὺ δ' ἐνὶ φρεσὶ βάλλεο σῇσι), pues es tan conveniente para basar una doctrina de respeto al semejante. Sin embargo él debe narrar la leyenda de las cinco edades, anterior al establecimiento de esta creencia: como resultado, estos tres versos introductorios, de tan especial estructura (4).

---

(1) Cfr. N 787: πὰρ δύναμιν δ' οὐκ ἔστι, καὶ ἐσσύμενον, πολεμίζειν.

(2) Obsérvese además cómo la antigua interpretación supone en Hesiodo una jactancia algo importuna; sin que esto naturalmente, sea un argumento de primera fuerza.

(3) Cfr. Píndaro, *N.*, VI, 1: ἓν ἀνδρῶν ἓν θεῶν γένος; en cuanto al verso 299 de *T. y D.*, Πέρση, δῖον γένος, mejor que la interpretación Διου γένος, es preferible ver también allí una (nada inoportuna) alusión a esta creencia en la dignidad divina del hombre.

(4) Después de componer esta nota, Mr. H. J. Rose me envía su

## III

*Bajo el peso de la propia infatuación.*

Hay para el verso 215 una lectura nueva proporcionada por el papiro 'Naville', el mismo que presenta los fragmentos de los cuatro enigmáticos versos 169b-169e (1), que si bien anotada cuidadosamente por todos los siguientes editores, no ha sido, a mi noticia, adoptada por ninguno. He aquí el texto vulgar de los versos 214-216:

> ὕβρις γάρ τε κακὴ δειλῷ βροτῷ· οὐδὲ μὲν ἐσθλὸς
> ῥηιδίως φερέμεν δύναται, βαρύθει δε θ' ὑπ' αὐτῆς
> ἐγκύρσας ἀάτῃσιν·

La nueva variante es, al final del verso 215, en vez de αὐτῆς, αὐτοῦ, o más exactamente, αυτου (2).

Tal texto, entendiendo αυτου con un valor reflexivo (= át. αὑτοῦ), se nos presenta con todos los derechos de una excelente *lectio difficilior*. Pues, en vez de la trivialidad de que el arrogante acaba aplastado por la arrogancia (3), se

---

«Introductory Lecture», a las conversaciones sobre «La notion du divin depuis Homère jusqu'à Platon» de la Fundación Hardt, Ginebra, tenida recientemente, en la cual desarrolla la idea justamente de una duplicidad de creencias entre los nobles (Homero) y los plebeyos (Hesiodo), estando la diferencia acaso más esencial en la disminución de distancia entre hombres y dioses. En este caso la leyenda de las cinco generaciones habría sido elaborada por poetas de corte, y lo que Hesiodo intenta, al recogerla, es ponerla en concordia con la creencia popular de la común naturaleza de hombres y dioses.

(1) Publicado y descrito por J. Nicole *R. Ph.* XII (1888), 113-117.

(2) «Aucun signe prosodique autre que l'apostrophe pour marquer l'élision et les deux points sur l'ι por marquer la dièrése», anota J. Nicole, *l. c.*, pág. 114.

(3) Que sería al fin no más que una repetición de lo anterior de que «ni el grande / puede sin pena alzarla».

nos ofrece la idea de que el hombre que ha llegado a ser próspero (ἐσθλὸς) y se ha hecho arrogante en la prosperidad, cuando tropieza con la rŭina (1) y queda despojado de honores y riquezas, se ve agobiado por el propio peso de la adquirida hinchazón y a sí mismo se carga de desesperados reproches:

> Perse, mas tú a la justicia escucha, altivez no la alientes:
> pues la altivez mala es para el hombre bajo, y ni el grande
> puede sin pena alzarla, y se ve de sì mismo agobiado,
> sì tropezó en su ruina.

Queda lo referente a la posible forma originaria del G. del reflexivo en Hesiodo. Mejor que creer en una forma contracta de ἑ y αὐτός, equivalente morfológico de át. ἑαυτοῦ y jón. ἑωυτοῦ, me inclino a creer en un uso reflexivo del simple αὐτοῦ, que es bien conocido ya (v. Schwyzer, I 607) para el dorio, G. αὐτῶ.

## IV

### *¿Un hijo o dos?*

Los versos 376-78 μουνογενὴς δὲ πάϊς εἴη πατρώϊον οἶκον /φερβέμεν· ὣς γὰρ πλοῦτος ἀέξεται ἐν μεγάροισιν· / γηραιὸς δὲ θάνοις ἕτερον παῖδ' ἐγκαταλείπων (2) se han entendido de diversas maneras, lo que

---

(1) No voy a entrar en la complicada cuestión semántica de ἀάτη o ἄτη en Homero y en Hesiodo; pero advierto que se siente claramente una dualidad (dejando a un lado la posibilidad de dualidad etimológica) entre ἀάτη 'ceguera, pecado' ("Ατη 'la Cegadora') en Homero y sin duda el verbo ἀασθῆ de *T. y D.* 283; y ἀάτη 'ruina', principalmente 'ruina económica', que es evidentemente el significado en los pasajes de *T. y D.* 231 (οὐδέ ποτ' ἰθυδίκῃσι μετ' ἀνδράσι λιμὸς ὀπηδεῖ / οὐδ' ἀάτη) y 352 (μὴ κακὰ κερδαίνειν· κακὰ κέρδεα ἴσ' ἀάτῃσιν), así como en el presente; valor que bien puede ser relacionado con el ἀτάμενος, 'castigado con multa', ἄπατον ἔμεν, 'quedar exento de multa', que aparecen en la ley de Gortina (cfr. M. Bréal *MSL*, VIII [1894] 473 y sig.).

(2) Frecuentemente se ha secluído el verso 377 sin gran justificación, debido a la lección σώζοι del *MS. E* en el anterior; Sin-

basta para confesar que ninguna de ellas es enteramente convincente.

Unos (así Rzach, Wilamowitz) adoptan la corrección de Hermann θάνοι por θάνοις, con lo que aparte la injustificable alteración del texto, vemos que el deseo γηραιὸς δὲ θάνοι aplicado a un supuesto hijo del hombre a quien Hesiodo habla, es poco pertinente.

Los que interpretan con el texto tal como lo tenemos, a veces se esfuerzan en mantener la unicidad del hijo, así Mazon: «puisses-tu n'avoir qu'un fils pour nourrir le bien paternal -ainsi...- et mourir vieil en laissant ton fils à ta place»; otras, tratan de justificar la duplicidad: así Sinclair, pág. 40: «may you have only one son; it will save a division of the property, but should you have more than one (ἐγκαταλείπων = εἰ ἐγκαταλείποις), may you live long enough to amass sufficient wealth for them all» (así también, más o menos, Evelyn-White, pág. 30).

Creo sin embargo justificado tratar de encontrar una traducción menos violenta de la frase. Supongamos provisionalmente una alteración del texto, menos costosa sin embargo que la de θάνοι por θάνοις: pues, aquí ¿cómo explicar la introducción de la -ς, siendo más frecuente la tercera persona que la segunda?; es, en cambio, muy aceptable suponer que un primitivo εἴης fué alterado en εἴη, ya que μουνογενὴς πάις tendía a aparecer como sujeto y no pred. nom. Así el sentido de esta supuesta versión primitiva sería claro:

> òjalà seas parà mantener la casa del padre
> único hijo, que así en el hogar crecerá la riqueza,
> y òjalà mueras de viejo, dejando en ella otro hijo (1).

---

clair, pág. 41: «this line is essential to complete the sense of 376 unless we read σώζοι with some MSS. But it does not follow that it is spurious or that σώζοι is right. It is more than likely that Hesiod is here adapting an earlier saw which ran μουνογενὴς δὲ πάις σώζει πατρώιον οἶκον.»

(1) Es decir: «dejando a otro en edad de hacerse cargo de la casa», un hijo de treinta o cuarenta años, tenido al comienzo del matrimonio, si se han atendido los consejos sobre la edad para casarse el hombre expuestos en los versos 695 y sigs.

Ahora bien, en rigor este mismo sentido podría encontrarse, un poco escondido, en el texto que hoy tenemos: «haya un solo hijo para conservar la casa de (tu) padre» (alusión bromista, un poco *per aenigma*, según el gusto de Hesíodo (1), a la segunda persona por medio de la tercera); «y ojalá mueras dejando también tú un hijo» (abandono del estilo *per aenigma)*. Tal vez sea preferible esta interpretación sin alteración del texto.

## V

### *La suerte y el trabajo.*

Uno de los grandes tormentos para el lector de «Trabajos y Días» es sin duda el verso 314, δαίμονι δ' οἷος ἔησθα, τὸ ἐργάζεσθαι ἄμεινον. No quiero apesadumbrarme recordando los largos ratos que una y otra vez, al llegar en la lectura a este pasaje, la ha interrumpido el afán de sacar un texto claro o una iluminadora interpretación; ni enumeraré las correcciones y traducciones que se han propuesto (2), ninguna tam-

---

(1) Cfr. verso 40: ὅσῳ πλέον ἥμισυ παντός; 57 s.: τοῖς δ' ἐγὼ ἀντὶ πυρὸς δώσω κακὸν, ᾧ κεν ἅπαντες / τέρπωνται κατὰ θυμὸν ἑὸν κακὸν ἀμφαγαπῶντες (como en el caso que estudiamos la adivinanza se resuelve versos adelante, en el 63); el consejo expuesto sin referencia personal y a continuación desarrollado en referencia a la segunda persona, lo encontramos en 336 y sigs.: καὶ δύναμιν δ' ἔρδειν... θύεσσί τε ἱλάσκεσθαι... ἠμὲν ὅτ' εὐνάζῃ καὶ ὅτ' ἂν φάος ἱερὸν ἔλθῃ / ... ὄφρ' ἄλλων ὠνῇ κλῆρον, μὴ τὸν τεὸν ἄλλος, y en otros muchos lugares; adviértase además que el pasaje estudiado se encuentra inserto en una serie de tales alocuciones a la segunda persona generalizada, y que en varias ocasiones una expresión como ἐς οἶκον, ἔνδοθι οἴκου (v. 733) designa sin más «a (tu) casa», «dentro de (tu) casa».

(2) La interpretación más común está bien representada en Sinclair, página 35: «but whatever you be in fortune...», explicando, con Mazon, que ἔησθα «is an imperfect analogous to that used with ἄρα (s. l. 11 note), 'always have been and still are'», donde la comparación con el verso 11 («resulta pués que no era uno sólo, según se venía creyendo, el linaje de las Erides»: v. arriba) es sin duda impertinente;

poco tranquilizadora, para este verso, tan atrayente sin duda por su texto extraño y enigmático, como por la importancia del pensamiento que en él parece encerrarse.

Me parece al menos ver claro que se oponen la suerte, o gracia natural, al esfuerzo de la voluntad personal, δαίμων a τὸ ἐργάζεσθαι.

Y sobre esta idea, de las varias lecciones que se me han venido a las mientes, voy a presentar una que no incluye modificación de los caracteres del texto; no con íntima convicción, sino para prueba ante el juicio de otros; pues cuando los intentos se multiplican excesivamente, llega a perderse ese golpe de seguridad intuitiva que (aunque sea engañosamente) nos hace adherirnos a una determinada hipótesis; y así es posible que esta lectura sea iluminadora; pero en todo caso creo que estaría en el buen camino para otras mejores.

Δαίμον' ἰδ' οἷος ἔησθα· τὸ ἐργάζεσθαι ἄμεινον.

Aquí δαίμον' podría representar δαίμονα:

Mira a tu suerte: qué clase de hombre fuiste: mejor el trabajo

O bien, sería δαίμονι (1), con lo que traduciríamos así el pasaje:

---

A. S. F. Gow *ClQ*, XI, 113, con puntuación tras ἐργάζεσθαι, «to a genius as you were at work», con raro valor de δαίμων, poco apropiado además a Perse; T. L. Agar *ClR*, XXXII, 57, con hábil corrección δαιμόνι' εἷος ἔῃς, τόφρα ἐργάζεσθαι ἄμεινον «my good fellow, while you live it is better to work all the while», etc.

(1) Elisión de -ι en *T. y D.* la tenemos en el verso 34: κτήματ' ἐπ'ἀλλοτρίοις, etc. En cuanto a la principal dificultad de esta lectura, bien claro está que se trata de la falta de *F* en ἰδ'. Sin embargo me bastaría recordar que la proporción de observancias y negligencias del digamma (5/1 en Homero) es sólo de 2,4/1 en Hesiodo (S. Devantier *Die Spuren des Digamma*, III, 48), cómputo que restringido a *T. y D.* creo que da un numerador considerablemente más bajo todavía; y A. Hoekstra *Mnem. S. IV*, IV (1954), 297-99, defendiendo en Hesiodo la mezcla de una tradición heróica con otra de poesía oral y didáctica (propuesta por Nilsson «Κατάπλοι, *Beiträge zu dem Schiffska-*

Ve por la suerte quièn fuíste: mejor, mejor el trabajo,
sì de la hacienda ajena esa alma malpecadora
torna a la obra, a cuidar tù tu pan, según te aconsejo (1).

O bien finalmente podríamos, sin grave dificultad, suponer que en το y en ἀμεινον el signo O representó en una edición antigua Ω (para la objección de descuido del digamma, v. n. 1 de la pág. 224), con lo que tendríamos este primer verso:

Ve por tu suerte quièn fuiste: mejor por tu obra y esfuerzo.

---

*taloge und zu der altionischen nautischen Literatur» RhM LX* [1905], página 161 y sigs.), sostiene que sólo cuando la fórmula permanece intacta (αἴθοπα οἶνον, o *T. y D.*, 477 πολιὸν ἔαρ, ésta última no-heróica) el digamma se atiende, mientras que, al trastocarse, éste se descuida (*T. y D.*, 592 ἐπὶ δ' αἴθοπα πινέμεν οἶνον, 492 μήτ' ἔαρ γιγνόμενον πολιὸν).

(1) Para el valor de δαίμων, véanse los testimonios de Sinclair, pág. 35: «For δαίμων in the sense of 'lot' or 'fortune', cfr. *Od*, X, 64 τίς τοι κακὸς ἔχρας δαίμων; and in general Nilsson «Götter und Psychologie bei Homer» in *Archiv für Religionswissenschaft*, XXII, 1924, páginas 384-386». Conviene traer a colación los versos de Teognis, 401-406 Diehl Μηδὲν ἄγαν σπεύδειν· καιρὸς δ' ἐπὶ πᾶσιν ἄριστος / ἔργμασιν ἀνθρώπων· πολλάκι δ' εἰς ἀρετὴν / σπεύδει ἀνὴρ κέρδος διζήμενος, ὄντινα δαίμων / πρόφρων ἐς μεγάλην ἀμπλακίην παράγει, / καί οἱ ἔθηκε δοκεῖν, ἃ μὲν ἦι κακά, ταῦτ' ἀγάθ' εἶναι, / εὐμαρέως, ἃ δ' ἂν ἦι χρήσιμα, ταῦτα κακά; también aquí se ponen en oposición la gracia, tino y clara visión intuitiva con su inspirador, el δαίμων πρόφρων, al trabajo y la busca, en favor de lo primero; lo cual no es sin embargo una contradicción a Hesiodo: la idea de éste es también que lo mejor de todo es la gracia nativa: en efecto, el mejor de todos es el que sabe todo por sí mismo sin aprendizaje (v. 293: Οὗτος μὲν πανάριστος, ὃς αὐτὸς πάντα νοήσῃ); sólo que también el que, a falta de este genio, sabe aprender escuchando a otros, es bueno (v. 295: ἐσθλὸς δ' αὖ κἀκεῖνος, ὃς εὖ εἰπόντι πίθηται); del mismo modo, el que por su δαίμων tenga fortuna y tino suficiente, no tiene acaso que trabajar; pero en cuanto a Perse, ya ve que no puede contar con esto: entonces queda la solución que al común de los mortales se ofrece, para ser, ya que no πανάριστος, al menos ἐσθλός: el trabajar, siempre mejor que acudir al robo, dador de muerte (v. 356).

## VI

### *El 27 del mes.*

Pero la interpretación que con más confianza ofrezco es la del lugar tal vez más desesperado del libro, en la parte de los Días, versos 814-821; según la versión de Mazon (que elimina vs. 815 y sig.) (1): «peu de gens aussi savent que le vingt-neuvième (2) jour est le meilleur du mois... pour tirer à la mer vineuse un vaisseau agile, garnis de nombreux bancs; peu de gens le qualifient exactement. Les quatrièmes jours aussi, tu peux ouvrir une jarre; celui du milieu du mois est sacré entre tous; mais peu de gens encore savent qu'après le vingtième jour, c'est le meilleur du mois, à l'heure où l'aube point; il est moins bon le soir». Donde cualquiera nota, entre otras dificultades, la inserción inoportuna de la referencia

---

(1) Como otros muchos editores, entre ellos Sinclair, del que tomamos las razones: 1.ª: «they leave 817 without a connective, which is necessary if the lines are to be retained, unnecessary if they are to be rejected» (bien débil: sin conexión por ejemplo los versos 824 y 825); 2.ª: el caballo no es mencionado en el resto de *T. y D.* y no es bestia propia de un labrador hesiódico (razón también de escaso peso); 3.ª: «the advice ἄρξασθαι... πίθου does not agree well with l. 819»: tal ha debido ser la razón esencial para secluir los versos; ahora bien, la dificultad justamente desaparece en nuestra interpretación, al identificarse el τρισεινὰς como día 4.°, y se convierte en una excelente prueba a favor de ella.

(2) Sinclair, pág. 87: «since the time of Proclus it has been doubtful whether this word means the twenty-seventh day or the twenty-ninth. Sittl, Liddell & Scott, Banks (Bohn Trans.), Goettling³, van Lennep, and the scholiasts favour twenty-nine»; pero la razón —me parece—es simplemente que inmediatamente antes ha hablado del 1.° y el 2.° 9, a todas luces insuficiente y más admitiendo el cómputo retrógrado para el último tercio del mes; «But I think Goettling² (1843), Mair, Evelyn-White and Paley are right in preferring twenty-seven. In compunds τρις- and τρι- mean not 'third', but 'thrice' or 'three', hence τρισεινὰς ought to mean not 'third ninth' but the 'thrice-ninth'».

al 4.° día, y más si se considera que lo de μετ' εἰκάδα deba entenderse en un sentido temporal, con lo que continuaría la esperada referencia al τρισεινάς. De aquí que sean varios los editores que, como Lehrs, secluyen el verso 819. Verdad que Sinclair, pág. 87, interpreta más sutilmente: «'and few there are that call it by its true name', viz. τρισεινὰς. Most people perhaps called it φθίνοντος ἑβδόμη (n. 2 de la p. anterior)». Véase también la versión de Evelyn-White (único editor, a mi noticia, que no secluye ningún verso del pasaje), que nos dará alguna idea útil respecto a los versos finales: «... few call it by its right name. On the fourth day open a jar. The fourth of the mid month is a day holy above all. And again, few men know that the fourth after the twentieth is best while it is morning; towards evening it is less good».

Sin embargo me parece haber encontrado una manera excelente de leer estos embarullados versos. Para ello, solamente es preciso llegar al convencimiento de que el 27 del mes (n. 2 de la p. anterior) es un día cuarto, el 4.° μηνὸς φθίνοντος. Lo cual incluye que en el calendario de Hesiodo, o del autor de estos versos (1), se siguiera un cuento de atrás adelante en el último tercio, tal como sabemos que en Atenas se hizo durante cierto tiempo. La suposición no es sin embargo absurda: *1*) testimonio directo acerca de la manera de contar el último tercio en la mayoría de los calendarios no áticos (entre ellos los beocios) falta; *2*) en Atica la costumbre del cuento retrógrado fué tardíamente substituída por la en adelante común del cómputo progresivo (2), y la misma forma

(1) No ya el irreverente Fick, pero aun Wilamowitz apartan del poema hesiódico todo el pasaje 765-828; M. P. Nilsson tampoco cree genuinos los «Días» *(Archiv für Religionswissenschaft,* XIV, 439). Sin embargo claros criterios externos faltan y, de tratarse de un añadido, debe serlo muy antiguo (v. el cap. VI de la introducción a la edición de Sinclair, pág. LVII).

(2) Véase Bischoff en *REPW*, X, 2, c. 1572, donde cita de su trabajo en *Leipz. Stud.*, X, pág. 299 y sigs.: «bei Hesiods herrscht auch in der 3 Dekade das Prinzip, nach vorwärts zu zahlen, und obwohl diese Zählung zunächst nur für Boiotia gegolten hat, so muss

incómoda y menos racional o lógica del primer sistema nos inclina a considerarlo como más antiguo; *3*) en último término podría pensarse que Hesiodo o el más tardío autor de los «Días», vivía en un tiempo en que no se usaba ya en su localidad cotidianamente el cuento retrógrado, pero que él lo conocía por tradición religiosa o contacto con otras regiones, y así conservaba con esta tradición la de que el 27 es un día 4.°, cosa que al parecer p o c o s de sus lectores conocían.

Declarado este punto suficientemente, tendremos el siguiente texto, con un compuesto οἰγέπιθος, tan del gusto de Hesiodo (1):

> Παῦροι δ' αὖτε ἴσασι τρισεινάδα μηνὸς ἀρίστην
> ἄρξασθαί τε πίθου καὶ ἐπὶ ζυγὸν ἀυχένι θεῖναι
> βουσὶ καὶ ἡμιόνοισι καὶ ἵπποις ὠκυπόδεσσι,
> νῆα πολυκλήιδα θοὴν εἰς οἶνοπα πόντον

---

sie im allgemeinen auch in Athen üblich gewesen sein». Ahora bien si no me engaño, el único motivo en los «Días» para creer en un cuento progresivo es justamente la posibilidad de que en el verso 814 τρισεινὰς significase 29, el tercer 9, lo cual descubrimos falso; en efecto, los días del tercer tercio mencionados lo son por los siguientes nombres: τριηκάδα μηνὸς 766, ἔνη 770, εἰκάδι ἐν μεγάλῃ 792, τετράδ(α)... φθίνοντός θ' ἱσταμένου 798. Bischoff, *l. c.*, sigue: «an die Stelle dieser Vorwärtszählung tritt aber im Laufe der Zeit (in Athen angeblich seit Solon) in der 3 Dekade 'gemäss dem abnehmenden Mondlicht' die Rückwärtszählung, und diese wird zwischen 330-325 wieder durch die Vorw. verdrängt, wenigstens im amtlichen Gebrauch... doch bleibt im gewöhnlichen Leben auch die ältere Zählungsweise noch weiter in Übung». Es evidente que la suposición de que el cuento progresivo fué anterior es infundada; el claramente atestiguado en la época más antigua, el substituído por el progresivo, al menos en la administración, aunque subsistente entre el pueblo, el más natural «gemäss dem abnehmenden Mondlicht», el cuento retrógrado, debió ser el primero.

(1) Cfr. 571, φερέοικος 'el caracol', o con otro tipo de compuesto, 524, ἀνόστεος 'el pulpo', 605, ἡμερόκοιτος 'el ladrón', 742, πεντόζοιο 'la mano'; como adjetivos, pero dejando a un lado los innumerables en función de epíteto (tipo ἡμιόνων ταλαεργῶν, por ejemplo, en el verso 46), señalaré en la parte 695-764, la más afín a los «Días», 715, μηδὲ πολύξεινον μηδ' ἄξεινον καλέεσθαι, 717, μηδέ ποτ' οὐλομένην πενίην θυμοφθόρον, aparte el citado verso 742.

εἰρυμέναι· παῦροι δέ τ' ἀληθέα κικλήσκουσιν
τετράδ' ἰδ' (1) οἰγέπιθον, περὶ πάντων ἱερὸν ἦμαρ
μεσσήην (2)· παῦροι δὲ μετ' εἰκάδα (3) μηνὸς ἀρίστην
ἠοῦς γιγνομένης· ἐπὶ δείελα δ'ἐστὶ χερείων.

Pocos saben en cambio que el tres-veces-nueve el mejor es
pàra encetar barril y poner el yugo a la nuca
àl medio-burro y al buey y al caballo casquivolante,
pàra arrastrar a la ola vinosa agudo navío
milclavileño (4), y pocos lo nombran de ser verdadero
cuarto y abre-barril, entre todos día sagrado

---

(1) Me satisface poder citar un caso enteramente paralelo para la alteración del pasaje por los copistas: lo que aquí ha sucedido, de transformar τετράδ' ἰδ' en τετράδι δ' en la tradición de todos los MSS, es ni más ni menos lo que con casi todos (la verdadera lección en D) ha pasado en el verso 740, transmitido por ellos κακότητι δὲ, bajo lo que se esconde un κακότητ' ἰδὲ o acaso κακότητ' ἴδε (v. Sinclair, pág. 75).

(2) μεσσήην es la lección de C, el MS de más fe de los utilizados por los editores; podría encerrarse aquí simplemente μέσσην (caso en que habría que admitir a continuación el δ' αὖτε μετ' εἰκάδα de algunos MSS), adjetivo que en este verso no querría significar «el (día 4) del medio», sino «el (día 4) en su mitad, al mediodía», sentido para el que me bastará comparar *T. y D.* 502: θέρευς ἔτι μέσσου ἐόντος; o bien (lo que acaso es preferible) tendríamos una grafía errónea de μεσσῆεν, cuyo género neutro ofrece una unión menos áspera con el ἦμαρ anterior; ahora bien, este μεσσῆεν ¿significaría, según el adj. aparece en Homero M 269, «colocado en medio» («día sagrado en medio de todos»?), o mejor tendría el valor «en su mitad, al mediodía», que sin duda parece el más adecuado? El adj. ἱερὸν no puede sorprender aplicado al τετράδα , día que ya en el verso 798 y sigs. ha sido dicho μάλα... τετελεσμένον ἦμαρ.

(3) La expresión μετ' εἰκάδα no creo que tenga el sentido técnico con que aparece en calendarios como el de Cos o Rodas (v. Bischoff *REPW*, X, 2, c. 1572, y G. Klaffenbach *Gn.*, VI, 216) para el cómputo de los días del tercer tercio; pero la expresión «tras el veinte» ¿qué quiere decir?: «el día mejor (de los que quedan) después del 20»?; ¿«el día mejor del mes, si quitamos el gran veinte»? Me resulta difícil decidir y así he dejado en la versión la ambigüedad que el castellano me permite, pero me inclino más a la segunda suposición.

(4) O bien «centirremero», que responde a la traducción más corriente del epíteto; sin embargo no creo que Hesiodo piense en navíos de varias filas.

èn su mitad; y pocos de ser tras el veinte el màs bueno
àl apuntar del alba; peor resulta a la tarde.

Si consideramos ahora la desordenada serie de buenos y malos días que la lista hesiódica nos ofrece, encontramos que, aparte el «gran» veinte (v. 792) (1) y los cincos, χαλεπαί τε καὶ αἰναὶ (v. 802-04), de los demás días, alabados por lo general para determinadas actividades (notándolos a veces de poco recomendables para otras) (2), sólo dos (3) son alabados en general como días fastos: los nueves, de los que, aparte la mención del verso 772, se dice en los que preceden al estudiado pasaje del τρισεινάς: «luego el nono del medio, mejor jornada a la tarde; / mas el primer noveno todo es sin daño para hombres: / buen dìa pàra plantar, y bueno pàra que nazca / hembra igual que varón, y jamás mal día del todo»; y sobre todo los cuatros: el cuatro es mencionado junto a la ἔνη, al comienzo de la lista; el 4.° del medio se recomienda para varias actividades (vs. 794-97), y a continuación: «y cuida en tu alma / pòr evitar que en el cuarto del mes feneciente (4) o creciente / penas te roan el pecho: muy

(1) Εἰκάδι δ' ἐν μεγάλῃ, πλέῳ ἤματι, ἵστορα φῶτα / γείνασθαι· μάλα γάρ τε νόον πεπυκασμένος ἐστίν: no está clara la razón del epíteto; y en cuanto a la expresión πλέῳ ἤματι, ha dado pie a discusión, pues los más han creído ver en ella un desarrollo del μεγάλῃ; sin embargo creo poder afirmar que se trata de un equivalente de «en pleno día, al mediodía», momento en que el *numen* del día fasto es máximo, y así comparo con el μεσσῆεν del pasaje que estudiamos (cfr. nota 2 de la p. anterior), por el que vemos que el día es «sagrado entre todos» al mediodía.

(2) Véase el pasaje 780-87: «pèro del mes creciente escapar del día treceno / pàra la siembra; en cambio, el mejor pa que el árbol se críe; / mientras el seis de mitad infeliz para árboles sale, / buen paridor de varón; mas no le es venturoso a la niña / pàra nacer primero ni luego para ir a la boda; / ni àun el seis primero parà nacer a la niñas / propio les es, mas pàra capar borregos y chivos / y el pastoril aprisco cercar es día muy sabio».

(3) Aparte la esquemática enumeración del comienzo, verso 770, en que aparecen junto al 4.°, el último (ἔνη) y el sétimo, día de Apolo.

(4) De ordinario se supone naturalmente, sobre la base del

santo día y cumplido»; debe tomarse esposa en el 4.° del mes (verso 800), y aunque los maderos para un barco se corten y preparen en el 7 del medio, el ensamblaje del barco debe comenzar en día 4 (v. 809). Pues bien, ante esta posición privilegiada del 9 y del 4 en el calendario hesiódico, no puede extrañarnos que el 27, el τρισεινάς, el cual al mismo tiempo se hace notar que es nada menos que un día 4.°, merezca al poeta tanta atención, y lo sitúe en el relevante lugar del fin de la lista.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO.

*Universidad de Salamanca.*

---

pasaje que estudiamos, que se trata del 24, con cuento progresivo; pero no estando en realidad atestiguado tal cómputo en los «Días» (confróntese nota 2 de la pág. 226) es claro que debemos identificarlo con el mismo τρισεινὰς de que en nuestro pasaje se habla, quedando bien asegurada la identificación al confrontar μάλα... τελεσμένον ἦμαρ del verso 799 con περὶ πάντων ἱερὸν ἦμαρ del verso 819.

# SOBRE UN CODICE DE JENOFONTE DEL S. X

## (Escurialense 174, T. III. 14)

Aunque la Biblioteca Escurialense no sobresalga por su riqueza de fondos griegos de autores clásicos, sino por su valiosa colección de escritores bizantinos, no obstante hay un grupo de manuscritos clásicos de un valor no despreciable, ya por su antigüedad, ya por representar una tradición estimable o por las excelentes glosas de algunos.

Entre los más importantes códices es el 174 (T. III. 14), cuya descripción detallada emprendemos con la finalidad de probar que la fecha de su copia ha sido hasta hoy erróneamente fijada por todos los autores en el siglo XII o a lo sumo en el XI; pero nosotros confiamos hacer ver que este óptimo manuscrito ha sido copiado a principios del siglo X; por lo que resulta ser el texto más antiguo que poseemos de la Ciropedia de Jenofonte, no superado ni por el Parisiense 1640, ni por el Vaticano 1335, solamente aventajado por los fragmentos papiráceos del siglo III (1).

Schenkl, en el siglo pasado llamaba la atención de los editores críticos sobre la importancia de este códice al escribir: «El Escurialense forma con el Vaticano 1335, el Parisiense 1640, el Erlangense núm. 88 (D, antes Altorpiense) y el Bremense (R) una clase y, por cierto, aquella que tiene el primer lugar en la crítica. En esta clase ocupa con el Vaticano el primer lugar y es de una importancia singular para

(1) Esta fecha fué ya sugerida por el P. Marcel Richard, del *Institut de Recherche et d'Histoire des Texts*, durante una reciente estancia suya en España.

los pasajes que en el Vaticano han sido completados de segunda mano» (1).

Los manuscritos de Jenofonte, numerosos y abundantes en las bibliotecas europeas, son incompletos y, en general, de época tardía, la mayor parte del siglo XV y algunos del XIV; además, su valor relativo es difícil de determinar y es preciso estudiar cada códice en particular para precisar su importancia en la tradición manuscrita (2).

Tradicionalmente, los manuscritos de Jenofonte se suelen dividir, en relación con la Ciropedia, de la que poseemos unos treinta y nueve manuscritos, en tres importantes familias: 1.ª, *x*; 2.ª, *y*; 3.ª, *z*, cuyas siglas abarcan diversos códices; en la *x*, se incluye el *C* (Parisinus núm. 1640), en pergamino, de gran tamaño, y que fué transcrito en el 1320, conteniendo la Ciropedia desde los folios 1-123, pero es de lectura difícil por hallarse entonces la letra minúscula en su mayor decadencia. Al terminar el folio 123 contiene 30 versos senarios yámbicos que, como demostró Hug, están compuestos entre los años 870-911; luego este códice parece haber sido copiado de un manuscrito de fines del IX o principios del X.

El otro manuscrito es el E (Etonensis), en papel, de gran tamaño y del siglo XV, contiene la Ciropedia entre los folios 1-100, escrito por una sola mano (3).

Bajo la letra *y* se engloban el B (Bodleianus, Lib. Can. 39), en papel bombicinio, de tamaño medio y del siglo XIV o comienzos del XV; contiene la Ciropedia en los folios 3-136 y está copiado por varias manos. El otro manuscrito es el F (Erlangensis núm. 88), del siglo XV (4).

En la letra *z* se encuadra el A (Parisinus, 1635) del siglo XV,

---

(1) Schenkl, en *Bursian Jahresbericht über die... Altertumwissenchaft.* T. XVII (1880), pág. 2.

(2) A. Croiset, *Histoire de la Littérature Grecque*, París, 1898, pp. 336-337.

(3) Vide *Xenophontis Cyropaedia* with an english translation by Walter Miller, London, 1947.

(4) Vide *Xenophontis Institutio Cyri* recensuit Guillermus Gemoll, Lipsiae, 1912.

el G (Guelferbytanus, 71, 19), del mismo tiempo que el anterior y el Escurialense 174 (T. III. 14) del siglo XII, según la mayoría de los autores, pero su fecha exacta, objeto del presente estudio, es, conforme nuestra modesta afirmación, de principios del siglo X (1).

Además de los manuscritos citados son dignos de notar el B (Parisinus, 1641), en papel de gran tamaño, contiene la Ciropedia desde el folio 95-228; por la suscripción aparece escrito por Miguel Apostólico en Creta después de 1462, el V (Vaticanus, 1335) (2), el Marcianus 511, del siglo XII y el R (Bremensis) del siglo XV, que se aproxima a la clase *x*.

A estos hay que añadir los fragmentos siguientes, de gran valor por su extraordinaria antigüedad: El $\pi^1$ y el $\pi^2$ oxyrincos del siglo III; el *m* ambrosianus (IV. 7. 14) del mismo tiempo que el anterior; el *P* (Fragmenta Hermop.) del siglo II, etc. (3).

Tal es el cuadro de manuscritos jenofonteos que sobre la Ciropedia poseemos; a pesar de que la «Abeja Atica» fué apasionadamente leída en la antigüedad, por un azar del destino son pocos y, en general, modernos los códices que se conservan describiendo la idealización de Ciro el Viejo; esquema éste que juzgamos necesario para la mejor comprensión de la importancia de revalorar en dos siglos de antigüedad la copia del códice escurialense 174.

Como demuestra Gemoll (4), a base de la colación de los manuscritos y comparación de sus variantes lleva la preponderancia entre las tres familias *y*, *z* y *x*, ésta última (Parisinus y Etonensis); parece haber habido una doble recensión de la que una está representada por *y* y la otra por *z*; los códi-

---

(1) Vide *Xenophontis Institutio Cyri* by E. C. Marchant, Oxford, 1907, vol. IV.

(2) En el Catálogo de *Codices Vaticani Graeci*, de J. Mercati y P. Franchi de' Cavalieri, se cita en la pág. 157 un manuscrito de la Ciropedia de Jenofonte con la signatura 129, del siglo XI, en pergamino, ff. 196.

(3) Cfr. A. Calderini, *La papirologia e l'epigrafia* en *Introduzione alla Filologia Classica*, Milano, 1951, pág. 170.

(4) G. Gemoll, *Institutio Cyri*, Lipsiae, 1912, pág. VI.

ces pertenecientes a la familia $x$ se forman de una recensión mixta y a veces corregida «ad libitum» del recensor; concluye el editor de la teubneriana: «Nulla classis prorsus contempta et abjecta videtur sed principatu classis $x$ concusso vel fracto, omnes exaequo classes ad recentionem adhibendae sunt semperque videndum unde plurimum opus redundet ne multa ratio eclectica et subjectiva quam dicunt crisis plus in Cyropaedia recensenda quam in aliis libris valebit» (1).

Expuesta brevemente la actual situación de los manuscritos de la Ciropedia, su antigüedad y valor, pasamos a una descripción detallada e historia externa del códice escurialense T. III.14; información necesaria para fundamentar mejor nuestro aserto sobre la época de su copia.

Los escritores que han tratado de este interesante manuscrito han sido Colville (2), Miller (3), Graux (4), Martin (5) y el P. Revilla (6) que lo ha descrito más extensamente y lo ha estudiado con más profundidad.

Colville lo describe muy sumariamente en su catálogo cuya descripción la escribió, además, en una hoja de guarda del manuscrito, que reproducimos más adelante. Miller lo cataloga brevemente en su obra y el detalle más interesante a nuestro objeto es la fecha de su copia, que la fija en el siglo XI, separándose de la opinión común. Graux trata de este códice al hablar sobre los fondos griegos procedentes del

---

(1) Lamentamos no haber encontrado el estudio tan importante para la historia del texto de Jenofonte de A. W. Pearson, *Zur Textgeschichte Xenophons*. Lund Univ. arss. X, 1915.

(2) *Index manuscriptorum quorundam graecorum a Davide Colvillo descriptorum ex ipso ordine qua in armariis asservabantur*, J. K. 18, folio 79. (Ms. Esc.).

(3) E. Miller, *Catalogue des manuscripts grecs de la Biblioteque de l'Escurial*. París, 1848, pág. 138.

(4) Ch. Graux, *Essai sur les origenes du fonds grec de l'Escurial*. París, 1880, págs. 169, 258 y 385.

(5) *Facsimiles des manuscrits grecs d'Espagne avec transcriptions. et notices*, por M. Albert Martín, París, 1891, pág. 44.

(6) A. Revilla, *Catálogo de los códices griegos de la Biblioteca de El Escorial*. T. I., Madrid, 1936, pág. 541.

ilustre Diego Hurtado de Mendoza, pero no señala la época de su transcripción, solamente asegura estar en pergamino antiguo; «c'est, dice Graux, l'une des deux milleures copies q'on connaisse de cet ouvrage» (1).

Albert Martin reproduce una facsímil de este códice del que hace un estudio paleográfico, fechando su escritura entre el siglo X al XI, por lo que es el escritor que más se aproxima a la fecha exacta de su copia. El P. Revilla, en su monumental catálogo, es quien lo estudia más detalladamente, aunque con algunos errores, como veremos más adelante.

El manuscrito es de pergamino grueso, en general blanquecino, pero en los primeros y últimos folios de color amarillento y manchado en parte por la humedad, tal vez en el incendio funesto de 1671 en que perecieron unos seiscientos códices griegos; además se ven los restos de la polilla que ha horadado el principio y fin de la obra. Su formato de caja total es de 245 × 185 mm. y de caja de escritura, 170 × 110 mm. con un grosor de 65 mm.; el número de líneas es de 24, escritas sobre pauta rayada en seco en el pergamino. La encuadernación en tabla forrada de piel, color rojizo adornada con filetes y otros dibujos en seco; forman estos filetes tres paralelogramos; el más externo y el intermedio están unidos en los ángulos por líneas paralelas; el espacio medio entre el paralelogramo interno y medianero está ocupado por cordones que se cruzan formando una serie de dibujos de cestería de influencia mudéjar. El espacio central está casi todo libre de adornos excepto en los cuatro ángulos que hay dibujos en seco; en la línea imaginaria media vertical hay cuatro florones y sobre dos de éstos se ha grabado a fuego, a su ingreso en la Biblioteca Escurialense, la parrilla circundada de un óvalo; lo que hace presumir que esta encuadernación no es de Pedro del Bosque, el encuadernador regio de los libros de El Escorial, sino mandado encuadernar por el mismo Hur-

(1) Ch. Graux, *Essai*, etc., pág. 169. También cita este códice Montfaucon en su *Bibliotheca Bibliothecarum mss. nova*, pág. 624, describiéndolo como originario del Monte Athos.

tado de Mendoza, como hacen suponer los adornos mudéjares; no en vano se había criado en Granada y pasado los últimos años de su vida.

El lomo lo llena una serie de líneas triples que se cruzan oblicuamente de arriba abajo, cortadas horizontalmente por otras tres líneas triples a distancias iguales dando impresión de losanges. En el centro del dorso hay un número borroso 51, escrito a pluma mojada en negro; es un guarismo de orden de los códices de Mendoza; se encuentra en las encuadernaciones de este magnate, y es característico para conocer sin error sus manuscritos, incluso aquellos que no llevan el *ex libris* de Mendoza, como dice Graux (1).

Los bordes de las pastas tuvieron antiguamente fiadores, que, tal vez, se hayan desprendido quedando las señales; a no ser que se arrancaran para evitar los roces al sacarles del plúteo; pues, como cuenta el P. Zarco, en 1612, al volver a ocupar el cargo de librero mayor el P. Lucas Alejos, se acordó vender las guarniciones, broches y manecillas de plata que, procedentes de antiguas encuadernaciones, se habían quitado y guardado porque estorbaban la uniformidad y simetría de las cubiertas y en la colocación; y dos años más tarde se vendieron las de latón, a peso (2).

En el corte, con un dorado medio deslucido, se lee la signatura de Arias Montano, que lo clasificó entre el 1577 y el 1592 con las letras capitales griegas Φ = Ξενοφών; en los dos extremos los números 14 y 1, y en la contratapa, de mano del mismo humanista, se repite Φ = Ξενοφών. Es notorio que Arias Montano ordenó los manuscritos de la biblioteca en 64 secciones designando los códices griegos con letras helénicas; «fruto de la inteligente labor de Arias Montano, dice el P. Antolín, en la ordenación de la biblioteca de El Escorial fué un magnífico catálogo de toda ella en tres tomos... Contiene los manuscritos latinos, griegos, hebreos, árabes, españoles, lemo-

(1) Graux, *Essai*, etc., pág. 230.

(2) P. J., Zarco. *Catálogo de manuscritos castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial*, T. I. Madrid, 1924, págs. LIII y LIV.

sines, portugueses, italianos, franceses, alemanes, flamencos, persas y armenios, según la clasificación antes dicha y distribuídos en los estantes sin signatura» (1).

Consta nuestro manuscrito de 1-249 folios, en pergamino, más otro anterior al I que pegaron a la contratapa y que tal vez pudiera en el recto leerse alguna escritura útil para la historia del códice que tanto abundan en las obras copiadas en la alta Edad Media. Tiene repetidos los folios 17, 20, 29, 32, 41, 80, 84, 87, 120, 125, 156, 159, que están sin numerar, excepto los dos primeros, que lo han sido modernamente con tinta morada más una estrella indicadora de la repetición.

En el número de folios, los catalogadores Miller y el P. Revilla se han equivocado, error debido a una distracción del que paginó el códice al pasarse del folio 169 al 70 y así vuelve a repetir hasta el final, por lo que el último folio aparece con el guarismo 149 y en rigor ocupa el 249, equivocación de un centenar de folios verdaderamente considerable; pero hay que hacer la observación de que un anotador ha escrito posteriormente junto al número del folio otra cifra en que tiene en cuenta los folios no numerados: 91/100, 139/150, 187/200, 127/240 y al final en el último folio 262/263 y sigue paginando las hojas de guarda 150/264.

Tiene exactamente el códice contando los folios no numerados 263, más la última hoja no escrita y que es la única que es de papel y sirve de hoja de guarda.

Forman el códice 33 cuadernos de ocho folios cada uno, cuaterniones, menos el último de seis folios, números con letras griegas $\alpha' - \lambda\gamma'$, en el centro del margen inferior del primero y postrer cuaternión, siendo inexacta la afirmación del P. Revilla de ser 43 los cuadernos (2).

Como dijimos, tiene un folio de pergamino pegado a la contratapa y en el ángulo superior izquierdo la signatura antes

(1) P. G. Antolín, *Catálogo de los Códices latinos de El Escorial.* Vol. V. Madrid, 1923, pág. 310.

(2) P. Revilla, *Catálogo*, etc., pág. 541.

citada de Arias Montano. En el centro de la contratapa se leen estas palabras griegas, con algunos errores: «Νεοφίτον ἀμαρτόλου καὶ ελεείνου δημητρίου Μαρίας καὶ τῶν τέκνων αὐτῆς.

En el ángulo inferior externo hay dibujado un triángulo y escritas unas frases griegas que por estar la tinta tan desvanecida es poco menos que indescifrable. Hay otros dibujos y escrituras difíciles de interpretar. En el fol. I recto se ha escrito en el ángulo superior derecho estas palabras: ἡ ευφροσύνη τοῦ δημητρίου, tal vez de algún lector que anota el gozo de un Demetrio desconocido para nosotros. Al mismo nivel, en el centro, y por distinta mano, se lee esta expresión, que ha sido en parte raspada: βλὰξ ὁ μόρο(ς) καὶ εὐήθις (por itacismo); debajo de esta frase se repiten estas mismas palabras en mayores caracteres, añadiéndose los términos siguientes: καὶ ἐξώ (sic) τῆς φρονήσεως; y por tercera vez se vuelve a repetir la frase en letra más menuda y fina agregando al final el vocablo incompleto ὑπα (sic), tal vez de algún lector que repudia la confianza en el ciego destino al decir: «La suerte es necia y tonta e insensata».

Debajo, en caracteres gruesos y color negro, está la signatura aún vigente: III.T.14, que data de 1671, en que se reorganizó el fondo griego después del luctuoso incendio; la letra *T* indica el estante, el número romano III el plúteo y el arábigo 14 el orden del códice; desapareciendo las anteriores clasificaciones por materias fijadas por los PP. Sigüenza y Alaejos, siendo suplantada por la de tamaños que es la actual, aunque Miller y el P. Revilla iniciaron una nueva ordenación por números seguidos, simplificándola. Debajo de esta signatura ocupa el espacio medio del folio una serie de frases griegas de época posterior como la siguiente, en rojo: Προκατάλαβε πρὶν δουλωθῆναι ἡμᾶς. De sentido difícil de captar: «Prevente rápidamente antes que seamos sometidos»; a continuación siguen cuatro líneas de distinta mano y en tinta negra de las que damos el principio por lo complicado su descifrado: + τιμιώ(τατα) ἐν μοναχῆς καὶ ἠγαπημένη μοὶ ἀδελφὴ. . . , debajo y por el mismo que escribió las frases superiores del folio y en el mismo color: Ἐις ἀγαθὸν δρόμον, δέσποτα, ὑπαγείς, tal vez un piadoso pensamiento de un

monje recordando las palabras de San Pablo: Τὸν δρόμον τετέλεκα (1).

En el anverso de este folio de guarda se lee, en el ángulo superior izquierdo, el número 14, indicador del orden en el plúteo; a continuación la palabra *Xenophon*, escrita en el siglo XVI por Antonio Gracián, secretario real; debajo, y de mano del P. Sigüenza, la signatura III-B-1 (2); en la misma línea la cifra 158, que señala la primitiva clasificadión de este ms. al ingreso en esta biblioteca en el año 1576 (3); continúa con esta interesante inscripción griega que nos informa sobre los anteriores poseedores: + Βιβλίον προστεθὲν ἐν τοῖς κατεχουμεναίοις τ(ῆς) ἱερᾶς Λαύρας / τοῦ ἁγ(ίου) Ἀθανασίου παρὰ τοῦ τιμιωτ(ά)τ(ου) / ἐν ἱηρομονάχοις κυρίου Ἰγνατίου τοῦ Καλοθέτου (4). «Libro colocado en el Catecúmeno de la S. Laura de S. Atanasio, por orden del muy honorable entre los monjes presbíteros señor Ignacio Calozeto».

Por consiguiente, el códice fué probablemente regalado por Calozeto a la célebre Laura de S. Atanasio, el monasterio más importante del Monte Athos(5), por haber sido un interesante *scriptorium* y, además, por su rica librería, que aún subsiste (6). *Catecumenos* suelen llamarse entre los bizantinos los pórticos superiores que rodean toda la fábrica de un templo, en los cuales solían colocarse las mujeres durante los oficios litúrgicos, que también se denomina *gineceo*, donde solía tenerse la librería del monasterio (7). A continuación de la inscripción, una cruz en

---

(1) S. Pablo, *Ad Timotheum*, II, 3, 7.

(2) P. L. Villalba, *Estudio sobre el P. Sigüenza*, El Escorial, 1916, páginas CXXIV-CXXVI y CXXXVIII-CLIV.

(3) Cfr. R. Beer, *Die Hadschriftenschenkung Philipp. II, an den Escorial von Jabre 1576, nach einem bisher unveröffentlichten Inventar des Madrider Palastarchivs*. Viena, 1903, pág. XIC.

(4) Miller en su *Catálogo*, pág. 138, transcribe erróneamente este texto.

(5) Montfaucon, *Palaeographia Graeca*, París, 1708, págs. 441-509.

(6) Cfr. *Les Eglises orientales et les Rites orientaux* par Raimond Jaunin, Paris, 1926, pág. 144.

(7) Cfr. Du Fresne y Du Cange, *Glossarium ad scriptores mediae et infimae graecitatis*. Lugduni, 1687, pág. 621.

rojo y debajo el título de la obra, de pluma de mano de Nicolás de la Torre, griego natural de Certa βασιλικὸς ἀντιγραφεύς, como se designaba a sí mismo, quien, después de servir a la Universidad de Salamanca como copista de códices griegos, entró, en 1572, como «escritor en lengua griega» de Felipe II en la librería de San Lorenzo; durante veinticinco años se entregó a la tarea de copiar códices mal conservados y redactar los índices de la Biblioteca Escurialense; este título dice así: Ξενόφωντος Κύρου παιδείας βιβλία η'.

Estos epígrafes puestos al principio de los manuscritos, indicadores de los tratados que contienen, son debidos al consejo del erudito Juan Bautista Cardona, en su célebre Memorial (1), como también sugirió que se anotaran en el mismo códice las procedencias, lo que por desgracia, en general, no se realizó. Debajo siguen dos antiguas signaturas tachadas en distintas épocas; la primera, la del P. Sigüenza, que sustituyó a la de Arias Montano, *B.III.I;* a continuación la del P. Lucas de Alaejos, *IV.* Λ. 7 (2), quien, en 1614, a causa de la entrada en la biblioteca de 4.000 manuscritos arábigos, mudó el orden de colocación de los códices, clasificación que rigió hasta el 1671 en que, por el trastorno del incendio, se estableció la actual disposición.

En el espacio inferior de este primer folio hay unas anotaciones en latín de David Colville, célebre erudito escocés que pasó diez años en El Escorial, enviado por Felipe III en 1617 para catalogar los manuscritos, principalmente griegos, sobre los que nos ha dejado dos catálogos; «cuando los códices contenían pocas obras, dice el P. Revilla, no era necesario entrar en minuciosas observaciones; Colville les describía en las hojas de guarda de los mismos códices, limitándose después, en los pliegos en que describe los restantes, a llamar la

(1) *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.* (Primera época.) Tomo IX, pág. 368 (1883).

(2) Graux en su *Essai...*, págs. XV y XVI, atribuye erróneamente la clasificación del P. Sigüenza a Arias Montano y la del P. Alaejos al P. Sigüenza.

atención respecto de aquellos con las indicaciones: *De codice N. vel de Codicibus NN. in ipsis dictum est* (1).

La anotación de Colville, en el folio de guarda, reza así, en latín: «Xenophontis Rhetoris Cyropediae. Libri 8. Habetque in margine indices seu notas utiles. Dele illud Rhetoris non est omnino ἀπροσδιόνυσον potius dicendum fuit philosophi, historici, imperatoria militari dignitate clarus. Erat ante hic liber propietate Catecumenon Sancti Laurae D. Athanasii, donatusque ab Ignatio Calotheta» (2).

En el margen superior del folio 1 se lee la palabra *Xenoph*, quizá de Arias Montano, y debajo se vuelve a repetir la procedencia de este interesante códice: + Βιβλίον τῶν κατεχουμένων τῆς ἱηρᾶ(ς) Λαύρας. (Vid. lám. I).

Por esta escritura, y la que ya revisamos en el reverso del folio I de guarda, cabe conjeturar la época en que ingresó este manuscrito en la Laura del monte Athos al ser regalado por Calozeta, ya que por los espíritus que aparecen en esta inscripción redondeados cabe suponer no haber ingresado en el tiempo en que fué copiado sino alrededor del siglo XI; sobre la librería de S. Atanasio (3), decía Juan Commeno, médico que fué de los monasterios del Athos, en el siglo XVII: «Supra Narthecem autem est Bibliotheca mirabilissima; in qua reperiuntur libri multi veteres manuscripti pretiosissimi a viris sapientibus et eruditis descripti» (4).

Gustavo Haenel se equivoca al atribuir al manuscrito escurialense Σ.II.7, *De Republica lacedemónica* de Jenofonte, la nota

---

(1) P. Revilla, *Catálogo...*, pág. CXVIII (nota).

(2) Vide esta misma recensión en el Catálogo manuscrito escurialense, K. I. 18, fol. 79, copia en limpio del borrador de Colville por el P. Andrés de los Reyes.

(3) Hemos revisado el catálogo moderno de la Biblioteca de la Laura a ver si topabamos con algún manuscrito de la *Ciropedia de Jenofonte* de antigüedad venerable y el único manuscrito, 1.343, (pág. 225) es del siglo XVIII (Cfr. *Catalogue of the Greek Manuscripts in the Library of the Laura on Mount Athos by Spiridon and B. Eustratides*, Cambridge, 1925.)

(4) B. Montfaucon, *Palaeographia Graeca*, París 1708, p. 454.

de que perteneció a la Laura del Monte Athos, donado por Ignacio Calozeta, noticia que caracteriza al manuscrito que estudiamos T. III. 14 (1). En el último folio 149 (263) se vuelve a repetir lo anterior en letras griegas, añadiéndose las palabras: τοῦ ἁγ(ίου) Ἀθανασίου / τοῦ ἐν τῷ Ἄθω +; encima de esta frase hay otra borrada de la que apenas son legibles algunas letras sueltas, lo mismo hay en el margen inferior.

En el reverso superior de este folio se lee: + Μήνὶ νοε(μ)βρίῳ ἰνδ. θ' ἡ πάρουσα βίβλος / ἐπράθη πάρ' ἐμοῦ Ἰω(άννου) τοῦ Ἀλϋάτου πρὸς τὸν Βέηκον κύ(ριον) θεόδωρον εἰς $\frac{\pi\,\rho}{\chi}$ ξξ + (2).

No sabemos quién pudiera ser este Juan Alyato, (3) vendedor del manuscrito, a no ser un teólogo protestante que a mediados del siglo XVI hace un viaje por Turquía; ignoramos igualmente la personalidad de Teodoro Vecos, sobrenombre que aparece en algunos escritores bizantinos como Juan Veccos, creado patriarca de Constantinopla por Miguel Paleólogo en 1274.

Debajo de la precedente inscripción siguen otras dos, difíciles de transcribir; igualmente hay otras dos inscripciones en la margen izquierda, tan borrosas y agujereadas por la polilla que resultan poco menos que indescifrables. A continuación sigue una hoja de guarda en papel en cuyo borde superior derecho se ha numerado con las dos diversas paginaciones que presenta este códice 150/264; por la filigrana que transparenta este papel, un áncora en un círculo remontado por una estrella de cinco radios, procede de Verona y año de su fabricación entre el 1536-46, según Briquet (4); luego la encuadernación no es posterior a esta fecha, como ya había-

---

(1) G. Haenel, *Cathalogi librorum manuscriptorum* etc., Lipsiae, 1830, p. 934.

(2) El P. Revilla traduce por un descuido «y fué vendido por Teodoro Veccos a J. Alciato» (p. 542) como ya reparó J. E. Powell en *Classical Rewiew* (1936, p. 236) advirtiendo el error de la versión.

(3) El P. Revilla transcribe Alciato del griego Ἀλϋάτου, ignoramos por qué razón. *Catal.*, pág. 542.

(4) C. M. Briquet, *Les Filigranes*, Leipzig, 1907, filigrana 513.

mos supuesto, ni ser trabajada en El Escorial; la siguiente hoja de papel está pegada a la pasta; en su borde superior derecho se ha escrito a lápiz rojo el número exacto de folios: *N. son* 254.

Pasando ahora a exponer cómo pudo llegar a El Escorial un códice que, como vimos, se guardaba en el siglo XII en la Laura del Monte Athos, detallaremos lo siguiente: Al morir Hurtado de Mendoza, en el 1575, en Madrid, legó toda su rica colección de impresos y manuscritos a Felipe II bajo la condición de que se le remitiera la cuantiosa deuda que debía a la Corona y se pagara a sus acreedores (1). En junio de 1576 llegaron a El Escorial las primeras remesas de sus libros (2); también se recibió un catálogo e historia detallada de la formación de su librería, documento interesantísimo que debió perecer en el incendio de 1671, por el que hoy conoceríamos detalles importantes sobre el códice que historiamos (3). En sus libros suele aparecer como *ex libris* su propio nombre *D. Di° de Mza.* de puño del secretario de Felipe II Antonio Gracián, escrito en el margen inferior del primer folio, (4) como también es característica la encuadernación de los códices de don Diego, que falta en el nuestro, uno de los pocos; tapas de dos colores, rojo y verde oscuro que son los de su casa y en el centro de ambas un medallón estampado en oro. «Desde allí (la librería de El Escorial), desde aquella suntuosa fábrica, está el espíritu de Mendoza enviando al alma española la luz de la cultura que en sus mano había sabido fundir, empleando los diversos materiales que los griegos, los latinos, los árabes, los italianos, los españoles, habían ido acumulando en varios siglos de historia» (5).

---

(1) Sobre Diego Hurtado de Mendoza el estudio más completo es el de A. González Palencia y Eugenio Mele. Madrid, 1941, 3 vols.

(2) Graux, en su *Essai*, etc., hace un erudito y documentado estudio sobre los fondos griegos de Mendoza en las págs. 172-273.

(3) P. Revilla, *Catal.*, pág. LXXXVIII.

(4) V. lámina I.

(5) González Palencia y E. Mele, *Vida y obras de don Diego Hurtado de Mendoza*. Madrid, 1942, pág. XIV.

Mendoza había sabido aprovechar sus grandes riquezas, sus influencias, los viajes más diversos por Europa, sus extraordinarios conocimientos humanísticos como medios para poseer una de las mejores colecciones de manuscritos de Occidente; y ciertamente casi llegó a conseguirlo; «éstos, dice el P. Quevedo hablando de su librería, indudablemente son los mejores libros que posee esta biblioteca, pues, además de los manuscritos, tenía muchas ediciones del siglo XV, algunas de ellas rarísimas» (1).

Solamente un hombre de una formación selectísima pudo tener tan nobles aspiraciones; «es tan bueno y tan humano, decía Páez a Zurita, que puede V. M. dezir *nihil oriturum, alias nihil ortum tale;* su erudición es muy varia y extraña; es gran aristotélico, matemático, latino y griego que no hay quien se le parezca» (2). Siendo embajador en Venecia de Carlos V, por el año 1542, tuvo a sus órdenes una serie de copistas griegos como Juán de Corfú, Nicolás de Nauplia, Andrónico Nuccio y otros, como su bibliotecario Arnaldo Arlenio Peraxylus, que copiaron algunos manuscritos de la Marciana, sobre todo los más valiosos de Besarión.

Sobre la manera de llegar Mendoza a la posesión de nuestro códice T.III.14, se pueden establecer tres hipótesis. La primera se basa en que nuestro humanista envió varias veces al conocido copista griego Nicolás Sofiano a Grecia y Turquía para visitar sus monasterios en busca de manuscritos; y cuentan que le había traído más de 300 de tal valor que él mismo decía que no cambiaba alguno de ellos por una ciudad; Lázaro Buonamico confirma que envió copistas incluso al Monte Athos: «In multos mittis ad altum scriptores Athon huc veterum monumenta virorum comportaturos» (3). Lo

---

(1) J. Quevedo, *Historia del Real Monasterio de El Escorial*, Madrid, 1849, pág. 328.

(2) D. J. Dormer, *Progressos de la historia en el Reino de Aragón y elogios de Gerónimo Zurita, su primer historiador*, Zaragoza, 1680, página 463.

(3) Graux, *Essai*, etc., pág. 174.

mismo repite Juan Metelo en carta desde Venecia a Antonio Agustín en el 1543: «Jacobus Mendoza Nicolaum Sophianum Corcyrensem in Montem Athum misit, a Thesalia centum milliaribus, ut quidquid librorum nondum editorum graeceque scriptorum inveniret, ad se deferre aut describi curaret» (1). Luego nuestro Jenofonte puede haber sido comprado por Nicolás Sofiano o por otro de los emisarios de Mendoza en el Monasterio de S. Atanasio del Monte Athos.

La segunda conjetura se funda en una tradición recogida por varios documentos, según la cual Solimán II, por habérsele devuelto un cautivo turco muy querido del sultán, gracias a Mendoza, le remitió una remesa de códices; según Andrés Schott le regaló una nave cargada de libros (2); según Nicolás Antonio solamente fueron seis cajones llenos de manuscritos (3); pero Iriarte asegura sólo uno con 31 códices (4). Fundamenta esta tradición el hecho de que exista en la Biblioteca Escurialense el manuscrito Ω.I.13, que lleva al frente, de puño de Mendoza: «Antiquum antequam invenirentur libri Esdrae inventum in scriniis Cantacuzeni et missum ab Imperatore Turcarum.

Iriarte atestigua en su *Catálogo de Griegos de la Biblioteca Real de Madrid* que se le permitió transcribir de un manuscrito núm. 410 de la biblioteca de don Fernando de Silva, Duque de Alba «un memorial de libros griegos de mano de la librería del señor don Diego Hurtado de Mendoza»; pero tanto esta copia de Iriarte como el original han desaparecido y solamente en su catálogo de griegos transcribe los títulos desde los números 318 al 348, que van encabezados con el epígrafe: «Los que dió el Turco»; ocupando el número 344 nuestro manuscrito con el título *Xenophontis paedia et Opera* (5).

---

(1) Idem en nota.

(2) A. Schott, *Bibliothecae Hispaniae*, Francfort, 1608, pág. 544.

(3) N. Antonio, *Bibliotheca Hispano-Nova*, T. I., Madrid, 1783, página 290.

(4) J. Iriarte, *Regiae Bibliothecae Matritensis Codices Graeci Mss*, T. I. Matriti, 1769, pág. 276.

(5) Idem.

LÁMINA I

Graux encontró en el British Museum una copia de este memorial casi idéntica a la de Iriarte que reproduce como apéndice en su *Ensayo;* consta de 351 manuscritos y desde el número 321 al 351 están también con el epígrafe «De los que dió el Turco», teniendo el 347 el título *Xenophontis Paedia* (1), que indica sin duda ninguna nuestro códice, puesto que no hay otra Ciropedia en los 351 títulos (2). Además de estos dos memoriales, modernamente se han encontrado otros tres; dos en el manuscrito latino de la Vaticana 3958; el primero muy semejante al de Londres; el tercero en la Ambrosiana de Milán, manuscrito E. 60 sup., que coincide, en parte, con el primero de la Vaticana y el del Museo Británico y, en parte, sigue orden distinto; estas referencias las conocemos por el P. Revilla, pero no hemos compulsado los índices para ver el título y lugar que ocupa el Jenofonte 174 escurialense (3).

Graux niega la autenticidad de este título «De los que dió el Turco», tratando de demostrarlo aunque no llega a convencer porque no justifica la causa de la intromisión de este letrero en el Memorial (4); para Foscarini, Mendoza obtuvo permiso del Sultán para recoger los manuscritos que encontrara por Grecia y no alude a la historia del cautivo (5).

La tercera y última suposición sobre el origen de llegar a manos de Mendoza este códice sería que fuera adquirido por nuestro humanista español del teólogo italiano que antes citamos, Juan Pablo Alciat, que viajó por Turquía y que lo comprara a Teodoro Veccos y más tarde lo vendiera o regalara a Mendoza, que siempre tuvo gran ilusión por Tucídides y Jenofonte (6); y así se explicaría la inscripción de la hoja final de guarda del códice, siempre que admitamos la identi-

---

(1) British Museum. *Ms. Egerton*, núm. 602, fols. 289-296.

(2) Miller, *Catálogo*, etc., pág. III.

(3) Revilla, *Catálogo*, etc., pág. LXXXIX.

(4) Graux, *Essai*, etc., pág. 180.

(5) M. Foscarini, *Della Letteratura Veneziana*, t. I, Padua, 1752, página 65.

(6) Graux, *Essai*, etc., pág. 169.

dad dudosa del nombre Ἰωάννου τοῦ Ἀλϋάτου con Juan Alciato.

Adentrándonos ahora en la descripción del contenido de la obra notamos que en el folio 1 hay una orla en rojo y verde en forma de Π alargada, que ocupa todo el frente superior, formada por líneas paralelas cuyo espacio intermedio está rellenado por cordones entrelazados de tres colores: rojo, verde y blanco. En los dos ángulos externos de la Π se yergue una flor e igualmente en los dos bordes inferiores. El espacio interior de la mayúscula Π lo ocupa el título de la obra: + Ξενοφῶντος Κύρου παιδεία βιβλίον α' (vid. lám. I).

La primera letra del texto del libro I (ff. 1-33 v.) es una *E* uncial en forma de círculo abierto por la derecha en que aparenta salir disparada una flecha de un arco. En la margen inferior las glosas han sido raspadas lo mismo que las del 2v.; pero en los folios 1v y 2r la tinta de sus glosas está completamente desvanecida, por lo que son ilegibles. En este primer libro se lee en la margen lateral algunas palabras que o faltan en el texto por descuido o son variantes, unas veces en minúscula, luego posteriores a la copia del texto, o en uncial pequeña, contemporáneas al mismo; así, en el folio 6r, línea 15, se ve en la margen, en minúscula δέη que falta en el texto; en el folio 8r, línea 21, se lee en uncial pequeña λεκανίδια por λεκάρια que tiene el texto; en el folio 12v, línea 1, hay una laguna que ha sido suplida en el margen superior posteriormente: ἢ οὐχ ὁρᾶς ἔφη ὅτι καὶ μήδους ἅπαντας δεδίδαχεν αὐτοῦ μεῖον ἔχειν.

En el folio 15v, en la margen lateral izquierda, hay una glosa de diez líneas que ha sido cortada al ser encuadernada la obra, con letra del siglo XIII al XIV; en el folio 18v, línea 16, se ha añadido en el texto, posteriormente, el vocablo εθεᾶτο y en el margen izquierdo καὶ μόλις αὐ(τόν) que falta en el texto; en el folio 17r se encuentra, en su margen, las siglas Ση = σημειῶσαι que equivale al latín *nota bene* (1), abreviatura que se repite mucho en el transcurso de la obra; en el folio 20v, margen izquierdo, hay un título en uncial pequeña referente a la materia que trata Ἐναντία Ἡροδότῳ; y unas líneas más abajo,

(1) B. Montfaucon, *Palaeographia Graeca*, París, 1707, pág. 373.

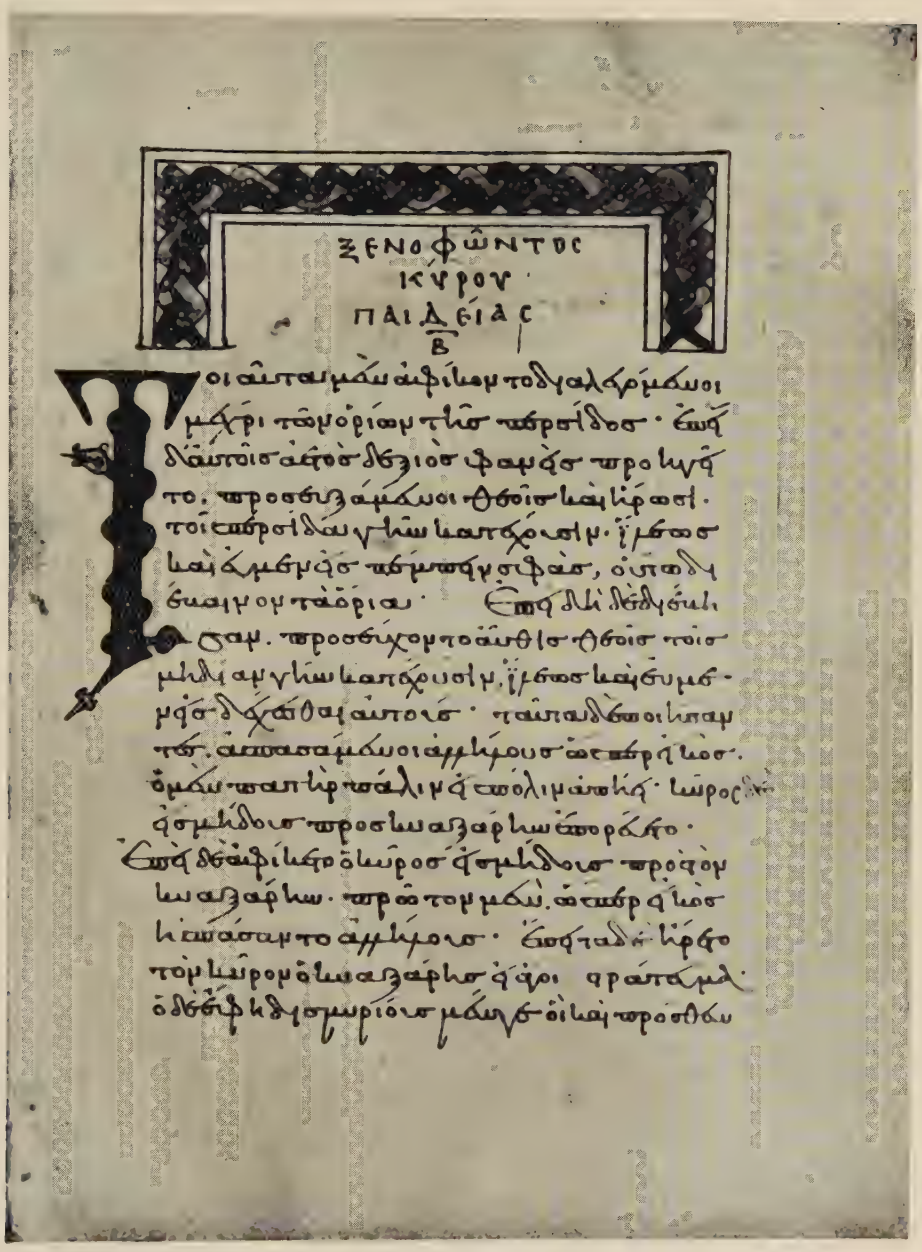

ΞΕΝΟΦΩΝΤΟΣ
ΚΥΡΟΥ
ΠΑΙΔΕΙΑΣ
Β

LÁMINA II

una glosa, en tinta negra, de dos líneas cortadas también por el encuadernador; en el folio 32v, al margen derecho, han puesto igualmente el título de materia en letra uncial pequeña: Παραίνεσις ὑπὸ Καμβύσου πρὸς τὸν παῖδα Κῦρον περὶ πολέμου. Termina (fol. 33v) con estas palabras en minio y unciales: Ξενοφῶντος Κύρου παιδείας α'.

El libro segundo (fols. 34v-58r) lo inicia una orla en forma también de Π pero con los colores más vivos. La primera letra *T* es una hermosa uncial en rojo, con una hoja verde incrustada en su parte superior y enroscada en la *T* hay una serpiente de piel oscura; su cabeza amarilla deja ver su lengua de fuego y su cola termina en una hoja verde. El texto tiene las mismas características que el libro anterior; algunas palabras en el margen que faltan en el texto y los títulos de las materias en los espacios laterales en uncial pequeña (vid. lám. II).

Al libro tercero (ff. 58r-89r) le falta la orla de los anteriores y en su lugar hay otra más sencilla de líneas rojas y negras; la inicial también más simple es una *O* en cuya circunferencia alterna el blanco y rojo y en su centro hay una especie de flecha indicadora del espíritu áspero. En las márgenes de este libro apenas hay glosas y ninguna letra uncial de títulos; se ven algunas correcciones del texto hechas posteriormente como en el folio 76r, texto: ἐπικαίριοι, en el margen: ἐπικούροι; en el folio 79v, texto: ἐπικούριους, en el margen: ἐπικούρους; en el último folio de este libro 89r hay una extensa glosa que ocupa la mitad del margen y que no reproducimos por estar mutilada por la encuadernación; se ve alguna que otra letra uncial, como la *N* y los espíritus son angulares, lo que hace suponer que esta glosa sea poco posterior a la transcripción del texto. Cierra el libro las siguientes palabras que reproducimos por ser diferentes de la edición crítica de Gemoll (1): εἴδοτες ὅτι οὔδεις ἕκαστον αὐτῶν γένεσθαι.

El libro cuarto (fols. 84v-*111*v) no tiene orla sino unas simples líneas encima del título; la inicial es una *M* y no

(1) W. Gemoll, *Xenophon Institutio Cyri*, Lipsiae MCMXII, página 119.

tiene que envidiar por su belleza y elegancia a ninguna de las anteriores: dos columnas con dibujos de diversos colores unidas por un rasgo de aspecto de soga constituyen la *M*. En las márgenes hay alguna que otra palabra preterida en el texto y sobre todo en el folio 97r hay una lección de siete líneas que falta en el texto y escrita más modernamente.

El libro quinto (fols. 112r-146r) tiene una orla sencillísima, que se reduce a una línea roja; la *O* inicial parece que está sin terminar en su adorno; las glosas las mismas que en los anteriores y aún más escasas.

El libro sexto (fols. 146v-168v) sin orla sino unas breves líneas rojas; la inicial *T* ornamentada toda; en cuanto a las glosas son de palabras aisladas, lagunas del texto escritas posteriormente.

El libro séptimo (ff. 146v-101r) tiene la orla y la inicial, sencilla y simple; las palabras escritas en el margen igual que en los anteriores; vuelven a aparecer los títulos de materias en uncial pequeña. En la penúltima línea del libro han sido raspadas varias palabras seguidas, pero según la edición de Gemoll no falta nada, lo que hace suponer que hubo alguna repetición de palabras por el copista.

El libro octavo (ff. 101v-149r) tiene las mismas características en cuanto a la sencillez de la orla e inicial que los anteriores; al final, termina con estas palabras en minio y unciales: Ξενοφῶντος Κύρου παιδείας η′ y debajo una orla rojiza desnuda de ornato.

La última parte de este pequeño estudio, a la cual va encaminado lo precedente, es la que consideramos más importante, por tratarse de revalorizar este códice jenofonteo, retrotrayendo la fecha de su copia en dos siglos de diferencia, o sea a la primera época de la minúscula griega, entre los códices que se denominan *vetustissimi;* por sus características paleográficas, según nuestra modesta opinión, pertenece al primer siglo de la minúscula que se extiende desde el 835, que es la fecha que consta en el primer manuscrito minúsculo datado, el célebre códice de los cuatro Evangelios de la Colección de Uspenski llamado también *Tetraevangelio Uspens-*

*kiano* transcrito por el monje Nicolás, probablemente en el Monasterio de San Sabas, en el mar Muerto, y conservado hoy en Petersburgo (Leninopolitanus 219); termina este primer período de la minúscula en el año 1059 con la muerte de Constantino VII Porfirogénito.

Dada la pureza de letra de nuestro códice en que no se ve apenas rastro de decadencia o huellas del segundo período de la minúscula, creemos que bien se puede fijar la fecha de su copia a principios del siglo X; a pesar de que todos los editores críticos de la Ciropedia lo incluyen en el siglo XII e incluso el P. Revilla, Miller lo fecha en el XI y únicamente A. Martín en su estudio paleográfico de este códice (1) se aproxima a la época de su copia al datarle entre los siglos X y XI; mas al final de este artículo expondremos la causa de este error debido al mismo códice.

A continuación haremos una colación entre las características paleográficas de los manuscritos datados del primer período de la minúscula y las que posee nuestro códice para concluir que es preciso enumerarle entre los *vetustissimi* y no entre los *vetusti* de los siglos XI y XII; y es tan evidente esta inclusión que basta haber manejado superficialmente esta clase de códices para darse cuenta en seguida de su época sin temor a errar.

La minúscula se forma lentamente de la uncial deformada y degradada y de la cursiva perfeccionada, enriqueciéndose con las ventajas de ambas, la claridad de la uncial y la rapidez de la cursiva; por esto se extendió prontamente por todo el imperio bizantino y se impuso triunfando entre las clases eclesiástica como profana en el siglo IX.

El principio base de la paleografía griega minúscula para fechar un códice minúsculo de edad desconocida, se funda en la pureza de la letra minúscula y exclusión de letras unciales del texto, siendo el códice más moderno cuanto más unciales

---

(1) A. Martin, *Fac-similes des mss. grecs d'Espagne*, París, 1891, página 44.

aparezcan en el texto (1), lo contrario sucede en la paleografía latina. En nuestro T.III.14 fuera de las unciales de los títulos y glosas que son comunes a todos los minúsculos, aparecen aisladas en el texto alguna que otra uncial, sobre todo al fin de línea; pero nunca sistemáticamente hay alguna letra de forma uncial; esta intrusión de unciales, como son la A, E, K y la Σ nos fuerza a no poder incluir este códice entre las del siglo IX que estuvo casi completamente libre de toda bastardía (2).

Otro signo de minúscula pura es la transcripción del texto sobre el trazado de la línea como se había escrito anteriormente en la uncial; aunque este criterio no es completamente seguro ya que el uso fluctuó algo en esto, en nuestro códice comprobamos que la escritura se asienta sobre las líneas trazadas en seco; mientras que la escritura debajo de la línea, de la que parece estar suspendida, tiene lugar desde principios del siglo XI (3).

El tercer criterio cierto es la forma de trazar los espíritus que en nuestro manuscrito es angulosa, es decir, una vertical sobre la que incide una línea perpendicular ya en su centro o en el borde inferior, hacia la derecha para el espíritu áspero y a la izquierda para el suave (4). Este uso de los espíritus angulosos se continúa hasta principios del siglo XII en que se redondean, adoptando la forma actual (5).

Descendiendo a las letras en particular, observamos que

---

(1) W. Schubart, *Griechische Palaeogr.* München, 1925, pág. 160.

(2) Hemos revisado los códices escurialenses T. III. 17 y Σ. II. 10, que son de fines del siglo IX y aparecen al final de línea las unciales siguientes: Σ, Λ, A, N.

(3) Cfr. W. Schubart, *Griechische Palaeogr,* Munchen, 1925 página 159.

(4) E. M. Thompson, *An Introduction to Greek and Latin Palaeography,* Oxford, 1912.

(5) Montfaucon asegura que los espíritus angulosos fueron usados en el siglo IX y principios del X, pero después raramente. *(Palaeog. Gr.,* pág. 272). Cfr. V. Gardthausen, *Griechische Palaeographie,* 2.ª ed. vol. II Leipzig, 1913, págs. 384 y 211-215.

su grafía es la peculiar de la minúscula pura; la α en forma cursiva de círculo con el bucle detrás; sin embargo, se ve a veces, al fin de línea, una α uncial aunque no frecuente (p. 2r, línea 12; fol. 2v., lín. 14; fol, 3v., líns. 5, 6; fol. 4r, lín. 4).

La beta del primer período es semejante a la *u* castellana y procede de la escritura cursiva; en el siglo X empieza a introducirse la uncial β que aparece mezclada con la beta cursiva hasta sustituirla; en nuestro manuscrito la única beta que aparece es la cursiva. La gamma es completamente cursiva; no se encuentra en nuestro códice la uncial que se introduce a fines del siglo X. La delta es exclusivamente minúscula descendiendo el rasgo superior en forma de ángulo curvo para unirse a la letra siguiente; no se observa rastro de la delta uncial, que surge después de 953.

La épsilon es también en forma minúscula, adoptando la apariencia de la cifra 6; se ve el intento del copista por trazarla de un solo rasgo; desciende de lo alto formando un bucle cerrado en la parte baja y la barra media va horizontal; esta es la única ε que se encuentra en el manuscrito 174, sin mezcla de la uncial que se manifiesta a fines del décimo.

La dseta se observa a modo de una *E* al revés, con un bucle interno y otras veces con dos. La eta a manera de una h, según la forma cursiva, pero no aparece la forma uncial que se suele encontrar desde el año 924. Montfaucon da dos formas de zeta minúscula: la primera en que el círculo ovalado no llega a cerrarse que fué usada por los taquígrafos antes de la época de la minúscula; pero en los códices de los siglos IX y X rige la de círculo cerrado hasta mediados del décimo, en que vuelve a usarse la de óvalo abierto; en nuestro Jenofonte domina siempre la de óvalo cerrado; índice evidente de que fué copiado antes de mediar el siglo X (1).

La cappa se revela en este códice en forma de minúscula pura, pero aparece la uncial algunas veces, sobre todo al fin de línea (fol. 4v., lín. 21; fol. 9v., lín. 19; fol. 103r., lín. 24);

---

(1) B. Montfaucon, *Palaeogr. Gr.*, págs. 264, 268 y 275.

no es de extrañar, ya que se encuentra incluso en algunos códices de finales del siglo IX (1).

La forma de la lambda cursiva es la de uso general en nuestra Ciropedia, pero se encuentra con frecuencia especialmente al final de línea la forma moderna de esta letra como folio 4r., lín. 18; fol. 5r., líns. 6, 13; fol. 9r., lín. 7; esta forma uncial es de las primeras que se encuentra en los minúsculos.

La *mi* y la *ni* tienen forma minúscula sin alternar nunca con la uncial. En la ligadura *ou* aparece la *o* al lado de la *u* y no la *u* sobrepuesta a la *o*, como suele aparecer en esta grafía desde el 880; aunque Montfaucon asegura que no vió esta última forma en los códices del siglo IX sino desde principios del X (2); es otro indicio de que nuestro manuscrito es de principios del siglo X. La *xi* es como una *E* al revés, pero con dos bucles en el centro.

La *pi* es exclusivamente cursiva, no apareciendo rastro de la uncial, que empieza a introducirse hacia el año 914. La *rho* tiene el bucle completamente cerrado en nuestro códice, que no empieza a abrirse hasta principios del siglo XI (3). La *sigma* es la letra que aparece en su forma uncial con más frecuencia; en general su grafía es minúscula, pero al fin de línea y con menos frecuencia en el texto tiene la figura uncial como en los fol. 1, lín. 7; fol. 2r. lín. 13; fol. 4r., lín. 3; fol. 5v., lín. 21; no es de extrañar ya que esta forma de letra, con más o menos rareza, nunca se perdió ni aún entre los calígrafos del primer siglo de la minúscula (4). La *tau* es completamente minúscula, adoptando cuando está doble en nuestro manuscrito, una grafía característica que se prolonga hasta el siglo XII, en que desaparece.

Las demás letras no ofrecen nada de particular dentro de su forma minúscula, excepto la omega, que siempre se

---

(1) Cfr. Gardthausen, *Griech. Palaeogr.* pág. 222.

(2) Cfr. Gardthausen, *Griech. Paleogr.*, pág. 215. B. Montfaucon, *Palaeog. Gr.*, pág. 269.

(3) Cfr. Lefort y Cochez, *Album Palaeographicum*, Leuven, 1932.

(4) Gardthausen, *Griech. Paleogr.* pág. 215.

presenta en figura de dos oes unidas y no abiertas por arriba, como se encuentra en algún códice del 895 y se propaga la forma moderna en el siglo X.

La *iota*, primitivamente, antes de Cristo, cuando se pronunciaba, se escribía como cualquier otra letra, pero conforme se dejó de pronunciar cesó de escribirse en general, aunque a veces se «ascribía», en la época de la minúscula predomina la forma de *iota* ascrita, rara es la suscrita y más escasa la superescrita; otras veces aparece omitida hasta que en el siglo XII se generaliza el ascribirla; en nuestro Jenofonte aparece la *iota* ascrita sólo al fin de palabra, puesto que en el interior no aparece y solamente se ascribe en el primer libro y en los restantes no se encuentra en ninguna forma (1).

De las abreviaturas que se manifiestan en nuestro T.III.14, son muy escasas; hemos encontrado la de la palabra καί que se indica por un signo parecido a una ese mayúscula, como folio 16v., lín. 9; fol. 27v., lín. 7; fol. 31r., lín. 16; pero es más frecuente escribir esta conjunción con todas sus letras. También se encuentra, a veces, la supresión de la *ni* al fin de palabra y línea, indicándose la supresión por una barra horizontal: fol. 1v., líns. 14 y 15; fol. 2v., lín. 2; fol. 4v., lín. 13.

Igualmente aparece el signo trema, o sea los dos puntos sobre la iota y la ýpsilon cuando están en principio de palabra y nunca en el medio; de jota: fol. 1r., lín. 10; fol. 2r., lín. 12; folio 5r., lín. 16; trema sobre la ýpsilon: fol. 46v., lín. 13; folio 58v., lín. 4; fol. 50r., lín. 20.

La puntuación que se observa en nuestro códice es la regular: el punto bajo indica puntuación débil; punto en alto denota fuerte; punto en alto y un espacio en blanco más fuerte, y dos puntos seguidos de un rasgo señala puntuación muy fuerte, como fin de un libro.

La escritura se desarrolla un poco ladeada hacia la iz-

(1) Gardthausen, *Griech. Paleogr.*, pág. 243.

quierda, pero casi es vertical; las letras, espaciadas y anchas; no se ve la inclinación hacia la derecha como aparece a fines del primer período de la minúscula (1).

Mientras revisábamos este códice, creemos haber encontrado la causa del error en que han caído sobre su edad tantos ilustres paleógrafos. Al abrir espontáneamente por el medio este manuscrito suele quedar abierto en el folio 112, que coincide con el principio del libro quinto de la *Ciropedia;* parando un poco la atención se observa que este pergamino ha sido copiado por distinto calígrafo al del códice; la tinta es más negra que la anterior, la dirección de la escritura es vertical con tendencia hacia la derecha, letra alargada y compacta; el título está escrito por diversa mano que los anteriores y siguientes; el texto está plagado de letras unciales sobre todo la *eta* uncial. Aparecen unciales aunque mezcladas con sus minúsculas correspondientes: *alfa, beta, gamma, delta, épsilon, eta, cappa, lambda, ni, rho* con el bucle abierto que se usó desde el siglo XI al XIII (2), y *sigma;* los espíritus son redondeados, forma propia del siglo XII; la escritura corre por debajo de la línea en general, aunque se ven algunas que atraviesan la línea, sistema que se generaliza en el tercer período de la minúscula (1200-1500); da impresión de que el calígrafo intentó imitar la letra del códice para que el folio no resultara tan discorde; la última prueba del aserto que defendemos, y que es concluyente, se funda en que la hoja de pergamino, que estudiamos, ha sido pegada al borde del trozo del folio que aún queda, como resto del anterior pergamino deteriorado por no sabemos qué razón. Esta es la verdadera causa de que los estudiosos de este manuscrito hayan errado al fecharlo, puesto que pararon mientes en este folio y sobre la base del cual dataron paleográficamente el Jenofonte, que sin duda alguna, atendiendo a esta sola hoja, pertenece al siglo XII, al menos, si es que

(1) Idem, pág. 210.

(2) Cfr. L. Gozaga da Fonseca, *Epitome Introductionis in Palaeographiam Graecam (Biblicam)*, Roma, 1944, pág. 115. (Texto dactilografiado). Gardthausen, ídem, pág. 210.

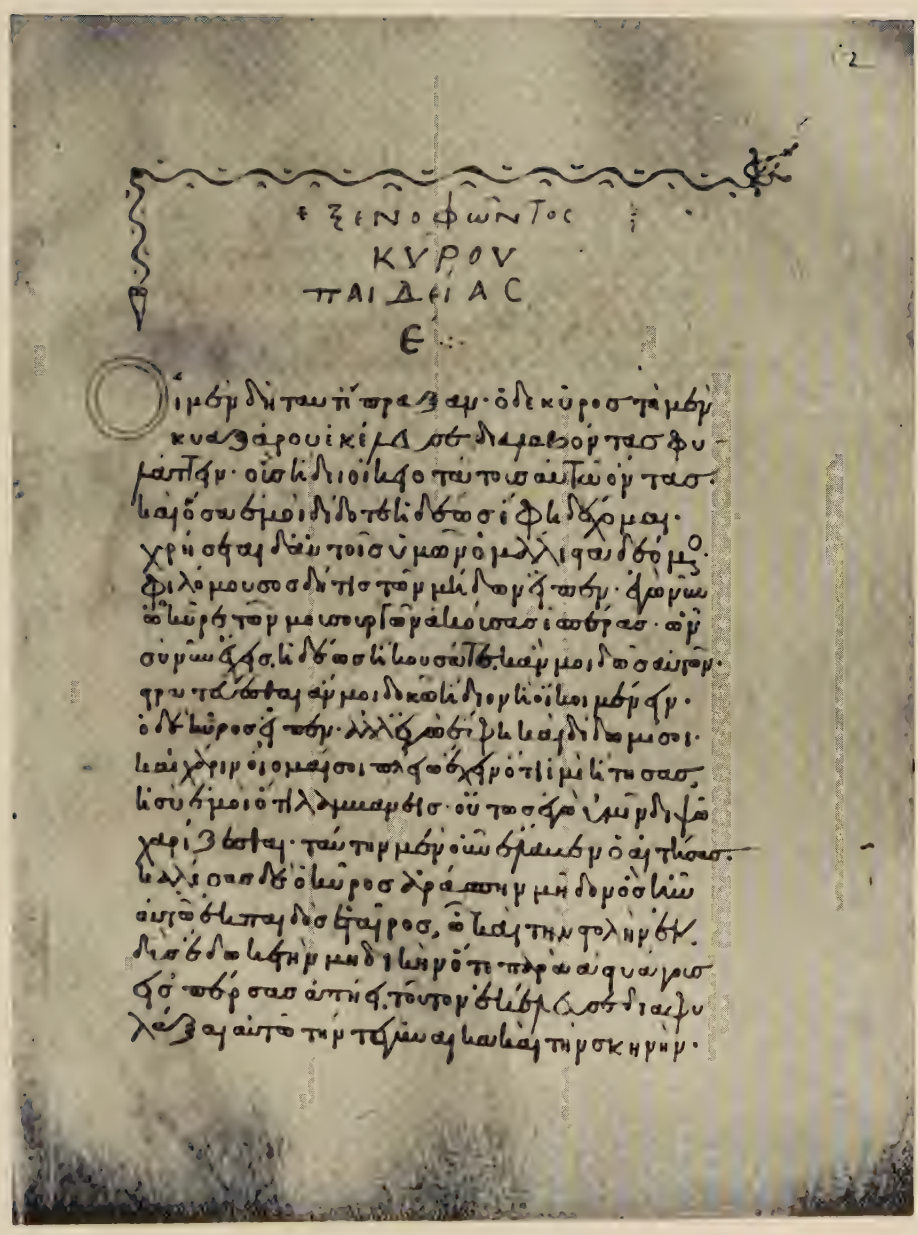

ΞΕΝΟΦΩΝΤΟΣ
ΚΥΡΟΥ
ΠΑΙΔΕΙΑΣ
Ε

LÁMINA III

no cabe incluirlo entre los del siglo XIII. (Vid. todos estos detalles en la lám. III).

Finalmente, sentado todo lo expuesto hasta aquí, se impone la revalorización de este códice jenofonteo de caligrafía esmerada y elegante, que, según nuestra opinión, juzgamos de principios del siglo X a base y prueba de lo demostrado precedentemente; como corolario se infiere aquella regla de crítica textual, de que con frecuencia el texto más antiguo suele ser el de más valor para la restitución del texto (1); y, por lo tanto, se impone también una revisión de sus variantes críticas con un mayor valor al que hasta ahora tenían, ya que resulta ser el códice de la Ciropedia de Jenofonte más antiguo de Europa, gloria que le cabe a España que le conserva y en último término redunda en aquel insigne humanista granadino, honra de las letras patrias, cuya figura prócer no ha sido todavía suficientemente exaltada al enriquecer a la nación con el riquísimo legado de sus manuscritos, don Diego Hurtado de Mendoza.

P. Gregorio Andrés Martínez. *(Agustino).*
(Doctor en Filología Clásica)

---

(1) Cfr. A. Dain, *Les manuscrits*, París, 1949, pág. 156.

# CONJETURA AL TEXTO DE FINDARO PITICA II,35 Y SIGUIENTES

El texto de la oda Pítica II de Píndaro, ha causado discusiones. Nosotros vamos a ocuparnos del verso 36, discutiendo el estado del texto y aportando una pequeña conjetura que creemos puede ser de interés, porque abre el camino a una serie de observaciones estilísticas.

He aquí el texto, Pítica II, 35-37, texto de Puech:

> εὐναὶ δὲ παράτροποι ἐς κακότητ' ἀθρὸαν
> ἔβαλον ποτὶ καὶ τὸν ἵκοντ' ἐπεὶ νεφέλᾳ κατελέξατο
> ψεῦδος γλυκὺ μεθὲπων

En el aparato crítico de la edición francesa de Puech, leemos: «Textus, sine discrepantia gravi traditus (C, ποτέ) grammaticis antiquis suspicionem movisse non videtur; recensiores plerique locum coniecturis vexant... vel cruce notant». Y, en efecto, son más de media docena las variantes que podemos señalar del verso 36 según los editores:

1.°) Boeckh lee: ποτὶ κοῖτον ἵοντ', calificada dicha lectura por Cerrato de «gusto molto discutibile» y por Puech de «meo quidem sensu pessima».

2.°) Heyne leía ἵκοντο. Por lo demás es raro que Píndaro, según observa Farnell, considere la ι de ἵκω sólo en este pasaje breve (el metro lo exige) cuando en los demás pasajes y en el resto de las odas eólicas, como ésta, es siempre larga.

No obstante, es cierto que se pueden admitir algunas licencias.

3.°) Schneidewin: ἔβαλον ποτέ καὶ τὸν ἐλόντ'.

4.°) Cerrato propone la lectura ποτὶ καὶ τὸν ἰόντ' y añade: «intendendo τὸν non come pronome relativo, bensí como dimostrativo».

5.°) Bothe, apud Fraccaroli (Le Odi e i frammenti, vol. II, pág. 38) adopta la lectura ἔβαλον ποτε καὶ τὸν ἐκόντ'.

6.°) Fraccaroli, op. cit., II, 39, propone la conjetura ἔβαλον ποτὲ καὶ τὸν· ἑκὼν ἐπεὶ κτλ.

Ahora bien, antes de proponer nuestra conjetura, centremos el asunto: Píndaro cuenta la leyenda de Ixión, quien, en el colmo de la impiedad, intenta poseer a Hera. Pero Zeus hizo un nube con la forma de Hera, con la que, engañado Ixión, se acostó. Como castigo por su impiedad, fué atado a una rueda.

Notemos en primer lugar un hecho. El poeta quiere poner de relive que con la nube, Zeus engaña a Ixión. Es como una trampa que le prepara. Es además significativo que en el verso 39 el poeta alude a la nube con el término δόλον que en muchos pasajes (por ej. Hesíodo, Érga, 83) equivale a engaño, y, en el caso particular de Hesíodo, aplicado a un hecho parecido al que nos ocupa: la entrega de Pandora a Epimeteo. Para Liddle-Scott (s. v) el término significa propiamente «Cebo», y de aquí cualquier instrumento para atrapar.

Teniendo en cuenta estas consideraciones nos atrevemos a proponer la siguiente lectura del verso 36: ἔβαλον ποτέ καὶ τὸν, ἁλόντ'. El verbo ἁλίσκωen efecto, sirve de pasiva a αἱρέω y tiene el valor general de «ser atrapado, cogido». En la Ilíada V, 487 hallamos un empleo muy cercano al del pasaje en cuestión: «ser cazado».

Contra la lectura de Fraccaroli observó Mezger (Lit. Centralblatt, 1889, n.° 52) que no se expica ἑκὼν si Ixión es asímismo ἄϊδρις. A lo que responde el crítico italiano: «Egli era ἑκὼν in quanto credette que la nuvole fosse Era, ma era ἄϊδρις in quanto era pienamente consapevole della colpa che com-

meteva». Por nuestra parte, hemos de observar que el poeta no insiste tanto en la idea del conocimiento como en el hecho de que Ixión cayó en la trampa preparada por Zeus. En realidad, el párrafo siguiente indica sin ningún género de dudas que Píndaro hace recaer el acento en el engaño.

El pasaje, en efecto, tal como nosotros lo interpretamos, diría: «Los amores funestos cayeron sobre él. Sí, porque se acostó con una nube... «La nube es el cebo que coge a Ixión en flagrante delito. Se trata, por consiguiente, y si paramos atención a los términos empleados, de una imagen tomada de la caza.

Si observamos ahora el resto de la oda, se reforzarán sin duda nuestros argumentos: Sin duda, el poeta juega aquí con el *leit-motiv* de la «presa». La existencia de este procedimiento estilístico en poesía ha sido repetidas veces observado (por ejemplo, en la obra de Dornseiff, Pindars Stil); estudiada detalladamente en Esquilo por Hiltbrunner en su tesis: «Wiederholungs-und Motivtechnik bei Aischylos»; y señalado en Píndaro por el helenista inglés Werbster en 1939 en «Greek Art and Literature», página 88.

Veamos, en efecto, lo que el resto de la oda nos dice a este respecto: el motivo de la presa (caza-pesca) se continúa: en efecto, en el verso 50 hay una breve alusión a la caza (θεὸς, ὅ καὶ πτερόεντ' ἀιετὸν κίχει) y al mar (καὶ θαλασσαῖον παραμείβεται δελφῖνα). Más adelante, versos 79-80, se prosigue: el poeta introduce una comparación tomada de la pesca: εἰνάλιον πόνον ἐχοίσας βαθὺ σκενᾶς ἑτέρας ἀβάπτιστος εἰμὶ, φελλός ὥς, ὑπερ ἕρκος, ἄλμας. Y finalmente el verso 84 contiene otra tomada de la caza: λύκοιο δίκαν ὑποθεύσομαι, ἄλλ' ἀλλοτε πατὲων ὁδοῖς σκολιαῖς.

En conclusión, pues, podemos decir que, de las lecturas propuestas para ese pasaje pindárico, la lectura de los códices, seguida por Puech, ha sido con razón señalada con cruces; la lectura de Schneidewin ἑλοντ' es fría y no dice nada; la de Fraccaroli ἑκὼν, creemos haber demostrado que no está de acuerdo con el espíritu del pasaje y las intenciones del poeta; la conjetura de Cerrato ἰόντ' no ha conocido mucho

éxito, y con razón ha sido criticada la fea conjetura de Boeckh ποτί κοῖτον..

En cambio, la que proponemos ποτὲ καὶ τὸν, ἁλόντ', aparte ser facilmente explicable por razones paleográficas, es estilísticamente interesante, ya que cae dentro del *leit-motiv* que hemos visto domina en el poema.

JOSÉ ALSINA CLOTA

# LA NOCHE COMO UNIDAD DE TIEMPO

En su explicación de la relación entre vasco *gaur* 'hoy' y *gau* 'noche' (*Annales de la Faculté des Lettres de Toulouse*, 3.106-8, mai 1954), A. Tovar ha señalado, por medio de ciertos paralelos que se hallan en las lenguas del Occidente y en atestiguaciones antiguas, un punto muy interesante que se refiere, indudablemente, al sistema de calcular el tiempo empleado en la cultura del pueblo, o de ciertos pueblos, antiguos del occidente de Europa.

El propósito de esta breve contribución es el de añadir unos datos del lado céltico. En los pasajes de las obras de Vendryes y de Caro Baroja, citados por Tovar, se trata de las fiestas primitivas y de la importancia de la noche para esas fiestas. Pero se hallan, además, en las lenguas célticas, vestigios claros e importantes del sistema antiguo de la medida del curso del tiempo empleando la noche como unidad.

Galés *wythnos* (Bangor *úsnos* f., Cyfeiliog *wíθnos* f.) 'semana' (*wyth* 'ocho' + *nos* 'noche') es un obvio ejemplo. Además, leemos en el hermoso cuento del Twrch ('jabalí') Trwyth, texto del galés medieval, que cuando Gwrhyr, el Intérprete de Lenguas, al buscar a Mábon, va preguntando a los animales, les dice: *a wdost ti dim y wrth Uabon uab Modron a ducpwyt yn teirnossic ody rwng y vam ar paret?* /aúʃost(t)í ʃímm ïúrθ vábon vabmódron aʃűkpuïd endeirnóssig oʃïrúɳ evámm ar-

páred/ (1): «¿Sabes algo acerca de Mábon, hijo de Módron, que A LA EDAD DE TRES NOCHES fué llevado de en medio de su madre y la pared?»

Bretón *sizun* 'semana' equivale al corn. *seithun*. Esta palabra en el *Lexicon Cornu-Britannicum* (ya no siempre fidedigno), de Williams, está derivada del latino *septimana;* tal derivación vuelve a ocurrir en la obra excelentísima y fundamental de Jackson, *Languaje and History in Early Britain* (Edinburgh, 1953), pág. 394. Pero, quizá, cabe otra explicación: < *seith* 'siete' + *hun*, de la raíz 'dormir' y, exactamente, la misma forma que *sueño*. Si fuese cierta esta derivación, con ella se habría añadido otro ejemplo al testimonio que sobrevive de este antiguo sistema cultural.

ERIC P. HAMP.

*Universidad de Chicago.*

---

(1) En transcripción fonémica. Para mayor claridad, esbozamos a continuación la estructura vocálica del galés medieval; la duración vocálica en aquella época era alofónica—no habiendo llegado a ser fonémica todavía—y variaba según la terminación de la sílaba en una o más consonantes:

i ü ĭ u

e ə o

a

(cfr. la del galés moderno del norte: i( : ) ĭ( : ) u( : )

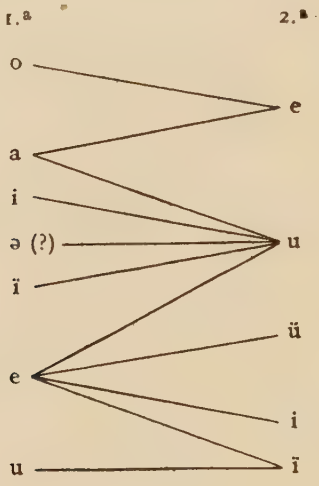
e( : ) ɔ́ ə o( : )

a( : )

Ejemplos: /gwín/ 'vino', /hír/ 'largo', /hén/ 'viejo', /gwénn/ 'blanca', /hűn/ 'sueño', /ű̂n/ 'uno', /hĭn/ 'más viejo', /hĭ́nn/ 'éstos, éstas, esto'/ /bĭ́rr/ 'corto', /ə́nĭs/ 'isla', /hə́nnĭ/ 'aquéllos, ésos', /kún/ 'perrso',

/húnn/ 'éste', /mór/ 'mar', /hónn/ 'ésta', /tán/ 'fuego', /Lánn/ 'coto'.

He aquí las combinaciones tautosilábicas en aquella época (se dan solamente las indicadas en el diagrama):



# CUESTIONES RELACIONADAS CON LA ESCRITURA IBERICA

1. El sistema de escritura llamado ibérico posee, como es bien sabido, dos caracteres, 4 y M, que hay abundantes razones para creer que representan uno o más sonidos que podemos denominar vagamente silbantes (1). Es también sabido que muchos autores tienen la prudente costumbre de transcribirlos en nuestra escritura por *s* sencilla y *s* provista de un signo diacrítico (*ṡ* o *ṣ*). Pero con esto no se busca naturalmente otra cosa que el conservar la distinción gráfica original, y no dar una respuesta a los dos problemas relacionados con esos signos: 1) ¿responde o no la distinción gráfica a una diferencia en la pronunciación? y 2) ¿cuál era ésta, dado que existiera? Ninguno de los dos parece de capital importancia y, sin embargo, merecen que se les dedique alguna atención. No creo indefendible, ni mucho menos, la opinión de que el conseguir alguna claridad en cuestiones de detalle, aunque accesorias, puede, a veces, ser más útil para el progreso del conocimiento lingüístico—o, mejor, para el progreso del conocimiento en general—que amplias especulaciones basadas en posibilidades abstractas.

---

(1) Supongo, siguiendo la que creo opinión más común y autorizada, que signos que tienen semejanza formal con éstos y que son más abundantes y divergentes en el caso de 4, no son otra cosa que variantes sin valor distintivo. Para no recargar la argumentación, me remito de una vez por todas, por ejemplo, a M. Gómez-Moreno, *Miscelláneas (Primera serie: la Antigüedad)* (Madrid, 1949), pág. 275, y J. Caro Baroja, *La escritura en la España prerromana (Epigrafía y Numismática)*, pág. 713, en la *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, I, 3 (Madrid, 1954).

Echo de menos—quizá no la he sabido buscar—una discusión a fondo de los problemas citados. Algunos autores no se han manifestado expresamente: podemos a lo sumo obtener por inferencia un atisbo de sus ideas. En algún caso, se han considerado insuficientes los datos, cosa que pudiera perfectamente ser exacta. Así J. Caro Baroja, en una obra de reciente publicación (1), dice refiriéndose a estos dos caracteres: «Pero el caso es que no alcanzamos con el material numismático a diferenciarlos por ahora».

Encuentro una opinión expresada categóricamente en A. Tovar (2), aunque ignoro si representa su pensamiento actual, que merece ser copiada extensamente porque plantea de una manera perfecta el primer problema, que es al mismo tiempo el más importante, pues el segundo no existe más que si aquél puede resolverse en un sentido determinado: «...creo poder señalar que las diferentes eses que hay en el alfabeto ibérico, 𐬯 y 𐬰 que transcribimos indistintamente por *s* y 𐬱, que transcribimos *ṣ*, no corresponden a una realidad fonética. Los alfabetos griegos aceptan del fenicio los respectivos signos šin (Σ) y samech (Ξ), y ṣade (Μ), y tienden a confundirlos por carecer el griego de estas tres clases de silbantes; especialmente šin y ṣade se unifican más o menos completamente, mientras que el samech se aplica al valor de la consonante doble ξ...».

«Las mismas vacilaciones hallamos en etrusco. Pero también aparece este uso indiferente de las silbantes y la palatal en alfabetos de filiación más remota, como tenemos en Lemnos y en el alfabeto frigio. Creemos que no se puede fundamentar en esta distinción de eses ninguna teoría. El problema de las dos eses del vascuence no tiene nada que ver con esta cuestión».

No desconozco el valor de este argumento. Su fuerza probativa sería todavía mayor si fuera seguro que hay una

---

(1) En la página citada en la nota anterior.

(2) *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas* (Buenos Aires, 1949), pág. 26 y sig.

conexión histórica entre un alfabeto semítico (o, en general, la escritura de una lengua que distinguía varias silbantes) y el ibérico, en el sentido de que éste procediera directa o indirectamente de aquél. No sé si esto está probado, aunque más bien me parece adivinar que las opiniones no son ni unánimes ni categóricas, pero, aun suponiéndolo así, no se podría excluir la posibilidad de que la distinción original, con valor real, sirviera para expresar una oposición, distinta si se quiere, pero no menos real, existente en la otra lengua. Siempre se podrán aducir, además, dos razones en contra de este punto de vista. Una es de carácter general. Si examinamos un cierto número de sistemas de escritura—silábicos, alfabéticos o mixtos—encontraremos según creo que es más frecuente el caso de que a una distinción gráfica corresponda una distinción fónica que el contrario: parece, pues, prudente asumir en principio, ante uno empleado para una lengua desconocida, que la correlación entre grafía y pronunciación, trátese o no de silbantes, es una posibilidad por lo menos tan probable como la contraria. En segundo lugar, y este argumento es ya específico, la distinción gráfica de dos silbantes existe, no solamente en el sistema ibérico de escritura, sino también en el meridional llamado tartesio y, lo que es quizá más importante, en los textos indígenas escritos en alfabeto griego.

2. Creo, además, que se puede dar una demostración bastante satisfactoria de esta última opinión, y voy a señalar brevemente los supuestos en que la baso. Tenemos en principio dos posibilidades. La distinción de dos signos en la escritura responde a la distinción de dos fonemas en la lengua o por lo menos, a una antigua distinción de dos fonemas en otro estadio de la misma lengua. Si la distinción está viva, podemos esperar que haya una regularidad en las distintas apariciones del mismo significante en la escritura: encontraremos que en la escritura de cierto elemento léxico o gramatical entra habitualmente uno de los signos en cuestión en determinada posición, mientras que es el otro el que aparece en otro elemento o en el mismo, pero en posición distinta. Si la distinción ha dejado de existir en el habla, cabe que se

mantenga por tradición en la escritura: esp. *b* y *v*, *c* y *z*, fr. *c*, *ç* y *s(s)*, etc. En este último caso no será difícil, disponiendo de un número suficiente de textos, descubrir indicios de confusión al menos en los escritos por personas poco letradas.

Si la distinción no existe ni ha existido en la lengua, tenemos que suponer que existía en otra, en aquélla para cuya representación servía el sistema de escritura que se ha adoptado. La lengua que lo adopta se encuentra entonces, como si dijéramos, en posesión de mayores riquezas de las que necesita. Puede contentarse con lo indispensable y despreciar lo demás y puede, como tan justamente ha señalado Tovar, guardarse también lo superfluo, sea por espíritu de imitación, sea por una especie de incontinencia.

Si esto sucede, y ésta es la base de la demostración que aquí se intenta, pueden ocurrir dos cosas. O bien los dos caracteres que ahora no representan ninguna distinción real se emplearán arbitrariamente de modo que el mismo significante aparezca escrito unas veces de una manera y otras de otra, o bien se emplearán como variantes posicionales determinadas por el contexto. Esto es lo que pasó, para citar un ejemplo clásico, con *K* y ♀ en la Grecia antigua y con *C*, *K*, *Q* en suelo itálico. Más cerca de nosotros está la distribución de distintos tipos de *s* en manuscritos medievales e impresos modernos.

3. A esto precisamente aludía Tovar al escribir (1): «Pero la dificultad del problema está en la poca precisión fonética de quienes escribían (bronce de Luzaga) *arecoraticubos* y *ticersebos*». Personalmente me siento enteramente inclinado a admitir el valor probativo de este ejemplo, e incluso a continuar la demostración, pero a condición de limitar el campo de aplicación de las conclusiones.

Todos aceptan hoy como hecho incontrovertible que en la Hispania antigua existía una dualidad lingüística, i.-e. / no i.-e., sin que esto quiera decir que fuera perfecta la unidad de cualquiera de las dos zonas. Si siguiendo a Tovar llamamos,

(1) Op. cit., pág. 27, nota 3.

en los textos escritos en la misma escritura indígena, celtibérico a lo indoeuropeo e ibérico a lo no indoeuropeo, entonces en mi opinión la falta de distinción fónica de las silbantes no puede afirmarse más que de lo celtibérico (1).

Limitándonos a los casos de *-s* final, las grafías habituales en el material celtibérico son *-as*, *-es*, *-iṡ*, *-oṡ* (2), de donde se siguen alternancias como *oilauyes* / *oilauyicoṡ*, *are(i)coratas* / *are(i)coraticoṡ* en monedas de la misma ceca. La frecuencia de las grafías «normales» es más de cuatro veces mayor que la de las «anormales», por lo que se puede excluir con seguridad la idea de que se trate de pura casualidad. Por otra parte creemos conocer con certeza la naturaleza de esas terminaciones: son, según la opinión más digna de confianza, nominativos de sg. y pl., genitivos de sg. y dativos de pl. de tipo indoeuropeo, al menos en su gran mayoría. Y, como no tenemos motivo alguno para pensar que la silbante final—una en su origen—pudiera tener distinta pronunciación según cuál fuera la vocal precedente, podemos concluir simplemente que los dos signos disponibles se emplearon alternativamente, aunque la razón de las preferencias no quede clara para nosotros, estando determinada la elección por la naturaleza del signo anterior.

4. En mi opinión, sin embargo, los hechos no autorizan a extender esta conclusión a territorio propiamente ibérico.

---

(1) Advertiré, para precisar la discusión, que uso aquí el término «celtibérico» en un sentido muy concreto, como todo lo incluído como tal en A. Tovar, «Léxico de las inscripciones ibéricas (Celtibérico e Ibérico)», *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, II (Madrid, 1951), 273 y sigs., utilísimo trabajo del cual he tomado la mayor parte de los datos. Quiero señalar con esto que me baso en una clasificación previa de los materiales, realizada con criterios enteramente diferentes de los que guían estas consideraciones.

(2) Vale la pena de señalar que las excepciones más importantes en este último caso son *arsaos*, *arsacos(on)*, *tirsos*, tres cecas que Caro Baroja sitúa en territorio vascón o en sus proximidades (núms. 44, 49 y 71 en el mapa de la pág. 737). De *-us* no encuentro más que dos ejemplos, *caralus* y *uŝamus*, que son evidentemente insuficientes para fundamentar nada.

Aquí los indicios favorecen, si no me engaño, la presunción de que la lengua poseía realmente dos fonemas distintos de carácter silbante. Dentro de lo que necesariamente tiene de aventurado la comparación de elementos de una lengua desconocida, parece observarse una notable regularidad en inscripciones procedentes de distintas zonas, que seguramente tampoco son estrictamente coetáneas (1):

*baise(aceteban), baise(taṡ), baise(golos), (belaṡ)baise(reban);*
*(icor)beleṡ, (ildu)beleṡ(eban), (iscer)beleṡ, (uldi)beleṡ;*
*(alos)tibaṡ, (boutin)tibaṡ;*
*seltar, seltar(banyi), seltar(yi);*
*sosin(biuru), (nabar)so[s]in* (2).

En el sistema, o sistemas, de escritura meridional, que en adelante llamaremos por comodidad tartesio, tenemos también dos caracteres con valor de silbante: ǂ, ≪ y variantes, de una parte, y M, ᴍ de otra. La correspondencia ib. ϟ = tart. ǂ (*Misceláneas*, p. 275) puede basarse no sólo en la semejanza o identidad del otro carácter (ib. M = tart. M), puesto que, como veremos enseguida, esta consideración puede muy bien ser engañosa, sino también en algunas correspondencias

(1) Por evitar la prolijidad, suprimo toda indicación de procedencia, para lo cual remito al lector al ya citado *Léxico* de A. Tovar, excepto cuando se utiliza algún material no incluído en él. En la transcripción no se han distinguido tampoco, para mayor sencillez, las distintas clases de *r* hasta el párrafo 9. Para los textos escritos en alfabeto griego se utilizan las siguientes abreviaturas: *A I*, para el famoso plomo de Alcoy, *A II* para el segundo plomo, fragmentario, de igual procedencia (C. Visedo, «Un nuevo plomo escrito en La Serrata (Alcoy)», *Archivo Español de Arqueología*, XXIII, páginas 211-212), y *M* para el de Mula (E. Cuadrado Díaz, «El plomo con inscripción ibérica del Cigarralejo (Mula, Murcia)», *Cuadernos de Historia Primitiva*, V, núm. 1).

(2) En el plomo de Ampurias. En la obra de Martín Almagro, *Las inscripciones ampuritanas griegas, ibéricas y latinas* (Barcelona, 1952), pág. 260, *nabars'osin* es evidentemente una errata por *nabar'sosin*, como puede comprobarse tanto por la fotografía del plomo como por el dibujo.

que parecen seguras. Dejando las otras para más adelante, nos limitaremos a citar ahora la de ib. *saldu(tibaite)* en Liria, tart. (plomo de Mogente) *saldu(lacogiar)*, *saldu(l[a]cogiar)*, *saldu(lacogiae)*.

5. Esto nos lleva a la coincidencia más notable. Se puede mostrar, en efecto, que existe un acuerdo por lo que respecta a los caracteres *s* y *ś* no solamente dentro de los epígrafes escritos en la misma escritura, sino también cuando éstas son distintas, lo cual difícilmente puede ser casual. Y el acuerdo no se limita a las escrituras ibérica y tartesia, sino que se extiende al alfabeto griego, como se puede mostrar por una serie de correspondencias notablemente abundante para el corto número de textos escritos en alfabeto griego que poseemos.

Pero antes es necesario poner en claro un aspecto importante de esta correspondencia, que inexplicablemente no ha sido indicado hasta ahora a lo que se me alcanza. En los textos escritos en alfabeto griego, en todos ellos, encontramos dos letras, Σ y Μ, que, siguiendo a Gómez-Moreno, todos los autores parecen considerar como silbantes. Se suelen transcribir por *s* y *ś*, lo que equivale a aceptar tácitamente que ib 4 corresponde a gr. Σ e ib. M a gr. .Μ La forma de los signos lo autoriza, pero, como justamente señala Caro Baroja, los argumentos morfológicos pueden fácilmente llevar a conclusiones erradas. Esto es precisamente lo que sucede en este caso, pues las correspondencias reales son exactamente opuestas, es decir, que en el sistema habitual de transcripción se aparean los signos no equivalentes. La veracidad de esta afirmación queda probada de modo indudable por las siguientes ecuaciones:

A II *biloś(g...)* / ib. *bilos(balcarcais)*, *(boste)bilos* (o *boscu-)*;
A I *(śakar)iśker* / ib. *(sacar)iscer*, *iscer(beleś)*, *([l]e)iscer* (1)
/ tart. *iscer(aden)* en monedas de Obulco;
A I *iunśtir'* / ib. *iumstir;*

(1) Hay también ib. *escer*, *(aiun)escer*.

A I *śakar(iśker)*, M *śakar(bik)* / ib. *sacar(betanyi)*, *sacar(iscer)*, *sacar(il...)* / tart. *sacar(biścar)* Mogente;
A I *salir'*, *salir'g* / ib. *(betase)śalir*, *(gulsce)śalir*, *(ildirta)śalir*, *(ildirta)śalir(ban)*, *(taracon)śalir;*
M *(lagu)tas* / ib. *(baise)taś*, *(ildu)taś.*

Esto hace que sea insegura la aproximación de A I *gurs* a ib. *(ban)gurs:* cf. también ib. *(ban)gus*, *(...rban)gus(egiar)*.

La correspondencia que se ha establecido entre caracteres de las escrituras ibérica y tartesia por una parte y griega por la otra aconseja a mi entender la unificación de las transcripciones. De las dos maneras que hay para llegar a ella, es decir, haciendo *s* = ib. 4 (tart. ǂ), gr. Μ y *ś* = ib. M (tart. M), gr. Σ, o a la inversa, la primera parece preferible por su sencillez. En efecto, siendo mucho más reducido el contenido de los textos griegos, sólo habría que modificar la transcripción habitual en un número mucho menor de casos. En este artículo, sin embargo, se seguirá conservando el sistema habitual para evitar cualquier confusión.

6. Las formas griegas y latinas de los nombres ibéricos de lugar y persona no nos dicen gran cosa acerca de la posible diferenciación de las dos silbantes: la transcripción en ambos casos es la misma. Como ejemplos en posición inicial, intervocálica y final, que podrían aumentarse, se pueden citar: *śaiti(bi)* *śaitibietar*, Σαιταβίς *Saetabi*, *śaguntico* (= *Saguntinu?*), *salduie*, *Salduba* *Salluitana*, *segia*, Σέτια (por Σέγια) *Segienses;* *auśescen*, Αὔσα *Ausetani*, *ieśo*, Ιεσσός *Esso(nensis)*, *turiasu*, Τουριασσώ *Turiasonenses*, *cese* (*cesse*), Κίσσα *Cessetania;* ib. *-beleś*, *Beles* *Umarbeles*, etc., ib. *-tibaś*, *Bilustibas*, ib. *-bilos*, *Sosimilos* (*-m-*<**-nb-*), etc.

Delante de oclusiva, en cambio, predomina claramente *ś*, tanto en los letreros monetales celtibéricos como en los ibéricos: *baśti*, *baśtulaiacun*, *belaiścom*, *borneścon*, *caiścata*, *eušti*, *louitiścoś*, *oścuycen*, etc.; tart. *baśtel* (¿, ceca 95 de Caro Baroja), *caśtele*. Esto no se extiende a letreros no monetales, donde encontramos ejemplos como el ya citado *bilosbalcarcais*, ni a las monedas, aparte de algún caso aislado, en una

serie muy importante. Se trata de los famosos nombres acabados en *-scen*, escritos normalmente con ϟ: *arsescen*, *auśescen*, *ildircescen*, *sedeiscen*, *undicescen*, a los que pueden añadirse dos letreros tartesios, *icalo(n)scen* y *urcescen* (o *icalcu(n)scen* y *orcescen*, siguiendo a Caro Baroja), escritos con ⋿.

Hay dos excepciones, *otobeścen* y *laieścen*, que en rigor acaso podrían reducirse a una. El primer letrero, en efecto, alude según la opinión común a Ἠτόβησα (Ptol. II, 6, 62), cuya *o-* está asegurada por *Otobesanus (CIL* II, 3794). Podemos, por tanto, suponer que *otobeś-* era el nombre de la población (1) y que la silbante no formaba parte del sufijo o desinencia. Pero en el caso de *laieścen*, que corresponde a Λαιητανοί *Laietana*, etc., no hay ningún fundamento objetivo para pensar en una explicación de esta clase.

No menos notable es la regularidad con que aparece, en los mismos epígrafes, la silbante *s* detrás de *l* y *r*: *celse*, *arsacos(on)*, *arsaos*, *bursau*, *s.sars*, *tirsos;* detrás de *n* tenemos también *masonsa*. Las únicas excepciones que he hallado son *barścunes* (junto a *baścunes)* Οὐάσκονες *Vascones*, y *(b)olścan* Ωσκα *Osca* (2), donde la silbante está delante de oclusiva. Pero

(1) V. J. Vallejo, *Emerita*, XIV, 247 y sig. y XVIII, 218 y sigs.

(2) La posición que R. Menéndez Pidal mantiene en la tercera edición de *Orígenes del Español* (Madrid, 1950), pág. 305, nota 3, en contra de la suposición corriente de que *Osca* sea el continuador de un nombre hispano, no me parece muy consistente. De las tres dificultades fonéticas que opone (pérdida de *b-*, reducción del grupo *-lsc-* a *-sc-*, la distinta terminación) la primera no existe, puesto que tenemos monedas indígenas con la leyenda *olścan*. En cuanto a la reducción del grupo consonántico, no es preciso que se trate de algo debido a gentes de habla latina. Sería uno de los varios casos de simplificación que se nos manifiestan al comparar nombres hispánicos en escritura indígena y en su versión griega o latina: la bien conocida de *-ld-* a *-l(l)-* (cf. A II *biośildun* en escritura griega con *Umarillum*, por ejemplo), o la que acabamos de ver de *-rśc-* a *-śc-* en *ba(r)ścunes*, comparable estrictamente a la de *-lśc-* a *-śc-* (cf. vasc. *beztu* «ennegrecido» de *beltz*, como *ozki* «dentera» de *ortz)*. Por lo que respecta a la terminación, no me parece segura la opinión de Caro Baroja, quien ve en íb. *-n* un suf. comparable a vasc. *-(e)n* «en», porque le falta el apoyo que, según sigo creyendo, recibe la hipótesis de que íb. *-(s)cen*

el ejemplo más importante, puesto que supone una alternancia al menos gráfica en lo que parecen ser variantes de un mismo morfema, es el de *atabels* en monedas emporitanas, un antropónimo según todas las apariencias, al que puede unirse *anbels* en Enserune, cuyo segundo elemento ha sido aproximado con razón por Caro Baroja y Tovar a *-beleś:* cf. *Adimels* (*-m-* de <*-*nb*-), *Bennabels, Sanibelser,* en el bronce de Ascoli, junto a *Beles, Umarbeles.*

Dentro de nuestra hipótesis de que el «ibérico» distinguía realmente dos fonemas sibilantes los hechos gráficos referentes a los grupos *silbante* + *oclusiva* y *líquida* + *silbante,* y particularmente los últimos, sugieren una explicación natural y suficiente: la oposición se neutralizaba en la proximidad de determinados sonidos.

7. Ejemplos como *uśamus* Οὔξαμα *Uxama,* donde *ś* está por *ks* o por lo que hubiera resultado de su evolución, y *caiśesa* Καίσαδα, en cuya segunda silbante se podría ver la representación del reflejo céltico de *-ts-* <*-st-*, están demasiado aislados (11) para que de ellos pueda obtenerse ninguna conclusión, aparte de que, por estar situadas ambas cecas en zona de habla indoeuropea, poco nos pueden decir del valor que esos signos tenían en territorio ibérico. Admitida siquiera sea provisionalmente la dualidad de fonemas silbantes en este último, quedamos reducidos a considerar, más o menos como pura especulación, una serie de posibilidades, sin grandes esperanzas de obtener indicios probativos en un sentido o en otro.

Dos suposiciones se presentan naturalmente al espíritu: las silbantes se diferenciaban por el modo *(fricativa / africada,* por ejemplo), o por el punto de articulación. La pri-

---

puede muy bien ser un gen. pl. en el hecho indiscutible de que hay efectivamente genitivos de pl. en monedas griegas (ΕΜΠΟΡΙΤΩΝ, etcétera) y celtibéricas (en *-co(m), -co(n).* Pero tampoco me parece indispensable en este contexto. Basta, creo, con suponer que se trata de un hecho de adaptación a la declinación latina en la cual faltaban temas en *-an.*

(11) *śegaisa* puede identificarse no sólo con Σεγίδα, sino también con Σέγισα (Caro Baroja, op. cit., pág. 734).

mera es la interpretación de Pío Beltrán, quien ve en ϟ la representación de una africada (1). La segunda nos lleva sin violencia a pensar en la conocida oposición vasca: *s ts* ápico-alveolares / *z tz* dorsoalveolares.

No es éste un fenómeno sin paralelo en otras lenguas: el a. a. a. conoció, al parecer, dos silbantes fricativas articuladas en puntos distintos, y una oposición bastante semejante fonéticamente a la vasca (*ç / s(s)*) debió existir, no sabemos desde cuándo, en la primera mitad del siglo XVI en el castellano hablado en Castilla la Vieja, y particularmente en las proximidades del País Vasco (2). Pero es suficientemente característico para que la hipótesis de que en «ibérico» existiera una distinción análoga no resulte rebuscada. En todo caso las objeciones que opone G. Bähr no me parecen definitivas (3). Hay en vascuence, es cierto, una tercera serie de timbre chicheante, /*š* //*č*/, pero, junto con los demás fonemas palatalizados, está como subordinada a las otras y cargada de valor expresivo. Puede pensarse muy bien que esta subordinación no era menor que hoy en aquellos tiempos (4). No hay, al menos, dificultades teóricas que se opongan a la admi-

(1) V. *Diputación Provincial de Valencia. La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1934* (Valencia, 1935), pág. 50.

(2) V. A. Alonso, *De la pronunciación medieval a la moderna en español*, I (Madrid, 1955), pág. 381. Hay hechos vascos que abonan esta opinión y de ellos pienso ocuparme en otro momento.

(3) *Baskisch und Iberisch* (Bayonne, 1948), pág. 78.

(4) Alguna vez se puede mostrar que la forma palatalizada, hoy exclusiva, estuvo unida a otra, ya no relacionada con ella por los hablantes, como variante expresiva. Así *xori* o *txori* «pájaro», según los dialectos, cuya forma primitiva *zori* «suerte, fortuna» (a. vizc. «agüero»), usada sobre todo en expresiones como *zori on* «buena suerte», *zori gaitz, gaizto, gogor*, etc., «mala suerte», tiene un paralelo exacto en lat. *mala, auersa aui, aui sinistra, alite lugubri*, y sobre todo en a. cast. *buen auze, abçe mala, auçe dura*, etc. (cf. a. port. *malavegoso* «desventurado»), lo que constituye una excelente prueba de la corrección de la etimología *auçe* < **auicem* < *auicella*, propuesta por Menéndez Pidal, *Cantar de Mio Cid. Texto, gramática y vocabulario* (Madrid, 1945), II, pág. 489 y sig.

sión de esta hipótesis desde el momento que facilita una explicación simple para los intentos de reconstruir los sonidos del protovasco.

Puede, pues, admitirse que, aunque el ibérico poseyera las tres series del vasco, si la posición de la tercera con respecto a las otras dos era la misma que en éste, no se sintiera mayor necesidad de representarla en la escritura. En cuanto a la oposición *fricativa / africada*, nada tiene de particular que un sistema de escritura que no distinguía en las oclusivas entre sonoras y sordas (o *fortes* y *lenes*, o algo semejante) dejara también sin expresión gráfica esta oposición. No hay que olvidar finalmente, para los textos escritos en alfabeto griego, que los signos disponibles pudieron no ser suficientes para todos los fonemas. En las inscripciones aquitanas de época romana se intentó, al parecer, distinguir las africadas de las fricativas (cf. grafías como *Belex*, etc.), pero no, en cambio, el diferente punto de articulación *(Sembe-, Cison*, vasc. *seme, gizon*, etc.).

La dificultad reside en probar nada con el escaso material de que disponemos. Los indicios de neutralización que hemos apuntado en el párrafo anterior podrían muy bien referirse a una oposición *fricativa / africada*. Recuerdan, por ejemplo, hechos como la ausencia de africadas en vasc. en la parte implosiva de la sílaba (la neutralización de la oposición *ç / z* en a. cast. en condiciones bastante similares, y la representación del archifonema por *z* indica acaso algo parecido) o la neutralización vasca detrás de *n, l* (y, a veces, *r*), posición en que, según las épocas y las variedades, no ocurren más que africadas o fricativas (1). Pero también se podría presentar el hecho de que en vascuence *ls* y *rs* parecen casi inexistentes en palabras antiguas (2), al contrario de *lz* y

(1) Pueden también servir de ilustración los numerales del judeo-español de Salónica y algunos otros puntos: *ónze, dóge, trége, katórze, kínze* (*z* = *s* sonora). V. A. Alonso, op. cit., pág. 121.

(2) Tampoco es frecuente en las mismas condiciones *ns* (pero sí *nz*), excepto en algunos radicales verbales donde puede muy bien ser secundario.

*rz*, y la tendencia vasca al cambio *z* > *s* ante oclusiva.

8. Nos quedaría por probar todavía un camino eminentemente inseguro: el comparativo. Es un hecho, demostrado cada día por la imposibilidad de interpretar los textos ibéricos por este medio, que el ibérico no es la forma antigua del vasco ni una lengua emparentada próximamente con él. Queda, con todo, la circunstancia de que ciertos elementos que leemos en esos textos nos traen a la memoria otros vascos, y que es perfectamente posible que algunos sean idénticos, por intercambio entre ambas lenguas, no por parentesco.

Comparto en general el escepticismo que inspira las prudentes conclusiones de A. Tovar acerca del valor de estas comparaciones (1). Creo, con todo, que a su lista se podrían añadir todavía algunas semejanzas más. A falta de otra clave para interpretar esos textos, hoy poco menos que absolutamente herméticos, acaso valdría la pena de ensayar, en cuanto eso sea posible, si atribuyendo al significante ibérico el significado del elemento vasco con el cual—teniendo en cuenta lo que sabemos de fonética histórica vasca, que no es tan poco como se dice—podemos compararlo en cuanto a la forma, puede obtenerse algún resultado. Sin olvidar, claro está, ni por un momento, que la probabilidad de que estas comparaciones sean correctas será de orden infinitesimal en relación con las ecuaciones etimológicas normales basadas tanto en la forma como en el significado.

Supondremos, pues, a título de mero experimento, que palabras vascas como *adin* (2), *argi*, *beltz*, *bi(h)otz*, *bi(h)ur*, *bizkar*, *il(h)un* (3), *lagun*, *nabar*, pueden estar relacionados

(1) «Sobre el planteamiento del problema vasco-ibérico», *Miscelánea filologica en memoria de Amado Alonso*, *Archivum*, IV, página 220 y sigs.

(2) La posibilidad de que una palabra con el sentido de «edad» pueda entrar en nombres de persona quizá pueda apoyarse en galo *deae Setloceniae*, a. brit. *Vendesetli Vennisetli*, galés med. *Gwynhoedl* (galés *hoedl* = lat. *saeculu n)*, Pedersen, *KG* I, 12 y 56, aunque la palabra vasca para «siglo» «tiempo de vida» es más bien *mende*, *mente*.

(3) A relacionar con íb. *-ildun*, en Ascoli *-illum;* la correspon-

por el sentido con significantes ibéricos de aspecto análogo. La comparación de vasc. *beltz* «negro» con ib. *-bels* y la de vasc. *bi(h)otz* «corazón» (aquit. *Bihoxus*, etc.) (1) con ib. (A II) *bioṡ-* nos daría un indicio favorable a una correspondencia vasc. *(t)z* (dorsoalveolares): ib. ϟ (tart. ǂ): gr. ⊓. Esto equivale a decir, como simple ilustración, que vasc. *zakar* correspondería por la forma a ib. *sacar-* (A I, M *ṡakar-*) y que ib. *iscer-* (A I *-iṡker)* estaría más próximo a vasc. *ezker* que a vasc. *esker*. Esto supone, naturalmente, una segunda correspondencia, vasc. *(t)s* (ápicoalveolares): ib. M (tart. ᴍ): griego Σ), en otras palabras, que de las dos aproximaciones propuestas por Gómez-Moreno, ib. *-ṡalir* (A I *salir'*): vasc. *sal-* «vender» (y, podríamos añadir, *sari* «premio, pago») o *zil(h)ar*, *zirar* «plata», no sería correcta la segunda.

Pero inmediatamente tropezamos con una ecuación buena, dentro de lo posible, que no encaja en el esquema provisional: la de tart. *-biṡcar:* vasc. *bizkar* «espalda» «loma en los montes». La llamo buena porque existen actualmente representantes de *bizkar*, tanto en el léxico como en la toponimia (cf. *Biscarosse, Biscarrosse, Biscarrués)*, fuera de los límites del País Vasco, y conocemos, además, el antropónimo *Arbiscar (CIL* $I_2$ 709) y el nombre de población Βισκαργίς *(Bisgargitani)* en la Hispania antigua. Cabría hacer responsable a la posición ante oclusiva (v. § 6) de la aparición de *ṡ* en lugar de *s*, pero esta admisión, aun cuando correspondiera a los hechos, reduciría en gran manera el valor de este intento de demostración.

Podríamos proseguirlo todavía con un paralelo vasco-ibérico bastante sugestivo, aunque no por ello más seguro. Hay un elemento frecuente en la onomástica personal que nos han transmitido los epígrafes latinos, *sosin (Sosinaden, Sosinasae, Sosimilios, Cacususin)*, que aparece también en

---

dencia de íb. **ilun* sería vasc. **irun*, como se observa, por ejemplo, en antiguo, que por desgracia no podemos llamar ibérico en sentido propio, *Ili-* : vasc. *(h)iri*.

(1) R. Lafon, *Bulletin hispanique*, LV, pág. 234.

los ibéricos, en antropónimos a juzgar por las apariencias: *sosinbiuru* (donde *-u* parece ser desinencia casual, partícula enclítica o algo por el estilo) y *nabarsosin*. Este *sosin* recuerda naturalmente el galo σοσιν, *sosio*, pero, si aceptamos que es correcta la interpretación usual de este último como un elemento pronominal (1), difícilmente se podría relacionar con él una forma ibérica que, a juzgar por su empleo en antropónimos, debía ser de naturaleza nominal. Esto nos llevaría a pensar que puede tratarse de uno de tantos casos, motivo siempre de anécdotas y chistes, en que significantes parecidos tienen muy distinto significado en lenguas diversas.

El ib. *sosin* ha sido efectivamente comparado con vasc. *zuzen* «derecho, recto» por Gómez-Moreno, aproximación con la que no se mostró enteramente disconforme G. Bähr (2). Por mi parte, preferiría compararlo a vasc. *osin*, *hosin* «pozo, lugar donde los ríos tienen mayor profundidad» (y «mar») «abismo» (la variante *usin* está atestiguada con este valor en el siglo XVII) «fondo».

Formalmente, prescindiendo por el momento del problema de las silbantes ibéricas, la etimología es irreprochable. Pérdida disimilatoria de la silbante inicial tenemos, por ejemplo, en vasc. *Anso* < *Sanso* «Sancho» o vasc. *Estabe*, oficial *Cestafe*, población alavesa, en 871 *Zeztave*.

Sobre el sentido podríamos obtener algún indicio de la muy juiciosa observación de Schuchardt de que los antropónimos celtas—o, en general, indoeuropeos—pudieron ejercer influencia en los nombres personales ibéricos (3). Podríamos, pues, suponer que algunos de los componentes de unos y otros no tenían un sentido muy distinto.

Pienso como correlato semántico de ib. *sosin* en celt. *dubno-*

---

(1) Abriga dudas a este respecto Tovar, *Estudios*, pág. 58 y sig.

(2) Op. cit., pág. 105 y sig.

(3) *Rev. Int. de los Estudios Vascos*, III, pág. 239 y sig. Mejor dicho, habría que hablar de influencia mutua. V. lo que dice Tovar (*Estudios*, pág. 189) a propósito del orden de los miembros en el tipo céltico Πεννοουινδος.

*dumno-*, es decir, «mundo». Bien es verdad que a vasc. *osin* no se le conoce este valor, pero, por una coincidencia que no deja de ser curiosa, galo *dubno-*, a. irl. *domun*, etc., están estrechamente relacionados etimológicamente con palabras que significan «profundo», «sima», «lugar de aguas profundas», «fondo» (1). Y el término vasco para «mundo», *mondu*, *mundu*, habla de una sustitución reciente, debida quizá a las ideas cristianas.

Pero tampoco esta aproximación, dentro de su carácter problemático, se ajusta al tipo de correspondencia que hemos establecido a modo de hipótesis de trabajo: a vasc. *s* debía corresponder ib. *ś*, y no ib. *s* como en realidad ocurre. Debemos, por lo tanto, aplazar la cuestión hasta que un material más abundante, un método mejor que el ensayado aquí o una utilización más hábil de este mismo, permita a alguien ponerse en camino de resolver los problemas que aquí no se han hecho más que plantear.

9. Algo parecido a lo que hemos venido considerando en las silbantes ocurre en la escritura ibérica con las vibrantes. Hay también dos caracteres distintos, ◁ (ᗡ, ᑫ, ᑫ, Я) y ♀ (♀, ♀, ◇, O), que Gómez-Moreno transcribe respectivamente por *r* y *ŕ*, tanto en la escritura ibérica como en la tartesia. Otra vez se da también la coincidencia significativa de que en los textos en alfabeto griego (Alcoy y Mula) hay, junto a ▷ = *r*, un carácter idéntico, pero provisto de un signo diacrítico: ▷'.

Esta coincidencia difícilmente será casual y esta convicción se refuerza si se piensa, como es casi inevitable, que en territorio coincidente en buena parte con el de los textos ibéricos, aunque más extenso, existe, o ha existido, una característica distinción de dos fonemas vibrantes *(suave / fuerte, simple / múltiple)*, tanto en vasco como en las formas modernas del latín.

No es tan fácil como con las silbantes, sin embargo, mostrar que existe un claro acuerdo entre significantes iguales

---

(1) Pokorny, *IEW*, pág. 267 y sig. Ideas análogas se encuentran para lat. *mundus*, en J. Vendryes, *MSL*, XVIII, pág. 305 y sigs.

procedentes de distintos epígrafes, o de epígrafes escritos en escrituras distintas. Hay en particular dos dificultades adicionales. No siempre es fácil saber, para mí al menos, si un determinado carácter ibérico ha de interpretarse como variante de 𐬀 o de 𐬐, pues las formas se prestan mucho más a confusión que en el caso de 𐬗 y 𐬜. En una buena parte de los ejemplos, además, el carácter no se presenta en posición intervocálica, sino ante consonante o en final de morfema, donde es fácil que la oposición se neutralizara.

Del examen puede, al menos, obtenerse un resultado importante, aunque negativo. No hay prácticamente distinción gráfica en zona celtibérica, donde se empleó casi exclusivamente el signo 𐬐 y sus variantes (1). También ahora podemos pensar, como en el caso de las silbantes, que las distinciones gráficas ideadas para representar una lengua o lenguas no i.-e. no tenían razón de ser en la zona de habla i.-e., aunque por rutina se conservaran más o menos.

Una de las interpretaciones que se han solido proponer, 𐬀 = (aproximadamente) esp. *r*, 𐬐 = esp. *rr*, no puede probarse, a mi entender, de una manera satisfactoria. La excepción ib. *tur'iasu* Τουριασσώ *Turiaso* puede muy bien ser aparente. En efecto, aunque Tovar lo ha incluído en la parte ibérica, la ciudad se hallaba enclavada en país celtibérico y la misma forma del nombre parece ser i.-e.: como propuse en otro momento (2), podría interpretarse como un nom. sg. de tipo céltico de un tema en *-n*, con *-ū* de *-ō* (cf. galo *Frontu)*.

Aun fuera de este letrero, las posibilidades de demostración me parecen escasas. Están de acuerdo con este punto de vista *ilduro* y *lauro*, cf. *Iluro* (aquit. *Iluro)* y *Lauro* Λαύρων;

---

(1) Las únicas excepciones que he encontrado en el *Léxico*, de Tovar, son precisamente dos de las citadas también como excepciones en otro respecto en la n. 6: *arsaos* y *arsacos(on)*. Y la primera, siempre que consideremos el signo 𐬟, con Gómez-Moreno y Tovar, como variante de 𐬀 y no de 𐬐.

(27) EMERITA, XX, pág. 549. Esta hipótesis podría hacerse extensiva a *dabaniu* y *damaniu*, aunque no encuentra el mismo apoyo en Δαμανία, *Damanitanus*.

acaso también *tar̀acon(salir)*, posiblemente relacionado con Ταρράκων *Tarraco*, aunque no veo claro que el signo ꟼ sea *r̀* y no *r*. Pero está en contra el letrero *tiber̀i* en monedas de Ampurias (1), si como parece debe entenderse *Tiberi(us)*.

También en *bir̀ica(n)tin* y *bor̀oten*, escritos (y pronunciados?) así por *bri-* y *pro-* era acaso de esperar *r* y no *r̀*: cf. *Brigantes*, *Brigantio* y, para el segundo, *Protemus*, también en Azaila (2). Es *r* y no *rr* la vibrante tras vocal anaptictica en a. cast. *corónica*, vasc. *Betiri* «Pedro», etc.

10. Pero no sería acertado, a mi entender, pasar de lo infructífero de un examen como éste a la conclusión de que distinciones cuyo valor no llegamos a precisar no existían realmente. Con un criterio pragmatista se podría incluso decir que valdría la pena inventarlas, si no existieran ya. En efecto, la admisión de un mayor número de fonemas y una mayor precisión en las correspondencias acotaría el ámbito, hoy demasiado extenso, de las posibilidades. Es verdad que automáticamente se limitarían las lucubraciones etimológicas, pero todos estamos de acuerdo, al menos en teoría, de que es rigor lo que se busca, no comodidad.

Desearía haber aportado algo, por poco que fuera, a un aspecto que creo fundamental en los estudios ibéricos: al estudio de las regularidades, es decir, de las «leyes», en la distribución de los signos en textos de una misma zona y en los diferentes empleos en distintos territorios. Hay otros muchos problemas que estudiar. Es curioso, por ejemplo, que en la lista de ejemplos de cada signo en leyendas monetales que da Caro Baroja (3), todos los casos de Y V (y de la probable variante T), en posición medial todos ellos, la letra anterior sea siempre *u*, excepto en un caso en que es *o*:

---

(1) En el texto de Vives, *La moneda hispánica* (Madrid, 1926), II, pág. 13, n. 37 y 38, se lee *uber̀i*.

(2) J. Vallejo, EMERĪTA, XI, pág. 473 y sigs.

(3) Op. cit., pág. 728. Los letreros de las cecas 24 y 27 van bajo ꟽ, no bajo V. El autor dió, por lo visto, preferencia a criterios de valor, no muy claros en el primer caso, sobre los formales.

*colouyiocu, oilauyes, oilauyicoś, oścuycen, u*T*anbaate* y *o*T*tices.* ¿Azar? No es fácil si, entre otras cosas, tenemos en cuenta las importantes observaciones de J. Vallejo (1) y las incidentales de Schuchardt sobre el bronce de Ascoli (2) que equivalían a la afirmación, no hecha por él con estas palabras, de que en los nombres indígenas de esa inscripción *m* no aparece más que como reducción de **-nb-* y como variante posicional de *b* detrás de *u* (*-meles* en vez de *-beles)*. Y esto, a su vez, es inseparable de la total falta de *m* en los textos ibéricos en escritura griega, dos de ellos de bastante extensión, y de la rareza del signo 𐊹 en territorio propiamente ibérico.

El letrero *colouyiocu*, ya citado, y algunos más, nos muestran por otra parte que el empleo del signo 𐊸 con el valor de *n* unido al de 𐊺 con el valor de *m* son a lo que sabemos mucho más característicos de la zona celtibérica que de la ibérica (3). Vemos una vez más que los signos ideados o adaptados para una lengua (o lenguas) no i.-e. sufrieron una serie de confusiones y cambios de valor al pasar, al servicio de otro tipo lingüístico, al territorio celtibérico. Difícilmente podremos por tanto obtener aquí, aunque por sernos más familiar la lengua pareciera más sencillo, las precisiones que necesitamos acerca del primitivo valor de los caracteres.

Vamos avanzando más despacio a medida que nos adentramos en este difícil terreno, y es necesario que sea así desde el momento que la mayoría hemos perdido la esperanza de que los atajos puedan llevarnos a ninguna parte. Schuchardt pudo avanzar a marchas forzadas por la interpretación de los textos sin preocuparse de que a sus espaldas quedaba por resolver el pequeño problema de la lectura. En realidad, su tentativa no es condenable en principio: el método comparativo pudo haber resuelto las cuestiones de lectura a la vez que las de interpretación. Desgraciadamente, la hipótesis de trabajo

---

(1) «El signo 𐊸 𐊹», EMERITA, XVIII, pág. 174 y sigs.

(2) *Rev. Int. Est. Vascos*, III, pág. 241.

(3) Para plantear otra cuestión, ¿estamos seguros de que en el bronce de Luzaga 𐊺 es *n* y 𐊹 algo así como *m*? ¿No será al revés?

en que se basaban aquellos intentos, el parentesco lingüístico vasco-ibérico, no estaba de acuerdo con los hechos y aquella construcción apresurada que—a pesar de que la genialidad del autor y la pereza mental de las gentes le dieron un valor casi de dogma—era bastante endeble en sí misma, sin hablar de los fundamentos, más que derrumbarse se desmoronó. Y por ello somos hoy más sabios en el recto sentido de la palabra, es decir, más ignorantes, que nunca.

LUIS MICHELENA.

Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo». San Sebastián.

## A PROPOSITO DE DOS PUBLICACIONES RECIENTES SOBRE SINTAXIS GRIEGA Y LATINA

La *American Philological Association* ha publicado últimamente dos trabajos de E. Adelaide Hahn. El primero es una monografía, *Subjunctive and Optative: their origin as futures;* el segundo, un artículo que figura en el volumen LXXXIII de las *Transactions and Proceedings* de dicha *Association*, y en el que aplica las ideas expuestas en dicha monografía a ciertas cuestiones del latín.

Queremos empezar por unos comentarios a la segunda de estas publicaciones, si bien, al discutir la primera, tendremos que volver sobre otros puntos de aquélla. La cuestión más importante aquí tratada es la relativa a la atracción modal. Desde hace tiempo vengo llamando la atención en mis clases universitarias sobre la sospecha de artificiosidad que inspira la doctrina tradicional de la atracción modal en un gran ámbito del dominio que se le señala, a saber, en el de las frases futurales. Como es sabido, las justificaciones de la llamada atracción modal se fueron acumulando a medida que surgían casos distintos, llegándose a formar bajo esta rúbrica un hipertrofiado receptáculo de extensiones analógicas. Hasta el punto que Riemann prefirió echar por la calle de en medio, explicando cualquier subjuntivo «de atracción» por la simple presencia de un infinitivo. Ha sido solamente—que yo sepa—en 1951 cuando en un tratado general de Sintaxis latina se ha oído una voz razonable: en la *Syntaxe* de Ernout y Thomas el subjuntivo «de atracción» en las frases futurales se explica sencillamente como un subjuntivo propio

«de eventualidad o de indeterminación». Esta reacción la considero como uno de los mayores méritos de esta *Syntaxe latine*.

La señora Hahn no parece haber reparado debidamente en esto, o, al menos, no llama la atención sobre esta nueva explicación, cuando trata el mismo asunto. Su tesis, posterior en publicación, se mantiene todavía apegada a lo antiguo; pues, si bien en el conjunto de los casos «de atracción» distingue las frases futurales de las otras, la presencia del subjuntivo en las futurales la justifica no por el mero valor de indeterminación o eventualidad, sino «por una doble acción del valor futural del subjuntivo y la atracción del subjuntivo de la frase principal».

Después de este punto fundamental, la autora estudia otros relacionados con él. Sus explicaciones son interesantes, pero, desgraciadamente, no aparecen apoyadas en la necesaria demostración: así la afirmación de que «todos los subjuntivos «de atracción» de frases subordinadas no futurales son una extensión analógica del de las futurales»; o la de que «todo subjuntivo del estilo indirecto (no justificado por razón propia) reconoce asimismo igual origen».

Más sorprendente tiene que parecer esta otra, expuesta sin datos probatorios, de que «el uso del subjuntivo de atracción, en contra de lo que afirman Ernout y Thomas, no alcanza su mayor desarrollo en la prosa clásica».

* * *

En la primera parte de este mismo trabajo, la autora estudia como tema principal el subjuntivo en las frases interrogativas indirectas. A mi juicio, interpreta mal a Ernout y Thomas, cuando atribuye a éstos la afirmación de que el origen del subjuntivo en tales frases está en el carácter subordinado de la frase. Y, desde luego, no parece admisible que, como asegura la señora Hahn, «la mera subordinación no puede estimarse como causa de la *preponderancia* (subrayamos nosotros) del subjuntivo en latín arcaico y de su empleo *casi exclusivo* en clásico» (pág. 251).

Como agente principal de la difusión del subjuntivo en

las interrogativas indirectas la autora establece el deliberativo *quid agam?* No hay nada que objetar a esta explicación ya conocida. Por otra parte, es muy estimable su observación de que, no apareciendo, desde los primeros textos latinos, más que una sola forma posible para la interrogación indirecta en *consecutio* pasada, esto es, el subjuntivo imperfecto, parece indudable que este empleo de subjuntivo tuvo que influir mucho en la difusión del modo en la *consecutio* presente.

Estas dos causas parecen suficientes para explicar el hecho de que en latín arcaico entre las frases que conservan el indicativo las futurales estén ya en acentuada minoría (sin olvidar la métrica, a la que la señora Hahn apenas alude); y de que sea natural deducir que la difusión del subjuntivo debió iniciarse en las frases futurales. Pero la autora insiste muchísimo en otro factor, con alegaciones que no encontramos convincentes. Tal causa la ve en el valor, que estima «casi intercambiable», de las expresiones *quid respondebo?, quid respondeam?* Como esta idea se expone también y más por extenso en la citada monografía de la misma autora, nos remitimos al comentario que de ella hacemos a continuación.

* * *

La tesis del libro *Subjunctive and Optative* es la de que en i- e, no exitieron dos modos, subjuntivo y optativo, sino dos futuros, uno, más inmediato y «vívido», y otro, menos inmediato. La distinción modal es una innovación posterior del griego, porque, según la autora, que se apoya para esto en ciertas conclusiones de Whitney, en védico la distinción modal, existente por algún tiempo, también fué una innovación. Con una distinción persistente sólo queda el testimonio del griego y—concluye la autora—«atribuir al i-e, simplemente por el testimonio del griego, la misma distinción de dos modos me parece metódicamente indefendible», y, tanto más, cuanto que en opinión de la señora Hahn, se puede demostrar que el uso griego no es originario.

Como es de suponer, para sostener una teoría diferente,

la autora debe evitar caer en el mismo error de método, y, por lo tanto, está obligada a reconstruir un estado i-e, a base de suficientes elementos comparativos de lenguas i-e. Y así lo pretende, efectivamente, apoyándose en el védico, en el griego y en el latín. Para el védico se limita a hacer suyas las conclusiones de Whitney: «No hay nada en el más antiguo empleo que demuestre que estos modos no pudieran ser usos especializados de formas originariamente equivalentes—que hubieran tenido, por ejemplo, una significación general de futuro—, y, referido a las frases subordinadas, «es todavía más difícil, aún en la más antigua lengua, establecer una distinción entre subjuntivo y optativo». Y la autora toma base en estas conclusiones, aunque extrañada de advertir en Whitney una contradicción, al sostener éste, por otra parte, que «el subjuntivo significa básicamente «requisition» y el optativo «deseo».

En cuanto al testimonio latino, yo siento declarar que los argumentos de la autora no los encuentro convincentes. Argumentos que pueden reducirse a uno sólo: «en la lengua arcaica, sobre todo, el subjuntivo y el futuro son con mucha frecuencia intercambiables». Sigue aquí la señora Hahn la opinión de ciertos filósofos latinos, a la que han opuesto serias observaciones otros investigadores, como Sjögren y Bennet. Para darnos cuenta del valor que puede tener el argumento, nos será suficiente alegar este hecho: empleos semejantes de subjuntivo y futuro los tenemos también abundantes en español antiguo: así, dentro del *Poema del Cid* y en frases del mismo tipo: *cuando los gallos cantarán* y *cuando vos juntárades conmigo; qui no irá a mi cort* y *a qui las de; mientra que vivades* y *mientra que visquiéredes*. En Berceo: *mientra el mundo sea* y *mientre fuero vivo*.

Siguiendo el mismo razonamiento de la señora Hahn también podríamos deducir de estos ejemplos que el español *vivades* procede de un futuro latino.

Algún otro error de método, aunque de menos trascendencia, podría señalársele a la autora, como por ejemplo, cuando considera intercambiables *invenietur* e *invenias*, sin

más consideración ni a la diferencia de la persona empleada, ni al matiz de la expresión; así como a la poca importancia que concede a los motivos métricos.

Para el testimonio griego, el señor Pabón expone a continuación su crítica de esta parte del libro de la señora Hahn.

Por lo demás, es una satisfacción reconocer que este libro es una obra estimabilísima por su exposición—tan completa y tan clara—del estado actual de la cuestión estudiada; y por las muchas observaciones particulares llenas de interés.

JOSE VALLEJO.

*Subjunctive and Optativ: their origin as futures.*

(Notas sobre las págs. 78-122.)

Como caracteres generales de esta parte del trabajo hay que señalar: 1.° Apartamiento de ciertas doctrinas generales comúnmente admitidas, sin que la autora se detenga gran cosa a justificar sus particulares puntos de vista. 2.° Algunas finas observaciones de interpretación que por versar sobre diferencias, no conducen precisamente a la tesis unificadora que la autora propugna. 3.° Debilidad en la apreciación de los ejemplos y en la argumentación de ésta en torno al tema fundamental de su trabajo.

En su propósito de demostrar el carácter originario temporal (grados del futuro) de las categorías entendidas tradicionalmente como modales (subjuntivo y optativo en sus diversos empleos) no es de extrañar que acepte (pág. 80) el origen común del subjuntivo y del futuro contra las más reconocidas autoridades (cf. pág. 61, nota 115); pero en cuanto a su indiferencia en el uso, las pruebas son, en verdad, poco convincentes. En la conocida frase de Néstor (Il. 1 262):

οὐ γάρ πω τοίους ἴδον ἀνέρας οὐδὲ ἴδωμαι

sería imperfecta toda traducción que diese al último verbo un mero valor de futuro. El anciano «laudator temporis acti», dice evidentemente: «nunca ví hombres como aquéllos ni espero volverlos a ver». Y esta idea de la espera, de la «Erwartung», es lo que distingue al subjuntivo del futuro (Schwyzer-Debrunner, pág. 310). La comparación entre los otros dos ejemplos de la misma página (Od. 6 201 y 16 437) ofrecen un caso interesante. El primero de ellos puede asimilarse al anterior:

οὐκ ἔσθ' οὗτος ἀνὴρ διερὸς βροτὸς οὐδὲ γένηται

donde a la negación de una realidad presente (en Il. 1 262, realidad pasada), se agrega que esa realidad no se espera tampoco para el futuro. Alguna perplejidad ha debido producir en la autora el caso de Od. 16 437, ya que a su tesis de la indistinción del futuro y el subjuntivo opone la sucesión copulativa de una forma y otra, a cada una de las cuales hay que dar, naturalmente, su propio valor, si no queremos apelar al duende de la métrica que pudiera haber llevado al poeta a terminar con un ripio la cola del exámetro:

οὐκ ἔσθ' οὗτος ἀνὴρ οὐδ' ἔσσεται οὐδὲ γένηται.

Supone, sin embargo, que la diferencia entre ἔσσεται y γένηται es más bien de vocabulario que de modo; pero nos parece que la gradación de los tres verbos queda perfectamente establecida si se ve en οὐδ' ἔσσεται la simple negación de la realidad futura y en οὐδὲ γένηται la repulsión de toda aprensión subjetiva respecto de la misma (1).

---

(1) El subjuntivo futural de la tercera persona corresponde a una prospección en el ánimo del hablante (Schwyzer-Debrunner, páginas 309-310); pero es claro que esta prospección va acompañada frecuentemente del elemento afectivo de simpatía o antipatía hacia el hecho mismo, y además que, aunque sólo expresada por el que habla, se da como valedera para todos. El sentido en sí sería, pues: «ni existe ni existirá ni pienso que haya de existir». Lo que equivale a «ni existe ni existirá ni hay que temer que exista alguna vez». La clásica frase española «ni por pienso» contiene un encarecimiento parecido de la

No sabemos tampoco por qué se ha de excluir (pág. 81) que el empleo del futuro en frases afirmativas y del subjuntivo en las negativas entrañe un cierto valor modal: la afirmación concierne a la visión de la realidad futura; la negación a una exclusión presente (prospectiva) de su realización (el hecho queda fuera de la «Erwartung»). Podría aducirse en apoyo de esto la conocida regla de la exclusión del indicativo en la oración consecutiva cuando es negativa la principal (la consecuencia queda eliminada de la realidad del futuro por dicha negación).

El caso de Il. 1 135 constituye un caso de gradación de distancias en los supuestos: el primero, εἰ μὲν δώσουσι..., es visto como más probable, más cercano (no en tiempo) y más grato; el segundo, señala como un torcimiento de la agradable perspectiva: εἰ δέ κε μὴ δώωσιν..., y le sigue una amenaza. El valor voluntativo de ἔλωμαι no parece dudoso.

En Od. 2,218 y siguientes, Telémaco, conforme a un procedimiento bien homérico, repite cambiando la persona del verbo y, en parte, el modo, las palabras de Atenea (1 287 y siguientes). Es, pues, este primer pasaje el que interesa, y no vemos por qué en él el optativo modificado del verso 288 no ha de entenderse con su sólito valor potencial. La diosa le dice a Telémaco que si llega a enterarse de que su padre vive y ha de regresar, con la esperanza que ello le dé podrá resistir hasta un año en su penosa situación (1).

Ciertamente las diferencias entre el subjuntivo y el optativo son delicadas y la prueba es la total fusión de ambos modos en otras lenguas. La autora la aprecia en muchos casos (ejemplos de la pág. 84 y sigs.) en una distinta «vividness», esto es, en la nota (¡modal!) de los grados de probabilidad,

---

irrealidad o imposibilidad de una cosa, por el traslado a la esfera del pensamiento. Esta diferencia nos parece más fundamental que la de significación de los dos verbos, aunque naturalmente no la excluya. Cf. Chantraine *Gramm. Homér. II*, p. 209.

(1) Un potencial con la nota accesoria de exhortación, véase *infra*. No podemos, por otro lado, acceder a la opinión de los que sostienen que el pasaje del canto I es posterior al del II.

de la mayor o menor distancia de la certeza expresada por el indicativo. No nos apartamos, pues, substancialmente con ello del esquema tradicional (voluntad-deseo; eventualidad-posibilidad). Pero nos parece que la argumentación flaquea totalmente cuando entramos en aquellos ejemplos, fundamentales para la autora, en que a su juicio no hay diferenciación. Le hubiéramos agradecido que al citar Il. 3 53 hubiese insertado un verso más y no hubiese cortado la cita en una coma:

γνοίης χ' οἷου φωτὸς ἔχεις θαλερὴν παράκοιτιν.
οὐκ ἄν τοι χραίσμῃ κίθαρις τά τε δῶρ' Ἀφροδίτης,
ἥ τε κόμη τό τε εἶδος, ὅτ' ἐν κονίῃσι μιγείης.

Así se ve claramente que el subjuntivo οὐκ ἄν χραίσμῃ está condicionado por el ὅτε ...μιγείης y que puede tener por ello la misma explicación que la dada por la autora para Il. 24 653 (pág. 85). Y dicha explicación se muestra también obvia para el otro ejemplo, Il. 11 386: formulada una hipótesis en su modo propio (optativo), quiere expresarse que si esta hipótesis se llegara a realizar, la consecuencia se deriva de ella con una necesidad que no tiene la hipótesis en sí. Después se nota la extensión de este principio para el paso del subjuntivo al indicativo en análogas posiciones (1).

Las ideas preconcebidas de la autora la llevan una vez más a oponerse a las doctrinas generalmente admitidas; contra todo lo que nos enseña la evolución de la sintaxis, niega que el indicativo modificado de los tiempos del pretérito haya venido a sustituir a un antiguo optativo en la expresión del irreal del pasado (2).

---

(1) Parece oportuno recordar el uso del indicativo en las oraciones condicionales mal llamadas reales, donde dicho modo no está en su función propia de expresar la realidad absoluta, sino que viene a indicar una realidad concatenada, esto es, la indefectibilidad del nexo entre la realidad de dos acciones que por otra parte pueden quedar conjuntamente irrealizadas.

(2) A las autoridades citadas por la autora como contrarias a su tesis (pág. 96, nota 229) conviene añadir las de Schwyzer-Debrunner,

Igualmente frágiles nos parecen las pruebas aducidas para identificar en su origen y significación primitiva el optativo no modificado (cupitivo) y el optativo modificado (potencial). El ejemplo de Od. 15,545, no presentado por la autora más que como probable, tiene además en autorizadas ediciones, por ejemplo, en la de Bérard, puntuación distinta a la que ella le da (coma y no punto alto al final del primer verso), con lo que cambia totalmente el valor del verbo. Y no quedan sino Il. 6 281-282 e Il. 4 182 que, considerados en su contexto, están a mi juicio muy lejos de esa identidad de significación que tan clara parece a la autora. Es evidente, y se deja notar en todas las lenguas, que la expresión potencial puede tomar y toma de hecho matices accesorios, algunos de los cuales la acercan al optativo propio, como otros la acercan al imperativo (1). Si en español decimos, por ejemplo: «podías portarte mejor», la expresión, potencial en sí, envuelve una exhortación o un reproche; si de alguien decimos: «podía morirse», va implicado en ello un deseo de carácter imprecativo. Así, el ejemplo de Il. 6 281-282, se explica claramente por un potencial con este último matiz: Héctor, pensando en los males y desgracias que ha traído su hermano Paris, viene a decir: «se lo podía tragar la tierra». En el otro ejemplo, 4,182, Agamenón habla de sí mismo: viendo herido a Menelao y pensando en las manifestaciones de júbilo que harán los troyanos si aquél llega a morir, exclama: «¡que entonces se abra para mí la tierra!» Aquí se trata de un cupitivo puro, que sería vano intentar revertir a la fórmula poten-

---

páginas 344 y 347, que no hacen sino confirmar la doctrina de sus antecesores Brugmann-Thumb, págs. 580 y 590.

(1) El fenómeno está ya explicado perfectamente en la mencionada Gramática de Brugmann-Thumb, págs. 580-581, donde se aducen las expreciones alemanas correspondientes y se nota el acercamiento, no confusión, que por él se produce entre el potencial y el optativo de deseo. La misma doctrina en Schwyzer-Debrunner p. 329 sub 7. Cuestión distinta es la del potencial expresado por la forma de optativo sin partícula modal (Schwyzer-Debrunner, p. 344), donde el contexto hace innecesaria dicha partícula.

cial. Las dos expresiones, en cuya identidad se apoya la autora, son de distinta naturaleza y cada una requiere su propia explicación.

Estas consideraciones y otras que pudiéramos añadir nos llevan a afirmar de nuevo que la autora, que distingue sutilmente cuando quiere distinguir, y cuyas interpretaciones nos parecen más de una vez superiores a las dadas anteriormente, naufraga del todo en sus esfuerzos por dar base a su tesis unificadora. Ni podía augurarse otra cosa al propósito de reabsorber en la idea del futuro, cuya forma más genuina es caduca en la lengua, y muere y resurge alternativamente en ella, toda la rica gama modal del subjuntivo y el optativo griegos.

JOSÉ M. PABÓN.

# APOSTILLAS A UNA RECIENTE EDICION DE PETRONIO

Pocos textos han ejercido mayor atracción sobre los editores y estudiosos del latín, en general, que ese largo fragmento del *Satiricon*, de Petronio, conocido usualmente con el nombre de «Cena de Trimalción». La maravillosa matización que el autor despliega en los discursos de los personajes, el contenido de ellos y de la narración, la ironía que se reconoce en cada palabra han hecho de este pasaje lugar de entretenimiento y ejercicio de la crítica y la filología. Ahora la editorial C. Winter, de Heidelberg, acaba de ofrecer al público una nueva edición crítica de este texto, bajo los cuidados de H. Schmeck (1). En realidad, se trata de una reedición del libro de Heraeus, *Petronii Cena Trimalchionis* (1.ª ed., en 1909; 2.ª, en 1922, y 3.ª, en 1939), que en tiempos fué uno de los más destacados de la simpática colección Sammlung vulgärlateinischer Texten, en la que tenía el número uno. La nueva edición no hace ya figurar el título de la colección.

Digamos, ante todo, que la edición está preparada siguiendo de cerca, pero apartándose de ella en muchos casos, la clásica edición mayor de Buecheler (1862), tan corregida luego en las diferentes impresiones de la edición menor (1862, 1871,

(1) *Petronii Cena Trimalchionis*, hgg. von Helmut Schmeck. Heidelberg. Carl Winter, 1954, XII + 68 págs.

1882, 1904, 1912 y 1922). Se hace una colación muy completa de los aparatos críticos de ésta y la de Ernout (última edición, 1950), y se aducen en cantidades abrumadoras las conjeturas, lecciones variantes, etc., de las innumerables ediciones parciales de la Cena o general del Satiricon. La orientación seguida es la iniciada por Ernout y apurada más por Marmorale y Maiuri en sus recientes ediciones, a saber, una veneración y un respeto creciente por las lecciones del manuscrito más completo, que es el célebre Traguriense, hoy en la Biblioteca Nacional de París. A contribución se ponen también estudios sobre la lengua, estilo o costumbres descritas en la novela petroniana, como son, por citar los más conocidos, Heraeus, Ludwig, Marbach, Perrochat, Suess, así como una tesis doctoral holandesa de H. L. W. Nelson *(Petronius en zijn 'vulgaire' latijn*, Alphen, 1947), a la que atribuye gran importancia el editor y que yo no conozco. Al texto sigue un brevísimo léxico de las formas llamativas que con una cierta frecuencia inciden en el texto y para cuya explicación tanto ingenio se ha derrochado. Me permito aquí hacer unas cuantas advertencias en concreto sobre esta edición para dejar ver cómo queda aun bastante que resolver en Petronio, y cómo es rico el aparato que ofrece Schmeck al lector.

Ante todo, he de decir que, además de los manuscritos que ha manejado o cita el editor y que son usualmente conocidos, existe algún otro, de cuyo valor ciertamente no puedo juzgar porque no me ha sido posible colacionarlo: se trata, sin duda, de un manuscrito que sirvió para alguna de las viejas ediciones de Petronio, pero eso sólo le concede ya cierto valor: Lambeth Palace, núm. 693, siglo XVI (cf. M. Rh. James, *A descriptive Catalogue of the manuscripts in the Library of Lambeth Palace*, Cambridge, 1932, ad n., que asegura ser de fecha anterior al descubrimiento del manuscrito de Traùr, noticia que ha sido pasada por alto, a lo que parece, por los estudiosos de Petronio).

Algo que todavía no se ha intentado seriamente ha sido fijar la calidad del manuscrito apógrafo del cual ha derivado el Traguriense, que es, como sabido, el principal testigo de

nuestra obra: creo que a partir de ciertas variantes se puede establecer un antecedente de los siglos X-XI, posiblemente en letra irlandesa, como quizá haya que suponer un anterior apógrafo escrito en semiunciales (cf. e.gr. *gausapa* en 28,4). Sirva esto de justificación a ciertas conjeturas o correcciones que propongo a continuación y que no tienen otra razón, detallada o no, que la paleográfica.

30,1 *non licebat multaciam considerare*, con el manuscrito; las conjeturas son variadas. Yo propondría leer *tam multa*, justificando la lección por una posposición gráfica no corregida en el tipo (otras, pero con signo de permutación, en 63,8 y otros lugares).

33,1 *'amici' inquit 'nondum mihi suave erat in triclinium venire, sed ne diutius absentivus morae vobis essem, omnem voluptatem mihi negavi...* El manuscrito dice: *a.,i, n.m.s.e. in triclinium absens morae vobis ven. sed ne diutius absenti vos essem, v.m.n.* Los códices que dan las selecciones vulgatas de la obra de P., leen: *a.i.n.m.s.e.triclinium venire s.n. diutius absentius (-ivus* uno) *essem, o.v.m.n.* La solución adoptada por los editores, según la corrección de Heinsius, que recogió por vez primera Burman en el siglo XVIII, me parece en exceso ecléctica. Tengo para mí que la frase *absens morae vobis*, que el manuscrito de Traùr presenta desplazada, no pertenece al texto sino que viene a ser como una glosa de la corruptela *absenti vos essem*, que es debida a su vez a la frase poco frecuente *absentivos essem*, y en la que la misma separación de los elementos muestra que nos hallamos ante un pasaje bien transmitido, pero que no comprendió el librario. Este punto de vista queda confirmado con la lectura de los otros manuscritos. Hay, pues, que eliminar como glosema aclarativo las palabras *morae vobis*, que hacen además la frase demasiado precisa. Y no se ve razón para que se añada contra la autoridad preferente del Traguriense (que llamaré con su sigla H en lo sucesivo) la forma *omnem* ante *voluptatem*, que omite este manuscrito, y que se presenta innecesaria, según sospechó ya Buecheler.

38,1 *lana, cedrea, piper.* Que *cedrea* pueda haber sido dicho por *citria* no es claro de ninguna manera, sobre todo en razón de la fecha que el mismo editor atribuye a la obra (frente a los recientes intentos de Marmorale y Paoli que la retraen al siglo III, la cree, de acuerdo con la tradición erudita, del s. I d. C.), porque difícilmente podría justificarse la sonorización; por otra parte, el manuscrito H da *credrae,* lección incomprensible que sólo puede, a mi juicio, ser interpretada como una lectura mixta de *mel cera,* partiendo de que *cr* pueda haber sido confundido con *m,* lo cual cabe. Ya el editor supone que la corrección *cerae,* debida a Heinsius, puede ser más aceptable; pero subsiste para ella la dificultad gráfica de interpretar el resto de las letras. De esta manera se ve bien cómo el personaje que habla al narrador recoge la enumeración asindética en los párrafos subsiguientes, apostillándola y detallándola.

44,2 *iam annum esurio fuit.* Me parece que la forma *esurio* no puede entenderse rectamente si el verbo lleva la tercera persona. En otra ocasión (*Antología del latín vulgar,* Madrid, 1950) he seguido aquí la corrección de Scheffer que escribe *fui,* lo que me sigue pareciendo de más pleno sentido (por cierto que a este propósito el editor no pone nada en el aparato crítico). Creo que la forma en *-o* no es más que un recuerdo de Plauto, Persa, 101-3:

> TO: O Saturio, opportune advenisti mihi:
> SA: Mendacium edepol dicis, atque haud te decet.
> Nam Essurio venio, non advenio Saturio.

Innecesaria, por tanto, la discusión sobre si ha de entenderse como verbo.

44,3 *aediles —male eveniat— qui...* El editor entiende que se trata de un apóstrofe, y por eso lo sitúa entre guiones; a mí me parece que de esta manera *aediles* queda demasiado pendiente. Quizá pudiera bien entenderse un anacoluto, haciendo una pausa tras *aediles,* como si dijera *ita di perduint.*

45,4 *aut hoc aut illud, erit quid utique.* El manuscrito lee *quod*, que me parece que cabe mantener si se tiene en cuenta la forma española 'algo'; tal había sostenido *ad loc.* en la edición mía antes citada. Que la forma no resulta demasiado correcta es sabido; pero quien habla aquí es Echion, y, ciertamente, este rasgo que pervive en el español puede muy bien ser aceptado.

46,5 *nec uno loco consistit, sed venit, dem litteras, sed non vult laborare.* El pasaje ha sido sujeto a múltiples conjeturas, porque no se ve bien el sentido. Quizá haya que leer *nec uno loco consistit, sed venit. d a r e m litteras, sed n. v. l.*, donde *venit* quizá encierra un doblete del tipo *it, venit*, o semejante (así las conjeturas de Jacobs y Wehle).

47,3 *alioquin circa stomachum mihi sonat, putes taurum.* H da *pụtes*, de donde se han hecho conjeturas para completar la frase. Quizá haya de leerse simplemente *petaurum*, palabra que el escriba no ha entendido, a pesar de que más abajo aparece *petauristarios.*

52,11 *nam modo Fortunatam suam, modo revertebatur ad naturam.* Así el editor frente al manuscrito que escribe *nam modo F. s. revertebatur modo ad nat.* Quizá sea justa y preferible la corrección que tiende a establecer aquí una haplografía entre los verbos *reverebatur*, caído, y el *revertebatur* que transmite el códice; pero esto no obsta para que sin necesidad de acudir a la haplografía resulte mejor escribir: *nam modo Fortunatam suam reverebatur, modo et naturam*, donde creo que la introducción de *ad* ha sido un arreglo del copista por razón del verbo que había sustituído al que yo acepto como original. En este caso, la interpretación normal sería: «ya que tan pronto hacía caso de Fortunata, como de su inclinación natural».

57,5 *homo inter homines sum: capite aperto ambulo.* El manuscrito lee: *homo inter homines suos*, que corrigió Burman, al cual sigue Schmeck, aunque anotando en el aparato que quizá la lección de H pueda mantenerse. Estimo que sí, entendiendo «hombre entre hombres de la misma condición». Naturalmente que el uso de *suos* causa cierta difi-

cultad, pero debe de tratarse de una frase hecha, donde la presencia del *homo* predicativo permite la presencia del posesivo de la tercera persona.

57,6 *ne quis in illius - manus tergeret.* Los editores se han cuidado de poner un ablativo tras *illius*, muy generalmente *sinu*. Schmeck establece aquí una aposiopesis; quizá basta con considerar que se trata de alusión a un gesto, que completaría la frase.

60,4 *respiciens ad mensam... iam illic repositorium cum placentis aliquot erat positum.* De ninguna manera creo que tras *mensam* haya una laguna como estableció Buecheler y mantiene Schmeck. Me parece que se trata aquí propiamente de una aposiopesis, y que basta entender la interrupción momentánea del discurso para que se note el efecto de asombro producido por la súbita aparición del nuevo plato. Bien sabida es la manía de Buecheler, sobre todo en las primeras ediciones, de establecer lagunas dondequiera que el texto no fluía con la marcha esperada.

73,5 *nos, dum alii sibi ludos faciunt, in solio quod Trimalchioni parabatur, descendimus.* En lugar de *parabatur* el manuscrito da *pervapatur*, y en el margen *parabatur*, lección ésta que ha seguido la mayoría de los editores. Pero el caso es que no siempre estas lecturas marginales de H son correctas, ni representan amelioraciones de corruptelas en el texto, sino simples conjeturas, así 76,10 el texto da rectamente *exoravit*, que alguien corrigió al margen en *exhortavit*, lección, sin duda, más fácil, pero no por ello exacta. Aquí, la dificultad se presenta en cómo de la lección que es supone correcta se ha podido llegar al *pervapatur* del texto. Las correcciones intentadas para sanar esta lección han sido múltiples entre los que han preferido asumir tal lectura a la marginal. Quizá, desde el punto de vista paleográfico, la mejor restitución será la de Marmorale *servabatur;* pero de ella no era muy fácil que se llegase al *parabatur* del margen. Se puede intentar bien escribir *praeparatur*, lo cual fácilmente da pie a la lección lateral, y, por otro lado, aclara bastante la falsa lectura del texto. El

presente puede explicarse bien, aunque quizá ha sido él el que ha producido la corrección. El sentido de mi conjetura es retener hasta donde sea posible la conexión con la variante del texto.

78,1 *non est moratus Stichus, sed et stragulam albam et praetextam in triclinius attulit... iussitque nos tentare, an bonis lanis essent confecta.* Así el editor siguiendo en la significación de la laguna lo establecido por Buecheler. Ahora bien, si pensamos en una inversión del relativo, de modo semejante a lo que más arriba supuse para 30,1 no hay necesidad de suponer laguna al modo y manía de Buecheler. Trimalción, tras un largo discurso en que ha ido pasando de tema en tema como es su costumbre, acaba reincidiendo en la mención de la muerte; manda entonces a su Sticho que enseñe a sus huéspedes los vestidos con que ha dispuesto ser amortajado. Sticho trae, en efecto, la estrágula y la pretexta, y entonces Trimalción le da orden de que la enseñe a los convidados para que éstos juzguen de la calidad de la lana. La corrección, pues, se impone, a mi juicio, de la siguiente manera: *n. e. m. St., s. e. s. a. e. p. i. t. attulit, quem iussit nos tentare, an b. l. e. c.* El sujeto de *iussit* está claro, es Trimalción. De esta suerte, la laguna se hace innecesaria y el manuscrito resulta que nos suministra todos los elementos que necesitamos para la recta comprensión del pasaje.

La edición que vengo comentando da elementos nuevos muy interesantes para la mejor comprensión de la obra de Petronio; entre sus novedades anoto: 31,6 *paratissimus* frente a Ernout que prefería la lectura con *-u-*; 41,4 la interpretación de *hic aper, cum heri summa cenam vindicasset, a convivis dimissus,* aun siendo difícil, representa la mejor solución posible para el mantenimiento de las lecciones de H y para la inteligencia del pasaje: según Schmeck *summa* hay que entenderlo predicativamente de *aper,* con lo que se hace de repente claro todo el pasaje; en 44,5 se recoge, por vez primera, una interpretación orgánica del difícil texto *si milia, si cilia,* siguiendo esta vez a Whittick, a base de entender

*interiores* como término técnico de los juegos circenses y la lucha; en 57,2 mantiene la lectura *balatum duxissem de* H, que los restante editores, en general, habían alterado más o o menos fantásticamente; 57,10 propone una conjetura de Hiltbrunner para leer *homini macisto et dignitoso*, mucho más cercano y natural a partir de la lectura *mali isto* de H que la lección normalmente aceptada *maiesto:* en efecto, el grupo *li* no habría dificultad alguna en explicarlo a partir de la grafía con *k*, no con *c* (se trata del gr. μάκιστος; que aquí debía haber un adjetivo griego ya lo había sospechado Scheffer al suponer que había de leerse *malisto* como una derivación: de μάλιστα). En ciertos momentos no se ven las razones que mueven al editor, así en 35,4 y 66,3 donde corrige la lectura anaptítica *sciribilita* en *scriblita*. Errores no he notado, salvo los siguientes: 58,2 (p. 34, aparato a la lín. 25) remite a página 40, aparato a l. 22; ahora bien, ni hay relación ninguna entre ambos pasajes, ni esta última línea tiene una sola variante. Página 47, adl. 23: en español no existe «desperado», sino «desesperado», que deriva de «desespero» (verbo).

En resumen, la edición de Schmeck que vengo comentando suministra un material tan rico, tan bien ordenado, tan completo, que sobre ella ya pueden hacerse trabajos y conjeturas a Petronio de una manera muy segura. Una vez más la editorial Winter ha sabido sumar a su producción una obra capital, que a pesar de su formato reducido y apariencias sencillas, viene a significar una aportación básica a una de las obras más complejas, y, por otra parte, más interesantes de la latinidad. Sólo estas condiciones justifican el que haya querido anotar ciertos pasajes con vista a una mejor inteligencia del episodio de la *Cena de Trimalción*.

M. C. Díaz y Díaz.

*Valencia.*

## Reseñas de libros.

CARROLL, JOHN B.—*The study of language*, A Survey of Linguistics and Related Disciplines in America, Harvard University Press, Cambridge, 1953, XIV + 290 páginas.

Probablemente es éste el libro que mejor puede servir como introducción a la moderna lingüística americana. Todavía es un hecho poco reconocido por los europeos el desarrollo de una lingüística norteamericana original y realmente nueva. No basta con referirse a los nombres de Sapir y Bloomfield, ya fallecidos ambos, sino que es preciso estudiar los desarrollos ulteriores, en gran parte consecuencia de las necesidades de la segunda guerra mundial. El profesor Carroll ha expuesto brevemente lo que representan estas direcciones y el lector seguirá su libro con provecho. No falta incluso la preocupación por la legitimidad y posibilidades de los nuevos desarrollos, y también la conexión con la lingüística de las escuelas europeas le interesa al autor.

Es interesante señalar que este libro es un regreso de una posición extremista a la manera de Bloomfield, y el interés «metalingüístico» o «exolingüístico» es señalado muchas veces como no ajeno al campo del lingüista.

Para las escuelas europeas, que tienden a petrificarse en la lingüística histórica, el conocimiento de los problemas de la relación entre lingüística y psicología, lingüística y ciencias sociales, el enorme desarrollo de la ingeniería de la comunicación, los problemas prácticos de la enseñanza de idiomas, en cuanto pueden ser resueltos por los métodos de análisis lingüístico, representan fecundas incitaciones, y el libro de Carroll servirá para orientar en estos campos y para hacer ver las limitaciones y el agotamiento de las viejas corrientes.

Es simbólico que el capítulo V, dedicado a la relación entre lingüística y filosofía, es extraordinariamente breve. No olvidemos que en Estados Unidos la psicología y las ciencias sociales se han independizado por completo del campo filosófico.

El libro de Carroll, para un lector europeo, representa las corrientes más abiertas y accesibles en la lingüística norteamericana. Su

concepto de la ciencia lingüística no está tan férreamente limitado como en otros compatriotas suyos. Si por una parte afirma (pág. 12): «The linguist is not interested in *what* is communicated; he is interested primarily in the *vehicle* of communication, that is, the language system», por otra critica al lingüista norteamericano Trager porque «seems to have fallen in to the Bloomfieldian error of supposing that one cannot talk about meaning unless one has a complete scientific description of the objects, events, and relations to which linguistic forms refer» (pág. 27).

Ello se explica porque Carroll tiene una manifiesta simpatía por muchas de las direcciones que tan fructíferamente exploró Sapir (confróntese pág. 29).

A. T.

F. Rodríguez Adrados.—*Védico y Sánscrito Clásico* (Gramática, textos anotados y vocabulario etimológico). Manual de Lingüística Indoeuropea dirigido por Antonio Tovar: Cuaderno II. Madrid 1953. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 212 páginas.

El ya benemérito y conocido Manual resulta notablemente enriquecido con la publicación de este nuevo volumen dedicado al antiguo indio, tanto por la importancia decisiva de esta lengua para la reconstrucción del indoeuropeo, como por el valor intrínseco del volumen que reseñamos.

Mérito especial de esta Gramática, destinada a proporcionar una idea completa de la estructura del antiguo indio, es el haber sido hecha a base de ejemplos, previamente seleccionados, de la antología de textos védicos y sánscritos que se incluyen en las páginas 121-162. Con buen criterio didáctico—pues no sólo se trata de evitar una dificultad tipográfica—el autor ha renunciado al alfabeto *devanagari*, utilizando siempre la transcripción, lo que facilita notablemente las cosas y, sobre todo, deja de ser un motivo de desaliento para el principiante.

La parte gramatical expone la doctrina ya tradicional en lingüística indoeuropea, respetando, por ejemplo, aún la ley Brugmann (* *ŏ* > ai. *ā* «al menos en algunos casos» p. 14), que hoy resulta muy difícil de admitir; no aplicando las teorías sobre el *ə* consonántico, que tan importante repercusión tienen en la fonética histórica del indio; relacionando las desinencias de 3.ª pl. activa *-ur*, media *-re* (y en el mismo caso se encuentra *-ra)* con «ciertas desinencias en *-r* del itálico y del celta» (p. 58), en lo que se esperaría una utilización de los importantes hechos del tocario y sobre todo del hitita, que afectan sustancialmente a la interpretación.

Las antologías contienen textos védicos y sánscritos en variedad y cantidad suficientes, de los cuales los primeros son presentados con una utilización progresiva de los fenómenos del *sandhi*, lo que resulta extraordinariamente práctico, según he podido comprobar en mi experiencia de clase. El glosario etimológico que va al final (p. 163-207) es lo suficientemente extenso y completo para permitir la traducción de los textos de las antologías, si bien no todas las etimologías resultan claras ni todas ofrecen la misma garantía.

Teniendo en cuenta que este volumen está destinado a servir de introducción al antiguo indio, un mayor cuidado de ciertos aspectos de su exposición y presentación hubieran, en nuestra opinión, aumentado su eficacia. La parte gramatical hubiese ganado con una disposición más visual y una exposición más escueta (y no nos referimos con esto a una presentación fonológica de los hechos fonéticos, que hoy día sería de desear). La no utilización del guión al final de las formas que son raíces o temas, es causa, a veces, de desorientación. Las notas a los textos de la antología no son siempre suficientes para que un principiante llegue a una buena inteligencia de la lengua y el contenido de tales textos, y hubieran sido más fácilmente utilizables a pie de página, en lugar de aparecer en bloque al final. Todo esto no es en ningún modo obstáculo para que nos felicitemos muy sinceramente de la publicación de este volumen, que es la primera introducción científica seria al estudio del antiguo indio que aparece en España.

M. S. Ruipérez,

T. Burrow.—*The Sanskrit Language*. The Great Languages. London (s. a.). Faber and Faber. VII + 426 páginas.

En ciertos momentos parecen coincidir casualmente los esfuerzos de los estudiosos en un mismo campo. La suerte esta vez ha correspondido al antiguo indio («Sanskrit» en el sentido más amplio de este término), del que en España disponemos ya del manual de F. R. Adrados, y en el cual el conocimiento científico de la lengua ha sido notablemente profundizado gracias a la feliz coincidencia de la aparición de la *Grammaire védique* de Renou; del tomo III: 2 de la *Altindische Grammatik* de Wackernagel-Debrunner, dedicado a la formación nominal y debido a este último; de los primeros fascículos del *Kurzgefasstes etymologisches Wörterbuch des Altindischen*, de Mayrhofer, y de esta excelente introducción lingüística al indio antiguo que es la obra que ahora nos ocupa, aparecida en 1954.

El panorama que nos presenta el profesor Burrow, de la Universidad de Oxford, es de una extraordinaria riqueza y de una admirable

frescura y buen sentido. La fonética histórica (Chap. III), en la que se echa de menos un tratamiento fonológico, aparece, no obstante, notablemente remozada por la utilización de la llamada teoría de las laringales en lo que tiene de más claro y seguro, si bien, la tesis del autor de que ai. *ĭ*, *ĭ* nunca proceden de ide. **ə* (para nosotros inaceptable) resulta a veces perturbadora, incluso en el análisis morfológico; la exposición del problema de las dorsales velares y palatales en la restitución del indoeuropeo es digna de recomendarse. La morfología (Chap. IV-VII) resulta renovada en no pocos puntos gracias a la frecuente y oportuna comparación con el hitita, casi siempre decisiva, y al constante empeño del autor por remontarse a la génesis misma de las formas indoeuropeas, donde con frecuencia está la verdadera explicación de los hechos, como en más de una cuestión han mostrado Benveniste y Kurylowicz, cuyas ideas han inspirado en todo momento los análisis de Burrow. Para los problemas generales de la dialectología indoeuropea se leerá con mucho provecho el capítulo I («Sanskrit and Indoeuropean»), y verdaderamente notables y novedosos son el II («Outlines of the History of Sanskrit) y el VIII («Non-Aryan Influence on Sanskrit»), por la importancia atribuída al kotanés, muy arcaizante, para enjuiciar muchos fenómenos indo-iranios, por el perfecto dominio filológico de los textos (en el sentido que al término «filología» damos en Europa continental), y por presentar los resultados más recientes en una parte tan importante de la historia externa del indio antiguo como es la de las influencias que sobre él han ejercido las lenguas dravídicas, las del grupo Munda y otras.

Se echa de menos un tratamiento especial de la sintaxis, pues las consideraciones e ilustraciones sobre el uso de ciertas formas nominales y verbales no agotan el tema. También hubiera incrementado aún más el valor, ya excepcional, de esta obra una breve selección de textos que ilustrasen la historia de la lengua, tal como la encontramos, por ejemplo, en el también excelente volumen de esta colección dedicado al latín (L. R. Palmer, *The Latin Language)*, aparecido poco antes. El completo índice de palabras estudiadas (páginas 391-426) permite una fácil consulta del libro.

M. S. Ruipérez.

C. D. Buck.—*The Greek Dialects.* Grammar, Selected Inscriptions, Glossary. Chicago 1955. The University of Chicago Press. XIII + 373 + 2 Charts.

He aquí, muy rehecha, la nueva edición de una obra utilísima, cuyas ediciones anteriores (la segunda es de 1928 y apareció con el

título de *Introduction to the Study of Greek Dialects)* se encontraban completamente agotadas desde hace años. El libro, que sigue siendo el mejor instrumento para introducirse en la complicada dialectología griega, obedece al mismo plan de conjunto: una historia externa y clasificación genética de los dialectos, en las que B. no suele aventurarse demasiado en teorías; unas nociones de historia del alfabeto; una descripción de los hechos gramaticales, rica pero no exhaustiva, con frecuencia más empírica que histórica; un resumen de las características de cada dialecto, en el cual la utilización de un criterio cronológico aclararía mejor las relaciones interdialectales, y una sumaria caracterización de las distintas κοιναί. La parte más valiosa del libro sigue siendo el repertorio de 120 inscripciones (p. 181-334, que ahora contienen algunas importantes novedades, sobre todo, la gran inscripción núm. 115 de Cirene, pero entre las cuales el dialecto ático no está representado por un injustificado criterio clasicista), acompañadas de comentario real y lingüístico, que remite a los párrafos de la descripción gramatical y que es completado con un glosario-índice, todo lo cual hace sumamente cómoda la utilización del libro.

Igual que las dos ediciones anteriores, ésta es una excelente introducción a la dialectología griega, no tanto por la elaboración de una teoría ni por el cúmulo de hechos, sino por estar toda ella concebida para el estudio vivo de los textos epigráficos, que es sin disputa el mejor modo de familiarizarse con la realidad lingüística.

Las futuras ediciones—que, si llegan a publicarse, ya no podrán ser cuidadas por el anciano Buck, recientemente fallecido—habrán de incluir los importantísimos textos micénicos que nos ha librado el brillante desciframiento de Ventris y Chadwick, al cual aún pudo Buck hacer una referencia en una breve nota de la página 8.

M. S. RUIPÉREZ.

POHLENZ, MAX.—*Aristophanes' Ritter*, Nachrichten der Akademie der Wissenschaften in Göttingen. I. Philologisch-Historische Klasse. Jahrgang 1952, Núm. 5, páginas 95-128.

De dos capítulos consta esta monografía que el sabio maestro de Göttinga ha publicado. Se refiere el primero a la historia del texto de Aristófanes, especialmente a sus destinos durante la época bizantina. De un análisis de las variantes, especialmente de las faltas, deduce Pohlenz que no todos los manuscritos conservados proceden de un arquetipo único, que sería la primera transcripción en minúculas. La coincidencia de papiros con una rama de la tradición frente a otra hace pensar no ya que el arquetipo tenía variantes, sino que las transcripciones en minúsculas fueron diferentes y en distintos lugares y

tiempos. Como siempre, cuanto más nos acercamos a un problema crítico, más difícil es aceptar una solución demasiado simple.

El segundo capítulo estudia la técnica dramática y el contenido de los *Caballeros* aristofánicos. Subraya las circunstancias históricas que hacen más audaz la decisión del poeta de atacar a Cleón en el momento de su máximo éxito. Como viejo maestro, Pohlenz interpreta y comenta una serie de pasajes difíciles y analiza especialmente el agon y la disputa de los versos 303-460, que para él es un esquema traído de comedias donde se oponen marcadamente dos personas que salen a reñir. De que el acto final de la comedia sea un postizo que compromete la unidad de la pieza, Pohlenz da disculpas y explicaciones basadas en el primitivo concepto de la comedia.

La mano maestra del autor brilla en los dos capítulos de esta memoria, dedicados a una de las obras más difíciles y más puramente áticas de la comedia antigua.

A. T.

PFOHL, GERHRD.—*Untersuchungen über die attischen Grabinschriften.* Erlangen 1953, 296 págs.

Esta tesis doctoral, que reproduce fotográficamente el texto dactilografiado, contiene un detenidísimo análisis, desde varios puntos de vista, de las inscripciones sepulcrales áticas. Consta fundamentalmente de dos partes, una de ellas dedicada al estudio del contenido y la otra al de la forma de las inscripciones. En ambas es igualmente destacable la conclusión de que con el tiempo se admiten nuevos tipos de inscripciones sepulcrales, pero nunca decae el empleo de los más antiguos.

La parte primera estudia sucesivamente los diferentes adjetivos elogiosos que se aplican al muerto, las inscripciones a que el autor atribuye carácter mágico, los dioses que se mencionan y la semasiología de las palabras usadas para designar la tumba. El estudio de los adjetivos aludidos nos da una interesante tabla de valores de la sociedad helénica. La observación (pág. 56) de que los valores morales son los que, según la concepción de las inscripciones, aseguran la gloria, y de que esto es una importante aportación griega, es justa. El punto débil de este estudio está en la cronología, y ello no por culpa del autor: del siglo VI a. de J. C. sólo puede manejar muy pocas inscripciones. Por ello estimo que algunos de los motivos de elogio del siglo IV deben proceder de antes, por ejemplo, la obediencia a las leyes, la nobleza de los padres, etc. En cambio, es fácil que sean originales de este siglo motivos como el πᾶσιν ἀρέσκειν, las alusiones a la otra vida —siempre dubitativas—, la concepción de la ἀρετή como una perfec-

ción que se procura alcanzar con el propio esfuerzo, el amor a la esposa, etc.

Importante es la tesis sustentada por el autor de que las inscripciones que añaden ζῇ al nombre del muerto tienen carácter mágico, tratando de asegurarle la inmortalidad (pág. 71; en cambio, en página 60 se concibe su función como la de una *tabula defixionis*, esto es, como una amenaza para el ladrón). Ello es verosímil, pero no lo es que las inscripciones con χαῖρε (dirigido al muerto o por éste al viandante) impliquen un sentido mágico por tratar al muerto como a un vivo: son un «adiós» que aparece desde la época más antigua y no desde el siglo IV como el ζῇ ya comentado.

Respecto a la semasiología de la tumba es interesante ver cómo σῆμα y luego μνῆμα, los términos homéricos, van siendo desplazados por otros desde el propio siglo V.

La parte segunda estudia los eufemismos para aludir a la muerte —casi todos de origen homérico—, las expresiones para manifestar el dolor—de las que puede decirse lo mismo—y, sobre todo, hace el análisis de los distintos tipos de inscripciones y de las «fórmulas». El autor ejemplifica muy bien los diferentes tipos de inscripciones: en las que habla la tumba, en las que habla el muerto, en las que alguien habla a éste y el nuevo tipo en que se figura un diálogo entre el muerto y otra persona (desde el siglo IV). Los tres primeros tipos aparecen desde el siglo VI y los intentos de establecer diferencias cronológicas entre ellos fallan, aunque sea verosímil que el primero sea el más arcaico. Pfahl compara el tipo segundo con el desarrollo del sentido de la personalidad en la lírica: como las inscripciones de que disponemos son como máximo del siglo VI, no es posible probar si antes existía o no. No parece posible relacionar el tipo dialogado con el desarrollo de la comedia media y el idilio (?); ya antes existía literatura dialogada. Tampoco es probable que la invocación al muerto o la de éste al viandante tenga relación con la literatura gnómica (Hesíodo, Teognis...).

El estudio de las fórmulas típicas que se utilizan en la redacción de las inscripciones—contraposición de vida y muerte o de la muerte y la gloria como consuelo, el tema de la patria lejana, el de la muerte antes de tiempo, etc.— es hecho desde el punto de vista literario para hacer notar cómo son utilizadas para lograr efectos patéticos con varios matices de ironía, sarcasmo, etc. De toda la serie de temas de las inscripciones se deduce una y otra vez el deseo de pervivencia, que da origen a la idea de la gloria y al afán de que el caminante repare en el nombre del muerto, en su profesión y patria y en sus hechos y virtudes. Conforme al mejor espíritu clásico falta todo detalle realista, como la indicación de las causas de la muerte—salvo en términos generales, cuando contribuye al efecto de la inscripción—. Interesante es la observación (pág. 149) referente a la sobriedad de las inscripciones en prosa.

El libro contiene también una recopilación de material gramatical recogido en las inscripciones—útil apéndice a Meisterhans-Schwyzer—y una relación de pasajes homéricos y de otros autores que han sido imitados (con mayor o menor claridad) en las inscripciones; Homero resulta el autor más y más fielmente imitado. Además da una lista de las inscripciones utilizadas y unas tablas de comparación entre las distintas colecciones de inscripciones.

He aquí, finalmente, algunas observaciones de detalle. Página 37: el que las inscripciones hablen siempre bien de los muertos se explica por razones evidentes—se trata de honrarles—sin recurrir al «orenda» de los muertos. Página 37: en la inscripción I 1085 v. 8, léase οὐδέ [δε]να (confróntese pág. 11). Página 38: el motivo del respeto al prójimo, que aquí se dice que no empieza hasta el siglo IV, aparece bien claro en el V en I, 1085 (pág. 37). Página 60: las *tabulae defixionis* (si así pueden llamarse) cristianas, más que la creencia en el cristianismo por toda clase de gentes, testimonian la fe de quienes las redactaban. Página 79: no hace falta pensar en las dificultades económicas del siglo IV para explicar que en las inscripciones se hable de los hijos que el muerto deja o de las riquezas de que ha disfrutado. Como tantas veces, lo fragmentario del material no debe hacernos sacar consecuencias cronológicas excesivas. Página 96 y sigs.: a propósito de la semasiología de la tumba no estaría de más anotar que el deseo de pervivencia se trasluce ya en las dos palabras σῆμα y μνῆμα. Página 155: la elegía de Solón «A sí mismo» (título que no es de Solón, y que eliminan las ediciones modernas) no es ningún ejemplo especialmente valioso del «despertar de la conciencia de la propia personalidad». Página 193: en la inscripción *I. G.* IV 622 se escribe [ν ἔτι] por [ἔτι].

Concienzudo y bien llevado metodológicamente, este trabajo de un principiante promete mucho de la nueva filología alemana, digna de la mejor tradición del pasado.

F. R. ADRADOS.

ZAFIROPULO, JEAN.—*Empédocle d'Agrigente* (Collection d'études anciennes publiée sous le patronage de l'Association Guillaume Budé). París, 1953.—Este libro ofrece dos aspectos notablemente disímiles. Por parte del autor no nos parece dudoso que se trata de un estudio bien intencionado, bien documentado, de atenta e interesada búsqueda, hasta de penetrantes aciertos a veces. Pero tales cualidades resultan oscurecidas, esterilizadas casi, por los presupuestos culturales o clima pensante en que el autor trabaja, muy semejantes a los de Werner Jaeger o a los de Northrop, y que pueden caracterizarse por la absoluta falta de ironía, que lleva a estos autores a una estimación totalmente mojigata y falsa de sus objetos, a un humanismo rosa que,

a falta de la percepción de la verdad brutal, no es capaz tampoco de ofrecer ni siquiera unos ideales o deseos que medianamente merezcan la pena, que tengan algún pelo, ya que no de divinos, por lo menos de *humanos*. Y en efecto, Zafiropulo empieza con un capítulo «Les Diadoques» en el que habla del «inmenso prestigio» de Empédocles en la antigüedad y en la modernidad, y de que Empédocles fué un casi Dios, y cita a Lucrecio, Cicerón, Abul Pharaj y Patricio; se ha olvidado, en cambio, de que también Sexto Empírico y Luciano traen a escena a Empédocles y no precisamente en papeles airosos. Es claro que lo mismo hacen con las demás reputaciones, pero esto no invalida su testimonio, sino que, por el contrario, lo refuerza y recomienda: otra cosa serían los *slogans* que en cantidad tan monstruosa inundan a la sociedad (en todo tiempo, pero quizá más en el nuestro) si en el mundo hubiera más Lucianos y Jonathans Swifts que Werners Jaegers y Fufios Calenos. A continuación habla Zafiropulo de Hölderlin, y opina que entre Empédocles y el Empédocles de Hölderlin hay un abismo porque es improbable que «les tragédies interieures qu'elle [sc. la obra de Hölderlin en sus tres versiones] décrit, que les conflits de sentiments sur lesquels elle se base aient jamais pu se jouer dans l'âme d'un Grec du milieu du cinquième siècle». Esta observación no nos parece en modo alguno admisible. No es esa la distancia que hay entre Empédocles y Hölderlin. La oposición 'arte-naturaleza' en el fastidioso y abortivo *Grund zum Empedokles* no es en absoluto otra que la de 'conciencia-cuerpo' en Sartre, es decir, la eterna contraposición entre el en-sí que simplemente es y el para-sí que es el mal radical, entre la masa del universo que la conciencia postula como indeterminado y la misma conciencia que a sí misma se tiene por determinante: en último término la oposición entre el ser y la nada, que, establecida con la máxima lucides en el *Sofista* platónico, ha sido expresada en todo su alcance sólo por Hegel y por Sartre. Ahora bien, si tal oposición era claramente percibida en el siglo IV, nos parece por lo menos gratuito, a falta de testimonios precisos ni a favor ni en contra, pensar que no pudiera serlo un siglo antes. Cuando Temistio en su *Paraphrasis posteriorum analyticorum*, I, 1, pág. 2 Spengel hace la observación de que no es posible aprender nada de una disciplina cualquiera sin tener nociones previas a *toda disciplina*, οὕτω γὰρ παρὰ τοῦ γεωμέτρου μανθάνομεν, ὅτι σημεῖόν ἐστιν οὗ μέρος οὐδέν, ἐπειδὴ τοῦ μέρους ἔννοιαν προκεκτήμεθα, καὶ παρὰ τοῦ ἀριθμητικοῦ, ὅτι περιττὸς ὁ διαιρούμενος εἰς τὰ ἄνισα, ἐπειδὴ τὰ ἄνισα προγιγνώσκομεν (lo que es a la vez una ridiculización de todo especialismo, pues no es posible ser especialista sin hablar, y hablar significa emplear palabras que son previas a toda especialidad; curiosamente esta observación es repetida medio siglo después en el comienzo de los *Progimnasmas* de Nicolás de Myra), ¿qué otra cosa está haciendo que establecer aquella oposición entre arte y naturaleza, en-

tre τέχνη, μάθησις, ἐπιστήμη, πράγμα, διαίρεσις, μέθοδος, por una parte, y la φύσις o ἰδιότης por otra, entre la conciencia posibilitante y el cuerpo sin el que nada es aquella? 'Arte' sólo puede ser una sublimación o grado de perfección de la obra de la conciencia: ahora bien, esta obra empieza con la desnuda existencia del cuerpo, y sigue con la palabra o pensamiento (por eso Croce: «todo lenguaje es arte»). La distancia entre Empédocles y Hölderlin sólo puede ser (puesto que sería totalmente ridículo pensar que nosotros sabemos *ya* de Empédocles mucho más que Hölderlin, o que las vanas y nada irracionales especulacioness sobre lo irracional y sobre el orfismo suponen algún apreciable acrecimiento del saber sobre Grecia) la de que mientras Empédocles es para nosotros, como lo era para Hölderlin, una figura en buena parte nebulossa, el Empédocles de Hölderlin es un producto altamente idealizado en el que, como en toda idealización, intervino activamente el conjunto de los deseos que casualmente más zarandeaban a Hölderlin por la época en que más pensaba en Empédocles. Zafiropulo habla de que 'el arte por el arte' no era posible en la Grecia del siglo V, como si alguna vez la belleza hubiera sido más ateleológica que teleológica; ignora, sin duda, que la belleza es una cosa tan contingente como los objetos en los que se manifiesta y como la intención, en todos sus grados de consciencia, del que los crea, y por eso falsea todo el planteamiento. No hay tal cosa como que la belleza tenga o no tenga finalidad: si la belleza existe como tal, existe como una parte de Dios; en la medida en que la belleza no es una parte de Dios, que es precisamente la medida en que ella es percibida por el hombre, la belleza es pura y simplemente humana, y, como tal, está ligada de modo indisoluble e inanalizable a los objetos, absolutamente contingentes y anodinos, en los que aparece: la belleza es ese «peu de chair usée, rugueuse, misérable, une vie - une pauvre vie» que Hilda ama en Goetz, y no es otra cosa, ya sea música, poesía, arquitectura, bomba de hidrógeno o frenesí sexual; belleza es el ὅττω τις ἔραται de Safo y nada más.

A continuación entra de lleno Zafiropulo en el estudio de Empédocles, empezando por el marco geográfico, y también de lleno cae en la sobrevaloración del animismo y del irracionalismo órfico-pitagórico para explicar a Empédocles. Por lo que respecta al animismo, creemos que no pudo ser otra cosa que una especulación física, todo lo popular que se quiera, y que, como tal, jamás pudo tener una importancia superior a la de un juego, sobre todo frente a la abrumadora realidad moral (que es a la vez tan especulativa como brutal). Tanto el animismo como el irracionalismo son nociones que sólo pueden tener el efecto de fintas para desviar la atención de las verdaderas fuentes de salvación, que sólo pueden estar en la entrega generosa de la ἀγάπη o de la φιλία. No existe ninguna realidad moral, es decir, ninguna belleza ni fealdad, que especialmente subyazga a una creencia; las llamadas

creencias y las prácticas religiosas son atrascendentes incluso intencionalmente: morir por una creencia (ya sea el morir antes que comer habas de los pitagóricos, ya cualquier otro tipo de μαρτυρία) es, en el mejor de los casos, lo mismo que morir por defender el propio rebaño o cualquier otra pertenencia, con lo que la creencia desemboca sin remedio en el campo moral, única realidad específicamente humana y única perspectiva de la verdad. La perspectiva histórica sólo es verdadera si es moral, es decir, si las particularidades o concreteces de cada ambiente se perciben como puras novedades insertas en una repetición moral: la realidad moral o trascendente es absolutamente la misma para todos los hombres en todas las épocas, así como la situación concreta en que aquella *realidad se realiza* es *siempre* nueva o distinta: la única trascendencia que existe es aquella igualdad de lo moral. No entiende nada de la historia quien habla exclusivamente de realidades sociales tales como 'teorías importantes', 'progreso', 'anticipación de lo que se iba a pensar hoy' (como si hoy se pensara *ya* bien; parece como si estos señores estuviesen satisfechísimos de la vida, de vivir en el siglo XX, etc.; por lo visto son felices), siendo así que las realidades sociales o comunitarias son puros agregados de individuos, y que por ende es imposible entender nada de una realidad social si no se empieza por entender la realidad moral, es decir, la total existencia en situación de cada uno de los individuos que la forman, es decir, si no se parte, en conjunto, de la realidad moral *común* de la humanidad. Cuando Zafiropulo nos dice que es difícil comprender hoy a Empédocles o a Aristóteles, porque «le cadre antique s'est aboli», pensamos que entonces sólo podrían comprender a un autor sus amigos íntimos o su familia convivente: pero ocurre que es precisamente la parte que sólo los íntimos pueden comprender la que está desprovista de todo interés en cualquier autor, siendo, por el contrario, lo único que importa (que importa a los demás, más o menos objetivantes, que esto no lo han elegido ellos, y aunque sean generosos) lo universal humano, lo no estrictamente íntimo, y, sobre todo, lo que no son las fiestas de su pueblo. De ahí que nos importen mucho más las obras que poseemos de la Antigüedad que el manoseado «hilo conductor» de la historia, y que este mismo nos importe por sí mismo y no «para comprender» las obras: el hilo conductor es, por ejemplo, saber si tal autor estaba o no de buen humor, si había comido bien o mal el día que escribió tal pasaje, que a eso se reduce, claro está, la ambientación o persecución de causas inmediatas y concretas. Ni la historia ni la *mirada* presente abarcarán jamás el conjunto entero de los factores que producen una actuación humana, ni falta que hace, por supuesto. Y desde luego ni el hombre griego ni el judío ni ninguno han estado nunca más «atados» por la religión habitual que el actual lo está por ella o por cualquier otro hábito. ¿Y qué decir de la idea

conclusiva (pág. 184) de que Empédocles vivió «la mejor época de Grecia sin llegar a ver su declinación»? ¿Pero, por qué era aquélla la mejor época? ¿Y cuando nos dice (pág. 186) que «un puñado de pensadores había, gracias al animismo, conducido a Grecia de la barbarie aún próxima a las alturas de la civilización»? ¿Hay nada más ridículo? La lectura de Tucídides, de Timeo o de Nicolás de Damasco muestran en Grecia una tal acumulación de crueldad, de imperialismo, de brutales hechos consumados, que hace pensar en todo menos en ninguna cumbre de civilización, vamos, de civilización que sea menos bárbara que la barbarie. El valor que se quiere adscribir a la palabra 'civilización' no pasa de ser un buen deseo que jamás ha tenido realidad sobre el mundo, que no la tendrá mientras la civilización consista no en amar, sino en tolerar; no en desear el bien ajeno, sino en aguantarlo porque no es posible destruir del todo al prójimo, y tratar entretanto de sacar de él el mayor provecho propio posible, es decir, mientras la humanidad no sea transformada en masa, cosa que hasta ahora no ha ocurrido jamás. Así, por 'civilización' no puede aludirse a otra realidad que a una estabilidad de instituciones mayor que la de la «barbarie», pero claro está que sin ninguna mejora en el orden moral, puesto que las instituciones son costumbres establecidas con arreglo a las contingencias situacionales y a la general condición humana, pero, como éstas, enteramente ajenas a todo ideal moral; la 'civilización' garantiza, por aquella continuidad, lo que de esas instituciones puede esperarse, pero absolutamente nada más.

Otras particularidades críticas que también nos parecen poco justas en este libro son el excesivo valor testificante que, sobre todo para trazar la biografía de Empédocles, se atribuye a sus fragmentos, y la igualmente excesiva desconfianza en Diógenes Laercio: es cierto que en éste predomina la erudición, una lectura asombrosamente inmensa, pero no lo es menos que con notable frecuencia deja al menos avanzar opiniones críticas, como, sin ir más lejos, en el propio caso de la muerte de Empédocles.

Cierra el libro una traducción, acompañada del texto, de los fragmentos de Empédocles, traducción que me parece en general justa y sensitiva, lo mejor del libro.

ANTONIO RUIZ DE ELVIRA.

LEPORE, ETTORE.—*Il Princeps ciceroniano e gli ideali Politici della tarda Reppublica*, Napoli nella Sede dell' Instituto, 1954.—Otro libro sobre Cicerón, pero con amplia documentación y larga lectura de sus obras. Con esta condición son aceptables hasta las que más profundamente le atacan, pongamos, por ejemplo, el Carcopino de *Sécrets de la Correspondance de Cicéron*. No es éste el caso del concienzudo

trabajo presente. No defiende ni ataca, deja hablar a los documentos, en este caso al mismo Cicerón y a sus contemporáneos, es más, los hace hablar librándoles de la costra de interpretaciones más o menos amaneradas que han desvirtuado su autenticidad.

El motivo del libro está plantado en la crisis de una época, donde más difícil es pescar en el mar revuelto los elementos significativos: la época de disgregación de la república y de la aparición del *princeps*, primero con la ganga de sus contactos extraños en César, después en su ya más definida delimitación en Augusto, pero siempre en el agobio de imprecisiones, porque quizá no había voluntad o posibilidad de hacerlo.

En tres direcciones se han lanzado las interpretaciones del *princeps* ciceroniano: 1.ª, *princeps* = clase social de acuerdo con Heinze; éste no cree en la relación con una tendencia monárquica; 2.ª, los que ven en el *princeps* el «*Staatshaupt*», como Reitzenstein, con prerrogativas monárquicas y poderes absolutos y admitiendo una relación entre este pensamiento político y las realizaciones augústeas, y 3.ª, los que separan el ideal ciceroniano del *princeps* de la «konstitutionelle Monarchie» con la que Meyer identificaba aquel ideal, pero que piensa en un solo individuo (¿Cicerón? ¿Pompeyo?) que viene a ser como un «überragenden Führer», «a true primacy», aunque sea «not of power or office but of merit», sea quien quiera a quien apuntaran estas indicaciones de Cicerón; ellos le asignan «una valeur precise», de «necessité d'une pouvoir forte» «renforcement du pouvoir executif», mediante los cuales Cicerón «tente de concilier la maintien de la république avec les tendences monarchiques de son temps». Frente a todo esto Ettore Lepore trata de renovar el estudio profundizando de una parte en los acontecimientos precursores de la crisis y de otra en las reacciones que frente a éstos imponía la formación intelectual de Cicerón.

El autor somete a análisis el artículo de Wagenvoort, *Princeps*, en *Philologus*, 1936, págs. 207 sigs., para terminar en la página 75 con las siguientes palabras: «Concluyendo esta reseña lexical, el largo examen de las fórmulas en uso no parece que permite pensar que el *princeps*, *rector*, *praestans uir*, *optimus civis*, etc., del ideal ciceroniano (se refiera) a uno en particular con posición especial y con prerrogativas excepcionales que le aseguren una absoluta superioridad política. Ninguna de las fórmulas puede contener tal idea. Pero tampoco, por otra parte, ha empleado Cicerón para su hombre político ideal el término *unus*, ni siquiera para conferir al *princeps* el valor de arquetipo». «Hasta ahora, continúa en la página 76, va quedando claro que ya el examen lexical ha confirmado una vez más la vecindad de nuestro *princeps* con el πολιτικός de la tradición griega, extendiendo este carácter a *quicumque erit rector et gubernator ciuitatis*, a todos los *optimi*» (cfr. también pág. 12). Por otra parte, los argumentos más

serios para la interpretación monárquica del pensamiento de Cicerón son el recuerdo de *De Republica* I 54-65 en que se hace un elogio de la monarquía (pág. 76), pero en realidad lo que sucedía es que la monarquía y su apologética eran sentidas por Cicerón como teorética genera del *imperium* (ἀρχὴ βασιλική): garantía de esto es su juicio sobre la Ciropedia, en que daba a la apología de Ciro un valor general *ad effigiem iusti imperii* (pág. 92). Estas dos premisas excluyen el *princeps* único, pero hay algo más: la necesidad de esclarecer bien cuáles son los *príncipes*.

Un preludio de un cambio de posiciones de Cicerón lo da ya el *Pro Sulla*, 9, en que junto a la figura del *princeps* ya con valor de iniciativa (frente al de simple prioridad en el tiempo, pág. 35) aparece también la del *consensus omnium bonorum* en sustitución de la *concordia ordinum* (pág. 115). Cicerón siente entonces en las amarguras que siguieron a su consulado, el fracaso de la *concordia ordinum* que por comunidad de intereses lo había elevado a la suprema magistratura en el año 63 (página 120 y ss.), y es que precisamente el *consensus* para el destierro de Cicerón se había verificado a favor de Clodio, pues los *optimates* temieron que con la presencia de Cicerón se tuviera que provocar una *contentio libertatis dignitatisque* (pág. 137).

De esta crisis tenemos un primer avance en el *Pro Sestio*, que no es un manifiesto conservador, ni un programa político de los *optimates* tradicionales, la vieja clase oligárquica; por el contrario, se esfuerza en superar las confusiones, en mediar las disensiones bajo una base nueva y más amplia y construir por sí y por los otros una interpretación de la *praxis* y el deber político capaz de desanclar a la vieja clase dirigente, y sobre todo a los elementos más jóvenes, de la posición cristalizada y estática, a las cuales todavía se aferraban ciegamente impidiendo un cambio orgánico en la vida de la *re publica* y provocando su disolución (páginas 144-45).

Ya entonces (en *Pro Sestio* 97) el *optimus quisque* no está constituído por el *numerus clausus* de la vieja oligarquía, sino que *sunt municipales rusticique Romani... sunt negotii gerentes, sunt etiam libertini optimates. Numerus, ut dixi, huius generis late et varie diffusus est.* Hay, pues, aquí una extensión del concepto tradicional, una base mucho más amplia. La distinción jerárquica es distinción según la capacidad de iniciativa de promover y conseguir el fin de su deber político: *hoc qui volunt omnes optimates, qui efficiunt, summi viri et conservatores civitatis putantur* (pág. 146).

Con este motivo se levanta aquí una cuestión cuya interpretación ha motivado muchas discusiones: nos referimos al valor de la expresión *otium cum dignitate*, que aparecen en este mismo lugar del *Pro Sestio* y que representa una preocupación en los escritos de Cicerón en esta época. Nosotros creemos que la expresión tiene un sentido más

romano que el que le da el profesor Lepore, si bien es cierto que lo encontramos perfectamente inserto en las ideas que sobre el *princeps* sostiene el autor sobre la iniciativa del mismo, precisamente frente al *otium* simple, que con el valor de abstención se nos presenta un poco más tarde en la página 180 como característico de la burguesía.

Pero en todo caso, el criterio de valoración para esta categoría, de poderse considerar como el ejemplar vivo de una clase política, no reposa, pues, sobre elementos empíricos, sino sobre fundamentos éticos y metafísicos y lejos de representar un manifiesto de los *optimates*, el *Pro Sestio* pone la base para una teoría general del estado de derecho y para una superación de los límites de los *ordines*, instrumentalmente necesarios, pero privados de objetiva importancia, puro símbolo de las diversas capacidades del individuo, que cada vez es considerado más como quicio de la actividad política. El *Pro Sestio* es la premisa inmediata del gran tríptico *(De oratore, De Republica, De legibus)*, en el que el *praestans vir*, el *summus vir* y todo otro tópico sustitutivo que expresa una eminencia y una prioridad van atribuídos fuera de toda heredad gentilicia y de casta, y son prerrogativa del *optimus civis* pág. 159), al mismo tiempo que el concepto de *consensus omnium bonorum (De Rep.* 45), ya presente ampliamente en *Pro Sestio*, es el coronamiento y el producto de la polémica contra los *optimates* y su *discordia*, la consecuencia del significado más amplio conferido al término *optimates*, en a conciencia del agotamiento de la función de los *ordines* y de su disensión (pág. 167): *topos* que se desarrolla desde el año 62 (pág. 169), distinguiéndose ya el *omnes boni* del tradicional *boni* que indica en general a los *optimates* y nobles en sentido estricto (págs. 169-170) En las páginas 181 y s guientes establece ya de manera más clara a quiénes se puede referir el concepto de *omnes boni*, llegando a la conclusión de que son individuos de clases dotadas, especialmente propietarios medios y pequeños, no excesivamente ricos *(De Rep.* II, 62): son los *medii ordines*

El análisis de la *novitas* de Cicerón (frente a la de Catón *el Viejo* y Mario), fundada sobre la actividad forense, convierte a Cicerón en un *self made man* (pág. 180), que, aunque participa muchas veces de la manera de pensar de los caballeros, no participa de su mentalidad *ocio a* (de abstención), pero es independiente de los *praesidia nobilitatis*, lo que se traduce en una mayor *libertas* y en una posibilidad de mediación política (pág. 194) que tuvo que luchar con esa tendencia abstencionista, lucha que por el momento pudo resultar inútil, pero que no quedó sin rastro en el decurso histórico (pág. 201) influenciando la política teórica y el carácter de la nueva *élite* que se formó con la venida del principado (pág. 201).

El *princeps* está separado de los *principes*, además de por realidades políticas y sociales, que se han estudiado hasta ahora, por sus impli-

caciones doctrinales y por el peso siempre mayor que los ideales filosóficos griegos y, por ello, una valoración racional y moral del político, tienen en el ideal ciceroniano: la política se ha convertido en una ciencia, no en un privilegio; la mentalidad de *élite* se conserva, pero ahora se funda en valores espirituales (pág. 204). La experiencia cultural isocrátea, presente en el fondo del *De oratore*, viene con sus motivos a coincidir con la madurez del pensamiento político ciceroniano; y esto, superada la tradición de los *ordines* y en su posición crítica frente a la oligarquía y su concepción política, así como frente a la democracia radical y sus desórdenes, se relaciona, por la reproducción de circunstancias externas e internas, casi con las formas de aquella moderación que la sociedad ateniense en crisis había expresado en el siglo IV (páginas 228-229).

Profundamente demostrativa es la actitud de Cicerón frente a la tradición determinística, y en el fondo pesimista, de la «anakyklosis» polibiana, denominada por la ἀνάγκη φύσεως, manteniéndose en una concepción ecléctica, que ha heredado de Teofrasto y del Peripato la línea de desarrollo ético-política, permaneciendo, sin embargo, en el campo gnosológico-ontológico, en el ámbito de la *Stoa* media; frente a Polibio admite Cicerón una συνεχὴς μετάβασις que tiende a lo óptimoy no conoce φθορά; las *mutationes* no son siempre ἐπὶ τὸ χεῖρον. Este optimismo da una especial importancia al ἀνὴρ πολιτικός, a la *prudentia* y *moderatio*, que a su vez refluyen en la evolución del concepto de *concordia* (págs. 238-239). Con ello resulta que la constitución mixta ciceroniana no es sólo mezcla de elementos constitucionales y, por tanto, *aequabilis compensatio et iuris et officii et muneris (De Rep.* II, 57) sino un *status reipublicae in omnis ordines civitatis aequabilis (De Rep.* II, 62) con un acento social que recuerda la πολιτεία aristotélica fundada sobre la κτῆσις ἡ μέση y los μέσοι (pág. 272). Este nuevo carácter social además de moral del μέσον, fundado sobre una ὀυσία μέση καὶ ἱκανή entre los excesos de los οἱ μὲν πολλὰ σφόδρα κέκτηνται y οἱ δὲ μηθέν aparece, además, en la idealización de la más antigua aristocracia romana, con tono conforme al motivo moderado de los πρόγονοι ya estudiado: *sapientissimis et fortissimis et armis et consilio civitatem tuentibus quorum auctoritas maxime florebat, quod, cum honore longe excellerent ceteris, voluptatibus erant inferiores nec pecuniis ferme superiores* (pág. 273).

A partir de la página 274 hace un estudio del *De legibus* (cuya gestación sitúa en las inmediaciones del *De Republica*, lejos aún de las precisiones eruditas de las últimas obras): exigencia del πολίτευμα que no significa institución de nuevos órganos o de nuevo régimen, sino reforma de dirección y costumbres: es necesario educar a los individuos (pág. 285), así es de subrayar la intervención individual, por ejemplo, en la defensa del tribunado (pág. 290), la acentuación del

individuo y de su iniciativa particular, que nacida en el tiempo de las Verrinas de la condición histórica de su *novitas*, se ha ido profundizando a través de la experiencia cultural del mundo griego y cristalizando en la teoría del ἀνὴρ πολιτικός. Para documentar este proceso basta la endíadis con *auctor* y la distinción que esto supone entre prestigio político moral y dominio (págs. 293 y 296).

Así la *élite* prevista vivirá en el orden constitucional, pero no se identificará con la oligarquía senatorial, aunque renovará moral y políticamente al senado y convertirá en vitales las instituciones existentes, siendo las características fundamentales del *princeps* ciceroniano: legalidad y reformismo (pág. 297).

Pero Cicerón quedó preso en los principios que defendía y, a pesar de sus intentos de una mediación a través de Milón, Curión, Celio y de su acercamiento a los adolescentes Bruto, Casio, Furnio y al *eques* Volumnio Eutrapelus, no consiguió superar la tensión entre César y Pompeyo, mientras tuvo que ver cómo los moderados se refugiaban en César, más abierto ante el peligro de quedarse aislado, de forma que a la vuelta de Cilicia Cicerón no tenía más remedio que adscribirse a una *pars* (pág. 335), aunque aún piensa en la política de la *moderatio*, como vemos en el *Pro Marcello*, que es la mayor tentativa de reducir la *clementia* cesariana y su programa dentro de los límites constitucionales ligándola a los ideales políticos y morales defendidos siempre por Cicerón y a los esquemas del *consensus bonorum omnium* (pág. 357). Cicerón se mostró pronto a la colaboración hasta el año 46: prueba de ello aquella *epistula ad Caesarem* que prefirió retirar, para después oscurecerse hasta que apareció como mentor del momento político a la muerte de César; pero la acentuación del individuo, de la νόμος ἔμψυχος, frente a la concepción jurídica de la tradición romana, debía parecer a los contemporáneos conservadores una capitulación ante la *potentia* de los *singuli* (pág. 393).

La concepción de la obra es sugestiva y positivamente documentada dando un gran paso para el esclarecimiento de la relación entre Cicerón y el principado, cuya real dependencia queda limitada en las observaciones de las últimas páginas, en las cuales encontramos también, como a través de todo el libro, una objetiva posición ante el difamado político de *Arpinum*, que pudo pecar de ingenuo, pero no de inconsecuente. El libro está perfectamente documentado, principalmente en la papeletización de las obras de Cicerón, en especial el gran tríptico y el *Pro Sestio*, así como todas las cartas y discursos de la época. Sólo nos permitimos disentir del precedente griego expuesto por el autor para el *otium cum dignitate*, que consideramos de valor romano (pág. 151), así como tampoco pensamos en situar en el mismo plano la *doctrina* y la tradición doméstica (pág. 225), por lo menos a base del pasaje del *De Rep.* III 4-6, en el que bastaría continuar

leyendo para apreciar una integración de la *doctrina* en un orden superior político.

ANTONIO MAGARIÑOS.

GIANCOTTI, FRANCESCO.—*Saggio sulle tragedie di Seneca.* Roma, 1953.—Es este librito el fruto de un estudio lleno de inteligencia y simpatía hacia su objeto. El autor ha renunciado de antemano a la impresión fácilmente favorable que hubiera podido producir exhibiendo en detalle el aparato erudito que para la elaboración de su ensayo ha manejado; ha preferido, pues, omitirlo y presentar sólo las meditaciones que sirven de corona a su trabajo. El impulso o hilo conductor de éste es metódicamente irreprochable: con laudable independencia de los resultados, meramente conjeturales, que ofrece el inmenso fárrago de la crítica senecana, en cuanto respecta a las cuestiones de autenticidad, cronología, dramaticidad, finalidad y valor de las tragedias, y abandonando el socorrido procedimiento de decir lo que éstas no son, se propone el autor, mediante un enfoque constructivo y unitario, encontrar lo que son las tragedias, precisamente en el estado en que a nuestros ojos se presentan y no en ningún otro. Es cierto que ya en 1878 Friedrich Leo en sus egregias observaciones críticas a las tragedias, y «post multas et in hoc poeta pridem legitimas virorum doctorum ariolationes», se pronunciaba casi siempre a favor de la autenticidad, y, en general, en contra del método negativo, limitando la agudeza de sus disecciones a separar, sobre la base de la comparación con el *codex Etruscus*, «unicum recensionis fundamentum», los elementos que «homo aliquis non indoctus interpolavit» con lo que «factum est ut, quod fatum inter scriptores veteres non Seneca tulit unus, interpolata editio obtineret, genuina tantum non periret». Es cierto igualmente que el resumen, admirablemente completo y sensato, que en 1924 presentaba Léon Herrmann (cuius in arte critica μετριότης utinam numquam praesenti ἀσελγείᾳ cessisset!) del, conjunto de la tradición docta sobre las tragedias, era por su parte tan decididamente favorable a ellas como libre estaba de pretenciosos corizontismos. Pero quizá un arranque tan espontáneamente sano como el del presente ensayo no se había visto aún. Giancotti, simple y lealmente convencido de la autenticidad, aseipsidad y alto valor humano, filosófico y poético de las tragedias, es un excelente argumentador, lleno de aciertos en la refutación de los corizontes; no le falta tampoco sensibilidad para los matices e «ideas madres», que, sin embargo, creemos persigue con excesiva diligencia. En esto estriba, a nuestro juicio, un defecto de este ensayo: la preocupación por encontrar en las tragedias un sistema coherente de moral, y de moral estoica y senecana por excelencia, lleva al autor a una sobreestimación de la

personalidad de Séneca que nos parece abrumada de escamoteadora seriedad. Nadie que haya leído el capítulo 10 del libro 61 de Dión Casio podrá oír elogios de Séneca sin experimentar cuando menos una penosa impresión de recelo, el temor de que en el hipócrita e indeseable Séneca que Dión Casio describe no todo sean deformaciones de una historiografía hostil. ¡Triste destino ulterior el de los hombres que pasan a la historia! Lo que es implacabilidad universal de la condición humana, sólo compensada por la rara aparición de la generosidad (llamada en cristiano ἀγάπη) pasa en la historia por patrimonio de sus particulares marionetas, que aparecen así en primer plano, ensombrecidas por unos vicios que se les atribuyen como habituales sin que puedan paliarlos los rasgos de nobleza, que al espectador se le antojan excepcionales. Y así ha de ser, porque la objetivación de los demás, producto el más genuino del mal radical que es la conciencia subjetiva, alcanza en la historia un carácter poco menos que exclusivo. Para el historiador los hombres, por más que hayan obrado como sujetos, son cosas: instrumentos, útiles o inútiles, balarrasas divertidos o perjudiciales: todo menos lo que han sido, a saber, hombres dotados de autoconciencia y arrojados en medio de otros seres exactamente iguales aunque en distinta situación. Es cierto que sería por lo menos tan injusto (y es lo que hace E. Phillips Barker en el Oxford Classical Dictionary) no trasladar a la persona de Séneca en forma de simpatía, de admiración exaltada a las veces, la belleza y el esplendor contemplativo que hay en las tragedias; pero lo que queremos señalar es que nunca debemos olvidar que la verdad que nos descubren la poesía y la meditación moral es tan estrictamente humana como cualquier otra, y que aunque pueda entusiasmarnos lo que jamás puede es curarnos, es decir, hacernos no-hombres.

Como aciertos parciales dignos de especial mención en este libro señalamos los análisis del *Tiestes* y del *Agamenón*, las dos piezas mejores, a mi juicio, del corpus senecano, en las que Giancotti señala como motivos dominantes el *furor regni* y la pareja *fatum-fortuna* (interpretada ésta como intencionalmente indeterminística, como algo que el hombre puro puede superar), y con acierto: ¿qué otra cosa, en efecto, es el *furor regni* de Atreo que la objetivación del prójimo por cada sujeto humano en la medida de sus fuerzas y situación (a esto llaman los «no filósofos» egoísmo), y qué otra cosa la contingencia y absurdo moral del acontecer que al hombre concierne (que pese a todas las determinaciones físicas que poseemos en forma de previsión probabilística o de explicación causalitaria y penúltima deja siempre al hombre un margen de libertad, o, si esta palabra parece abusiva, de indeterminación cognoscitiva en todo caso) que esa *fortuna* de la que los antiguos tuvieron tan exacta percepción? Y son sin duda esos dos motivos los que dan a esas dos piezas, más aún que a las restantes del corpus senecano, su mayor vibración humana.

En cambio, en el examen del *Hércules del Oite* que Giancotti nos ofrece encontramos quizá poco penetrante la caracterización de Deianira, y excesivamente tomada en serio la apoteosis, tan moral como mítica, de Hércules. Es cierto que la Deianira senecana, presa de celos incontenidos, furiosamente locuaces, conserva apenas algo de la dulzura, de la infinita adorabilidad de la Deianira de *Las Traquinias* (Nisard hizo mejor que nadie ni antes ni después la comparación), pero ni aun así pierde lo más mínimo de su integral inocencia, que ensombrecerá irremediablemente hasta el fin de la pieza la figura de Hércules: el Hércules moribundo es en Séneca tanto como en *Las Traquinias* la encarnación de la más repulsiva barbarie o egoísmo, de la total ausencia de amor, y no hay apoteosis sacrificial, simbología moral, ni explicaciones psicológicas de Gilbert Norwood que lo rediman.

ANTONIO RUIZ DE ELVIRA.

CAZZANIGA, I.—*Saggio critico ed esegetico sul Pervigilium Veneris* Separata de *Studi Classici e Orientali*, Vol. II, Pisa, 1953, págs. 47-101. En un estudio bellísimo sobre los temas y motivos del *Pervigilium* nos presenta Cazzaniga un espléndido desfile antológico de la tradición poética y retórica de que aquéllos son muestra. Pocas veces hemos leído con tanto placer una exposición tan erudita; pocas veces nos ha parecido tan fructífera la consideración estilística de la poesía. A mí, desde luego, y pese al frívolo y lleno de hinchado cientificismo desprecio expresado por Kroll, no me resulta en modo alguno más aburrida la mole inmensa de los *Adversaria* de C. Barthius que, por ejemplo, los propios estudios históricoculturales de Kroll, o que los estilísticos de Schadewaldt; pero lo agradable de este estudio de Cazzaniga es que en él se unen sensibilidad y finura crítica a una erudición y riqueza de menudencias casi de tipo barthiano. En el capítulo I, el más atrayente, examina Cazzaniga, a partir de la tradición sícula de la *Venus Victrix Hyblensis* (CIL, X, 2, 7013), sin duda aludida en los vv. 49-52 del *Pervigilium*, las variedades míticas del nacimiento espúmeo de la diosa: mientras la hesiodea 'Αφρογενής es fruto marino φιλομηδές porque μηδέων ἐζεφαάνθη, μηδέων ἐκείνων τῶν ἀποκεκομμένων 'Ουρανοῦ, τῶν... τὸ κύμα βεβιασμένων (Eus., *Praep. Evang.*, 2,40), la 'Αφρογενείη de Nonno, que es la del *Pervigilium*, y que aparece igualmente en Luciano, en *Anthol. Pal.* IX, 386 Stadt., y (solo probablemente, pues sólo habla de las ὠδίνες θαλάττης que los misterios vindican para su ocultismo) en Himerio, 17,5 Col. (no 17,9 como por error consigna Cazzaniga), es parto de la espuma, fecundada, no ya por el ἀθάνατος χρώς (es decir, por los μήδεα, de los cuales, tras de haber errado largo tiempo a la deriva por

el mar, sale la espuma, en Hes., *Theog.* 190 s.), sino por el *supernus cruor*, σταγόνων ἁρμογά ο οὐράνιαι σταγόνες, que en Hesíodo (ῥαθάμιγγες αἱματόεσσαι) engendraban sólo a las Erinies, Gigantes y Ninfas Melias. A los testimonios citados por Cazzaniga añadimos el de Apuleyo (que Cazzaniga conoce sólo en la descripción del cortejo marino de Venus en *Met.* 4, 31), *Met.* 4, 28 *rursum novo caelestium s t i l l a r u m germine non maria sed terras Venerem aliam... pullulasse* (donde *Venerem* es objeto y no sujeto de *pullulasse*, y *stillarum* feliz enmienda, unánimemente admitida, de Jahn, para el *stellarum* de los *mss.*: todavía Floridus en su Interpretatio se veía obligado a parafrasear, sin poder, claro está, entenderlo: *sed tellurem iterum progenerasse aliam Venerem... ex novo semine caelestium siderum;* en mi traducción puse yo «por un renovado brote de celestes gérmenes» porque tratándose de un pasaje textualmente enmendado y aludiéndose en él a una tradición que se supone conocida, pero que desde luego no lo es para el lector medio español, parecía preferible no precisar que se trataba de gotas, puesto que tampoco el texto dice de qué son las *caelestes stillae)*, cuya coincidencia, tanto con Luc., *Tragodop.* 87-90, como con las οὐράνιαι σταγόνες del citado epigrama de la *Antología*, confirma brillantemente la observación de Cazzaniga: el *cruore de superno* del *Pervigilium* precisa de qué son las gotas, y el conjunto de los testimonios representa una tradición tanto temporal como conceptualmente alejada de Hesíodo, y en plena vigencia, sin duda, en el siglo II y sucesivos. Merece también citarse, como una especie de compromiso entre ambas versiones del mito (y aunque en él no se menciona la espuma, identificándose a Venus con la Diosa Siria), Higino 197 Rose, donde se habla de un huevo de gran tamaño caído del cielo al Eufrates, y del que, llevado por peces a la orilla y empollado por palomas, salió Venus. (En Partenio, Apolodoro y Fulgencio Planciades no hay descripciones detalladas del nacimiento de la diosa.)

En los capítulos siguientes, consagrados a la exégesis de otros importantes motivos del *Pervigilium*, tales como el cortejo o *thiasos* de *puellae* de la diosa, la repulsa de Diana, y el ahogado lamento del poeta que cierra la composición, nos congratulamos sobre todo de la inteligente y oportunamente amplia utilización por Cazzaniga de la tradición retórica, sin detenerse en los ramplones límites cronológicos que tan lamentablemente cercenan con frecuencia los estudios filológicos; y ello es especialmente de agradecer en una época como la nuestra que parece, o del todo desconocedora, o al menos insensible al ímpetu y hermosura de la retórica; en una época que es capaz de hablar de «estéril imitación» o «inane pedantería», en Coricio de Gaza, en Libanio, en Favorino, o aun en Quintiliano; o que puede, simplemente, ignorar la universalidad de Jorge Paquímeres y el encanto de sus μελέται (cuyo propio editor, Boissonade, que creyó necesario ame-

nizar la edición incluyendo en el mismo tomo los deliciosos chistes del *Filógelos*, contaba en el prólogo el silencio con que había sido acogida su edición anterior de la μελέτη 13, expresando a la vez su temor de que no encontrara tampoco mucho favor esta nueva edición completa; han pasado más de cien años y seguimos lo mismo).

El trabajo se cierra con observaciones métricas y con un cuidadoso estudio crítico de la tradición manuscrita del *Pervigilium*.

ANTONIO RUIZ DE ELVIRA.

LE GALL, JOEL.—*Le Tibre, fleuve de Rome dans l'Antiquité*. (Publications de l'Institut d'Art et d'Archéologie de l'Université de Paris. Tome I; París, Presses Universitaires de France, 1953).—El objeto principal de este soberbio estudio es demostrar la decisiva influencia de los factores geográficos en el desarrollo de Roma y, concretamente aquí, de su carácter de ciudad fluvial. Para tal demostración el autor ha extendido su concienzuda investigación desde los oscuros orígenes de la ciudad hasta el umbral de la Edad Media, y no limitándola a Roma sino abarcando toda la cuenca del Tíber.

La primera parte de la obra estudia las condiciones y circunstancias geográficas, con inclusión de las climatológicas. Los capítulos restantes son de carácter histórico, y entre ellos los dedicados a los puentes son del mayor interés.

La investigación geográfica del autor nos pone ante los ojos luminosamente lo que representó la Geografía para Roma: situada a orillas de un gran río, en el primer sitio adecuado para el establecimiento de un puente y a la cabeza de la navegación marítima, el cuadro reunía tantas ventajas como pocas ciudades podían y pueden tenerlas.

La parte histórica tiende a probar —y a mi juicio lo consigue felizmente— cómo los hombres supieron sacar partido de tantas condiciones favorables. Como es de suponer, el señor Le Gall dedica unas páginas a los nombres *Tiber* y *Albula*, éste segundo citado por importantes fuentes antiguas como designación anterior del río. La etimología de *Albula* parece clara, con su forma fácilmente relacionable con la base *alp-*; *Albula* sería «agua de montaña» (el Tíber es el río mayor procedente de los Apeninos). En cuanto a *Tiber*, el origen es todavía oscuro: el autor examina todas las explicaciones dadas, antiguas y modernas. De las dos principales, origen etrusco y origen preindoeuropeo, el señor Gall se inclina por la primera, aunque, a mi juicio, sin muchos mayores motivos que para la primera. Además de los numerosos mapas y figuras que ilustran el texto, este magnífico libro ofrece al final una preciosa colección de fotografías.

J. VALLEJO.

GRANT, MICHAEL.—*The six main aes coinages of Augustus*, University Press, Edinbourg, 1953. 172 páginas, 20 láminas; 25 chelines.—Con este precioso libro—precioso hasta en su presentación material—la Universidad de Edimburgo inaugura su serie de publicaciones sobre temas clásicos. La elección no ha podido ser más acertada; todas las publicaciones del profesor Grant se leen con admiración y con placer. A sus increíbles conocimientos se une la actitud más serena, más tolerante en la discusión de los problemas y dificultades.

Como lo indica el título de la obra, el objeto de esta investigación son únicamente las acuñaciones de Augusto, generales y en gran escala, de capital importancia, porque debido a su ingente volumen determinaron todas y cada una consecuencias históricas considerables. Por otra parte, estas acuñaciones en *aes* han sido, hasta ahora, las menos estudiadas.

Como en otras ocasiones, con motivo de obras del señor Grant, nuestra falta de competencia en la especialidad numismática sólo nos permite desgraciadamente apreciar en conjunto la insuperable excelencia de este trabajo, quedando para personas debidamente capacitadas la justa estimación de sus méritos particulares.

Pero el profesor Grant dedica también parte del libro a nuevas consideraciones sobre un tema histórico, a cuyo esclarecimiento ha contribuído tanto con investigaciones anteriores, y muy especialmente con su obra monumental *From Imperium to Auctoritas:* las características del régimen político de Augusto, y más concretamente en el período que empieza el año 27.

En esta ocasión el señor Grant mantiene brillantemente sus conclusiones conocidas, discutiendo las objeciones que se le han hecho en trabajos posteriores y añadiendo nuevos datos y nuevas precisiones. Personalmente reconozco con el mayor gusto que, después de haber releído lo anterior del autor y después de conocer el libro que reseñamos, he quedado totalmente convencido de que, a partir del año 27, no puede hablarse del *imperium maius* como fuente de los poderes de Augusto en relación con las provincias senatoriales. Este convencimiento no llegué a alcanzarlo con la primera lectura de *From Imperium to Auctoritas* para el período 27 a 23; pero ahora, y gracias al señor Grant, no encuentro posible que se pueda compaginar un *imperium maius* con los testimonios de diversos géneros reunidos por el autor.

Tanto la tesis principal como otros aspectos secundarios de la misma son contribuciones esenciales a la cuestión del régimen político de Augusto, y huelga decir el interés que presentan para los estudiosos de la historia antigua; entre tales puntos que complementan la tesis del autor se pueden señalar especialmente sus ideas sobre el *imperium maius* y sobre el ejercicio de la *auctoritas* por Augusto.

JOSÉ VALLEJO.

JASHEMSKI, WILHELMINA FEEMSTER, *The Origins and History of the Proconsular and the Propraetorian Imperium to 27 b. C.* The University of Chicago Press, Chicago, 1950.—Es este libro uno de los más útiles publicados en los últimos años en el dominio de la Antigüedad latina; y bajo la apariencia de un libro sin grandes pretensiones se esconde un trabajo largo, paciente y escrupuloso, que fructifica en datos seguros llenos siempre de interés. Su conjunto representa un instrumento inestimable para la historia de Roma.

En primer lugar, se deducen conclusiones importantes para las cuestiones generales comprendidas en el título del libro: carácter y prerrogativas de los magistrados y procedimientos de nombrarlos. Utiliza su autora todas las fuentes disponibles: Historiadores, *Fasti*, inscripciones, monedas. Sobre las cuestiones generales se añade el examen y discusión por *provincias* de todos los magistrados cuyo nombramiento ofrece alguna particularidad; en ambos aspectos es mérito destacable de esta obra las numerosas rectificaciones y precisiones que se hacen a trabajos anteriores.

Como segunda parte, encontramos 16 apéndices, correspondientes a otras tantas *provincias*, con las listas de los magistrados, sus títulos y sus fechas, todo acompañado de indicación de fuentes, y, en su caso, de la bibliografía pertinente.

Ha sido una suerte que el tema haya encontrado, para su estudio, la formidable preparación que demuestra la autora.

Como epílogo, la señora Jashemski añade unas páginas sobre el *Principado*. En este punto es una lástima que la autora no haya tenido en cuenta la importantísima obra del profesor Grant *From Imperium to Auctoritas* (de otros libros recientes no pudo tener noticias, por su fecha). Y así vemos que se afirma, sin más, que los poderes de Augusto del 23 en adelante, se basaban conjuntamente en un *imperium maius* y en la *potestas tribunicia*, cuando lo más seguro es que el apoyo constitucional radicaba solamente en la segunda mediante un proceso ordenado en *tribunicia potestate* > *auctoritate Caesaris* > *Senatus consulto*, tal como revelan las acuñaciones de esta época: un decreto del Senado es dado en virtud de una recomendación *(auctoritate)* de Augusto que podía hacerla en virtud, a su vez, de su poder tribunicio. Por consiguiente, el paralelo que para los poderes de Augusto, a partir del 23, hace la señora Jashemski con los de Pompeyo tendría validez solamente si fuera cierto que en estos años Augusto estuvo revestido (constitucionalmente) de un *imperium maius*, cosa no solamente no demostrada, sino que parece eliminada por las acuñaciones en las que, como va dicho, la justificación constitucional radica, no en los poderes extraordinarios de un *imperium maius*, sino *en un decreto del Senado* promovido por la *auctoritas* de Augusto cuya fuente estaba en su potestad tribunicia.

J. VALLEJO.

SPRINGHETTI, E. — *Selecta latinitatis scripta. Auctorum recentium (Saec. XV-XX)*. Roma, Universidad Gregoriana, 1951, 775 págs.— IDEM, *Institutiones stili latini*, Roma, Universidad Gregoriana, 1954, 348 págs.

La personalidad del R. P. Springhetti, S. I., es bien conocida en los medios que con renovado ahinco cuidan de la restauración del uso de la lengua latina, movimiento que afortunadamente hoy cuenta con un órgano tan solvente y activo como la revista *Latinitas*. Los dos libros que comento, aunque separados por unos cuantos años, representan los primeros resultados de un doble esfuerzo por parte del A.: poner al alcance de los estudiosos una muestra graduada y cronológica de la capacidad del latín para acoplarse a las actuales necesidades expresivas, tomándola de los grandes escritores de la Edad Media y Moderna hasta nuestros días, y por otra parte, orientar la enseñanza del latín más en el sentido práctico de la restauración del uso de la lengua de Cicerón que en lo abstruso de las disquisiciones y puntos de vista de la filología. Tal me parece que es la dirección de la serie *Latinitas perennis*, de la Escuela de Latinidad y Grecidad de la Universidad Gregoriana, cuyos dos primeros son los volúmenes antes citados.

La antología de autores recientes es, por este simple hecho, una novedad: la finalidad perseguida se deja ver tanto en la selección de autores, como en su distribución, que es: problemas del latín y su utilidad—con fragmentos, muy interesantes a veces, de Manucio, Budé, Ramorino y otros—, problemas sobre la pedagogía del latín—con textos de Lagomarsino, Facciolati, Poliziano, Vives, Erasmo, Justo Lipsio, y, entre los actuales, el insigne latinista de la Curia Romana monseñor Bacci—y noticias sobre latinistas de mérito de estos siglos, entre las que merece la pena señalar la magnífica lección de Forcellini en el Seminario de Padua sobre el método de su diccionario. Una segunda parte lleva el título genérico de Historia, y se encuentran allí pasajes biográficos e históricos así como geográficos debidos, por citar unos muy conocidos, a Baltasar di Castiglione, el Cardenal Bembo, Tomás Moro, Pedro Maffei. Las vidas de santos que forman la tercera parte, mucho más breve que todas las otras, ofrecen, por ejemplo, una maravillosa descripción de la conversión de San Francisco de Borja debida a la pluma fácil de Andreas Escoto. Una cuarta parte da textos de filosofía y derecho, muy representativos, así los de Mariana, Ginés de Sepúlveda, etc. La sección de teología está ampliamente representada, figurando aquí nombres tan prestigiosos como Melchor Cano, San Pedro Canisio, Osorio y Maldonado. Lástima que el número de fragmentos y autores de ciencias y artes, o sea en la parte sexta del libro, no sea tan abundante como en la primera, porque de esta manera estaría mejor mostrada la realidad de la tesis del autor, que el latín

se presta magníficamente para lengua internacional de toda clase de estudios científicos; textos de Galileo, Galvani, y Paulo Jovio son de verdad instructivos a este respecto, aunque, repito, a mi juicio insuficientes. Finalmente, las relaciones epistolares tienen buenos y selectos modelos en la correspondencia seleccionada de Poggio Bracciolini, Jerónimo Osorio y Antonio Agustín, Latomus, Vossio y Grocio, para acabar con una larga sección de una encíclica de Pío XII debida al incansable Bacci, buena muestra de las nuevas tendencias propugnadas por éste en cuanto a neologismos en razón de los nuevos inventos y usos de la humanidad actual.

No se puede menos de hacer idéntico homenaje del segundo volumen citado. Se sigue en la exposición de los preceptos de estilo a Cicerón sobre todo, y acompañan a ciertas noticias largas listas de palabras y frases hechas que pueden ayudar a hacer más latino el estilo. De vez en cuando da la impresión que, siguiendo el ejemplo de Horacio en su *ars*, se recalcan los preceptos mediante el deliberado incumplimiento o transgresión de ellos. Las viejas figuras de la retórica aparecen detalladas, definidas y estudiadas con profusión, pero el A. es hombre advertido y a su lado deja vislumbrar el influjo menos explícito pero indiscutible de la moderna estilística latina. Me parece que, en principio, uno de los capítulos mejor logrados y que pueden resultar más interesantes es el dedicado al estilo especial de las inscripciones, de las cuales se da una selección, moderna principalmente, muy valiosa y eficaz.

Muchas cosas podrían decirse más de estos dos libros del sabio y brillante escritor latino-italiano, pero con lo dicho basta para considerarque nos encontramos con dos monumentos de gran valor en la tarea de extender y ampliar de nuevo el campo del latín, al menos en ciertos sectores. Un verdadero y oportuno acierto.

M. C. Díaz y Díaz.

Klingner, Friedrich.—*Römische Geisteswelt. Essays über Schrifttum und geistiges Leben im alten Rom.* Erster Band. Dietrich'sche Verlagsbuchhandlung, Wiesbaden s. a., [2.ª edición, 1952-3], 370 páginas y 7 láminas.

El autor, profesor de la Universidad de Munich, recoge en este volumen una serie de artículos, la mayor parte aparecidos ya en diversas revistas especializadas, especialmente en *Die Antike*. Pertenecen estos trabajos a la línea, iniciada por R. Heinze, de rehabilitar la literatura y la cultura latinas, rebajadas por tantos filólogos en comparación con las griegas. La famosa cuanto cultivada afinidad entre

alemanes y griegos había cerrado los ojos de grandes filólogos para los valores auténticamente romanos. Al autor le parecía ya, cuando la primera edición de este libro (1943), que el tiempo era oportuno para intentar una rectificación.

Sobre Italia es el primero de los artículos recogidos. El elogio de Virgilio lo cierra, traducido en hexámetros alemanes, después de recorrer la historia y la literatura, con alguna referencia a la prehistoria, ya que Klingner parece aceptar las ideas de Devoto que supone que ausonios, ópicos y quizá sículos, afines a los latinos, formarían una primera capa invasora indoeuropea en la Península. Sobre Catón el Censor traza el autor una sugestiva figura, en la que resalta la paradoja de ser juntamente un odiador y un discípulo de los griegos. También es una semblanza el siguiente capítulo, dedicado a Cicerón, en el que se le considera especialmente como escritor filosófico.

Los orígenes de la poesía latina y la significación del poeta en las primeras edades literarias de Roma, hasta llegar a Horacio, son el tema del siguiente capítulo. A la comprensión de Virgilio están dedicados cuatro capítulos que por una parte lo sitúan en su ambiente histórico, por otra revisan la moderna revalorización del gran épico latino, en otro aspecto consideran la unidad de toda la obra virgiliana y, finalmente, analizan la primera égloga. De la comprensión total del poeta resulta la originalidad de la *Eneida* que al cabo de varias investigaciones es considerada profunda y justamente como «eine Klage um die Not des Menschen und zugleich ein Preis seiner Hoheit» (pág. 203).

El resto del libro, casi una tercera parte, está dedicado a la comprensión de Horacio, poeta al que, como es sabido, Klinger ha dedicado largas vigilias, que han culminado en su edición. Pensamientos sobre el poeta, historia de su formación, el menosprecio de largas épocas de filología alemana frente al Venusino, análisis de algunas obras con traducción métrica alemana, psicología del poeta, originalidad y modelos líricos, unidad del poeta en los distintos géneros cultivados, la política... El autor considera que Horacio descubrió para Roma la sabiduría, «no sólo como doctrina, sino también como forma de existencia espiritual que correspondía a su propia vocación y por ello en su obra podía morar no sólo como contenido, sino también, en cierto modo, como alma que mueve y conforma» (pág. 306). Un análisis magistral de tres poemas horacianos termina este libro que nos enseña cuánta novedad puede descubrirse todavía en los textos latinos que desde milenios se leen continuamente en las escuelas.

A. T.

D'ORS, ALVARO. — *Epigrafía Jurídica de la España Romana.* 26 × 18, 484 págs. Instituto Nacional de Estudios Jurídicos. Madrid, 1953.

Se recoge todo el material existente o conocido. En total, 39 documentos. Naturalmente, se incluyen también los hallados en Portugal. Divide su autor el libro en diez capítulos: I, Disposiciones imperiales (entre ellas el bronce de *Italica)*. II, Disposiciones fiscales (aquí el bronce de Vipasca). III, Leyes Municipales (aquí las famosas de Ursao, Salpensa y Málaga). IV, Disposiciones de los Magistrados (entre ellos el famoso decreto de Aemilius Paulus). V, Tablas de Hospitalidad y Patronato (incluye las novísimas de *Pollentia*, Mérida, *Iptuci*, Badalona y Peralejo). VI, Cofradías y Gremios. VII, Instituciones familiares. VIII, Sucesiones y Fundaciones. IX, Liberalidades «inter vivos», y X, Fórmula de Mancipacio Fiduciaria (aquí el bronce de Bonanza).

El capítulo III, Leyes Municipales (ese gran tesoro de la epigrafía española, excepcional para el Mundo Antiguo), le ocupa—era de esperar—la mayor parte del libro, unas 200 páginas. Cierra éste unas extensas *addenda* y dos índices sistemáticos, el de materias (muy analítico y circunstanciado) y el de las inscripciones estudiadas o citadas.

No vamos a detenernos en subrayar aspectos parciales de la obra que el joven y ya eminente investigador acaba de ofrecernos. Hemos de verla en su totalidad y hemos de agradecerle muy vivamente esta aportación, que juzgamos básica, fundamental para el estudio del Derecho Romano en general, pero—desde nuestro punto de vista—muy particularmente para el de la romanización de *Hispania*. En este libro tenemos ya recogidos y analizados todos los documentos llegados a nosotros hasta el día en este aspecto epigráfico. En el futuro la labor sólo será la de perfilar detalles, rectificar posibles errores y sumar nuevos documentos. Con el fin de ayudar modestamente a esta futura labor me he de permitir la licencia de hacer unas cuantas apostillas, entresacadas de las que normalmente suelen salir al paso en todo libro, por perfecto que sea. Entre los *sodalicia* no se ha recogido la inscripción mithraica de Beja (Portugal), alusiva a un *Sodalicium bracarum* con su *magister*, un tal *(Artem)idorus*. Señalemos también esta errata importante (pág. 365): la lectura *Ter(entius) August(us)*, que por cierto pasó al índice de nombres, en lugar de *Terminus Augustalis*. Aunque el libro se ocupa sólo de epígrafes no hubiese estado de más también el aludir en su lugar a la *tutela* de Hadriano, de la que estamos informados por la *Vita* (1, 4) y en la que tomaron parte dos italicienses de nota: Trajano y P. Acilius Attianus. Finalmente, lamentamos no se haya decidido nuestro autor a traducir, siquiera fuese a título de ensayo, los textos latinos estudiados. Ello hubiese dado a sus

propias interpretaciones una precisión mayor y hubiese preparado al lector a seguir sus razonamientos con más elementos de juicio y a completar, en su caso, los textos mancos uniendo los fragmentos con una idea conductora. Téngase en cuenta que para la lectura directa de alguno de estos documentos no sólo se exige ser buen latinista sino que, además, se ha de estar perfectamente impuesto en estos aspectos de las instituciones romanas y de su léxico especial. Y ambas cualidades se dan en contadísimos casos.

El libro ha de ser modelo y ejemplo de otros que esperamos por el estilo. (¡Qué campo más inmenso y atrayente es el estudio en series o grupos del material epigráfico...!) Se hizo ya anunciar en otros trabajos sobre el tema publicados por D'Ors aisladamente. Mas hoy, por fortuna, lo tenemos ya ante nuestros ojos completo y acabado; rico, discreto y erudito en las introducciones y comentarios; al tanto y al día de la bibliografía internacional. Hemos de complacernos de todo ello porque el libro de D'Ors nos ha dado una aportación de primer orden y ha superado con creces a la esperanza que todos teníamos en ella puesta y a la cual nos invitaba ya la sólida competencia del autor, sin duda uno de los más impuestos especialistas de España, y de fuera de ella, en estos estudios.

A. Garcia y Bellido.

Stern, Henri.—*Date et destinataire de l'«Histoire Auguste»*, Collection d'Etudes Latines, serie scientifique, XXVII, 109, págs. París, 1953.

El propósito del autor es presentar una interpretación nueva, totalmente revolucionaria, de los problemas que plantea la *Historia Augusta*, interpretación que está enfrente de todas las interpretaciones anteriores.

La *Historia Augusta* es, según Stern, anterior a la caída de la dinastía constantiniana; la coloca en la época de Constancio II.

Sobre esta base continúa la interpretación de Stern, añadiendo nuevos datos a aquellos que considera favorables para su tesis. Así, el *De Caesaribus* sería independiente de la *Historia Augusta* y no podría considerarse como fuente de aquélla; sobre este punto permítasenos expresar nuestro escepticismo, puesto que en muchos pasajes la dependencia nos parace innegable.

La argumentación de Stern presenta una gran ingeniosidad y la obra está concebida según un método de exposición impecable, pero ciertos puntos, en ocasiones básicos, se prestan a discusión. Personalmente no creemos que el panegírico de Constantino y sus descendientes deba ser considerado «forzosamente» como anterior a la extinción

de la dinastía; así como la admiración de Diocleciano por los Antoninos es forzoso considerarla propia de este período, puesto que es posible colocar esta referencia dentro del ambiente espiritual de a segunda mitad del siglo IV o más tardíamente, incluso; recuérdese la leyenda medieval de Trajano. La *Historia Augusta* es una obra de carácter poco explícito y cuyo contenido pudo ser, ya en parte, ya en todo, interpretado en diversos sentidos. Stern ha desplegado en su interpretación un amplio aparato erudito y ha convertido su obra en une pura y admirable filigrana intelectual. Sorprende lo ingenioso y original de sus conclusiones y puntos de vista, pero mucho nos tememos que quizá en algunas ocasiones su obra resulte excesivamente ingeniosa.

A. BALIL.

FREND, W. H. C.—*The Donatist Church, a movement of protest in Roman North Africa.*, XVI, 360 págs., 3 mapas, Clarendon Press. Oxford, 1952.

Ciertas dificultades en el intercambio científico nos han impedido conocer en su día este libro de Frend que ha llegado a nuestras manos después del de Warmington sobre el Africa Romana en el siglo IV. Lamentando este atraso celebramos, sin embargo, la aparición de una obra destinada a estudiar en primerísimo lugar las características políticas sociales y económicas del donatismo. Frend ha señalado las características del territorio básicamente donatista, la zona de mesetas paralelas a la región costera, contraponiéndola a Cartago y Numidia. Esta región coincide con la actual región del Norte de Africa en que prevalece principalmente el elemento bereber. Profundizando en este aspecto el autor señala la continuidad de ciertos caracteres religiosos bereberes en el donatismo. Tras esta introducción se establece la historia del citado movimiento desde la gran persecución hasta el siglo VIII (la última referencia es una carta de Gregorio II fechada en el 722 d. d. J. C. El estudio teológico se realiza en el último capítulo.

En el estudio del aspecto social y económico del movimiento donatista el autor sigue la tesis de Martroye, pero sin caer en la exageración subsiguiente a aquel autor y que ha tendido a convertirse en una apologética del donatismo. Frend ha manifestado en el curso del capítulo destinado especialmente a este tema un sólido conocimiento de la arqueología norteafricana, del que es de esperar nuevas precisiones.

A. BALIL.

MRAS, KARL.—*St. Patricius als Lateiner*, Sonderabdruck aus dem *Anzeiger der phil.-hist. Klasse der Oesterreichischen Akademie der Wissenschaften*, 1953, Nr. 6 (págs. 99-113).

Señalamos el interés de esta breve monografía porque se refiere a un autor que, extrañamente, ha despertado poco interés en los latinistas hasta ahora, a pesar de su gran importancia histórica y religiosa. El profesor Mras, siguiendo las huellas de los trabajos de S. L. Bieler, examina una serie de puntos interesantes en la latinidad de San Patricio, después de recordar su biografía en lo que ella tiene de más interesante para su formación cultural y lingüística.

El latinista encontrará en estas breves páginas indicaciones interesantísimas sobre la sintaxis de los casos, de los modos, y además del léxico. El *Thesaurus*, de modo sorprendente, dada la cronología, no ha incluído nada de este autor.

Sobre el estilo, Mras señala el carácter conversacional de los escritos de San Patricio. Con esto y alguna observación sobre si concedió importancia a la cláusula métrica, termina este breve estudio, de mayor interés que el que prometería su breve extensión.

A. T.

HUBSCHMID, JOHANNES.—*Sardische Studien*. Das mediterrane Substrat des Sardischen, seine Beziehungen zum Berberischen und Baskischen sowie zum eurafrikanischen und hispano-kaukasischen Substrat der romanischen Sprachen. Romanica Helvetica, vol. 41. A. Francke AG. Verlag, Berna, 1953; 138 páginas.

Dos partes comprende esta obra: en la primera (cap. II), se recoge con una erudición extraordinaria y con gran agudeza lingüística el material pre-románico del sardo y se intenta una clasificación del mismo. En la segunda parte (que forma propiamente el capítulo III: «Vorindogermanische Sprachschichten der Romania»), el autor ofrece una construcción sobre lo que pudieron ser las primitivas capas lingüísticas en el remoto Occidente. Adelantaremos nuestro juicio diciendo que si en la primera parte el autor nos parece absolutamente acertado y alcanza resultados dignos de crédito, en la segunda depende tal vez en grado excesivo de teorías un tanto prematuras, al menos en algunos aspectos.

Una cincuentena de términos sardos pre-románicos, clasificados en las secciones de botánica, formas del terreno, fauna y partes del cuerpo y, finalmente, sufijos, ofrece suficiente coherencia para explicar primitivas relaciones de la lengua sarda. El autor se funda, según propia confesión (pág. 18) no en todo el material pre-románico recogido p

Max Leopold Wagner, sino en una selección del mismo, atendiendo a los apartados antes señalados.

Las relaciones sardas apuntan al vasco y, en general, a lo que podríamos llamar «sustrato hispánico». También son indudables las relaciones con palabras bereberes. Otras veces es con palabras raras e inexplicadas del latín, con las que puede establecerse relación. En general, como nos dice el autor (pág. 35), «con el paleosardo hay que tratar lenguas emparentadas en un extenso territorio, y no sólo en Hispania y Africa del Norte». En efecto, los dialectos italianos, especialmente del Sur, y más de una vez las lenguas caucásicas, palabras del sustrato galo o del griego resultan comparables a estos términos sardos. Lo que hace convincentes estas relaciones, es la cantidad de paralelos, ya que Hubschmid no opera con una palabra aislada, sino que al testimonio de los diccionarios acompaña extensa documentación, principalmente de diplomas medievales, que permite muchas veces la comparación y genealogía de las formas.

De ello se deduce la existencia indudable de un amplísimo territorio lingüístico que se extendía desde el Cáucaso hasta los extremos occidentales de Europa y de Africa septentrional. Como consecuencia de los paralelos que con indudable evidencia se nos ofrecen en el trabajo de Hubschmid, encontramos una teoría general sobre los estratos preindoeuropeos de la Romania. Los trabajos del ilustre prehistoriador O. Menghin le sirven de base para distinguir una capa «hispanocaucásica» y otra «euro-africana». Los portadores de esos remotos elementos lingüísticos serían, respectivamente, invasores caucásicos que a mediados del milenio III se extienden hasta dominar nuestra Península y desde ella, con la cultura del vaso campaniforme, ocupar todo el Occidente, y una cultura más antigua cuya denominación etnográfica de «camítica occidental» le reprocha como ambigua nuestro autor a Menghin y que sería el más remoto horizonte lingüístico señalable en nuestro Occidente. Estas ideas parecen prestar apoyo al caucasismo del vasco, ya que el hecho de que tales paralelos vasco-caucásicos sean muchísimos más numerosos que los establecidos entre vasco y camítico parece deponer en favor de la remotísima antigüedad del sustrato euro-africano, sumergido bajo uno más reciente hispano-caucásico. Sin embargo, sin negar el valor y la importancia del sustrato vasco-caucásico, hoy predominante en los estudios, la verdad es que sólo palabras y elementos gramaticales aislados resultan comparables entre los dialectos vascos y las numerosísimas y variadas lenguas del Cáucaso. Por otra parte los paralelos entre el vasco y lenguas eurasiáticas (finougrias, uraloaltaicas, paleosiberianas) permitirían pensar en otro remoto estrato eurasiático, más antiguo que el euroafricano y sobre cuya importancia recientemente he creído poder hablar *(International Anthropological and Linguistic Reciew,*

Miami, I, 1953, pág. 81 y ss.). Quizá este fondo sea tan importante como los otros dos y es lástima que el autor no le haya concedido mayor interés. Tanto más cuanto que seguramente por ello ha dado importancia excesiva al acercamiento entre vasco e ibérico, usando esta palabra como sinónima de hispánico. No estamos en modo alguno conformes con la conclusión de Hubschmid de que, contra las ideas negativas de Bahr y Bouda frente al vascoiberismo, «aus unsern Wortstudien geht gerade das Gegenteil hervor» (pág. 118). En realidad, repasando las evidentes coincidencias de los sustratos estudiados nos permitiremos señalar que los paralelos vascos y sardos van en general con palabras de la España occidental: así sardo *karva* con astur. *garbu* y otras palabras vascas (núm. 1); palabras sardas sobre **kat-* coinciden con vasco y con términos de la España occidental (núm. 14); lo mismo ocurre con sardo *mata*, que aun con sus paralelos bereberes y vascos se extiende por toda la Península y por territorio de Francia e Italia; sardo *sakkáyu* tiene paralelos no sólo en vasco, catalán y aragonés, sino en Extremadura y en Guadalajara. En resumen, que no puede hablarse de un paralelismo especial entre vasco e ibérico y que hay que pensar que antes de la indoeuropeización de nuestra península es lo más probable que el vasco estuviera más relacionado con el oeste de la Península que con el Este. En la misma dirección imponían relaciones las oleadas de indoeuropeos que seguramente durante siglos atravesaron los pasos del Pirineo camino de la meseta del Duero y los territorios cantábricos y atlánticos.

Pero si en estas consideraciones generales podemos disentir en parte de J. Hubschmid, admiramos la sólida erudición con que apoya en gran cantidad de palabras dialectales o de documentos, cuidadosamente ordenados, lo que de otra forma serían paralelos aventurados, y que con tan sólidos materiales se imponen con evidencia irrefragable. En algún punto pediríamos al autor que completara la documentación, así a propósito de *marra*, donde echamos de menos el vasco *marro*, que en Azkue falta con la acepción de 'raya' que él reserva para *marra*. Esta palabra se halla en muchas regiones de España en juegos infantiles y con ella hay que relacionar sin duda el verbo *marrar* 'errar el golpe', sin duda relacionado con la acepción primera de *marro* en Azkue: 'trampa, fraude'. También es probable que en términos portugueses como *cabeza de Touta* (pág. 77) se mezcle a una forma indígena un elemento indoeuropeo que se halla en el país (cf. *Zephyrus*, I, pág. 33 y ss.).

ANTONIO TOVAR.

FLÓREZ, LUIS.—*Lengua española.* Bogotá, 1953. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. Series Minor, III, 299 páginas.

El Instituto Caro y Cuervo que ha publicado interesantes obras de especialización, edita ahora una con propósitos divulgadores: *Lengua española*, de Luis Flórez, al que debemos un amplio estudio sobre la pronunciación del español en Bogotá. *Lengua española* recoge una serie de charlas por los micrófonos de la Radiodifusión Nacional de Colombia en el año 1952, en el programa «disquisiciones filológicas», a cargo del mencionado Instituto. «Mi intención—declara L. F.—al hacer esas exposiciones y recogerlas ahora en forma de libro, con algunas reformas y adiciones, ha sido divulgar ideas y noticias relacionadas con la lengua española, presentar algunos materiales del español colombiano, y también, si no fuera mucha presunción, orientar en algunos casos y cuestiones a personas que, teniendo curiosidad por el idioma, no han profundizado en su estudio».

Los artículos incluídos en el libro responden todos a ese propósito inicial. *Filología y lingüística,* —convendría precisar las diferencias entre filología y lingüística, distinguir fonética de fonología, aclarar el concepto de estilística; falta la definición de semántica, aunque a ella alude L. F.—*las partes de la oración*—a pesar del carácter elemental del libro habría sido útil mencionar los tres términos empleados, partes de la oración, partes del discurso y categorías gramaticales y las diferencias existentes entre ellos; parece poco exacto el juicio: «ninguna clasificación lógica de las partes de la oración, ni el número de éstas, ni sus límites, ni su naturaleza importa lo más mínimo a los lingüistas. Por eso en los manuales o tratados corrientes de lingüística general no se estudia este punto o se le dedica muy poco espacio» (página 23). Hjelmslev y Bröndal—por no citar a otros—consideran como problema central en sus libros las partes del discurso y, de manera amplia, en cualquier estudio de gramática general; extraña el párrafo sobre la sustantivación del artículo: «También el artículo puede sustantivarse cuando se omite el sustantivo a que pudiera referirse: «Tomó *las* de Villadiego». «¡Lo que son *las* de malas! «Se *las* emplumó». «Yo no *la* voy con ella», páginas 25-26—*gramáticas escolares; orígenes del castellano; castellano o español*—sigue muy de cerca el libro de Amado Alonso: *Castellano, español, idioma nacional.* Buenos Aires Editorial Losada, 1943, 2.ª edición—*prosa castellana en la Edad Media*—hay cierta contradicción entre los párrafos siguientes: «La prosa castellana del siglo XIII es rígida, simple, monótona, frecuentemente no muestra más que enumeración o yuxtaposición de elementos, como ocurre en ciertas etapas del desarrollo lingüístico infantil», página 67; y «Gracias a su esfuerzo—de Alfonso X—, la frase castellana fué haciéndose en el siglo XIII amplia, variada, flexible, rica de matices,

apta para ser empleada con provecho como vehículo de cultura», página 69—*el castellano en el Quijote*—sigue L. F. el libro de Angel Rosenblat, *La lengua de Cervantes*. Caracas, 1949—*diminutivos*—¿considera L. F. que *cucharita chiquita* y *gatico chiquito* no son diminutivos?—*corrección y propiedad; algunos rasgos del español de América*—fonética, gramática y vocabulario; en España es corriente en el habla vulgar decir *la calor, la color;* se utilizan *el saque de la bola, el arrastre, manzana* como conjunto aislado de varias casas contiguas—*influencias indígenas en el español de América*—fonética, gramática, vocabulario—; *algunos libros sobre el español de América; filólogos hispanoamericanos*—Bello, Menéndez Pidal, Tomás Navarro, Amado Alonso—; *academias de la lengua española.* Al español hablado en Colombia dedica L. F. seis artículos: pronunciación, hipérboles en el habla popular, galicismos, anglicismos, vulgarismos y arcaísmos. Cierran el libro dos notas sobre Rufino José Cuervo y las actividades del Instituto Caro y Cuervo.

No dudamos que el libro de L. F. ha de ser útil para aquellos que deseen conocer, sin excesivo rigor, los problemas fundamentales de la lengua castellana en general y particularmente los del español hablado en América. Al reunir sus charlas radiofónicas y darlas a la imprenta, no guiaba al autor otro propósito.

A. Carballo Picazo.

# INDICES DE REVISTAS

## ACME

### VII 1. 1954

L. Lugarini: *L'argomento del «Terzo Uomo» e la critica di Aristotele a Platone.*

### VII 3. 1954

M. Vandoni: ΑΘΗΝΑ Η ΚΑΙ ΘΟΗΡΙΣ.—M. L. Paladini: *La morte di Agrippa Postumo e la congiura di Clemente.*—F. Grosso: *La «Vita di Apollonio di Tiana» come fonte storica.*—I. Cazzaniga: *Appunti intorno alla Tradizione mss. della vita di S. Emiliano.*—M. Marconi: *Mito, Rito e Ortodossia.*—A. Levi: *I diritti della Critica.*—A. Argentati: *Ancora sulla spedizione Ateniese in Egitto.*—M. L. Paladini: *Ancora a proposito di Velleio Patercolo come fonte storica.*

## AEGYPTUS

### XXXIV 2. 1954

G. Rinaldi: *Osservazioni sul testo ugaritico del dio lunare e Nikkal.*—L. Alfonsi: *Un frammento di Filita.*—L. Alfonsi: *Il nuovo Alceo e Orazio.*—A. T. Serventi: *Sul personale dei templi neobabilonesi.*—R. Bohm: *La* Διδασκαλική *de Varsovie.*—G. Furlani: *Babele presso i Mandei.*—M. T. Cavassini: *Lettere cristiane nei papiri greci d'Egitto.*

### XXXV 1. 1955

J. Seyfarth: Φράτρα *und* φρατρία *im nachklassischen Griechentum.*—P. Focardi: *Il testo di Tucidide nei mss. Vatic. Gr. 126 e Paris. Gr. 1734 in rapporto anche ai papiri Tucididei.*—V. Gazza: *Prescrizioni mediche nei papiri dell'Egitto grecoromano.*

## AEVUM
### XXIX 1. 1955

G. Lazzati: *L'autenticità del De sacramentis e la valutazione letteraria delle opere di S. Ambrogio.*—P. Lamma: *Un discorso inedito per l'incoronazione di Michele IX Paleologo.*

### XXIX 2. 1955

E. Zorzi: *Coordinazione e subordinazione nella sintassi latina.*—M. de Marco: *Un «Planctus» sulla morte di Ettore.*

## AMERICAN JOURNAL OF PHILOLOGY
### LXXV 3. 1954

J. H. Oliver and R. E. A. Palmer: *Text of the Tabula Hebana.*—C. W. Mendell: *Leidensis Bpl. 16. B. Tacitus XI=XXI.*—D. J. Allan: *The Problem of Cratylus.*—R. B. Lloyd: *On Aeneid III 270=280.*—L. A. Mackay: *Aristotle, Poetics, 1445 b 7=8, 1456 a 7=9.*

### LXXV 4. 1954

B. D. Meritt: *Athenian Covenant with Mytilene.*—*Athen and the Amphiktyonic League.*—E. Badian: *Lex Acilia Repetundarum.*—M. Chambers: *The First Regnal Years of Antigonus Gonatas.*—W. H. Alexander: *Aeneid, I, 462: A New Approach.*—E. P. Hamp: *A Rejoinder on p= Italic and Cornish =ns.*

### LXXVI 1. 1955

W. Kendrick Pritchett: *The Conditional Sentence in Attic Greek.*—T. S. Brown: *The Reliability of Megasthenes.*—Ch. G. Starr: *Virgil's Acceptance of Octavian.*—W. Clausen: *Silva Coniecturarum.*—N. Lewis: *The Prefects of Egypt in A. D. 119.*—Fr. Adams: *The Consular Brothers of Sejanus.*—J. W. Poultney: *Two Problems in the Iguvine Tables.*—G. M. Bolling: *Plato's Homer.*

### LXXVI 2. 1955

R. F. Goheen: *Aspects of Dramatic Symbolism.*—D. v. Berchem: *On Some Chapters of the Notitia Dignitatum Relating to the Defence*

*of Gaul and Britain*.—Fr. Solmsen: *Antecedents of Aristotle's Psychology and Scale of Beings*.—N. Rudd: *Had Horace Been Criticized? A Study of Serm. I 4*.—A. C. Moorhouse: *The Origin of the Infinitive in Greek Indirect Statement*.—H. Cherniss: *Aristotle, Metaphysics 987 A 32-B 7*. E. Vanderpool: *New Inscriptions Concerning Archilochos*.

## ANALECTA BOLLANDIANA
### LXXII 4. 1954

F. Halkin: *Suppléments ambrosiens à la Bibliotheca Hagiographica Graeca*.—P. Grosjean: *Notes d'hagiographie celtique*.—*Notes breves*.—P. Riche: *Note d'hagiographie mérovingienne*.—B. de Gaiffier: *Sub Daciano praeside. Etude de quelques Passions espagnoles*.—P. Devos: *Chronique d'hagiographie slave*.

## ANNALI DELLA SCUOLA NORMALE SUPERIORE DI PISA
### XXIII 3-4. 1954

E. Fraenkel: *Der Einzug des Chors im Prometheus*.—A. Barigazzi: *Sui* Θεωροὶ ἢ Ἰσθμιασταί *di Eschilo*.—R. Ambrosini: *Latino «sabina», «sapinus» e latino medievale «sapellus»: analogie di struttura e di sviluppi in basi semanticamente distinte*.—G. Puccioni: *Petronio 61,9*.—*Frontone e la storia di AUTEM*.

### XXIV 1-2. 1955

G. Arrighetti: *Sull'Epistola di Epicuro a Pitocle*.—R. Ambrosini: *Il tipo sintagmatico «in eo loco» e questioni di principio nello studio della «Peregrinatio Aetheriae»*.

## L'ANTIQUITE CLASSIQUE
### XXIV 1. 1955

A. Carnoy: *Etyma Pelasgica*.—M. Renard et J. Servais: *A propos du mariage d'Alexandre et de Roxane*.—R. Verdière: *Auguste, lecteur de Thucydide*.—M. Delaunois: *Horace, Epist. II 1, 268: Capsa operta*. P. van Woestijne: *Vindiciae Avienianae*.—P. v. Eecke: *Note sur une interpretation erronée d'une sentence d'Archiméde*.

## ΑΘΗΝΑ
## ΝΗ' 1954.

Α. Δ. Κεραμόπουλλος: Στραβώνεια.—'Επιγραφὴ ἐκ Φλωρίνης.—Γ. Λ. Σκλαβοῦνος: 'Επανόρθωσις χωρίου ἐν τῷ κειμένῳ Διοκλέους τοῦ Καρυστίου.—Τ. 'Αθ. Γριτσόπουλος: 'Ευγενίου 'Ιωαννουλίου τοῦ 'Αιτωλοῦ, ἐπιστολαὶ ἀνέκδοτοι.—Ν. Β. Τωμαδάκης: 'Επανορθώσεις καὶ Παρατηρήσεις εἰς βυζαντινὰ ἁγιολογικὰ καὶ ὑμνολογικὰ κείμενα.—Δ. Β. Βαγιακᾶκος: Χλωρὸς — μέλι χλωρόν, μελίχλωρος καί τινα σύνθετα.—Θ. Χ. Σαρικάκης: 'Ο ἐν 'Αθήναις στρατηγὸς ἐπὶ τὰ ὅπλα.—Λ. Λ. Λουϊζίδης: Περὶ τὸν "Αλβιον Τίβουλλον ζητήματα βιογραφικά.—Θ. Σ. Τζαννετάτος: 'Ο Θουκυδίδης καὶ ἡ ἀρχὴ τῆς ἀμύνης.—Π. Κολακλίδης: 'Η ἐκλογὴ τῶν λέξεων παρὰ τῷ Βιργιλίῳ.

## ATHENAEUM
## XXXIII 1-2. 1955

E. Stuart Staveley: *Tribal Legislation before the Lex Hortensia*.—L. Moretti: *Due note epigrafiche*.—M. Sordi: *La data degli Acarnesi di Aristofane*.—A. M. Kurfess: *Weitere textkritische Bemerkungen zu Martini Episcopi Bracarensis opera*.—P. Meriggi: *I testi micenei in trascrizione*.—G. Jachmann: *Hellespontos als geographische Terminus*.—A. Degrassi: *Sui fasti consolari dell'Impero*.—A. Garzetti: *Note all'Anabasi senofontea*.—E. Malcovati: *L. Papirius Fregellanus*.

## BEITRAGE ZUR NAMENFORSCHUNG
## V 3. 1954

H. Krahe: *Alteuropäische Flussnamen*.—A. J. van Windekens: ΠΑΛΛΑΣ.—W. Laur: *Theophore Ortsnamen im ehemaligen Herzogtum Schleswig*.—B. Boesch: *Töss und Reuss*.—A. Gaters: *Osti und Ostsee*.—E. Schwarz: *Beobachtungen zum Umlaut in suddeutschen Ortsnamen*.—J. Schmidt: *Der Namensatz in Tacitus'Germania*.—G. Eis: *Pferdenamengebung im deutschen Ritterorden*.—H. Widmann: *Schwäbische Alb-Geschichte eines Namens*.

### VI 2. 1955

H. Krahe: *Einige Gruppen alter Gewässernamen*.—G. Neumann: *Der Lykische Ortsname Patara*.—A. J. van Windekens: *Trois noms propres pelasgiques en — νθ —*.—E. Dickenmann: *Aufgaben und Methoden der russisschen Ortsnamenforschung*.—W. Laur: *Die geographische*

*Staffelung der Ortsnamen in Schleswig-Holstein.*—D. J. Georgacas: *Engljanos. The modern name of the site of mycenaean Pylos.*—H. Hommel: *Rufiniana.*—A. Gaters: *Der Name Gauja und seine Sippe.*—H. Widmann: *Schwäbische Alb. Geschichte eines Namens.*

## BULLETIN DE LA SOCIETE DE LINGUISTIQUE DE PARIS
L 1. 1954

J. Vendryes: *Sur un archaisme de la syntaxe irlandaise.*—A. Ernout: *Exsto et les composes latins en -ex-.*—E. Benveniste: *Etudes hittites et indouropéens.*—E. P. Hamp: *Les labiovelaires en indoeuropéen et en anatolien.*—L. Renou: *Sur l'économie des moyens linguistiques dans le Rgveda;* E. Benveniste: *Expression de «pouvoir» en iranien.*—M. Lejeune: *Observations sur le cypriote.*—A. Mirambel: *Opposition modale en tsaconien.*—O. Nandris: *Le substrat et son rôle dans la structure phonétique du roumain.* P. Guiraud: *Le substrat informationnel de la sémantisation.*—L. J. Prieto: *Signe articulé et signe proportionnel.*—J. Deny: *Les noms composes en turc de Turquie.*—F. Martini: *De la reduction des mots sanskrits passés en cambodgien.*

## DIONISO
XVII 3-4. 1954

M. A. Dosi: *Menandro dramaturgo e creatore di caratteri.*—G. L. Luzzatto: *Opinioni sulla traduzione.*—P. Griffo: *L'ubicazione del Teatro di Agrigento.*

XVIII 1-2. 1955

L. Alfonsi: *Sul v. 265 Ribbeck di Cecilio Stazio.*—M. Gigante: *De fragmento tragico in quo de Gyge agitur.*—A. Neppi: *Vasi greci con scene ditirambiche.*—I. Machina: *Le tragedie di Agatone.*—M. Gigante: *Sul frammento tragico presso Filodemo «De morte».*—F. Manini: *La poesia dell'amore e del perdono in Menandro.*—G. L. Luzzatto: *«L'Ifigenia in Tauride» di Goethe dalla prosa alla poesia.*

## ERANOS
LIII 3-4. 1954

G. Rudberg: *Zur vorsokratischen Abtraktion.*—I. Düring: *Problems in Aristotle's Protrepticus.*—B. Hemberg: ΤΡΙΠΑΤΩΡ *und* ΤΡΙΣΗΡΟΣ. *Griechischer Ahnenkult in klassischer und mykenischer Zeit.*—St. Y. Rudberg: *Indications stichométriques contenues dans quelques mss. de Basile.*

N. O. Nilsson: *Enclitica nach zwei kurzen Silben im Lateim.*—A. Onnerfors: *In Columellae librum octavum annotatiunculae.*—A. Nordh: *Historical exempla in Martial.*—S. Cavallin: *La question Franciscane comme problème philologique.*

LIII 1-2. 1955

L. R. Palmer: *A Mycenaean Calendar of Offerings (P Y Kn 02).*—G. Giangrande: *Coniectanea zu den Vitae Sophistarum des Eunapios.*—M. P. Nilsson: *New Evidence for the Dionysiac Mysteries.*—K. Vretska: *Sallusts Selbstbekenntnis.*—Fr. Walter Lenz: *De Pediculo Libellus.*

## LES ETUDES CLASSIQUES
XXIII 4. 1955

I. Errandonea: *Le choeur dans l'Electre de Sophocle.*—A. Abel: *Une interprétation non classique de l'affaire des Fourches Caudines.*—J. Colin: *«Galerus», pièce d'armament du gladiateur ou coiffure du prêtre sabin?*—A. Wankene: *Spiritualité de l'art grec.*

## GNOMON
26,7. 1954

J. Lohmann: *Derbolav, Der Dialog 'Kratylos'.*—E. M. Hamm: *The Oxyrhynchus Papyri 21 ed. Lobel.*—V. Bartoletti: *Papyri Bononienses 1 ed. Montevecchi.*—P. Vielhauer: *Helmbold, Vorsynoptische Evangelien.*—J. Delz: *Ernout et Thomas, Syntaxe latine, 2e ed.*—O. Skutsch: *Scaenicorum Romanorum Fragmenta I: Tragicorum Fragmenta edd. Klotz, Seel, Voit.*—V. Ehrenberg: *Kienitz, Die politische Geschichte Aegyptens.*—E. Meyer: *Fraser and Bean, The Rhodian Peraea and Islands.*

26,8. 1954

H. Langerbeck: *1. Bultmann, Theologie des neuen Testaments. 2. Kamlah, Christentum und Geschichtlichkeit.*—F. Dirlmeier: *Regenbogen, Theophrastos von Eresos. Indemans, Studien over Theophrastos.*—J. H. Kühn: *Gigon, Kommentar zum ersten Buch von Xenophons Memorabilien.*—J. H. Collins: *Rambaud, L'art de la déformation historique dans les Commentaires de César.*—L. Wickert: *Béranger, Recherches sur l'aspect idéologique du principat.*

27, 2. 1955

G. Vlastos: *Cornford, Principium sapientiae.*—J. Croll: *Théognis, Poèmes élégiaques ed. Carrière.*—H. Erbse: *Scholia in Sophoclis Oedipum Coloneum ed. D. Marco.*—S. Prete: *Plauti Truculentus ed. Enk.*—W. Ehlers: *Appendix Vergiliana ed. Giomini.*—H. Langerbeck: *1. Plato Latinus 3: Parmenides edd. Klibansky, Labowsky.*

27, 3. 1955

H. Patzer: *Finley, Thucydides.*—I. Düring: *Claghorn, Aristotle's criticism of Plato's Timaeus.*—E. R. Dodds: *Proclus Diadochus, commentary on the First Alcibiades of Plato, by Westerink.*—C. Schneider, *Festugière, La Revelation d'Hermès Trismégiste 4.*—W. Völker: *Jaeger, Two rediscovered works of ancient christian literature: Gregory of Nyssa and Macarius.*—W. Wimmel: *Kroll, Elysium. Jachmann, Die vierte Eclogue Vergils.*—P. Handels: *1. Paul, Untersuchungen zur Eigenart von Senecas Phoenissen. 2. Giancotti, Saggio sulle tragedie di Seneca.*—R. Hanslik: *Stout, Scribe and critic at work in Pliny's Letters.*—W. Süss: *Vetus Latina.*

27, 4. 1955

H. Berve: *Hignett, A history of the Athenian constitution to the end of the fifth century.*—E. Risch: *Frisk, Griechisches etymologisches Wörterbuch.*—H. Erbse: *Luther, Weltansicht und Geistesleben.*—H. Herter: *van Groningen, La poésie verbale grecque.*—O. Gigon: *de Magelhães, Le problème de Socrate.*

HERMATHENA
LXXXIV. 1954

N. Rudd: *Horace's Poverty.*—W. Beare: *The Meaning of* XOPOΥ.

LXXXV. 1955

B. Farrington: *The Meaning of Persona in De Rerum Natura III 58.* J. Weingreen: *Themes in Old Testament Stories.*—E. Courtney: *A Note on Statius, Silvae 1. 5. 36-9.*—J. Miles: *On Demosthenes, Contra Spudiam.*—W. B. Stanford: *On a Recent Interpretation of the Tragic Katharsis.*—R. G. Ussher: *On Aristophanes Frogs 954 ff.*

## HERMES
83, 1. 1955

C. Hoch: *Untersuchungen zur Geschichte der römischen Venus-Verehrung.*—H. Munding: *Eine Anspielung auf Hesiods Erga in der Odyssee.*—G. Zuntz: *On the hymns in Corpus Hermeticum XIII.*—K. Meister: *Der Bericht des Tacitus über die Landung des Germanicus in der Emsmündung.*—E. Badian: *The date of Pompey's first triumph.*

## HISTORIA
III 3. 1955

M. P. Nilsson: *Das frühe Griechenland, von innen gesehen.*—Ch. G. Starr: *The Myth of the Minoan Thalassocracy.*—U. Kahrstedt: *Palaiskepsis und verwandte Ortsnamen.*—H. Bengtson: *Skylax von Karyanda und Herakleides von Mylone.*—J. Scharf: *Die erste ägyptische Expedition der Athener.*—R. Sealey: *The Peace of Callias Once More.*—A. W. Gomme: *Thucydides II 13.3.*—M. Rambaud: *Le soleil de Pharsale.*

III 4. 1955

K. Christ: *Historische Probleme der griechisch-sizilischen Numismatik.*—M. Lang: *The Murder of Hipparchus.*—Ch. van Rooy: *Ithome.*—E. Stuart Staveley: *Provocatio during the Fifth and Fourth Centuries B. C.*—L. Pearson: *The Diary and the Letters of Alexander the Great.*—H. Bengtson: *Randbemerkungen zu den koischen Asylieurkunden.*—A. H. M. Jones: *Imperial and Senatorial Jurisdiction in the Early Principate.*—M. van Doren: *Peregrina Sacra.*

## LANGUAGE
30, 4. 1954

A. A. Hill: *Juncture and syllable division in Latin.*—A. M. Sturtevant: *Notes on Gothic forms.*—G. M. Bolling: *Eineka and eneka in Homer.*—J. Puhvel: *Greek etymologies.*—R. A. Miller: *Morphologically determined allomorphs in spoken Tibetan.*

## LATINITAS
III 1. 1955

A. Bacci: *De Ecclesia Latinitatis fautrice.*—H. Tondini: *Linguam Latinam ad omnium doctrinarum commercium esse ubivis aptam exemplis demonstratur.*—I. del Ton: *Ianiculensis Deambulatio.*

III 2. 1955

H. Tescari: *Quid causae fuerit, cur Ambrosius cum Augustino colloqui noluerit.*—P. Bruno: *Cicero philosophus disciplinam suam vitae legem putavit.*—C. Egger: *Nova et vetera in itinere alpino occurrentia.*

III 3. 1955

A. Bacci: *Res novae nova nomina postulant.*—Th. Fabbri: *Romanorum civitas atque imperium quatenus Lucretiano carmine significentur.*—I. Parisella: *Cicero contra mendaces.*—M. Iacobelli: *Quarto quoque mense idem esse ac quater in anno invictis argumentis demonstratur.*—Ae. Sanesi: *Cato grammaticus.*—L. Mac Kay *De rerum natura I. 71 sqq.*—O. Pasqualetti: *Lingua Latina ad medicinae res significandas apta agnoscitur.*

LATOMUS
XIII 4. 1954

P. Meloni: *Ancora sul calendario romano nell'anno della battaglia di Pidna.*—I. Cazzaniga: *Colore retorico nell'episodio ambrosiano della Cena di Erode.*—A. Deman: *L'identification des stations occidentales du Mur d'Hadrien.*—R. Verdière: *La bucolique anonyme du Gaddianus Laurentianus Plut. 90, 12 Inf.*—L. Herrmann: *Cicéron et Térence.*

XIV 1. 1955

L. Herrmann: *La vie amoureuse d'Horace.*—P. J. Enk: *Propertiana.*—W. Deonna: *Telesphore et le «genius cucullatus» celtique.*—E. Bolaffi: *La «dottrina del buon governo» presso i Romani e le origini del principato in Roma.*—S. Jannacone: *Divinazione e culto uffiziale nel pensiero di Cicerone.*—J. Aymard: *«Aut Ararim Parthus bibet aut Germania Tigrim».*

XIV 2. 1955

G. Dumézil: *Triades de calamités et triades de délits à valeur trifonctionnelle chez divers peuples indo-européens.*—J.-G. Préaux: *A propos d'un dilemme de Minucius Felix.*—E. Bolaffi: *La «dottrina del buon governo» presso i Romani.*

XIV 3. 1955

L. Herrmann: *Quintilien et le Dialogue des Orateurs*.—P. Grimal: *Deux figures de la correspondance de Pline*.—C. E. Stevens: *Hadrian and Hadrian's Wall*.—P. van Gansbeke: *La mise en état de la défense de la Gaule au milieu du III^e siècle après J.-C.*—E. Bolaffi: *La «dottrina del buon governo» presso i Romani*.—J. Michel: *Une allusion à la Paix de Brindes dans la première Bucolique*.

## MEDIEVALIA ET HUMANISTICA
IX. 1955

*Symposium on the Tenth Century*.—J. H. Hill and L. L. Hill: *Contemporary Accounts and the Later Reputation of Adhemar, Bishop of Puy*.—Fr. Pegues: *Aubert de Guignicourt, Fourteenth Century Patron of Learning*.—R. W. Emery: *A Further Note on Medieval Surnames*.

## MNEMOSYNE
VII 3. 1954

J. Gonda: *The history and original function of the Indo-European particle K^we, especially in Greek and Latin*.—H. Wagenvoort: *Ad Taciti Dialogum 8, 1; 21, 5*.—J. H. Loenen: *Was Anaximander an evolutionist?*—W. J. Verdenius: ΠΟΛΛΩΙ ΤΙ.—A. D. Leeman: *Posidonius the dialectician in Seneca's Letters*.

VII 4. 1954

J. Gonda: *The history and original function of the Indo-European particle K^we, especially in Greek and Latin*.—H. Wagenvoort: *Felicitas imperatoria*.—A. D. Leeman: *Sallusts Prologe und seine Auffassung von der Historiographie*.

VIII 1. 1955

J. C. Kamerbeek: *Adnotationes ad Aeschyli Isthmiastas*.—W. J. Verdenius: *Notes on Hippocrates Airs Waters Places*.—W. J. W. Koster: *Ad novam editionem Aristophanis et prolegomenorum de comoedia*.—C. Spicq: *Le lexique de l'amour dans les papyrus et dans quelques ins-*

*criptions de l'époque hellénistique.*—R. H. Simpson: *Ptolemaeus' Invasion of Attica in 313 B. C.*—A. D. Leeman: *Sallusts Prologe und seine Auffassung von der Historiographie.*

VIII 2. 1955

A. Heyboer: *Plato Meno 86 e-87 a.*—W. den Boer: *Religion and Literature in Hadrian's Policy.*—W. Vollgraff: *Une épitaphe médiévale trouvée à Maestricht.*

## MUSEUM HELVETICUM

11, 3. 1954

A. Alföldi: *Die Geburt der kaiserlichen Bildsymbolik.*—G. Luck: *Die Dichterinnen der griechischen Anthologie.*—A. Vogliano: *Gli studi filologici epicurei nell'ultimo cinquantennio.*—H. Siegert: *Zur Geschichte des Imperativs adesto.*

11, 4. 1954

O. Gigon: *Das Einleitungsgesprach der Gesetze Platons.*—P. Wolf: *Libanios und sein Kampf um die hellenische Bildung.*

## ORBIS

III 2. 1954

A. Carnoy: *Le substrat «pélasgique» dans la toponymie grecque.*—K. Treimer: *Ethnogenese der Slaven.*—H. R. Kahane: *Principles of Comparative Syntax.*—A. J. van Windekens: *L'origine pélasgique du* gr. ἄνθρωπος.—M. Durand: *La Syllabe ; ses définitions ; sa nature.*

IV 1. 1955

E. Lozovan: *Expatriation et bilinguisme.*— G. Schmidt: *Thinking and Language.*—D. J. Georgacas: *Creation of New Words in Greek by Shortening and a Lexical Crux.*—S. Heinimann: *Noch einmal zum «Substrat» in Mittelitalien.*—H. Borza: *Le mythe de l'obole à Charon et le symbolisme actuel de la monnaie dans le cercueil.*—M. Durand: *La notion de syllabe ; ses richesses ; les problèmes qu'elle soulève.*

## PAIDEIA
### IX 4=5. 1954

C. Schick: *La geografia linguistica.*—F. L. Manucci: *La spedizione degli Argonauti.*—D. Ferrante: *Per una migliore interpretazione di un passo di Aristotile.*

### IX 6. 1954

A. Grilli: *L'opera di Panezio.*

### X 2=3. 1955

F. Cupaiuolo: *Studi d'estetica antica.*—A. Camilli: *L'origine delle allotropie negli antichi piedi metrici.*

## LA PAROLA DEL PASSATO
### XXXVIII. 1954

C. Gallavotti: *Per il testo della Poetica di Aristotele.*—G. Ferrara: *Solone ed i capi del popolo.*—F. Cassola: *La leggenda di Anio e la preistoria delia.*—S. Mariotti: *Probabili varianti d'autore in Ennio, Cicerone, Sinesio.*

### XXXIX. 1954

K. Wellesley: *The fable of a Roman attack on Aden.*—F. Cupaiuolo: *Intorno a un precetto della poetica antica.*—M. Isnardi: *Sugli apocrifi platonici «Demodoco» e «Sisifo».*—G. Puccioni: *Quae sit fiducia capto.*—*Nota petroniana.*

### XLI. 1955

S. Donadoni: *L'epistolografia ramesside e la cultura letteraria neoegiziana.*—V. di Benedetto: *Pittaco e Alceo.*—S. Mariotti: *Clausaque ustrina in Orazio.*—L. Alfonsi: *Sulle fonti del De Senectute.*—G. Nenci: *Eracle e Cerbero in Ecateo Milesio.*

## REVUE DES ÉTUDES ANCIENNES
LVI 3-4. 1954

A. Donnadieu: *La campagne de Marius dans la Gaule Narbonnaise.*—A. Audin, J. Guey et P. Wuillemier: *Inscriptions latines découvertes à Lyon dans le pont de la Guillotière.*—R. Dailly et H. van Effenterre: *Le cas Marc-Aurele. Essai de psychosomatique historique.*—J. Gricourt: *Les événements 289-292 en Gaule d'après les trésors de monnaies.*—P. Courcelle: *Un nouveau traité d'Eutrope, prêtre aquitain vers l'an 400.*—P. Courcelle: *De la «Regula Magistri» au Corpus vivarien des «Chroniques».*

## REVUE DES ÉTUDES BYZANTINES
XII. 1954

V. Grumel: *Numismatique et histoire. L'époque valentinienne.*—J. Darrouzès: *Les manuscrits du monastère Sainte-Anastasie.*—V. Grumel: *Indiction byzantine et* NEON ETOΣ.—J. Darrouzès: *Notes d'épistolographie et d'histoire des textes.*—V. Laurent: *La nouvelle édition des Actes du concile de Florence.*

## REVUE DE PHILOLOGIE
XXIX 1. 1955

E. Benveniste: *Pubes et publicus.*—P. Chantraine: *Le déchiffrement de l'écriture linéaire B à Cnossos et à Pylos.*—P. Courcelle: *Pages inédites de Grillius sur le De inventione.*—P. Louis: *Le mot* ΊΣΤΟΡΙΑ *chez Aristote.*—E. des Places: *Un pseudo-témoin des Lois de Platon.*

## RIVISTA DI FILOLOGIA E DI ISTRUZIONE CLASSICA
XXXII 3. 1954

G. B. Pighi: *I nomi delle divinità iguvine.*—G. Barbieri: *Mario Massimo.*—L. Moretti: KOINA ΑΣΙΑΣ.—A. R. Deprado: *Il governo in Atene da Ipso al colpo di stato di Lacare.*

XXXII 4. 1954

N. Terzaghi: *Il Prometeo di Oxyrhyncos.*—C. Giangrande: *La Epistola platonica I.*—G. Vitucci: *Sulla cronologia degli avvenimenti*

*del 238 d. C.*—M. Guarducci: *Intorno all'epigramma greco del Basso Impero concernente il santuario di Bellona e il Circo Flaminio.*—S. Accame: *La spedizione ateniese in Egitto.*—I. Lana: *Nota velleiana.*—A. Ceresa-Gastaldo: *Ancora sull'uso profano di* ΑΓΑΠΗ.

## XXXIII 1. 1955

I. Lana: *La libertà nel mondo antico.*—L. Perelli: *Epicuro e la dottrina di Crizia sull'origine della religione.*—M. T. Piraino: *La pace di Fenice.*

## XXXIII 2. 1955

V. Ciaffi: *Intermezzo nella «Cena» petroniana.*—S. Accame: *Note per la storia della pentecontaetia.*—M. Sordi: *A proposito di uno scritto politico del 401-400 a. C.: il* περὶ πολιτείας *dello Pseudo-Erode.*

## RHEINISCHES MUSEUM FÜR PHILOLOGIE
## XCVIII 1. 1955

V. Pisani: *Die Entzifferung der ägeischen Linear B Schrift und die griechischen Dialekte.*—Fr. Dirlmeier: *Homerisches Epos und Orient.*—J. H. Oliver: *Praise of periclean Athens as a mixed Constitution.*—K. Barwick: *Kleine Studien zu Caesars Bellum Gallicum.*—B. Marzullo: *Alcmane 92 D.*—O. Skutsch: *Volsculus.*—E. Bickel: *Der Eigelstein, die Drusus-Lei im kelt Mainz.*

## STUDIA LINGUISTICA
## VIII 2. 1954.

S. S. Culbert: *Perceptual Distortion resulting from Semantic Transfer.*—J. Lotz: *Plan and Publication of Noreen's Vårt språk.*—F. Rundgren: *Neoaethiopica.*—P. Delattre: *Les attributs acoustiques de la nasalité vocalique et consonantique.*—M. Durand: *La perception des consonnes occlusives ; problèmes de palatalisation et de changements consonantiques.*—Cl. Witting: *Experimentelle Untersuchungen über die Glottisstellungen mit Hilfe eines Zweidimensionalen Modells*

## TRANSACTIONS AND PROGEEDINGS OF THE AMERICAN PHILOLOGICAL ASSOCIATION
### LXXXV. 1954

Fr. Solmsen: *The «Gift» of Speech in Homer and Hesiod.*—H. R. Immerwahr: *Historical Action in Herodotus.*—F. M. Wassermann: *Thucydides and the Disintegration of the Polis.*—A. J. Festugière: *L'Ame et la Musique d'après Aristide Quintilien.*—Ch. E. Finch: *The Translation of Cebes' Tabula in Codex Vaticanus Latinus 4037.*—J. P. Elder: *Lucretius 1. 1-49.*—W. Allen: *Cicero's Conceit.*—W. H. Alexander: *Crambe Repetita.*—L. B. Lawler: *Phora, Schêma, Deixis in the Greek Dance.*—W. Kendrick & Pritchett: *An Unfinished Inscription, IG II² 2362.*—L. Casson: *The Grain Trade of the Hellenistic World.*—H. W. Benario: *The Dediticii of the Constitutio Antoniniana.*—E. Ad. Hahn: *Partitive Apposition in Homer and the Greek Accusative.*

## WORD
### 10, 2-3. 1954

A. Martinet: *The Unity of Linguistics.*—C. E. Bazell: *The Choice of Criteria in Structural Linguistics.*—H. Frei: *Critères de délimitation.*—Z. S. Harris: *Distributional Structure.*—L. Hjelmslev: *La stratification du langage.*—M. Halle: *The Strategy of Phonemics.*—E. Benveniste: *Problèmes sémantiques de la reconstruction.*—C. H. Borgström: *Internal Reconstruction of Pre-Indo-European Word-Forms.*—A. Tovar: *Linguistics and Prehistory.*—H. Vogt: *Contact of Languages.*—G. Bottiglioni: *Linguistic Geography: Achievements, Methods and Orientations.*—U. Weinreich: *Is a Structural Dialectology Possible?*

## Libros recibidos.

AMATUCCI, A. G.: *Storia della Letteratura latina cristiana.* Società Editrice, Torino, 1955.

D'AMICO, V.: *La religione e la lingua dei Sanniti.* Tip. "Alba", Campobasso, 1952.

ANDERSSON, S.: *Etudes sur la syntaxe et la sémantique du mot français tout.* Gleerup, Lund, 1952.

BARIGAZZI, A.: *Antifonte, Prima Orazione.* F. Le Monnier, Firenze, 1955.

BARIGAZZI, A.: *Antifonte, Sesta Orazione.* F. Le Monnier, Firenze, 1955.

BELTRÁN MARTÍNEZ, A.: *Las monedas hispánicas antiguas.* Tip. "La Académica", Zaragoza, 1953.

BÖHME, R.: *Orpheus Redivivus.* Universidade, Coimbra, 1954.

BONARIA, M.: *Mimorum Romanorum Fragmenta.* Università di Genova, Genova, 1955.

BRANDENSTEIN, W.: *Griechische Sprachwissenschaft I.* Walter de Gruyter, Berlín, 1954.

BRANDL, A.: *Anglica, Untersuchungen zur englischen Philologie.* Leipzig, 1925.

CANTARELLA, R., G. SCARPAT: *Breve introduzione ad Omero.* Dante Alighieri, Roma, 1955.

CICERONIS, M. T.: *Epistularum ad M. Brutum.* Paravia, Torino.

CICERONIS, M. T.: *Epistularum ad Q. fratrem libri tres.* Paravia, Torino.

CRUSIUS, F.: *Römische Metrik.* M. Hueber, München, 1955.

DIEGO SANTOS, F.: *Las nuevas estelas astures.* Tip. "La Cruz", Oviedo, 1954.

*Dokumentation Fachbibliothek Werksbücherei.* Deutsche Volksbücher, Stuttgart, 1954.

*Fasti Capitolini.* Paravia, Torino.

FRASSINETI, P,: *Fabularum Atellanarum Fragmenta.* Paravia, Torino, 1955.

GALIAZZI, M. C.: *I preverbi in Greco.* Scuola Tipografica, Pavía, 1954.

GARUTI, G.: *Il tipo -turus sum nel latino arcaico.* N. U. Gallo, Bologna, 1954.

GARZYA, A.: *Alcmane, I frammenti,* Silvio Viti, Napoli, 1954.

GARZYA, A.: *Lucillio.* Estr. dal Giornale Italiano di Filologia, Napoli, 1955.

GARZYA, A.: *Eueno di Paro.* Estr. dal Giornale Italiano di Filologia, Napoli, 1955.

GARZYA, A.: *I resti della* Θεοφορουμένη *di Menandro* (Estr. da "Dionisio"), Siracusa, 1953.

GARCÍA Y BELLIDO, A.: *Phönizische und griechische Kolonisation.* Francke Ag. Bern.

GWYN, A.: *The Writings of Bishop Patrick.* The Dublin Institute, Dublín, 1955.

HERNÁNDEZ, E. y RESTREPO, V.: *Llave del griego.* Buena Prensa, Méjico, 1952.

HERRMANN, L.: *Douze poèmes d'exil de Sénèque et 24 poèmes de Pétrone.* Latomus, Bruxelles, 1955.

HOLWERDA, D.: *Commentatio de vocis quae est* ΦΥΣΙΣ *vi atque usu praesertim in graecitate Aristotele anteriore.* J. B. Wolters, Groningae, 1955.

JAEGER, W.: *Paideia, La formazione dell'uomo greco II.* "La Nuova Italia", Firenze, 1954.

JOSEPHSON, A.: *Die Columellahandschriften.* Lundequitska, Uppsala, 1955.

LEROY, M.: *Orientamenti attuali della linguistica generale.* Milano, 1953.

LORENZI, A. di: *Fedro.* "La Nuova Italia", Firenze, 1955.

LORIÉ, L. TH. A.: *Spiritual Terminology in the Latin Translations of the Vita Antonii.* Dekker, Nijmegen, 1955.
München, 1955.

LUMPE, A.: *Der Terminus "Prinzip" von den Vorsokratikern bis auf...*

LUNDSTRÖM, V.: *L. Junii Moderati Columellae libri.* Eranos, Upsaliae, 1955.

MAGNE, A.: *Dicionario etimológico da Lingua Latina.* Ministerio da Educaçao, Río de Janeiro, 1952.

MARTINET, A.: *Linguistics Today.* Linguistic Circle of New York, New York, 1954.

MARTÍNEZ ORTIZ, J.: *Catálogo y estudio de los incunables de la Biblioteca Municipal de Valencia.* Valencia, 1955.

MERLINGEN, W.: *Das "Vorgriechische" und die sprachwissenschaftlich-vorhistorischen Grundlagen.* Gerol & Co., Wien, 1955.

METRI, P.: *Il dialetto panfilio.* Ist. Lombardo di Scienze e Lettere, Milano, 1954.

MEYIER, K. A.: *Codices manuscripti VI Codices Vossiani Graeci et Miscellanei.* Bibliotheca Universitatis, Lugduni, 1955.

MIKKOLA, E.: *Isokrates.* Annales Academiae Scientiarum Fennicae, Helsinki, 1954.

MONTENEGRO DUQUE, A.: *Trajano, oriundo de España.* Separata de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, LX, 1, 1954.

NIEDERMANN, M.: *Recueil.* Secrétariat de l'Université, Neuchatel, 1954.

Olivieri Sangiacomo, L.: *Salustio.* "La Nuova Italia", Firenze, 1954.

D'Ors, A.: *Plinio el Joven, Panegírico de Trajano.* Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1955.

Pauwels, A.: *De plaats van hulpwerkwoord verleden deelwoord en infinitief in de Nederlande.* Leeuwen, 1953.

Pernice, G.: *Fragmenta Syntactica.* S. L. San Giuseppe, Tortona, 1952.

Pernice, G.: *Cuestiones morales en Eurípides.* Tucumán, 1949.

Pernice, G.: *Introducción a Plauto.* Tucumán, 1954.

Prnice, G.: *Raggionamenti sulla struttura.* Tip. Bruzia, Catanzaro, 1955.

Pertusi, A.: *Scholia vetera in Hesiodi Opera et Dies.* Vita e Pensiero, Milano.

Piccardo, L. J.: *El concepto de "Oración".* Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo, 1954.

Pitzalis, A.: *Carmina.* C. Armanni, Napoli, 1955.

Plutarque: *De la Musique.* Urs Graf, Lausanne, 1954.

Rodríguez Adrados, F.: *Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso.* Hernando, Madrid, 1955.

Säflund, C.: *De Pallio und die stilistische Entwicklung Tertullians.* Gleerup, Lund, 1955.

Simonetti, M.: *Studi agiografici.* A. Signorelli, Roma, 1955.

Sinanoglu, S.: *Sur Euripide et la guerre du Peloponnèse,* Ankara, 1954.

Spaeth, J. W.: *Index verborum Ciceronis poeticorum operum.* University of Illinois Press, Urbana, 1955.

Stella, L. A.: *Il poema di Ulisse.* "La Nuova Italia", Firenze, 1955.

Svennung, O.: *Opuscula Romana I.* Gleerup, Lund, 1954.

Tovar, A.: *Los hechos políticos en Platón y Aristóteles.* Perrot, Buenos Aires, 1954.

Tremoli, P.: *Influssi retorici e ispirazione poetica negli "Amores" di Ovidio.* Università degli studi, Trieste, 1955.

Tremoli, P.: *De Lucani codice Ravennati 100.* Università degli studi, Trieste, 1955.

Vossler, K.: *Einführung ins Vulgärlatein.* M. Hueber, München.

Wistrand, E.: *De Martialis epigr. VIII 15 commentatiuncula.* Wettergren & Kerbers, Göteborg, 1954.

Zuntz, G.: *The political plays of Euripides.* Manchester University Press, Manchester, 1955.

# Summaries of articles

## NEW RECONSTRUCTION OF ARCHILOCHUS' EPODES

The author tries to reconstruct the contents and order of the preserved fragments of Archilochus' Epodes after Lasserre's works. This reconstruction is different in many details from the previous ones. He uses some fragments which up to now were not assumed to be from the Epodes, rejects some others as not belonging to them, and fixes, with a minute criticism, which ones can be accorded to a certain place with security and which ones only probably or likely. Especialy the Epode against Lycambes and one of those against Neobula, have been reconstructed in such a way that their contents can be followed with approximation enough. A series of consequences are drawn from the whole study about Archilochus' personality and art.

## SYLLABIC QUANTITY AND STRUCTURAL METRICS IN OLD GREEK

This paper is an attempt to account for the main "rules" of syllabic quantity in functional terms, once the purely phonetic approach has proved to be unsuccessful. In §§ 18-25 some conclusions are drawn with regard to a few cardinal points of Greek Metrics; non-isochronism; "ictus" unnecessary; dichotomy structure/performance; impossibility of "protraction".

## HESYCHIUS' GLOSSES

This article includes five etymological studies about the same number of Hesychius' glosses not adequately cleared up to now:

1) δαέγω is explained as an abridged or "tempo allegro" form, of οἶδα ἐγώ.

2) δέννος is related with the gloss δενδίλλει· ἀτιμάζει, σκώπτει: < * δενδ-σνος.

3) The etymological and semantic relation among a series of forms: δίαλος, δέαλος, δῆλος, δέελος, δείελος, εὐδείελος, ἀρίζηλος, δείλη is looked for in these studies.

4) The possible relation between δροίτη, δρύτη, and the root of δρύεται, δενδρύειν, δενδρυάζω "to submerge into water" "to bath", is pointed out.

5) In the last of this studies the origin of ὀρσολόπος and ὀρσολοπέομαι is explained semantically after ὄρσος (at. ὄρρος), and λέπω, λοπός etc. from a metaphor of Greek and of other languages (cf. French *reculer,* German *ärschling,* etc.). At the same time there are studied other Greek compounds with the same first element: ὀρσοθύρη, ὀρσόβηλος, ὀρσοδάκνη, as well as the family of ὀρρωδέω (Ionic ἀρρωδέω).

## THE PHILOCTETES OF THE THREE GREEK PLAYWRIGHTS

The difficulty which the tragedy involves of making the hero to decide to go to Troy and defend with his unconquerable weapons those who so cruelly have affronted him is made bigger through the fact that the three authors send Ulysses (Philoctetes' most hated enemy) as an envoy to the latter. This Greek hero plays a very important part in Sophocles' tragedy although it had not yet been acknowledged by the critics. Ulysses' character as well as the circumstances ask for the plan to be performed through tricks and brigues. Sophocles not being so

simple as Aeschylus or so wonder-worker as Euripides, uses young Neoptolemus, by deceiving him, as a screen.

Critics point out in this play the following defects: uselessness of two of its characters: Emporus and Herakles; poor action; vagueness of the oracle about Philotectes' traveling to Troy; Ulysses' puzzling inconsequences.

Sophocles' love of this character; importance which gives him here; wonderful description of his character psychology, slyness and deceits in the foreword—which is but the beginning of his alive activity in the whole play; Ulysses presence all over the tragedy; constant mention of him in Neoptolemus' words and even in those of the very Philoctetes, in Emporus' message and in everybody's worries. Besides this moral or physchical presence, there is Ulysses' physical one. Hidden, he watches all the scenes of the drama. Moreover, Emporus is not another but Ulysses disguised; there are many and convincing proofs of it, and the dramatic efficiency of Emporus' scene is but another confirmation.

The answer to this question brings us to study another much discussed point in this drama. The weapons needed to take Troy are enough by themselves, or would it be necessary Philotectes' personal cooperation too? It would be antiscenic for Sophocles to leave this point dubious, for making use of it in each circumstance as he deemed convenient. Both the weapons and its master are needed. In the handling of this information Ulysses plays a trick on Neoptolemus, and this by three steps: before the drama he convinces him as the only one necessary; in the prologue says that Philotectes weapons are necessary too; and in the Emporus' scene he says that it is also necessary the personal cooperation of the master of the weapons, inherited from Herakles. The young soldier acts under this conviction in the following scenes. This explains the difference adopted by the critics in the interpretation of the facts.

The rest of the tragedy cannot be understood if the performing of the Chorus is not determined beforehand; it was present in the prologue; in the parode shows at once—before seeing the hero—sincere feelings for his sufferings, receives and

accepts his young master's orders to echo and always to back his insinuations and endeavours. So he acts as a resonance-box all the play over, and only lays down this posture and speaks clearly and on account of himself when the formidable warrior is asleep or when all deceits of the Laertian have been discovered and is necessary to grasp the conviction openly procured. This fact clears up all the puzzling variety of attitudes and actings of the Philotectes' Chorus.

## THEOCRITUS' BARCINONENSIS MS

This Barcinonensis MS. is known as a Moscopulean one after the brief description due to Graux, adopted by Wendel-both sources for Gallavotti. The latter reflects these circunstances in his works. But if the "external" criterion of the number and order of the idyls would do for a simple classification within the frame of Moscopulo's recensión, a careful collation under the focussing ligth of the last advances in textual criticism was not yet done.

Since the Moscopulean characteristics of the Barcinonensis can be taken for certain, and after the modern studies on this recension owed to Gallavotti, the "internal" analysis of the MS. allows to fix—within the frame of Moscopulo—the codex characteristics gathered up to now from the external facts, innovating all that refers to prolegomena and plot. The Barcinonensis presents the prolegomena of the Vatican family and the corresponding arguments of these idyls whose redaction is sometimes parallel to the Laurentian one. It is possible to point out about the text that, although being a redaction generally adjusted to the original by Moscopulo, some discrepancies are shown, and that, on the other hand, they are not rare in the most ancient codices of the group. In fact, the Barcinonensis can be counted among them, not only if we judge from the results gathered from the analysis but also by the positive fact of a date written in it by a hand different from the one of the author of the MS. and which appears in a first correction: 1312.

## DAS PROBLEM DER LÜCKE UND DER SECUNDUS-REDE IM DIALOGUS DE ORATORIBUS

De longitudine lacunae, quae post Dialogi de oratoribus capit. 35 omnibus in codicibus exstat, inter viros doctos adhuc nondum convenit. Qua cum quaestione altera arte est coniuncta, num Secundum in hoc opusculo loquentem induxerit Tacitus.

Primum igitur Secundum non minore dignitate ac gravitate virum ab auctore fictum esse quam Messallam vel Aprum vel Maternum demonstratur. Unde concludatur necesse est hunc quoque oratorem a Tacito adeo dilectum ac summa laude honoratum suam habuisse orationem. Qua re cognita videtur sequi, ut lacuna potius sex paginas quam sex columnas complectatur; nam 110 lineis, quantum esset spatium lacunae, si sex tantum perissent columnae, vix peroratio Messallae (c. 35) et initium orationis Maternae (c. 36) et oratio Secundi contineri potuerunt.

Deinde illa—ut ita dicam—crux philologica iterum examinatur, quae inde exsistit, quod de lacuna ipsa codices tradunt varia. At pro certo habetur Decembrionem anno 1455 Romae codicem Hersfeldensem, quem non fuisse Henochi constat, ipsum vidisse. Quo perlecto invenit et notam quandam, qua, similiter ac hodie in codice Vindobonensi legi potest, in margine scriptor quidam excidisse quinque paginas adnotaverat, et unum folium dimidiumque aqua vel alia causa (vetustate consumpta: in cod. Leidensi) corruptum; scripsit igitur: sex folia deficiunt. Sed alius scriptor, cum notam illam non legisset, lacunam praesentem intelligens adnotavit: defectio unius folii cum dimidio (class. Z). Quem ad exitum quaestione adducta lacunam sex paginas, id est CCCCL fere lineas complexam est verisimile.

Denique quaerere possumus, quidnam Secundus dixerit oratione perdita. Ad hoc igitur perscrutandum acute diligenterque perspici oportet, quid Tacitus opusculo ipso pronuntiaverit. Qui duas proponit quaestiones: et cur antiquis temporibus plures fuerint oratores summi quam suis (c. 1), unde sequitur, ut Taciti quoque aetate fuerint aliqui oratores, et quibus de causis pessima illa ars oratoria suae aetatis tantum differat ab optima

illorum temporum (c. 15, 2), unde hodie omnino non inveniri oratorem optimum potest concludi. Quam sententiam ut refutet, Aper non modo antiqua ab hominibus falso meliora existimari quam recentia demonstrat, sed etiam artem oratoriam aeque atque alias artes bonas paulatim ab initio rudi ad maiorem in dies perfectionem ascendisse semperque ascendere. At Messalla, qui medio ipso in opusculo summum oratorem definit (30, 5), mente acutissima intelligit exponitque plane fere perisse artem oratoriam, quod educatio illa praeclara Romanorum priscorum evanuerit vel permutata sit. Ubi Messalla peroravit, Maternus tertius locutus non de differentiis artis oratoriae disserit, sed de condicionibus illorum liberae rei publicae temporum et declarat, quibus de causis tum oratores, cum plus valuerint, plures exstiterint. Qua re priorem illam quaestionem supra memoratam tractat.

Ambas igitur quaestiones inter se differentes nec non cohaerentes Tacitus ita inter colloquentes disponit, ut Apro et Messallae posteriorem, Materno priorem tractandam attribuerit. Et nunc fortasse elucet, qua de re Secundus dixerit: item enim ut Maternus, sed fortasse amplius vel de singulis quibusdam rebus prioris quaestionis disputavit, ita ut, quod utraque quaestio a binis oratoribus tractabatur, totum opusculum optime et congruenter sit compositum.

## NOTE ON PLAUTUS, *Truc*, 504

Opposing his views to other critics' presumptions, the author proposes to correct the transmitted text by the reading ádvenire sálvom...: scío sed péperitné Phronésium? that has an easy syntactical and metrical justification, and that does not seem to rise any paleographical serious difficulties.

## *SUMMARY OF "PROFITS OF READING 'WORKS AND DAYS"*

I.—In the verses 17-19 the punctuation τὴν δ'ἑτέρην (προτέρην μὲν ἐγείνατο Νὺξ ἐρεβεννή) is proposed with the meaning "But the other (the first was given birth by the bottomless Night) /she was placed by the son of Chronos who abodes in heaven/in the roots of the earth and she is much better for man" (cfr. for the interrupted construction vv.276-79), thus the new Eris or rivality, social virtue, being opposed to the principal and traditional Eris or discord, through the respective fathers Zeus/ Night, and the verbs θῆκε/ἐγείνατο.

II.—Lines 107-08, the latter usually condemned, are read as follows:

εὖ καὶ ἐπιστάμενος (σὺ δ'ἐνὶ φρεσὶ βάλλεο σῇσι)
ὡς ὁμόθεν γεγάασι θεοὶ θνητοί τ'ἄνθρωποι

it can be seen that Hesiod tries to harmonize a popular tradition of fundamental equality of men and gods (cfr. H. J. Rose work noted) with the history of the five generations of men successively created by gods.

III.—In line 215 the acceptance of the *lectio difficilior* given in the "Neville" papyrus is proposed, with αυτου instead of αὐτῆς the text being interpreted as follows: "since haughtiness is bad for low man, nor the great/can level in with no pain and he sees himself oppresed (i. e. by the ostentation erroneously obtained and for the blames he makes himself), /if he met with his ruin" (vid. there note on the sense of ἀάτη).

IV.—Keeping θάνοις in line 378, the change of εἴη by εἴης is suggested in line 376 (although an interpretation of εἴη as an allusion to the 2nd person through the 3rd can be taken, explaining πατρώϊον οἶκον = "(thy) father's house") getting so a satisfactory sense: "God grant that thou art for keeping the house or your father/only son, so riches would increase at home/ and God grant thou dies of old age, leaving in it another son".

V.—In the most debated text δαίμονι δ'οἷος ἔησθα, τὸ ἐργάζεσθαι ἄμεινον of the line 314, it is suggested δαίμον' ἴδ' οἷος ἔησθα· τὸ ἐργάζεσθαι ἄμεινον (the digamma left out not being a serious difficulty), where δαίμον' can be equal to δαίμονα or, better, to δαίμονι, with the sense: "Do see what kind of man thou art by fortune; better the work" thus opposing the personal effort τὸ ἐργάζεσθαι as an inferior choice, but not the worst, when natural grace, the δαίμων, is not the lot of man.

VI.—The advantages of a lecture which makes perfectly clear the very jumbled passage of lines 814-21 of "the Days" are shown in line 819 τετράδι δ'οἵγε πίθον finding out τετράδ' ἴδ' οἰγέπιθον (without previous punctuation; for the compound οἰγέπιθος cfr. for instance φερέοικος v. 571) and that therefore the τρισεινάς (27 and not 29) is the fourth day μηνὸς φθίνοντος (the same, therefore, that was praised in line 798) being possible to suppose that the backwards time reckoning for the third one-third of the month was the one used in Boeotia in the epoch of the author of the "Days", or that, although already superseded by the progressive one, the author keeps the old tradition, according to which the 27 was the fourth of the third part, thing already known by very few (Παῦροι δ'αὖ τε ἴσασι τρισεινάδα μηνὸς ἀρίστην/... παῦροι δὲ τ'ἀληθέα κικλήσκουσιν/τετραδ' ἴδ' οἰγέπιθον, περὶ πάντων ἱερὸν ἦμαρ/μεσσήην [perhaps = μεσσῆεν i. e. "in its middle, at noon"] παῦροι δὲ μετ'εἰκάδα μηνὸς ἀρίστην/ἠοῦς γιγνομένης ). Nor it is strange that such a day has been so praised and placed in a preeminet place at the bottom of the list, a day that is "three fold nine" and "fourth from the end", i. e. 9 and 4 at the same time, the two types considered as the most fasti by the poet.

## ON A XENOPHON'S CODEX OF THE Xth CENTURY

### (Escurialensis, 174, T. III.4)

The Greek funds of El Escorial Library are scarce, but some of them are of a very great value, as the MS. T. III.4 (Xenophon's Cyropaedia). This copy has been erroneously dated

by almost every one of the specialists in codices as being from the XIIth century. Actually it has been transcribed in the early Xth century, being so the oldest of the MSS. of Xenophon's Ciropaedia in Europe, older therefore than the Parisinus (N.º 1640) of the year 1320, the Marcianus (N.º 511) of the XIIth century, and the Vaticanus (N.º 129) from the XIth century. This very interesting MS. has been studied by Colville, Miller, Graux, Martín and Father Revilla. Its origin is told in the documents transcribed in the fly-leafs, which explain that it was presented by Ignacio Calozetas to Laura of Mount Athos, wherefrom D. Diego Hurtado de Mendoza got it as a present, it seems, from Soliman II. When Mendoza died—Madrid, 1575—it was bequeathed to Felipe II who trusted it to El Escorial.

After a detailed description of its writing, initials, ornamental borders, glosses, etc., the author passes on to treat the most interesting point of this article; its paleographical description in order to show that undoubtedly its writing belongs to the beginning of the Xth century, as prooved by some unmistakable data of this epoch, such the rare uncials, cornered sprits, the writing below lines and the characteristic form of some letters from that time. Lastly a fact is offered which is perhaps the reason of the codex ill dating, being a sheet copied at the XIIth century and stuck to the MS., superseding another torn out, just in the middle of the MS. and where the latter remains open when one tries to do it without forcing. It appears that paleographists have fixed their eyes on this sheet, dating from it the whole MS.

## SURMISE ON PINDAR, PYTH., II, 36

The author examines the main readings of Pindar's text, *Pyth.* II, 36, especially those of Boeckh, Heyne, Schneidewin, Cerrato Bothe and Fraccaroli, giving them their appropiate value. There is proposed the reading of verse 36— ἔβαλον ποτε καὶ τὸν ἁλόντ' ἐπεὶ —after the fact that the poet wants to

outline that the cloud given to Ixion is a real trap where he is bound to fall. The election of ἁλόντ' is justified by the author through a stylistic analysis of the Ode, bringing out the leit-motiv of the hunting and the prey.

## THE NIGHT AS A UNIT OF TIME

To the facts already known about the rôle displayed by night in festivals and time reckoning among some ancient western peoples, there are added here the ones offered by the Celtic words: Welsh *wythnos* "week" (*wyth* "eight" + *nos* "night"), medieval Welsh *teirnossic* "three nights old", and Cornish *seithun* "week"; for the latter the etymology *seith* "seven" + *hun* "sleep" is proposed.

These facts corroborate the relation established by Mr. Antonio Tovar between the Basque *gaur* "today" and *gau* "night".

## QUESTIONS ABOUT IBERIC WRITING

Tha Iberic and Tartessian writing systems had two symbols each, usually transcribed by *s* and *ṣ* which represented one or more sounds that, after the current opinion, can be characterized as sibilant ones; there is a similar distinction in the native texts in Greek writing. This article tries to show, 1) that since different types of writing agreed at this egard, the graphic distinction corresponded in the very Iberic zone—that is of non Indo-european language—to a real difference of pronunciation, and 2) that the correspondence between the Greek symbols, in one side, and the Iberic and Tartessian in the other, are just opposite to those implicitly recognized in the current system of transliteration. A study is made about some possibilities of phonological interpretation of this graphic distinction; however no conclusive solution is reached. Lastly, although here an accurate proof is much more difficult the opinion is defended that the distinction of two types of *r* in writing corresponded to a phonic fact, although not in Celtiberic countries.

# INDICE

del volumen XXIII (1955)


Páginas

F. Rodríguez Adrados: Nueva reconstrucción de los epodos de Arquíloco ..... 1

M. Sánchez Ruipérez: Cantidad silábica y métrica estructural en griego antiguo ..... 79

J. S. Lasso de la Vega: Glosas de Hesiquio ..... 96

I. Errandonea S. J.: Filoctetes ..... ..... 122

P. Pericay: El manuscrito barcelonés de Teócrito ... 165

K. Vretska: Das Problem der Lücke und der Secundusrede im Dialogus de Oratoribus ..... 182

A. Pariente: Nota a Plauto, *Truc.* 504 ..... 211

A. García Calvo: Frutos de lectura de "Trabajos y Días" ..... 212

G. Andrés Martínez: Sobre un códice de Jenofonte del siglo x ..... 232

J. Alsina Clota: Conjetura al texto de Píndaro, *Pítica* 11, 35 ss. ..... 258

E. P. Hamp: La noche como unidad de tiempo ..... 262

L. Michelena: Cuestiones relacionadas con la escritura ibérica ..... 265

**Discusiones y comunicados.**

J. M. Pabón y J. Vallejo: A propósito de dos publicaciones recientes sobre sintaxis griega y latina. 284

M. C. Díaz y Díaz: Apostillas a una reciente edición de Petronio ..... 295

**Reseñas de libros** ..... 303

**Indices de revistas** ..... 338

**Libros recibidos** ..... 353

**Summaries of articles** ..... 356

# RESEÑAS DE LIBROS


Págs.

J. B. Carroll: *The study of language* (A. T.) ..... 303
F. Rodríguez Adrados: *Védico y Sánscrito clásico* (M. S. Ruipérez) ..... 304
T. Burrow: *The Sanskrit Language* (M. S. Ruipérez) ..... 305
C. D. Buck: *The Greek Dialects* (M. S. Ruipérez) ..... 306
M. Pohlenz: *Aristophanes' Ritter* (A. T.) ..... 307
G. Pfohl: *Untersuchungen über die attischen Grabinschriften* (F. R. Adrados) ..... 308
J. Zafiropulo: *Empédocle d'Agrigente* (Antonio Ruiz de Elvira). 310
E. Lepore: *Il Princeps ciceroniano e gli ideali politici della tarda Reppublica* (Antonio Magariños) ..... 314
F. Giancotti: *Saggio sulle tragedie di Seneca* (Antonio Ruiz de Elvira) ..... 320
I. Cazzaniga: *Saggio critico ed esegetico sul Pervigilium Veneris* (Antonio Ruiz de Elvira) ..... 322
J. Le Gall: *Le Tibre, fleuve de Rome dans l'Antiquité* (J. Vallejo) 324
M. Grant: *The six main aes coinages of Augustus* (José Vallejo) 325
W. F. Jashemski: *The Origins and History of the Proconsular and the Propraetorian Imperium to 27 b. C.* (J. Vallejo) ..... 326
E. Springhetti: *Selecta latinitatis scripta* (M. C. Díaz y Díaz) ... 327
F. Klingner: *Römische Geisteswelt* (A. T.) ..... 328
A. d'Ors: *Epigrafía jurídica de la España Romana* (A. García y Bellido) ..... 330
H. Stern: *Date et destinataire de l'"Histoire Auguste"* (A. Balil). 331
W. H. C. Frend: *The Donatist Church, a movement of protest in Roman North Africa* (A. Balil) ..... 332
K. Mras: *St. Patricius als Lateiner* (A. T.) ..... 333
J. Hubschmid: *Sardische Studien* (Antonio Tovar) ..... 333
L. Flórez: *Lengua española* (A. Carballo Picazo) ..... 336